

N. SCOTT MOMADAY

El niño ancestral

Traducción de Elisa Ramírez Castañeda

dosmvmdos

FIDEICOMISO PARA LA

CULTURA MEXICO/USA

Editorial Aldus

Este libro fue publicado bajo los auspicios del Fideicomiso para la
Cultura México/USA

Título original: The Ancient Child

D.R. © 1989, N. Scott Momaday

Harper Collins Publishers, Nueva York, 1990

Primera edición, 2002

D.R. © Elisa Ramírez Castañeda por la traducción

D.R. © EDITORIAL ALDUS, S.A.

Obrero Mundial 201, Colonia Del Valle 03100

México, D.F. Tels.: 5669 1626, 5543 5482/83

ISBN 968-7870-70-2

Impreso y hecho en México Printed and made in México

Para Reina

Este libro es una obra de ficción. Henry McCarty, alias Billy the Kid, es un personaje histórico al igual que quienes lo rodearon: Pat Garrett, Bob Olinger, J. W. Bell y sor Blandina Segale. También Setangya y Maman-ti son personajes históricos. Todos ellos, hasta cierto punto, sirven al relato. Los demás personajes son producto de la imaginación del autor. Cualquier semejanza con personas reales, vivas o muertas, es mera coincidencia.

El autor reconoce con gratitud la ayuda de la Fundación Helene Wurlitzer de Taos, Nuevo México. También desea agradecer especialmente las sugerencias y estímulo brindados por Bernard Pomerance y Bobby Jack Nelson.

N. SCOTT MOMADAY

Traduje este libro como becaria del Fideicomiso para la Cultura, México-Estados Unidos 1992-1993, otorgado por la Fundación Cultural Bancomer, Rockefeller Foundation y Fondo Nacional para la Cultura y las Artes.

Elisa Ramírez Castañeda

Pues en el principio de la literatura nos encontramos con el mito, y también al final.

BORGES

Personajes

Locke Setman, llamado Set, pintor.

Grey, joven curandera, soñadora.

Henry McCarty, Billy the Kid, conocido forajido.

Kope'Mah, vieja curandera.

Bent Sandridge, padre adoptivo de Set, jubilado, humano y sabio.

Lola Bourne, mujer hermosa y emprendedora.

Set-Angya, viejo kiowa, jefe de la sociedad Kaitzenko, hombre semejante a Lear que lleva a cuestas los huesos de su hijo predilecto.

El oso, encarnación mítica de la naturaleza.

OTROS, tal y como aparecen.

Prólogo

Ocho niños jugaban, siete hermanas y su hermano. De pronto el niño se golpeó; se tambaleó y comenzó a correr sobre manos y patas. Sus dedos se convirtieron en garras y su cuerpo se cubrió de pelo. Donde antes hubo un niño apareció un oso. Las hermanas huyeron aterrorizadas; el oso las perseguía. Llegaron hasta el tronco de un gran árbol y el árbol les habló. Las invitó a subir y cuando lo hicieron comenzó a elevarse por los aires. El oso quería matarlas pero ya estaban fuera de su alcance. Se abalanzó sobre el tronco y rasgó todo el perímetro de la corteza con las garras. Las siete hermanas se remontaron hasta el cielo y allí se convirtieron en las estrellas de la Osa Mayor.

Historia Kiowa, según Tsoai

LIBRO UNO Planicies

Las indagaciones astrológicas, para las cuales son necesarias la soledad y el secreto de la noche, son ignominiosamente identificadas con la brujería...

shásh (so')¹, el oso; shásh bichí, su hocico; bija, su oreja; bokhó, su fuego; beetsós, su pluma...

dzúlkíji zá nil, la parafernalia del canto de la montaña, que debe incluir: tgel bitgádidin, polen de yerba del apache; shashdá, comida de oso; lichee, yerba colorada; aze lichi, medicina roja; na'ida, cereza silvestre, y demás.

Diccionario etnográfico de la lengua navajo²

¹ Se ha reproducido la escritura fonética hasta donde es posible.

² Hay grandes problemas para identificar las especies vegetales y encontrar nombres equivalentes y comunes en español. Muchas veces carecen de tales nombres, pues se trata de especies que no existen en países donde se habla nuestra lengua. Jamás encontraremos en nuestro idioma la exactitud de ninguna lengua indígena para nombrar plantas y animales. Cuando la traducción es imposible, opto por el nombre de alguna especie semejante —por color, forma o familia. Esta es nota pertinente siempre que se trate de plantas. Una fuente utilizada fue el *Diccionario de español de Nuevo México y de Colorado*.

Paulita Maxwell no llora

¿Quién es?³

¿De dónde vienes
y a dónde fuiste?

¿De dónde vienes,
José, tan triste?

"¿*Quién es?*", volvió a preguntar. Y en ese momento sonó un balazo, luego otro. La primera bala penetró en su cuerpo con un ángulo ascendente, pasó bajo el hueso y llegó al corazón: fue mortal. La segunda fue una bala perdida; pegó en la pared de adobe y rebotó contra la tabla de madera de la cabecera de la cama, por eso parecían haberse disparado tres tiros; pero realmente fueron dos, disparados por el mismo revólver. Cayó al suelo del cuarto oscuro. John Poe estaba fuera, oyó todo —las palabras, los tiros y tal y como declaró después: "una queja, dos gemidos del moribundo en el cuarto; yo estaba parado en el umbral". Pete Maxwell era el dueño de la casa, trajo una vela y la dejó prendida sobre el borde de la ventana. Bajo la luz desnuda, el muerto estaba tirado de espaldas; amarillo, estirado, con el cuchillo de carnicero al alcance de su mano izquierda. Su cuerpo tenía una palidez de crema cuajada, casi Obscena: era prácticamente lampiño, con venas azulosas en las sienes y las muñecas. Tenía la boca entreabierta y mostraba los dientes. Los ojos estaban cerrados. Sólo llevaba puestos los pantalones y las medias. Lo identificaron sin titubeos. La gente comenzó a juntarse poco después de la balacera, algunas personas lloraban. Las mujeres rogaron que las dejaran ocuparse del cuerpo y se les dio permiso de inmediato. Llevaron el cadáver a una carpintería cercana, lo

³ En español en el original (T).

tendieron en una mesa de trabajo y colocaron velas a su alrededor. Y al día siguiente lo metieron en una tumba del cementerio militar cercano y se redactó un reporte del juicio formado por el alguacil, firmado por el puño y letra de un tal Alejandro Segura. Comenzaba así:

Salud:

El día 15 de julio, A.D. 1881, recibí yo, el abajo firmante, Juez de Paz del distrito arriba mencionado, información sobre un deceso en Fort Sumner.

A lo lejos se escuchaban voces de niños. El aire estaba muy quieto. Paulita Maxwell, de 18 años, hermana de Pete, no lloraba: no podía, aunque el corazón se le partía. Se quedó en la oscuridad con los ojos muy abiertos, como si esperara ver algo tomando forma, lo invisible haciéndose visible. Sintió su piel tensarse, endurecerse, volverse quebradiza como si fuera de barro. Creía que si alguien la tocaba se rompería. No se atrevió a abrir la boca. Cualquier sonido salido de ella sería terrible, amordazado, como el extraño chillido de un roedor. Apretó los dientes; su boca y garganta estaban tan secos que su respiración quemaba. Tampoco podía rezar, ni siquiera en silencio. Nada podía plasmar su pena, inexpresable. Tenía las manos juntas, los dedos entrelazados y apretados. Una mosca se paró en la uña de su pulgar derecho; no le prestó atención.

Y vine a verte
para cantar
un anillo de diamante
te vine a enseñar.

¿Quién es?

2.

Desde algún lugar graznó un cuervo

El niño.

El niño corría.

El niño corría tras sus hermanas. Algo estallaba en su corazón de niño. Tropezó, se sofocó, se detuvo. Los gritos de sus hermanas traspasaban su cerebro como una locura. Recuperó el aliento —ya no era el suyo, en realidad, sino el aliento de alguien diferente, irresistible y salvaje. El suelo casi era frío. El polvo flotaba contra los rayos del sol, largos y oblicuos. Desde algún lugar graznó un cuervo. Y cuando el niño volteó vio que sus hermanas también se habían detenido, a lo lejos, entre los árboles, con los rostros pálidos y contraídos por el miedo. Sus ojos mostraban incredulidad y asombro y amor, ciertamente. Y otra vez comenzaron a correr y él comenzó otra vez la persecución.

El siguiente momento siempre está por llegar

Grey nunca tuvo que pedir visiones. Se tiró de espaldas sobre el pasto de las praderas, miró las enormes nubes navegantes y meneó las caderas. "Ah, maldita sea, Billy —se quejaba—. Como sea, siempre llevabas la de ganar con ese hijo de puta. ¿Por qué no le diste? Zap, liquidar al cabrón. Mmmm..." Pensó estallar en sollozos —podía hacerlo a propósito—, alzó el dorso de su mano hasta la frente y fingió angustia; pero lo pensó mejor y decidió mejor reír y se carcajeó con gusto y tapó su boca con los dedos de la misma mano, en un simulacro de pudor "Hey, Billy, ¿te acuerdas de aquella vez?, en Lincoln, la pasamos a toda madre, ¿te acuerdas? Estabas encerrado con el bueno de Bob y el viejo Bell en el juzgado y te fui a ver, ¿te acuerdas? Les pedí que me concedieran el honor de darle la mano a un bandolero como Dios manda. ¡Juuuyyy! Y el buen Bell: Bueno, ¿por qué no? Y el viejo Bob renegó y se quejó y le hubiera gustado una cogidita. Y te saludé, Bill Bonney, ¿te acuerdas? Y meneaste las esposas como si fueran castañuelas. Me lanzaste tu sonrisa de come-mierda, tu sonrisa dientona y desafanada de come-mierda y te pasé la nota en un papel de cigarro, entrega foránea —ju ja—, qué nota, no recibirías otra igual ni en la Gloria, ¿te acuerdas? Ja, ja, ja. Y luego, estabas plática y plática con el buen Bell y le dijiste que querías mear —ju jau— allí estaba el viejo patizambo, ¿verdad, Billy? Ay, Billy, la había puesto en el rincón, estaba allí, debajo de un periódico, ¡faltaba más!, envuelta en el *New Mexican*, sí señor. Jo ji ja. Pinche entrega foránea. Y te la acomodaste en la mano que ni mandada a hacer. Y así nomás, te lo echaste y lo lograste, Billy. La hiciste, *Glory, glory, halleluyah*. La hiciste, ¡la hiciste! Te escapaste de Lincoln montado en el caballo de Burt, tan campante, como si nada, y la multitud te aclamaba. Las aclamaciones, Billy, ¡los gritos! Todavía puedo oír los gritos,

Billy. Parece que los estuviera oyendo. ¿Los oyes, Billy? ¿Sí, Billy? ¿Puedes oír los gritos?"

Suspiró, meneó los dedos morenos y descalzos y la sorprendió un jinete brillante y efímero en el cielo, avanzando hacia una tormenta lejana, maravillosamente iluminado a contraluz. El pálido centauro avanzaba sin detenerse a través de un cañón cristalino, centelleando contra el borde del mundo. Y justo antes de deshacerse en jirones y facetas y giros de luz y sombra, un largo rayo de sol prendió fuego en las alas curvadas y limpias de un águila que sobrevolaba el aura azul de la hermosa cabeza, tocada por un sombrero negro.

Grey nunca tuvo que pedir visiones. Las tenía todo el tiempo, no podía evitarlas. Una corriente de aire frío pasó sobre ella y levantó un mechón de pelo sobre su garganta. Su mente volvió a casa de Maxwell y se levantó. Pero la escena de muerte que antes había visto de manera vivida y próxima no volvió a revelársele. Más bien se acercó y anticipó y luego, simplemente, se retiró como si fuera algo vergonzoso, relegado a un compartimiento lejano, a un olvido, al lugar más inaccesible de su mente. Pero la crónica, tal y como se dio, fue inmediata, hondamente presente: todavía es ese momento, casi a medianoche, del 14 de julio de 1881, en Fort Sumner, territorio de Nuevo México. El aire hueco toca las hojas de los duraznos. La luna es pequeña y chata y lejana y su luz, sin embargo, es extrañamente penetrante. Pat Garrett está sentado a un lado de la cama de Pete Maxwell, como una figura de cera. John Poe y T. L. McKinney están fuera, en la noche sin fronteras. La figura pálida se mueve sin prisa, se desliza, llega al alcance de Poe, hacia el cuarto oscuro donde se oye la urgencia de una voz y la pregunta: "¿Quién es?" Es todo. El siguiente momento está siempre por llegar.

Los tipis son altos y luminosos

Ah-keah-de: Acampaban. La luz era dura y brillante ese verano y el pasto de las praderas era alto y la yerba estaba cuajada de flores silvestres, colombinas azules y lúpulo y yerba del apache. El cielo era muy hondo y las montañas parecían sondear en su hondura. Los días eran tibios y enfriaba durante las mañanas y las tardes. Dos personas murieron pero se aceptó, pues eran viejas, estaban cansadas y habían vivido vidas bien vividas. Nació un niño. No se hablaba de ninguna enfermedad y casi todos convivían en paz, sin enojo ni envidia ni engaño. Los ríos y arroyos eran rápidos y fríos y la caza era buena. Los niños inventaban juegos. Las mujeres hablaban sin parar y sus voces eran exaltadas y agudas y sus palabras se encaminaban una y otra vez hacia la risa. También los hombres hablaban, sobre todo de caza, pero a veces se burlaban de las mujeres y presumían de lo guapos que eran todos, hombres y mujeres. Somos gente realmente hermosa, decían, y reían. Los hombres engrasaban su cabello y vestían con pieles finas y hermosas plumas y todos los objetos intercambiables a su alcance: bordados de espinas de puercoespín, trozos de hueso y concha, garras de aves y dientes. Los perros dormían y engordaban. A veces un hombre o una mujer —o hasta un niño, si tenía edad suficiente para andar con cuidado— se alejaba del campamento y volteaba a verlo desde la distancia, lleno de admiración y orgullo. El campamento era grande y bullicioso, parecía un montón de enormes piedras blancas dispersas sobre la pradera móvil y verde. Brillaba y centelleaba contra los montes boscosos y oscuros. Los tipis eran altos y luminosos. Largas cuerdas de humo salían de las cocinas, a veces el humo era azul, a veces gris o violeta. Siempre olía a carne asándose. Y el campamento estaba lleno de sonidos. Se bailaba mucho y las voces de los

cantantes y el golpeteo de los tambores se oía en los alrededores, hasta la lejanía.

Luego, un día, la sangre se agitó y se apagaron las risas, los cantos y los tambores —y en ese lapso y susurro las personas dejaron escapar el verano, atentos al paso de las estaciones en la tierra, conduciéndolos a un destino.

Grey analiza su apariencia

Grey analizó su apariencia en un espejito de metal que sacó del bolsillo de su camisa y sostenía ahora entre el pulgar y el cordial de su mano derecha, manchados ambos por el pasto y el jugo de ciruelas silvestres. Tardó un instante en decidir que era hermosa. Estas serias consideraciones eran constantes y la revelación final era siempre la misma. Una vez había visto en el museo una muñeca kiowa. Era muy vieja y la sorprendió: de cierto modo, de manera personal, inmediata y misteriosa parecía relacionarse con ella. Vestía un traje de gamuza, tenía largas trenzas de pelo natural y llevaba pequeños mocasines bordados con cuentas. Luego vio también una muñeca navajo en la tienda del Puesto Hubbell. Tenía el pelo recogido en un chongo, vestía una blusa de terciopelo azul oscuro y una falda larga y plisada color crema y unos lujosos mocasines rojos y delicadas joyas de plata y turquesa. Miró atentamente las muñecas, tratando de ver sus centros. Sentía que se vinculaban con su propio ser de alguna manera, que eran máscaras para representarla solamente a ella, de una manera profunda y predestinada. Allí se inició su amor por las máscaras. Su padre era kiowa y su madre navajo y en ella confluían ambas culturas sin mayor conflicto. Creció en el pueblo de Lukachukai y el inglés fue su lengua, pero balbuceaba fragmentos de kiowa y de navajo. Aprendió a leer pronto y lo hacía con voracidad. Siempre tuvo libros a su alcance durante los años en que era más influenciable, gracias a la generosidad de la señorita Penélope Sweetser, maestra de tercer grado y bibliófila de Chinle. Enseñó durante treinta años, estuvo casada cinco días y se jubiló y se retiró a una casita de Flagstaff con maceteros llenos de madera petrificada y cactus de invernadero bajo las ventanas; en cada cuarto tenía una biblioteca. Grey leyó Homero y Shakespeare y la Biblia. Leyó Will James y Walter Noble Burns. Leyó Robert Service y

Emily Dickinson. *Laughing Boy* la afectó de tal manera que estuvo en cama tres días. Cuando leyó *La saga de Billy the Kid* quedó postrada y tuvo calentura de 39 y medio. Y en su delirio, le parecía recordar, soñó a Billy, recomendándole leer *Meadows of Atidhen* de M. A. (Motto Asam) Candy, a quien admiraba por su intensidad lírica. Pero nunca pudo conseguirlo.

En esta pradera de Oklahoma, con Dog, se describía a sí misma en estos términos: Dog, Dog, Dog, ¿es de extrañar que inspire las alabanzas de Mastcr Bonney? Claro que no, pues soy una doncella agraciada. He disfrutado de dieciocho veranos maravillosos, todos ellos en la vastedad de la naturaleza, que es mi elemento inseparable. Soy alta, flexible y bien formada. Mi mente es clara. Soy tan ágil como un gamo, estoy por encima de aquello que llaman "marcos de la civilización". Tengo pelo oscuro, brillante, que luce amarrado tras mis orejas de concha, ojos verdes relucientes, nariz aguileña, una boca pequeña, delicada y tan delineada como el arco de Cupido y una cara armónica, adorable y simétrica. Mi perfil es agraciado y bien definido, clásico. Mi piel es cetrina y translúcida y mi porte gracioso y seguro. Mi atuendo desenfadado, muy adecuado. Consta de un traje ceñido de gamuza, perneras bellamente trabajadas a mano y una túnica tejida de piel de lobo semejante a los ropajes utilizados por los reyes y reinas de antaño. Mis pequeños pies de alabastro van enfundados en mocasines ricamente decorados con brillantes cuentas y un hilo de conchas iridiscentes rodea mi garganta larga, delicada, curvada, inmaculada.

En realidad Grey tenía diecinueve años. Sólo medía 1.67, pero cierta cualidad de su porte la hacía lucir más alta. Era delgada y flexible, pero su cuerpo era compacto y fuerte. Su cabello era largo y negro y abundante, tan negro que tenía un brillo morado. Sus ojos eran sorprendentes: su color oscilaba entre el gris, el verde y el violeta. Eran ojos salidos de un mito antiguo, épicos y sagrados, podrían haber sido los ojos de Caliste. Sus cejas eran negras y

pobladas, alzaba una con frecuencia, lo cual le daba una expresión traviesa, de asombro y sagacidad que ponía en sus facciones un toque asimétrico. Sus pómulos eran altos y pronunciados. Su nariz no era aguileña, sino más bien chata y respingona. Su mandíbula era cuadrada y pronunciada y su boca ancha, delineada y voluptuosa. Tenía los dientes inferiores un poco chuecos y un lunar bajo la comisura izquierda de la boca. En efecto, su cuello era largo y curvado, cubierto de una pelusa que bajo cierta luz le daba un aura cobriza. Sus hombros eran delgados y más bien estrechos. Sus brazos eran largos y expresivos y también cubiertos de fino vello, sus manos eran pequeñas y bien formadas. Sus pechos eran grandes y túrgidos, altos sobre su torso; su cintura angosta; sus piernas llenas en los muslos y pantorrillas, de bailarina; sus tobillos pequeños; sus pies firmes y arqueados y sus dedos largos y bien articulados. Su piel era oscura y lisa y firme. Sus movimientos, sobre todo en presencia de hombres y caballos, eran animales y atléticos. De su nuca, bajo sus brazos, de la curva inferior de su vientre y del interior de sus muslos emanaba un olor semejante al del almizcle, el macis y rebanadas de lima. Usaba jeans enrollados y una blusa anudada bajo el pecho —excepto en ocasiones especiales, cuando se vestía según el estilo de las muñecas— y a veces llevaba un sombrero caído con una pluma de águila en la toquilla —y nada más. En resumen, era indescriptiblemente bella.

La extraña e indiferente figura se acerca tanto como para considerarla íntima

La abuela Kope'mah se acostó de lado y fijó los ojos ciegos sobre un recuerdo. Vio el K'ado o Danza del Sol, en 1887, cerca de la desembocadura de Oak Creek, un pequeño tributario sureño del río Washita sobre el Rainy Mountain Creek. El gran albergue redondo estaba adornado con ramas y pendones. El asombro pintó la cara vieja de Kope'mah; tenía la misma expresión de hacía noventa años en Oak Creek, cuando era niña. Una vez más comenzaba el verano; del río se desprendía un calor pesado y las golondrinas y urracas parecían dardos lanzados sobre la enramada cubierta de enredaderas. Mucha gente se había juntado para hablar, cantar, reír; vestían con elegancia. Una vez más era joven y estaba muy emocionada y alegre, simple y totalmente alegre. Al acercarse al lugar, su corazón latía con fuerza, acelerado. Entraron a la oscuridad fresca del lugar hondo e intrincado. Allí estaba expuesto Tai-me, el muñeco de la Sagrada Danza del Sol, Tai-me la más poderosa medicina de la tribu, más potente aún que *tal-yi-da-i*, los diez bultos que contenían el cuerpo del "niño medicina"; su tío T'ene-taide era el guardián de uno de los bultos. Se atrevió a alzar la vista; la figura tiesa y pulida brillaba bajo un rayo de luz y las suaves plumas de su penacho temblaban en la brisa caliente y pesada. Dejó un trozo de lana azul entre las demás ofrendas, más ricas. La presencia de Tai-me era palpable; sintió como si hubiera entrado a un arroyo tibio y manso, la presencia pesaba sobre ella con el peso del agua. Mucho después, tras haberlo pensado miles de veces, le dijo a su hijo mayor que fue ese día en Oak Creek cuando se había hecho poderosa tras una conmoción clara y distante, de una vez por todas, siendo apenas una niña y sin haber soñado siquiera con tal don. Desde entonces fue una mujer muy respetada entre los kiowa —y

también temida, por lo cual sufrió la soledad profunda de los curanderos. Aceptó el poder con simpleza, sin cuestionarlo, y se cuidó de usarlo siempre con rectitud. Y ahora, vieja y por terminar sus días, mandaba llamar cuando menos una vez al día —hasta dos o tres veces— a su bisnieta Grey y le hablaba en susurros. Sus pequeñas manos temblorosas mostraban urgencia, pues la muerte estaba muy cerca de su poder y todo le resultaba claro —excepto su muerte misma— esa extraña e indiferente figura que se acercaba tanto como para considerarla íntima y, sin embargo, siempre vaga e indefinida. La muerte era un enigma sin trampas, entendía eso. Era correcto que en el centro quedara un enigma. Le tocaba; después de casi cien años, bien merecido tenía un enigma.

Del pasto brotan mariposas

El caballo Dog se agitó y del pasto brotaron mariposas. Se elevaron hacia el cielo brillante para convertirse en los prismas y el confeti del sol, hasta formar un vasto y móvil destello, una iluminación del aire parecida a un enjambre magnifico. Dio con los cascos en la tierra rosada levantando terrones como si fueran granizos. Corrió con la cabeza y la cola en alto marcando sobre el horizonte una estela parecida al humo. Después, tranquilamente, regresó hasta la cumbre donde estaba la muchacha y comenzó nuevamente a pastar.

Están demasiado lejos

Desde la apertura de su tipi, desde el punto más alto del campamento, la vieja Koi-ehm-toya vio a los niños moverse hacia los árboles, entre los accidentes de la pradera. ¡Zeid-le-bei!, pensó: cosa mala, peligrosa. La luz comenzaba a ahondarse, hacía buen rato había pasado el mediodía. El aire tenía destellos dorados y los bosques, una bruma vaga. Koi-ehm-toya entrecerró los ojos y parpadeó, tratando de distinguir a los niños, pero estaban demasiado lejos y se alejaban, de espaldas al campamento. Los contó —cinco, seis, siete— y los volvió a contar. No, eran ocho. ¿A dónde irían? ¿Los habrían mandado por provisiones? Era poco probable. En todas las rejas había carne; nadie sufría hambre. Los niños aparecían y brincaban y tropezaban en la distancia. Ah, solamente están jugando, decidió, corren y pierden el tiempo, como niños, sin pensarlo. Chasqueó la lengua y un reproche le endureció la cara. Y, como cuadra a las viejas, pensó en voz alta qué sería de sus gentes, se habían vuelto tan descuidados. Regañó en voz baja a los niños pero ya no podía verlos. Se habían perdido ya entre los árboles, entrando a una oscuridad que a Koi-ehm-toya le pareció absoluta. ¡Zeid-le-bei! Bueno, alguien debía preocuparse, después de todo. Suspiró. ¿Qué sucederá cuando ya nadie se preocupe? Solo pensarlo la hizo estremecerse. Un halcón cruzó frente al sol, su sombra se deslizaba sobre el pasto.

Lo paraliza echándole mal de ojo

El caballo Dog cortaba el pasto metódica, meticulosamente. Era un hermoso alazán macho de cuatro años, de pecho ancho, orejas negras, crines y cola negras. Tenía buena musculatura y lomo corto, y era veloz. Por estos lugares, tres o cuatro generaciones atrás se le habría considerado un caballo de caza y se le hubiera apreciado mucho. Habría conmovido profundamente a los antiguos habitantes de las praderas, contemplarían su gracia y su belleza, su actitud de cazador, extrañamente quieta y alerta y llena de movimiento latente, abrupto —sobre todo aquéllos que pusieran las manos sobre su piel o al calor de su aliento. Él y el hombre que lo tocara —siempre y cuando lo hiciera de manera apropiada— habrían formado una ecuación sagrada, una historia buena y verdadera.

—¡Dog! —sonó la voz de Grey. El caballo la había arrancado de golpe de su siesta al tocar con su nariz los dedos descalzos y, con rápidos reflejos, su cuerpo entero respondió encogiéndose en posición fetal. Dog alzó la cabeza tensa, salvaje, temblorosa. La miró preocupado, con los bellos encendidos, mostrando el blanco de sus ojos. Ella se tranquilizó; luego él.

—Dog, Dog, Dog, Dog, Dog, Dog —dijo, dando una inflexión diferente a cada Dog. Lo paralizó echándole mal de ojo. —Vuelve a hacerlo y te haré nudos ciegos en el pelo del culo y jugaré a los bolos con tus huevos —dijo dulcemente.

Grey se levantó, bostezó, se estiró y luego montó con facilidad y encaminó al caballo en dirección contraria a Bote, Oklahoma, atravesando el arroyo y entre los árboles, para luego hacerlo galopar hacia el sureste, en dirección a la casa gris sobre la planicie roja donde la vieja Kope'mah yacía moribunda.

Grey aprendió cuanto sabía acerca de los caballos cuando era niña en Lukachukai y como adolescente, en Dulce. Ashkii Tolichee, el hermano

mayor de su madre, tenía un rebaño de mastreños y otro de borregos, que cambiaba por dinero; dinero con el cual compraba más caballos y más borregos. Ella era su sobrina favorita. Era de la "banda Chinle", decía su esposa, una empresaria tradicionalista. El primer amante de Grey, un jicarilla con una cicatriz blanca sobre la oreja izquierda y la mandíbula, llamado Perfecto Atole, no tenía en qué gastar el dinero a pesar de ser el dueño de un potro para lazar y de una yegua negra para cortar rebaños, y de cuatro pares de botas hechas a mano: le contagié su pasión por los rodeos. Grey se convirtió en una estrella de primer orden. Muy pronto, desde el principio, pudo hacer el paso Pony Express sin fallas y perdió la virginidad en un mismo día, en ese orden. Una vez ganó veintiocho carreras de barriles y lazó y ató trece becerros en un tiempo total de tres minutos y cuatro segundos y se mantuvo sentada más de ocho segundos sobre el famoso caballo tumbador Jackhammer, alias Havoc, alias Muele-riñones, todo en doce días.

Y, así pues, un día que hablaba con Dwight Dicks, empleado de Worcester Meat, el hijo de Dwight, Murphy, pasó como a cinco metros de donde ella estaba, jalando un caballo que se llamaba entonces Ley de Murphy. De pronto estuvo en la periferia de su mirada, discreta y fortuitamente, y ella volteó apenas la cabeza y la enderezó sin trastocar ni una sílaba de lo que decía —hablaba de estiércol. El caballo se levantaba dieciséis manos del suelo. Su cabeza era bien formada y algo pequeña para el cuerpo, con ojos grandes y bien separados y pequeñas orejas puntiagudas, con los bordes hacia dentro. Sostenía la cabeza, en alto de tal modo que arqueaba el cuello, con el perfil erecto y los bellos dilatados; la expresión a la vez benigna y alerta mostraban instinto e inteligencia despiertos. Tenía la espalda corta y derecha, el pecho era pronunciado y ancho. Sus patas traseras eran musculosas, con músculos bien articulados. Las extremidades eran largas, derechas, limpias y sostenían correctamente el cuerpo. Los cascos eran

pequeños y bien formados. Las venas del cuello y las patas delanteras eran pronunciadas. Su piel era oscura y lustrosa. Las crines eran largas y la cola larga y esponjosa. Aunque iba al paso, su energía y su fuerza estaban a flor de piel, de modo que parecía a punto de cabriolar, caracolear o retroceder. Y en ese momento decidió tenerlo; no ser su dueña, en el sentido usual, sino tenerlo a disposición de su voluntad en la medida en que la criatura lo aceptara, tenerlo en sus manos y entre sus piernas, contarlo entre las cosas que la definieran. Lo conocía ya con el nombre de Dog. Fue por ese tiempo, también, cuando se proclamó a sí misma alcalde de Bote, Oklahoma.

Viene el oso

Una noche, cuando los grillos y las ranas hacían una extraña sincronía en el río, y la luna verde parecía rebotar y flotar entre las nubes, la abuela Kope'mah susurró a su bisnieta Grey algo que no tenía relación con nada de lo que hubiera dicho antes: "viene el oso". Esa noche Grey soñó que dormía con un oso. Tenía puntos y rayas de polen azul y amarillo en los ojos grandes y suaves y sobre el gran hocico brillante. El oso la atrajo con sus brazos gruesos y le lamió el cuerpo y el pelo. Se agachó sobre ella, doblando el espinazo como si fuera gato, hasta que su enorme cuerpo pareció absorber el suyo. Su aliento, que tenía un ritmo hondo y gutural semejante al del lenguaje, tocó su piel con un calor tenue y persistente. El oso amasó con su lengua sus pies, su vientre, sus pechos, su garganta. Su propio aliento se acentuó y de su interior brotaron oleadas largas y orgásmicas; sintió que su cuerpo se inundaba de sangre. El sueño estaba repleto de asombro.

Eso es todo

-Ah, carajo, valió el caballo -dijo Murphy. No la miraba de frente. No fue lo que quiso decir, era como si hablara su padre. Tenía vergüenza.

-Lo sé -dijo Grey.

-Es un caballo de una pieza -dijo Murphy.

-El mejor -dijo Grey.

Y eso fue todo.

Sentadas así, como madre e hija

Esa tarde, mientras servía a la abuela el caldo de res y cebolla en un plato, Grey, en sueños, vio otra vez la figura huidiza en el porche. Luego hubo un pequeño intervalo donde el tiempo se detuvo — un suspenso perfecto— y fluyó otra vez. Deluvina Maxwell, una mujer navajo como ella, antes sirvienta, vino de la casa y lanzó maldiciones sobre Pat Garrett. Tuvieron que detenerla.

Días antes, en la oscuridad que la rodeaba, la abuela había entrado a un estado mental sin límites, a una conciencia personal e inmediata, extrañamente lúcida y eufórica. En tal estado, fue ella misma por última vez, tan contenida enteramente en su naturalidad e inocencia como el día en que nació, cien años atrás; un estado sin la menor distracción, donde el tiempo no jugaba ningún papel.

Hablaba un lenguaje vigente cuando era niña y lo hablaba con personas que habían muerto hacía sesenta, setenta, ochenta años.

Veía cosas marchitas y gastadas por el tiempo, pero las veía ahora enteras y nuevas y hermosas. Olía la fragancia fresca y viva de una rosa salvaje que había metido entre las páginas de un libro de himnos en 1913. Sentía el calor de los fuegos encendidos en la pradera cuando era una joven casadera, y las madres y las abuelas la cuidaban, esperando la preparación —poner en escena la ceremonia de su preparación— para ella y para su hombre. Oía a los lobos aullar en las cumbres de Llano Estancado iluminadas por la luna. Tomada de la mano de su padre veía, a una milla de distancia, una manada de noventa búfalos sobre la pradera de Washita, siempre bajo la sombra de una gran nube gris. Le parecían muy nobles y definidos y, ciertamente sagrados, al andar con el más lento movimiento entre la niebla de la lluvia coloreada. Eran salvajes y familiares a la vez. De una ojeada se distinguían los becerros, hasta los más pequeños. Ella y su padre estaban sentados con las piernas cruzadas sobre una

loma alta de mostaza silvestre y miraban el rebaño pastar en la pradera, el pasto ondulaba con sus charcos de colores —malva rosa, campanillas azules y margaritas. Un relámpago luminoso cayó entre el rebaño —Man-ka-ih— y hubo una breve y súbita conmoción, una agitación tan concentrada y transitoria que no dejó marca alguna sobre la escena. El rebaño parecía vegetación crecida sobre la tierra grande, negra; se movía como se desliza el sedimento del agua, lenta como la sombra de la nube veraniega. Pero esa noche su padre le dijo, para su sorpresa, que la manada ya estaba a un día de distancia hacia el oeste.

Parecía dormida. Alguien había traído una lámpara de keroseno y la había colocado en un rincón del cuarto. Kope'mah no veía ni siquiera esa luz penetrante, profunda y amarilla, pero podía oler el combustible y el humo. Conocía el parpadeo de la luz sobre las paredes de su cuarto, sobre la colcha de parches que había cosido en 1929, sobre la bandeja y la jarra de peltre azul del rincón más lejano, el vaso de vidrio barato al alcance de su mano. Alguna vez había visto estas cosas; casi no había nada en el cuarto que no hubiera estado allí cuando aún podía ver, veinte años atrás, fuera de los emplastes aromáticos y las piedras lisas y las cintas de terciopelo que le traía Grey. Guardaba en su memoria todos los colores y formas y texturas de tiempos anteriores. Pero ya no sabía qué cosa era su memoria.

Creyó haber hablado con quien trajo la lámpara, pero no estaba segura. En todo caso no le respondió, y no importaba. Había sido Worcester; pudo olerlo. Había sido su hijo Worcester, a quien tenía poco que decirle. Era su segundo hijo varón, el cuarto entre todos. No se parecía en nada a su hijo mayor, Kauliteh, quien fue profeta, ni a su último hijo, Walker, el favorito, abuelo de Grey. Fueron hombres orgullosos, de cabezas firmes. Worcester, en cambio, era descuidado y desapasionado.

Era anticuado, afable, imperturbable. Nunca supo que se opusiera a nada, y eso la irritaba. Pensaba a veces que tal vez tuviera razón al adoptar con simpleza una actitud blanda, práctica a fin de cuentas; mundano, suficientemente sensato para vivir en paz en un mundo peligroso. Pero sentía poco respeto por tal sabiduría, si puede llamársele sabiduría. Prefería una sabiduría espiritual como la de Set-angya, una especie de intuición ajena al mundo, una especie de locura santa, una inteligencia que le parecía salvaje y nativa. Set-angya había sido guerrero y jefe. Worcester Meat era apenas original y benigno; tenía setenta años. Pero prefería las leyendas a los originales benignos. A Set-angya lo mataron los soldados, lo balacearon en Fort Sill antes de que ella naciera, y se había conformado con su muerte; al enfrentarla cantó la canción de los Kaitsenko. El arrojo era una locura en él; era alguien de quien se contaban cosas en una historia; toda su gente amaba a los guerreros locos, a quienes tenían historias, a quienes eran leyendas.

Otra vez se abrió la puerta y Grey entró al cuarto, trayendo el cuenco con caldo. Kope'mah supo inmediatamente quién era y lanzó una exclamación típica de las mujeres de la tribu: "'Eh neh, neh, neh, neh!", decía frunciendo el ceño, lo cual le confería dignidad y veneración. A Grey siempre le pareció una fórmula de encantamiento donde coincidían la esencia del gozo y la sorpresa; la llamaba "llanto alegre".

Kope'mah tomó solo un poco de caldo; cuando por fin se enfrió Grey puso el plato a un lado. Se sentó junto a ella y tomó entre los suyos los dedos de la abuela, deditos como arañas. Kope'mah parecía una niña dentro del abrazo de Grey, con sus huesitos doblados sobre el amplio pecho de la joven. Estuvieron sentadas así como madre e hija, en silencio, largo rato. A ratos Kope'mah parecía dormida y su respiración era tan débil que apenas se escuchaba; luego se hacía irregular, difícil, y Grey sabía que estaba despierta. A lo lejos

cayó un rayo. Un viento errático y tibio trajo al cuarto un olor a lluvia por la ventana del sur; había un clamor constante de insectos en la noche.

Pasada la medianoche, la voz de la abuela comenzó a sonar en el cuarto, tentativa y casi inaudible. Grey no tenía que afanarse con las palabras, pues escuchaba por encima del nivel del lenguaje, debajo de él, en los remansos hondos de la imaginación. Y entonces fueron dos mujeres, la narradora y su oyente, oyendo y narrando la emergencia ancestral de la luz. La luz aparecía como una mancha de agua quebrada y oscura en los pastos, luego se hacía honda como arena, luego era cobriza —las alas de una paloma de tierra— y luego era calabaza y jícaras. Las hojas temblaban en la luz clara y fría. El viento nocturno se mantenía bajo, entre las espigas móviles. Las langostas rebotaban y golpeaban y volvían a saltar, brillando y reventando en la tierra. Las dos mujeres contuvieron la respiración. Un regocijo intemporal entró a sus venas, al torrente de su sangre compartida.

Luego el caballo, el caballo de caza Dog, relinchó cerca, entre los pájaros que trinaban y los gallos cantando. La cabeza en alto; sus ojos como carbones, y sobre cada uno de ellos brilló el arco anaranjado y tenue del sol, como una chispa dentro de un cristal y miraban el viento, largo y persistente; las orejas hacia delante, las crines y la cola enredadas y altas en el aire. Recortado contra el horizonte parecía una abstracción, el símbolo de la energía pura, masiva, negra y singular. Era una imagen teñida por la luz naranja. Y cuando caracoleaba y corría era a la vez una cohesión y una desintegración, anómala y explosiva, de forma y movimiento y color al mismo tiempo. Era un caleidoscopio. Era Man-ka-ih, el espíritu de la tormenta. El sol naciente se astilló en sus hombros y flancos, rodaba y se quebraba; la noche se quedó en los pliegues de su cuerpo de trueno entre el cúmulo, la extensión, el brillo; la terrible

concentración de sus cascos sobre el suelo pedregoso, la respiración tan agitada que parecía una entidad.

Reposo. La abuela Kope'mah había comenzado a decir nombres: Set-pago, Set-tainte, Set-angya, Set-mante.

Setman.

Set.

Se explica: el tedio de Dios es infinito

s

Locke Setman, llamado Set por todos sus conocidos, había encontrado en la pintura cuando tenía treinta años la expresión más cercana a su espíritu. A los treinta y cinco gozaba de bastante fama, había recibido varios premios importantes y atraía la atención de críticos y coleccionistas de todo el país. Tener uno de sus cuadros estaba de moda —y era caro. A los cuarenta era un artista de primer orden en su país y se hallaba en peligro de perder el alma. Recaían sobre él demandas innumerables; llegó a entender que el éxito, en términos de prestigio y dinero, era costoso en otras esferas. Se le pedía que sacrificara su arte o su persona de una u otra forma, cada vez con mayor frecuencia, y él lo aceptaba casi siempre, pues tenía inclinación a ser pasivo e ingenuo; le resultaba difícil decir que no. Quienes exhibían su obra, la elogiaban y compraban y procuraban su proliferación, comenzaron a determinarla. Set accedía. Después de todo, le gustaba la celebridad. Era maravilloso ser reconocido, buscado, admirado, imitado y envidiado. Los hombres ricos lo invitaban al club, insistían en que hablara en sus comidas, daban fiestas en su honor. Las mujeres se fijaban en él, se le acercaban, lo reclamaban como suyo y él accedía.

A veces su desencanto era tal que lloraba. Pintar era algo tan bueno, ver algo y plasmarlo —una cara o una huerta o la luna moviéndose—, hacer una pintura de todo esto según su visión, que era única, singularmente válida. ¡Ah, eso lo emocionaba! Ver y pintar con entusiasmo, con entusiasmo de niño: era lo que lo mantenía vivo. Un niño dice: "Mira, vé. Pinté un pájaro, es lo que vi con mi alma. ¿No es maravilloso? ¿No te parece una buena manera de ver?" Set se esforzaba en ver e imaginar lo que veía, tan honestamente como le era dado, para que otros pudieran ver con sus ojos, para que otros pudieran verlo como nunca lo habían visto. Pero a nadie parecía

importarle eso, a ninguno de sus allegados. Quería un niño. Quería que un niño viniera a su estudio, mirara las manchas de color de las paredes, del suelo, del caballete, mirara los dibujos de su pared, tocara con sus manos los lienzos con varias capas de pintura, decirle al niño: -Fíjate cómo vibra este amarillo. Mira los azules, son un misterio. ¿No te parece increíble que semejante azul exista? Y por un momento los ojos del niño se hubieran abierto, asombrados. Pero los críticos y vendedores de obras de arte entrecerraban los ojos con mirada aguda y en sus caras había cálculo.

Y a pesar de todo tenía aplomo y estaba comprometido con su independencia. Por lo tanto, luchaba. Tenía ahora cuarenta y cuatro años y se encontraba en una posición difícil. Se había comprometido más de lo que sabía y desperdiciaba mucho tiempo y talento; estaba fastidiado. Recordaba cuando pintaba sólo por pintar, movido por una exuberancia salvaje del espíritu. Estaba lleno de entusiasmo, entusiasmo de aprender, de experimentar, de sentir que sus habilidades y sus logros se aproximaban. Pero había concedido casi todo su tiempo y su trabajo a su público. Y a cada momento parecía cumplirse el plazo para entregar otro cuadro, otra promesa. Más aún, su trabajo se había estancado. Quería pintar un árbol y estaba obligado a pintar una casa, quería pintar en formato pequeño pero debía pintar lienzos grandes; quería hacer algo que nunca antes hubiera hecho, pero estaba obligado a hacer lo mismo una y otra vez, siempre. Sí, estaba aburrido y fastidiado. Retirarse fue lo único que se le ocurrió, dadas las circunstancias; no completamente, no repentinamente, pero sí de manera consciente. Cumpliría sus obligaciones, claro, y lo haría de la mejor manera, pero antes que nada y sobre todo sería fiel a sí mismo. Se empeñaría en salvar su alma.

Por esa época pintó un autorretrato, un esbozo de cuerpo entero en acrílico sobre papel. Tenía un gran parecido, a pesar de que Set no era retratista y la semejanza, aunque cercana, era estilizada,

esencialmente abstracta. Sobre un fondo café y negro predominaban los azules, verdes y el marfil. La figura estaba paraba con los pies separados, de frente, con una actitud tranquila, las manos en la cadera. La ropa de trabajo salpicada de pintura parecía colgar de un maniquí. El cuerpo parecía el de un hombre alto, con largo torso, a pesar de tener los hombros y los muslos bien formados, redondos como de nadador. Los pies y las manos eran delgados, los brazos y el cuello desproporcionadamente alargados pero de alguna manera acordes con el carácter general del retrato. La cabeza estaba un poco ladeada. El cabello azul y canoso y descuidado llegaba casi hasta las orejas. La cara era fuerte, la frente alta y ancha, la nariz recta, la mandíbula ancha y el mentón recortado. La expresión era inescrutable, pero podía pasar por benigna. En la boca ancha podría haberse adivinado una tenue sonrisa. Los ojos estaban entrecerrados, como si el personaje enfrentara al sol. La mirada era fija y penetrante. El retrato presentaba a un hombre considerado y bien intencionado, un hombre inteligente y de cierta experiencia, un hombre de pesares, un hombre de hondos sentimientos.

Set se imaginaba que pintaba para complacer a Dios, pero en realidad lo hacía para sorprenderlo. Su prepotencia y arrogancia eran grandes y peligrosas, ciertamente le conducían al pecado de la desesperación y de allí a la muerte y a la nada. Bent se lo decía, medio en broma y medio en serio. Más bien, como se dijo Set en una ocasión, pintaba para aliviar el terrible tedio de Dios en vano, añadió: el tedio de Dios es infinito. Los humanos, ciertamente, hemos dejado de entretener a Dios hace siglos con nuestra cortesía, nuestra buena educación y nuestras suegras. Lo que sostiene a Dios es una satisfacción más profunda —que nunca podremos conocer—, por haber creado algunas cosas incomparables: paisajes, aguas, pájaros y animales. Se siente particularmente orgulloso de las estrellas y le complace soplar estragos sobre los océanos. Suspira con la música del desierto al amanecer. El águila y la ballena todavía le dan

motivos de asombro y reflexión. Y cuánto debe penar por el mastodonte y el *archaeopteryx*. Y el oso —¡ahí Dios usó las dos manos cuando hizo al oso. Imagínenselo, un oso salido de las manos de Dios.

Tiene la forma de una rueda de vidrio fundido

Set recordó:

Al niño Locke Setman, llamado Loki, a los trece años, sentado en un sillón de cuero verde en la sala de la casa de Sandridge, en Scott Street. Miró con atención el gran libro, sin importarle que el gran danés azul Luke, llamado Luki, jadeara, se estirara y casi tirara la rejilla de la chimenea con una pata, lanzara un bostezo aterrador y un aullido capaz de hacer temblar las paredes. Era un libro escolar común, una Astronomía Ilustrada publicada en Nueva York en 1849. El libro estaba muy maltratado y Loki era consciente de que debía tratarlo con cuidado. Era frágil y, por eso, mucho más precioso. Lo había traído del estudio de Bent después del desayuno y llevaba más de una hora enfrascado en él. Lo volvió a tomar cuando regresó de la escuela. Prestó particular atención a las ilustraciones, realmente hermosas y exóticas, en especial una. Trazó sobre ella con los dedos, cuidadosamente, los signos del zodiaco. Sus signos eran Tauro y Escorpión, Bent se lo había dicho un domingo en la tarde cuando se embarcaron en una lancha hacia Tiburón; Loki llevaba una rosca despedazada para aventarla a las gaviotas que daban vueltas. En la ilustración el toro brincaba, ligero, sobre la órbita de la Tierra, rigurosamente constreñido a su constelación, bajo el texto:

"OCTUBRE. La Tierra entra a Tauro el 23 de octubre y el sol entra al mismo tiempo a Escorpión." La información amplia del libro parecía irrefutable y Loki estaba fascinado. Se veía otra vez en el Hospicio San Pedro y San Pablo, antes de su adopción, despreocupado ante su pupitre, de la hermana Stella Francesca con sus ojos saltones preso en la mirada benigna; la incredulidad y agitación de sus congéneres, ligera alrededor de su cabeza, como laureles.

P: ¿Cuál es el telescopio más grande del mundo?

R: El telescopio de Lord Rosse, en Birr Castle, Irlanda, que mide 56 pies de largo.

P: ¿En la antigüedad, cómo pensaban que era la tierra?

R: Creían que era una gran planicie, sólo alterada por las montañas y los cerros.

P: ¿A qué distancia está el sol de la tierra?

R: A 95 millones de millas, aproximadamente.

P: ¿Qué tanto más grande es el diámetro del Ecuador que el del Polo?

R: Casi 27 millas.

P: ¿Qué son la Vía Láctea y las estrellas visibles a simple vista, el sol incluido?

R: Son cúmulos inmensos, o firmamentos, claramente diferenciables de otros cúmulos o nebulosas celestes.

P: ¿Qué forma tienen estos grandes cúmulos o firmamentos?

R: Tienen la forma de una rueda de vidrio fundido.

Esta imagen sagrada, variable e iridiscente llenó de lágrimas los ojos de Loki. En su imaginación vio el gran anillo o la sucesión de anillos brillantes, girando como espirales en vuelcos infinitos hasta un punto en el lado inverso del tiempo. Fue su primera noción real del infinito; lo cautivó y lo sorprendió y luego, por la gracia de Dios, dejó de llamarle la atención por completo. La información que más le gustaba era esta:

Ursa Mayor, la -Osa Mayor.- Las siete estrellas de esta constelación forman lo que se llama la Osa Mayor. Se sitúa a los 15 grados norte del zenit y un poco al oriente del Norte... Tres estrellas forman el cuerpo y cuatro estrellas la cola de la osa. Dichas estrellas son reconocibles a simple vista. Seis son de segunda magnitud y una de tercera. Las dos primeras, alfa y beta, se llaman indicadoras, pues una línea trazada entre ambas hacia el horizonte pasaría muy cerca de la estrella Boreal, que está aproximadamente a 30 grados de ellas, sobre el horizonte.

Y Set recordó:

El sol golpeaba desde las ventanas de Scott Street a través del complejo diseño floral de una ventana emplomada. Sobre la cara y el pelo de Loki la luz era de cuatro colores. A pesar de estar dormido, parecía sensible a la luz de colores; oleadas pálidas, una tras otra, corrían bajo sus párpados. Soñaba que alguien se acercaba: una joven frágil con boca parecida a la de la hermana Stella Francesca, dispuesta a no sonreír nunca, sus ojos puestos en algún detalle más allá del sueño. Y el sueño era —es— siempre inmediato. Camina con un ritmo rudo y circular. Su pelo es largo y rojizo, ondula cuando se acerca. Sus pechos son túrgidos y sin embargo saltan y se balancean visiblemente, su movimiento es lento y casi dibujado. Sus muslos son gruesos y se señalan en la falda de seda cruda color marfil, con su caída y vaivenes, la carne es redonda y tibia, más de lo que alcanza a entender, y sin embargo no podía estar más agitado, receptivo o inmerso. Lo mira de frente, no se sabe si lo reconoce o no. Luego ella sacude la cabeza. El pelo espeso cruza sobre su boca brillante; su actuación se dirige solo a él en esta pequeña y enfadosa escena. Y él parpadea con vergüenza y entusiasmo. Es mucho más que hermosa. Es extraordinariamente grácil y sensual y viva. No hay nada en ella que no sea definitivamente femenino y deseable, en toda su piel, aún en su precario código adolescente. Por fin se para frente a él, sobre él, con los pies separados y él baja la cabeza, tímido e infinitamente abochornado. Sin embargo, se da cuenta con una terrible perturbación de sus pies bien formados, dentro de sandalias, con dedos largos y definidos.

Y sueña con el contacto de su madre, su abrazo y todos los detalles de su presencia física: su olor, su aliento, su sudor, las superficies brillantes de su espalda y sus caderas y sus hombros, sus pechos y nalgas que ceden bajo los dedos, el olor agrio de su piel en la lengua. El sonido de su voz lo envuelve como música solemne y

serena. Sus palabras, ininteligibles, crean y reafirman todo su ser. El sueño se convierte en un cuento, en un mito. El ritual tiene un lugar, como el bien y el mal y hay una intimidad inefable. Todo es natural y no se cuestiona si es correcto o incorrecto. Hay un momento apenas en el rito de pasaje, una acumulación irresistible de vivencias. Más aún, el público que se reúne alrededor del centro, del altar, del cuento, con atención interesada y sostenida, entiende y acepta —tampoco se trata de una condonación—. Y la historia se convierte en cuento. Entre los participantes sólo reconoce a su padre, que sonríe y lo anima de manera silenciosa pero inequívoca. "Mira, Loki", dice su padre, y en su voz hay cierta urgencia. "Mira, querido, fíjate en esto", dice su madre. Sólo más tarde, con la primera mujer, el sueño emerge desde su inocencia ciega, desde una frustración semejante a la parálisis. Más fascinado que asustado mira el hueco oscuro, tan bien delineado bajo la colina blanca del vientre de la mujer y mira dentro de la carne ondulada, bordeada de rosa y magenta que emerge como una genciana entre el pelo tieso y sedoso.

Despertó alarmado, con un sabor amargo en la boca, como si hubiera mordido una semilla. Luke, Luki, se agitó a sus pies al llamado de la naturaleza y bostezó con ganas. Loki abrió los ojos. Bent Augustus Sandridge lo miraba desde el tercer peldaño de la escalera. El pelo canoso de Bent era espeso y siempre estaba desgredado, entrecerró los ojos tras los pequeños anteojos redondos de metal. Usaba un suéter abierto negro, como siempre, varias tallas más grande, deforme, con hilos jalados y manchas de años. Fingió un gesto austero y un parpadeo le dio un aire de irritación a su cara roja y redonda. Pero era un hombre gentil.

—Su tonta, azul y pectorra eminencia parece requerir un paseo por Los Prados —dijo Bent—, ¿quieres venir?

Loki se frotó los ojos y aceptó meneando la cabeza.

—Ah, y la señora Archuleta pregunta si quieres crema de salmón para la cena.

—Uh, me parece excelente. Era un chiste usual, no admitía réplica. El olor de cebolla sancochada y de puerco salado ya había llegado a la nariz de Loki; meneó la cabeza, sí, aunque quería refutar el cargo contra la inteligencia de Luke. Aún no despertaba del todo. La capacidad intelectual de Luki podía quedar pendiente. Tenía hambre. La crema de salmón era su platillo favorito entre todos los de la señora Archuleta, a excepción del pozole navideño de la señora Archuleta.

A Loki le dio risa ver a Bent poner su correa a Luke. El gran animal azul tenía una exuberancia indomeñable y un apetito insaciable de travesuras. A veces parecía querer ganarle a Bent, le ganaba a Loki y les daba una correa para que se colgaran, tal cual, y entraran al tráfico enredándose en las orillas de la banqueta, los escalones y las entradas, mientras Loki embestía a gatos y niños. Más tarde, al regresar de Los Prados, donde metía terror en el corazón de personas y bestias, Luke, tendido, era plácido como una mula. Y Loki llevaba entre las dos manos la correa, dando gracias de que la subida larga y pronunciada hacia la cima de Pacific Heights fuera su aliada. En Loki había un espacio vacío, una añoranza de algo más lejano que la memoria. Con frecuencia pensaba en su madre, que murió casi al nacer él. Sabía que no era ese fantasma pálido y sensual de sus sueños; era la pieza clave de su fe en el pasado. Supo que había existido, sin conocerla, que le había dado la vida, como él se la había quitado; su sangre pulsaba dentro del corazón mismo. Su realidad era la de todo lo que había ocurrido en el lado oculto del transcurso de su vida. Era su antecedente más personal e inmediato, la materia de la cual estaba hecho, el espíritu que agitaba su sangre. Podía imaginarla, Catherine Locke Setman, de una manera en que nadie más podía hacerlo.

Cuando abrió la puerta de Scott Street se desbordó hacia afuera el estruendo de la Obertura de Carmen, la música favorita de la señora Archuleta. Las paredes resonaban igual que con los bostezos de Luki. Bent, en el descanso de la calle, murmuró algo, sofocado.

Se parece mucho a la famosa fotografía

Grey puso su mano sobre la frente de la abuela, sus dedos oscuros resaltaban sobre la piel pálida y arrugada y el escaso pelo cano. A la abuela le resultaba difícil respirar ahora. De cuando en cuando tosía débilmente. Grey tenía el caldo salado junto a la cama, pero eran los últimos días y la abuela solamente tomaba té. Jessie, la nieta de Kope'mah, quería atender a la moribunda, quería serle indispensable, pero no sabía cómo. No era una mujer rencorosa, pero a veces su cara enrojecía levemente y sentía vergüenza cuando veía a Grey ir y venir. Ella había cuidado a la abuela durante años. Había cocinado su comida, lavado su ropa; había sacado la bacinica y lavado las llagas; había recibido a las visitas y pagado las cuentas y espantado a las moscas. Pero nunca gozó de la confianza total de la abuela. Era a Grey a quien la anciana confiaba su corazón y sus pensamientos.

Casi a punto de dormirse la abuela había hablado de Catlin Setman, o de Locke, el hijo de Catlin. Grey no encontraba el sentido de sus palabras pero sonaban serias: más que serias, urgentes.

Grey se quedó dormida en la mecedora oyendo el jadeo de la anciana moribunda, contaba los intervalos de su aliento. Aunque Grey era tranquila y firme, la espera comenzaba a fatigarla. El cuarto pequeño empezó a ser sofocante. Cayó en un sueño profundo y sus pestañas aleteaban, sus manos tenían breves movimientos reflejos. Soñaba. Y en algún momento, en medio de la noche, se sobresaltó y despertó del todo, repentinamente, mirando hacia un rincón del cuarto. Allí estaba Henry McCarty, inclinado, mirándola de arriba abajo con ojos casi incoloros y un asomo de sonrisa. Se parecía, mucho a la famosa fotografía. Usaba un sombrero negro y arrugado con un cintillo de cuero. Su cara era algo irregular, sus orejas grandes y su pelo largo y rizado. Tenía una expresión pasiva, casi hueca, la

boca entreabierto mostraba dientes amarillos y un poco salidos. Usaba un pañuelo en el cuello. Sobre su camisa llevaba collares, cadenas pequeñas de las cuales colgaban curiosos dijes en forma de herraduras, colocadas oblicuamente sobre el lado izquierdo del pecho por debajo del cuello de la camisa. Usaba un chaleco de gamuza abierto, con cinco o seis botones y solapas redondas y pequeñas. Sobre esto llevaba un suéter abierto oscuro con forro blanco, mangas demasiado largas. Sus pantalones eran de tela tosca y gruesa, tiesos y usados, metidos en botas altas terminadas en V, con tacones raídos y jaladeras muy gastadas. Una cartuchera y una pistola con una funda grande de cuero colgaban de sus caderas. En la mano izquierda sostenía el cañón de un rifle automático colocado sobre el suelo; la mano derecha, abierta y suelta, estaba sobre su cintura, donde apoyaba el brazo algo doblado.

—Billy, hijo de puta, ¿dónde estabas? —le preguntó con voz llena de sorpresa y consternación. Quería mostrar su placer, pero él parecía tan solemne.

—Quihubo —dijo Billy.

Se imaginó que llevaba puesto un vestido blanco. De pronto se vio torpe, alisó el pelo con su mano

—¿Tienes... tienes hambre?

—No —dijo— quería verte. No tengo mucho tiempo.

—Necesitas un corte de pelo —dijo Grey—. Te lo corto.

—En otra ocasión, si no te importa. Los muchachos están all´á. Hemos cabalgado mucho, necesitamos movernos.

—¿A dónde? —preguntó Grey. Trataba de hablar en voz baja, pero estaba emocionada. — ¿A dónde> Billy? ¿Los acompaño?

—No, esta vez no. Vamos Para Colorado. Trinidad. Vamos a visitar a un hombre, a un amigo enfermo—. Tras una pausa agregó: —Vamos a matar a los médicos.

—¿Qué?

—A los médicos de Trinidad. Son cuatro. Vamos a matarlos.

Quiso preguntar por qué, pero no lo hizo. Se lo diría si se le daba la gana, cuando se le diera la gana. Encogió los dedos de los pies, apenas visibles bajo el dobladillo de su vestido blanco y tieso. Él no le quitaba los ojos de encima. Ella desvió la mirada, sintiéndose tímida ante él, solo ante él. Y el cabrón iba a ponerse solemne. La iba a dejar, sin reírse, sin tocarla siquiera.

—Bueno, verás —le dijo suavemente— mi abuela está muy vieja y se ha puesto muy débil, y creo que va a morir pronto y yo... —señaló con la cabeza la pequeña forma quieta de su abuela Kope'mah, encogida y tapada con un sarape sobre la cama oscura, allí cerca, casi invisible bajo la tenue luz.

—Ya sé —dijo Billy.

Sabía que se iría en cualquier momento. Sus palabras eran suaves y consideradas, pero ella sabía que tenía la mente en otra cosa y que no podía distraerlo. Pensó despedirse, pero él se fue antes de que pudiera hacerlo.

—Adiós —dijo de todas maneras.

Brilla como una máscara vaga, polveada, como una calavera

Locke Setman —Set— estudió el telegrama que habían deslizado bajo la puerta de su estudio. Decía:

ABUELA KOPE'MAH BORDE MUERTE.

FAVOR VENIR CUANTO ANTES.

AVISA CATE.

Estaba absolutamente confundido. Nunca había oído hablar de la abuela Kope'mah. Obviamente era un aviso de los parientes de su padre, pero no los conocía. No tenían el menor vínculo. Tenía relación con ellos, cierto, pero sólo por accidente; eran sus parientes, no su familia. Su padre había muerto cuando él tenía siete años y su madre, más remota aún en su mente, cuando él nació. De sus ancestros, sólo conservaba un sedimento en la memoria, memoria de las palabras que su padre le había dicho hacía mucho —de las historias que su padre le contaba. Mientras más miraba el telegrama más lo inquietaba. Era natural para Set fantasear acerca de quién era, hasta que la fantasía se tornaba dolorosa. Tenía una idea incompleta de sí mismo.

Además de todo, las diez palabras eran intrigantes. Cate era Catlin, Catlin Setmaunt según los registros indios, que desde joven comenzó a firmar como Cate Setman.

Milo Mottledmare enviaba el telegrama desde Saddle Mountain, Oklahoma. Set lo estudió durante un buen rato, mirando el texto, la dirección, de nuevo el texto. LOCKE SETMAN, 1690 BEACH ST., SAN FRANCISCO: KOPE'MAH ...MUERTE ...VENIR ...CATE. Mientras más lo miraba más extraordinario se volvía, un documento con su nombre y el nombre de su padre, algún significado impenetrable, un enigma, tal vez una premonición. Tenía el nombre de su padre, por lo tanto, su espíritu. Tenía ante sí un mensaje demandante de un tal Milo Mottledmare, tal

vez amigo o pariente de su padre que, enfrentado al papel, parecía ignorar que Cate Setman había muerto hacía más de treinta años. Si no hubiera sido por su nombre, Set hubiera supuesto que se trataba de un error, que el telegrama iba dirigido a otra persona.

Pasó el resto del día cavilando, caminó su estudio de arriba abajo, a ratos trabajó sobre el caballete. Intentó llamar a Milo Mottledmare, pero su teléfono no aparecía en el directorio. De la cavilación pasó a la inquietud. Por la tarde salió a dar una vuelta. El cielo era claro y había buena brisa en la bahía. Se detuvo en el Edwardian, allí comió un sandwich con una cerveza y habló un poco con un hombre que conocía como Gaetano, también pintor y residente de Marina. Set nunca había visto su obra. Gaetano le presentó a su acompañante, una muchacha alta y pelirroja de cara bonita y acento inglés. Se llamaba Briony. Cuando se despidieron le dio la mano a Set y dijo:

—Súper. Cuídate.

Tenía la intención de subir a Scott Street y pasar una hora con Bent, pero cambió de parecer y regresó al estudio. Llamó por teléfono a Bent y luego a Lola para avisarles que saldría uno o dos días de la ciudad.

El pronóstico reportaba que se aproximaba una tormenta y que los vientos se acercaban agitando el mar, color de crisoprasa. Set miró asombrado los miles de picos que corrían, aparecían y desaparecían sin fin sobre el mar. Dentro de uno o dos días un frente de vientos azotaría la costa y lluvias torrenciales oscurecerían el litoral desde la desembocadura del Klamath hasta Big Sur. Por el momento, sin embargo, la visibilidad era casi ilimitada. El avión dio una vuelta a contrarreloj más allá del Golden Gate y su sombra tocó tierra hacia el norte de Pescadero. Pudo ver la bahía de Monterrey. Cuatro años atrás había llevado a Lola Bourne de día de campo a Punta Lobos, el Día de Gracias. Se habían trepado a una de las grandes rocas del lugar y el viento era tan fuerte que los ojos se

llenaban de lágrimas y al sentirlo en el pelo, Lola reía y reía. La roca se estremecía con el embate del mar y Set bosquejó un retrato de Lola Bourne, también riendo, mientras sostenía el cuaderno con fuerza, en ese viento. Lola estaba sentada un poco más arriba de él con pantalones grises, un abrigo de piel de borrego, una mascada blanca y el pelo desmechado y volando alto por el viento fuerte, y reía. Dadas las circunstancias, el dibujo le parecía bueno, Lola dijo que no se parecía a ella, pero ciertamente era el retrato perfecto de una campesina francesa del siglo XII llamada Vivienne, cuyo padre trabajó durante 17 años en la torre sur de la catedral de Chartres y del cual se decía que podía entender el lenguaje de los pollos, los patos y los gansos.

Y Set recordó:

La hermana Stella Francesca lo retuvo después de clases y lo regañó: —Tienes una lengua incontrolable, Loki. Ven, te voy a enseñar lo que hacemos con los niños lenguasuelta como tú.

Se sentó en la orilla de su escritorio, un escritorio de madera oscura y pulida donde le gustaba apoyar los codos, como murciélago, e imponer un silencio inerte y total en el salón. El escritorio tenía un brillo de miel bajo la luz otoñal. Oía las voces de sus compañeros en el prado, los sonidos del juego; un sentimiento de irrealidad se apoderó de él. Cerró los ojos, con la cara levantada.

—Ven —le dijo otra vez con aspereza la hermana Stella Francesca. Abrió los ojos y vio la figura siniestra y encapuchada ante él. Cayó de rodillas y sintió ganas de orinar. Se aproximó con gran temor ante el dedo largo y tembloroso que lo llamaba y puso la cabeza sobre los pliegues del hábito; los pliegues se retiraron y se levantaron ante sus cejas. La respiración de la hermana Stella Francesca se hizo audible, urgente y Loki vomitó en sus muslos. Ella gritó y le golpeó la cabeza y los hombros con los puños. Loki vio, antes de echarse hacia atrás y al suelo, un moretón púrpura y amarillento en el interior del muslo, por encima de una de las

rodillas. Se parecía al escarabajo antiguo que una vez vio en una caja de vidrio.

Y Set recordó:

Uno de los instructores en la escuela de arte, Colé Blessing, tal vez, dijo:

—Se comienza con la quinta línea, recuerda eso. Siempre debes fijarte en los bordes del plano y debes usarlo para definir tus límites, te permiten determinar correctamente la escala, proporción, yuxtaposición, profundidad, trazo y simetría. Como ves, puedes hacer algo: una línea, una forma, una imagen. Pero debes partir de lo que ya está allí: un espacio definido, un plano. Puedes hacer algo a partir de algo, pero no puedes hacer algo a partir de nada. Ese truco le pertenece en exclusiva a Dios. Pero con mucho estudio y un poco de talento, por no decir de suerte, puedes hacer algo a partir de algo. Dices que quieres que tu dibujo sobrepase a tu modelo, que mejore los objetos plasmados. Eso es imposible. Mira a esa modelo. Es hermosa. Su cuerpo es exactamente como debe ser, como necesita ser. Su cuerpo es íntegro, vital. Cada hueso y músculo y tendón están en su sitio. Su cuerpo es suave y sin embargo firme, flexible, redondo, terso, delicado, infinitamente expresivo; y funciona, sirve para su propósito. No puedes crear algo así. ¿Puedes mejorarlo? Definitivamente no. Puedes quitarle ese lunar, enderezarle esa nariz, alisarle ese mechón de pelo. Pero eso no es dibujar. Te voy a decir qué puedes hacer, debes hacer, al máximo de tus aptitudes. Puedes *reafirmar* lo que hay allí. El arte es una afirmación. Puedes mirar a esta modelo, volver a mirarla, mirarla hasta que la hayas visto de manera más entera y completa de lo que nunca hayas visto antes nada, y luego puedes —tal vez— conformar tu mano con tus ojos de tal manera que afirmes su ser en el plano de un cuadro. Puedes —tal vez— describir una sombra que valga la sustancia.

Set dibujó doce veces con carboncillo un trozo de madera arrojado por el mar. Era una especie de fetiche en forma de delfín saltando,

con una bolsita de gamuza atada a la espalda. Colé dijo del dibujo doce: "Comienzas a entender..." Set escuchó, para ver si captaba el predicado del verbo. No había tal. Pasó a otra cosa.

Se quedó dormido. Pero podía ver la playa alcanzando la niebla del horizonte, aun con los ojos cerrados. En algún lugar había leído que el pensamiento es el lenguaje que uno habla consigo mismo. Un sueño, semejante al pensamiento, se formó en su imaginación y regresó a un día, doce años atrás y lo conjuró con palabras: una vez, temprano por la mañana, caminaba por la playa. La marea era baja y había charcos en la arena. Vi algo en uno de esos charcos, bajo un gran tronco. Era un pulpo pequeño e inmóvil, sumergido a medias y aparentemente muerto. Me llenó de curiosidad, pues nunca había visto una criatura tan extraña. Me detuve y lo miré largo rato, no se movió. Flotaba rígido sobre el agua, era color hueso y me dio miedo tocarlo. Luego lo levanté con un palo y lo azucé. De pronto se puso rosa y azul y violeta y comenzó a menearse. Esta reacción primitiva, total y grotesca me alarmó, pues mostraba algo semejante a una agonía profunda. Se aferró al palo sin soltarlo. Lo llevé hasta donde llegaban las olas y lo puse allí. Pensé, creo, que se iría pronto a un lugar más profundo, pero no, volvió a acomodarse y se quedó quieto. Quise pensar que tal vez estaba enlazado a mí, que su mente ajena, oceánica, luchaba por dar cuenta de mi presencia, que había tocado su vida esencial y profunda y nunca olvidaría la impresión que le causé. Todavía estaba allí cuando me retiré, no sé si se habrá movido, sólo sé que se balanceaba de un lado al otro en el agua.

Me pregunto qué significaba, si tantos años después sueño con el pulpo. Tal vez porque le salvé la vida. Pero sé muy poco sobre la vida de los pulpos y no me atrevo a decir cuánto vale tal salvación, para cualquiera de los dos. Sólo ahora se me ocurre que esta criatura ha jugado durante años un papel en la vida de mi mente,

como una extraña soledad. Y me pregunto si el pulpo, en la negra noche del mar, sueña conmigo.

Había leído —otra vez— en alguna parte, que un hombre llamado Viscaino, muy cerca del lugar donde estaba el pulpo, había visto trescientos años antes a unos osos grises alimentarse del cadáver de una ballena.

Cate Setman sabía de estas cosas. Por extraño que parezca, Cate Setman sabía de pulpos, ballenas y osos. Desde su más temprana infancia, Set tuvo conciencia de que Cate sabía.

Al bajar de las nubes hacia Oklahoma City, Set pensó en los rompecabezas. Observó la inmensidad de la geometría de rojos, verdes y amarillos: rectángulos, triángulos, cuadrados y piezas irregulares. La geometría se extendía, infinita, hacia el horizonte. Ah, pensó, pero allá hay una excepción y una redención, un desorden redentor, la estética contradictoria de la naturaleza: los cinturones verdes azotando entre las cajas, como brazos de un relámpago, como serruchos y guadañas. Era una tierra de ríos y arroyos, de praderas y planicies. En la escuela Set aprendió que el arte es una resistencia. De una u otra manera lo habían dicho todos sus profesores, hasta Cole Blessing, cuyos dibujos eran vívidos. Pero Cate Setman lo entendía mejor. Cate debe haberle dicho la verdad a Set y Set sabía, también, hasta cuando no miraba y sólo oía atentamente, y de algún modo logró conservar el conocimiento. Mira, se dijo, los cursos chuecos y salvajes y dispersos, en todas direcciones. El agua sigue el curso de la menor resistencia y es, en sí, irresistible. Ha modelado algunas de las formas más impresionantes de la faz del mundo.

Cate le había dicho algo más sobre su nombre. ¿Qué? ¿Qué era? Estaba en el más lejano resquicio de su memoria. Aún no comenzaba a creer en los nombres.

En el aeropuerto Will Rogers rentó un coche, con cierto desasosiego. Lola Bourne lo había obligado a mantener vigente su licencia, pues a

pesar de viajar mucho a causa de sus exposiciones, casi nunca manejaba y jamás tuvo un automóvil. Dijo que quería aire acondicionado. La muchacha pecosa del mostrador de Hertz se rio y tocó su mano. Cuando salió de la terminal, el calor lo atarantó y al entrar al coche tuvo que abrir las ventanas para respirar. La muchacha le había dado un mapa. Lo abrió y lo puso en el asiento, junto a él, pero calculaba que no lo usaría pronto. Manejó hacia el poniente. En el radio había música country. La carretera corría recta cortando las olas de pasto y a ambos lados brillaban presas con trazos rápidos y atrevidos, como hubiera dicho Jason Fine. Jason era el agente de Set, enterado y astuto, pero hablaba de pintura con clichés. Este paisaje rojo indio, amarillo marte y sombra tostada sería, en términos de Jason, meditabundo, vasto, no comprometido, preminentemente honesto y equiparable a la capacidad humana de asombro.

En el crucero, cerca de Saddle Mountain, tomó root beer de una lata. No apagó su sed, pero sabía mejor que el agua que sacó de un garrafón invertido en un vasito de papel. Estaba tibia y tenía un ligero dejo a petróleo.

—Ah, sí, —dijo el hombrecito artrítico de la caja—. La 'ñora Kopemah vive allá, con los Mollymares; el reverendo Mollymare y su doña, sabe, un poco más lejos de Craddle Creek, creo se llama. No puede pasarse, tome la primera a su izquierda y por ahí sígase siete, ocho millas creo serán. Buenos tipos, los Mollymares, el reverendo y su doña, buenos cristianos. Luego, una sombra pareció cruzar su cara. Por un momento su ensimismamiento producía asombro. —Pero, figúrese, se me hace... creo la vieja seño Kopemah murió. Sí pues, apenas antier hubo un entierro. ¿No le digo?

Había una casa en la arboleda; a lo lejos, un río. Era una casa vieja, maltrecha. Se alegró de salir del camino polvoso. Todo el tiempo, desde el cerro, había vadeado entre baches, hundiéndose en esa tierra honda, suave, granulosa como arena, logrando apenas

adelantarse a su propia polvareda. Paró el coche y lo apagó. El motor se detuvo de golpe, luego quedó sonando un rato.

Vista de cerca, la casa parecía todavía más vieja y más arruinada que desde el coche en movimiento. Nunca había visto una casa así, parecía tan vieja como la tierra. El piso estaba lleno de yerbas y pasto silvestre, había trozos de tierra roja y yerma en algunos sitios, polveada de ceniza y manchada por el agua de los trastes o los caldos que se cocinaban y toda clase de desperdicios. A sus pies había un hormiguero. Una perra cobriza, decrepita, de grandes tetas oscuras y colgadas andaba cabizbaja por la sombra de la casa, seguida de tres cachorros empolvados y gordos; no le hicieron caso. Quería un trago de agua fría. Pensó que no había nadie en la casa, pues no vio señales de vida. Eran más de las cinco. La tierra tenía una extraña quietud que parecía curiosamente adecuada al lugar. Más allá de la casa y la arboleda, una gran pradera móvil se detenía ante un arroyo y se extendía hacia el oriente y el poniente. Parecía casi blanca, como la luna.

Entonces, cuando limpiaba el sudor de su cara, vio al niño. Estaba parado —parecía suspendido— bajo el techado, en la enramada, tal vez a treinta o cuarenta metros de distancia. Se asomaba desde la hondura como si fuera una cueva hacia la luz del exterior, sin expresión. Set pensó al principio que el niño era retrasado, tan rara y desconcertante le pareció su súbita y salvaje aparición. Pero su mirada era más incisiva que la de un idiota. En realidad tan insistente y penetrante que logró estremecer a Set.

—Hola —dijo Set con voz fuerte, sorprendido al notar la consternación de su voz—. Oye, busco a alguien, a una vieja, me temo que...

—Ah, señor Setmaunt. Llegó usted muy tarde. La abuela... Kope'mah..., bueno, la abuela ya murió.

Set estaba tan concentrado en la cara del niño, en lo poco que podía ver, que la voz más cercana lo sobresaltó y volteó abruptamente.

Quien le hablaba desde el porche de la casa era una mujer de cincuenta años tal vez, hermosa, con porte de matrona, estatura media, más bien gorda, con pelo grueso y negro y mechones de canas. La miró un momento, intentó tragar, pero tenía la boca demasiado seca. De pronto se sintió muy cansado y deprimido. Había venido hasta este lugar olvidado de Dios por razones que no podía dilucidar y ahora, al parecer, sin ningún propósito, para nada. La abuela Kope'mah había muerto. Estaba muy fatigado y alterado; a punto de desplomarse. Le parecía que por primera vez en su vida no podía dar una perspectiva al mundo. ¿Por qué había venido? ¿Qué lo había obligado, por Dios? No sabía. Se preguntaba si no se estaría volviendo loco. Lanzó una mirada al niño, pero ya no estaba. —Lo siento —logró decir Set por fin—. ¿Cuándo? ¿Cuándo murió? —El viernes, el viernes temprano en la mañana. La enterraron el sábado.

—Viernes —repitió. Dijo nuevamente: —Lo siento.

—Tratamos de hablarle por teléfono desde la iglesia varias veces, señor Setmaunt, pero no contestaban. Aquí no tenemos teléfono. Era lunes. El telegrama llegó el sábado. Lo habían enviado el sábado. No era posible. Ni podía imaginar que nadie hubiera llamado por teléfono. Su número no aparecía en el directorio y pocas personas lo conocían, de las cuales ninguna sabía nada sobre la familia de su padre, ni siquiera Bent. Comenzó a sentir algo de náuseas. Notó que una hormiga trepaba por su pierna.

—Sí, soy Set, Locke Setman. ¿Me puede dar un vaso de agua, por favor?

Volteó otra vez hacia la enramada. Dentro solo había un hueco negro. Apenas pudo ver cuando entró a la casa. Las ventanas del frente eran pequeñas y dejaban entrar muy poca luz. Las telas de alambre eran viejas y estaban oxidadas, habían perdido la tensión y se abombaban hacia dentro y hacia afuera. En una de ellas había una rotura en forma de L que habían reparado rudimentariamente con un alambre más

grueso y más oscuro. Parecía un gran ciempiés roto por la mitad. Las ventanas estaban cubiertas de moscas. Set parpadeó para alejar la cara del niño, que persistía en su mente. Nunca había estado en una habitación así. Las paredes eran de madera, de un color azulado. El mobiliario constaba de un sofá chico y pardo, tres sillas de formas y tamaños surtidos, una mesa y una estufa de hierro. Había una lámpara de keroseno en la mesa y algunas fotografías y una pintura en la pared. Las fotografías eran viejas y coloreadas a mano, de hombres y mujeres de otros tiempos, excepto la de un joven de cara redonda, en uniforme. Los hombres y mujeres, mirando quietos desde sus marcos ovalados, compartían cierto aire de familia. Vestían ropajes kiowa. Desde que Set entró al cuarto notó un olor, que no podía identificar; no era ni placentero ni molesto, sino sutil y penetrante. Lo había oído antes. Le recordaba la madera húmeda y podrida o la tierra profunda. Y sin embargo también tenía algo de humano. Si le hubieran pedido que lo describiera hubiera dicho que a eso huelen los años.

—De cualquier manera, qué bueno que vino —dijo Jesse Mottledmare—. Teníamos muchas ganas de conocerlo, sabe, hijo de Catlin. Quédese esta noche, debe estar cansado y hambriento. Milo, mi esposo, llegará pronto; va a traer carne para la cena. En la mañana debe visitar el panteón. Las tumbas, nuestras tumbas, no están lejos. —¿Nuestras tumbas? —preguntó Set en voz baja. No sonaba como pregunta. Una sospecha tocó su mente, frágil helada como un copo de nieve.

Jessie se rio. —La de la abuela y la de Cate, quise decir —explicó. Set cerró los ojos y contuvo la respiración. En su confusión y angustia de niño huérfano jamás llegó a saber dónde estaba enterrado su padre sino en abstracto: *allá, en su tierra*. Catlin Setmaunt, como debía aparecer su nombre en la lápida, estaba enterrado aquí. Tras un largo momento, Set aceptó simplemente que había sido lanzado a un designio del destino que le atañía. Todavía no alcanzaba a ver,

siquiera, tal designio; pero tal vez con el tiempo se aclararía. Las últimas palabras del telegrama volvieron a su mente: AVISA CATE. Le parecía ser víctima de una broma pesada y despiadada, que era manipulado. Había jugado el papel del tonto. Había tratado hasta de convocar el fantasma de su padre, en su ingenuidad, pero a juzgar por cómo estaban las cosas, el fantasma lo había convocado al él. Su vida comenzaba a llenarse de paradojas. En este cuarto cerrado, raquítico, con olor a viejo, Cate estaba cerca, más cerca de lo que Set imaginaba.

Después de un rato quiso estirar las piernas, se disculpó y salió. Siguió un camino entre el pasto. Era el atardecer y ya no hacía calor. Había brisa, muy leve y más bien tibia, no fría pero se sentía bien sobre la piel y olía a árboles y pasto. De nuevo buscó al niño, pero ya no esperaba verlo. La última luz se había retirado al poniente y todo, hasta las sombras, tenía un tinte cobrizo. El suelo desnudo del sendero estaba saturado de una luz sanguínea suave. No recordaba haber visto nunca tierra de ese color; era roja, primero de un color ladrillo, luego más honda, como ese color de lápiz que es rojo-café, como sangre vieja, al mismo tiempo, o catlinita, el color del nombre de su padre. Caminó por la vereda que bordeaba el arroyo. Allí la vegetación era densa y el agua roja, como la tierra, y la corriente era lenta, tan lenta que casi resultaba imperceptible. La perra anaranjada lo seguía. Él le hablaba de vez en cuando pero ella no hacía caso; suponía que vagabundeaba con su propia percepción maternal y pausada del mundo. Sintió que no lo acompañaba a él sino que iban, meramente, por el mismo camino.

Allí tuvo una sensación extraña, como si por primera vez se hubiera despertado en él una inteligencia ancestral. Había algo hondamente original en esta vegetación crecida y en el suave brillo de la tierra, en el agua lodosa a sus pies. No podría definirlo, pero allí estaba. Era un génesis en sí, pensó; pero no el génesis del dominio

público ni el relato del Viejo Testamento, sino su génesis. Quería ver allí a su padre, en las sombras del arroyo quieto, al niño que había sido, a sí mismo en el niño y en el hombre. Había solo algo semejante a una foto vieja y borrosa, una sombra dentro de otra sombra.

Entonces algo se movió. El movimiento fue repentino y callado. Sólo lo había alcanzado a ver de reojo. Y miró atentamente hacia un pequeño claro, al otro lado del arroyo. Había caído la noche; la luz débil parecía humo y el follaje a lo lejos era espeso y negro. Pasó un tiempo, contuvo la respiración, escuchó, esperó. Luego respiró. — Bueno, fuera lo que fuera, ya se fue —dijo a la perra, que tenía la cabeza suspendida y miraba fijamente el mismo lugar hueco. Tenía el pelo de su cuello erizado.

Cuando regresó a la casa, la luz brillaba dentro y Milo ya había vuelto —el reverendo Milo Mottledmare—. Milo se encontraba extremadamente incómodo. Ofreció a Set una mano flácida y se encargó de darle la bienvenida lo mejor que pudo. La vereda de terracería era muy mala, ¿o no? La luz era muy tenue, ¿o no? Pero la vieja, la abuela, sabes, quería vivir a la manera antigua. No creía ni en la plomería ni en la electricidad. Nunca habló por teléfono. A Milo le apenaba que no hubiera estado en el entierro. (¡Hermoso, muy hermoso! Un ataúd de bronce, forrado de satén. La abuela vestida de azul con encaje blanco y moños, unos bonitos zapatos nuevos, y sonreía con tal dulzura), ¡qué bueno que Set había venido después de todo! Había estado todo el día en Lawton por asuntos de la iglesia — se disculpaba, pero había que hacer el trabajo del Señor—, Dios mío, la tierra necesitaba lluvia, los sembradíos se estaban quemando. Set trataba de responder con sensatez, pero no se le ocurría qué decir. Sí, qué pena que no pudiera estar presente; bella, sí, debe haber sido una ceremonia muy bella; seguro que la vieja se hubiera sentido complacida. Mientras más hablaban los dos hombres menos decían, y el

aire entre ambos pareció arranciarse. Ambos se sintieron aliviados cuando Jessie los llamó a cenar.

Set tenía hambre y Jessie había preparado una rica cena. Había cocido de res, había papas y cebollas fritas, maíz tostado. A pesar de su simpleza le pareció exótica, pues no le era familiar. Y sin embargo era comida que alguna vez conoció, la recordaba, en algún lugar de su memoria. A su padre le gustaba el caldo salado. El caldo, para Cate, era un manjar como para Set ahora; lo saboreó. Puso grandes cucharadas de azúcar en su té frío, siguiendo el ejemplo de sus anfitriones. Así lo hacía también Cate. Pensó: debía verme Lola Bourne entre estas paredes oscuras y estas fotos de indios, en la mesa de los Mottledmare, la lámpara parpadeando sobre el mantel de tela ahulada. Le hubiera intrigado. No hubiera estado de acuerdo con el azúcar ni con la sal; no sólo eso, sonrió, la hubieran molestado, rezongaría. La extrañaba.

La comida lo reanimó, de cierta manera, y se sentía definitivamente mejor que cuando llegó. A Set le simpatizó Jessie desde el principio. Era cálida y genuina, ligera y bienhumorada. No había en ella nada pretencioso y no se sentía cohibida. En ese sentido ella y su marido Milo eran totalmente diferentes. Él, era dolorosa, cómicamente tímido. Parecía bien intencionado, pero era torpe, obsequioso e inarticulado y no podía ver a Set a los ojos. Set pensó que no podría estar con ese hombre a solas y a gusto. Pero Jessie, con su candor y su buena voluntad le permitió relajarse y conversó fácilmente con ella. Una vez más sin hogar, comenzó a sentirse en casa. De cierta manera le recordaba a la señora Archuleta.

Después de un rato se atrevió a preguntar por el niño, cuyo rostro se había convertido en una caricatura, una curiosa máscara en su mente. El niño era tal vez parte de la familia, preguntó. Tanto Jessie como Milo se le quedaron viendo un momento, luego entre sí, sin entender. Luego Jessie se echó a reír y dijo: -Ah, te refieres... vaya, hablas de Grey. Ah, es una machorra, cierto. Siempre anda por

allí, cierto; pero vive con Worcester, mi tío Worcester, al otro lado del arroyo. Tienen una casita al otro lado del arroyo.

—Bote, —dijo Milo sin expresión— Bote, Oklahoma.

Set se sorprendió y avergonzó y se mostraba completamente incrédulo. Quería decir no, no estamos hablando de la misma persona. Vi en la enramada a un niño flaco con ojos salvajes que me miró con grosería e intensidad, con ojos que no expresaban nada —no, algo como, algo como... —bueno, predestinado; algo ominoso... inimaginable. ¿No se dan cuenta? No podía haberse equivocado, era... ominoso. ¡No! El niño me miró, miró dentro de mí, incluso a través de mí. Era una mirada que no puedo olvidar. En cambio dijo: —¿Es decir, ella... ella es su prima? Es su prima, entonces. ¿Y dicen que su nombre es... Grey? ¿Por qué era tan inquisitivo?, se preguntaba. Se sintió dudar, intuir, a punto de revelar sus propios secretos, pero su curiosidad sacaba lo mejor de él. Sentía que un entusiasmo raro crecía en su interior y no sabía por qué.

—Creemos que están casados, al modo indio —dijo Milo con una sonrisa lasciva y una risa extraña como gruñido, luego seriamente: —ella es alcalde de Bote, Oklahoma.

Jessie lo miró de frente y él volteó a ver su plato.

—No —dijo Jessie—, es mi sobrina. Mi hermano Walker era su padre, murió hace algunos años. Pero su madre es navajo y Grey creció en Arizona. Mi hermano vivía allá antes de morir.

—Vaya, no se sabe mucho de ella —dijo Milo.

Hubo una pausa.

—¿Hace cuánto que está con... con tu tío? —preguntó Set. No sabía a dónde conducían sus preguntas. Terminó su comida y le dieron ganas de tomarse un whiskey. Pensó que era poco probable que tuvieran en la casa, pero él tenía una botella sin abrir en el coche.

—Ah, tal vez dos años —dijo Milo.

—Sí, dos años —dijo Jessie—. Un día se apareció, como si nada, aún la recuerdo, ¿sabes? Nos disponíamos a cenar en la enramada, Milo y

la abuela y yo, y Grey se apareció, simplemente se apareció, así nada más. Se sentó con nosotros, se sirvió de todo, como si hubiera vivido aquí toda su vida. Ah, al principio no sabíamos ni qué pensar. No nos dijo quién era. Pero se portaba amable y cordial. No se puede evitar quererla. Y lo chistoso es que la abuela era quien más la quería y no pareció nada sorprendida al verla. Es raro, ¿no?, como si la hubiera estado esperando.

—Sí —dijo Milo—, era como si la abuela la hubiera esperado siempre y todo—. Meneó la cabeza extrañado—. Por cierto, ella y la abuela se llevaban muy bien. Dios, vaya si se llevaban bien. Y, fíjate, habla kiowa mejor que nosotros. Ya no hay jóvenes que hablen así el kiowa. —Nadie va a extrañar a la abuela tanto como Grey, si no es Worcester, tal vez —dijo Jessie—. También él se está poniendo viejo. —Grey y tu tío... Ella es muy joven, ¿no? Me pareció ver a alguien muy joven.

—Ah, apuesto a que tiene dieciocho o diecinueve años —dijo Jessie— aunque a veces parece mucho más grande. Ha caminado bastante, por lo que se oye decir. No confía del todo en nosotros. Pero sabe lo que está pasando, ¿verdad?

—No confía en nosotros, realmente —agregó Milo—. Es algo salvaje. —Set se le quedó viendo, por primera vez estaban de acuerdo.

—¿Ah, y es alcalde...?

—Es alcalde de Bote —dijo Milo como si nada.

—Bueno, eso dice ella —se rio Jessie—. Yo creo que es un chiste. Ella y Worcester viven del otro lado del arroyo. Hay allí un par de casas de hormigón. Antes vivían allí gentes blancas; durante la Depresión vivieron allí blancos, o tal vez desde antes. Se están cayendo. Hace años y años que nadie las ocupa.

pe cualquier manera, Grey le llama al lugar Bote, Oklahoma, y se nombró a sí misma alcalde.

—Es alcalde de Bote, Oklahoma, —volvió a decir Milo.

—¿Y Grey y Worcester se llevan bien, a pesar de la diferencia de edades?

—Ah, sí —dijo Jessie—. Verás... a Grey le gustan los viejos, y ellos lo saben, y ella les gusta también. Hay veces en que la oyes hablar y crees que también es vieja. Puede hablar como una mujer vieja, vieja. Worcester tendrá tal vez setenta años. Nos burlamos de él y de Grey. Bueno, viven juntos.

—Y, ¿dijiste que Grey era hija de tu hermano, llamado Walker?

—Sí, Walker, Walker el joven, como decimos en kiowa. El nombre de nuestro padre también era Walker.

—Parece que fue al internado— dijo Milo.

Set sentía todavía curiosidad por Grey, Grey había invadido su imaginación —pero la plática se desvió y tuvo que apartarla de sus pensamientos. Jessie y Milo Mottledmare querían que hablara de él mismo y lo hizo. Les dijo brevemente y un poco apenado que había vivido en el hospicio, había sido adoptado, había estudiado artes plásticas y se había convertido en pintor. Respondió a sus preguntas lo mejor que pudo y no le importó que a veces Jessie fuera personal. No se había casado, era un pintor exitoso, vivía solo. Intentó darse por satisfecha pero él se dio cuenta de que quería saber más. La entretenía y él no tomó a mal su curiosidad; a ella no le importó la suya, después de todo. Y también se enteró de algo más. Su abuela, la madre de Cate y Kope'mah habían sido muy cercanas hasta que Agabai murió, en 1932. Aunque Kope'mah era más vieja y vivió cuarenta años más, eran como hermanas, o como madre e hija. Y Cate había sido casi un hijo para Kope'mah. Cuando murió puso una piel de búfalo sobre su ataúd. Era una ofrenda magnífica y el gesto era digno de un gran hombre. Set se conmovió mucho al escucharlo; hacía años que no había sentido tan cercano el recuerdo de su padre como ahora. Catlin Setman se había casado con Catherine Locke en Santa Bárbara el año que Agabai murió. Catherine murió de parto en 1934 y Cate, en un accidente en Wyoming en 1941, cuando Set tenía siete

años. Uno de sus tíos maternos intervino y no le dijeron a Set que su padre había muerto hasta que tuvo asegurado el orfanato. Jessie y Milo, por supuesto, se enteraron de la muerte de Cate poco después del choque y mucho antes que Set. Fueron al entierro y el protector de Milo, el Reverendo Leland Smoke, dijo unas palabras en el funeral de Cate Setman. Habían escrito AVISA CATE por instrucciones de la vieja Kope'mah. Había hablado de Set en los últimos días, dijo Jessie. Y otra vez Set se mostró incrédulo. La vieja podía saber muy poco de él, pensó; tampoco podía saber mucho sobre Catlin, a pesar de su devoción. Debió haber conocido a Cate de niño, ya que salió a correr mundo cuando apenas era un muchacho y murió lejos, joven. Pero la abuela en sus últimos días había hablado con urgencia de él y a él, dijo Jesse. Set deseó con todo su corazón haber llegado a tiempo para escuchar el nombre de Cate en labios de la abuela. Había querido mucho a Cate y en su recuento final del pasado debe haberle resultado intensamente vivido. AVISA CATE. El telegrama era obra de Grey; o más bien de la abuela, a través de Grey. Set se había perdido, por muy poco, de una oportunidad de saber algo sobre sí mismo, sobre lo que era.

Se quedaron mucho rato en la mesa y por fin Set se sintió muy cansado, él y Milo comenzaron a bostezar al unísono. Había una enorme luna veraniega y pidió permiso de dormir en la enramada. Al día siguiente se reuniría una de las sociedades de danza kiowa cerca de Anadarko. Decidieron que Milo se adelantaría temprano en la mañana para arreglar el lugar. Más tarde Set llevaría a Jessie, y tal vez a Worcester y a Grey, camino al aeropuerto. Y se darían tiempo para ir al cementerio y para ver parte de la danza.

La luna estaba alta cuando salió de la casa. Acostumbrado a la luz de la ciudad, esta era la luna más brillante que jamás hubiera visto. Era lo más importante de la noche entera; todos los objetos parecían resaltar en el tinte azul y plateado y podía ver con gran claridad hasta las sombras de los árboles a distancia. La enramada

estaba a oscuras, a excepción de los rayos de luna que se colaban entre las ramas del techo. La banca donde dormiría era ancha y estaba teñida por la pálida luz azulada y metálica. La noche, tan vasta en las praderas, lo anonadaba —cuando quería entregarse al más profundo sueño. Un viento fresco se levantó desde el río Washita. No quería que hubiera nada; quería entrar completamente al hondo elemento de la noche de las praderas, donde se imaginó no habría nada.

Las horas pasaron y él soñó. Oyó decir algo y despertó. Abrió los ojos y se sobresaltó al ver a la muchacha parada junto a él. No hacía ruido, pero lo miraba con gran compostura. No podía ver su cara, solo su silueta. La luna brillaba tras ella y le daba un resplandor maravilloso. Estaba perfectamente quieta. Su impulso fue gritarle, inquietarla. Era estúpido que se le acercara cuando dormía, era torpe y peligroso. Podría haberla golpeado, podría haberlo matado de susto. Todo esto se le ocurrió en un instante — luego su miedo y su furia desaparecieron de pronto. Algo en su actitud, en la manera misma en que se paraba en la oscuridad, casi sin respirar, expresaba una calma irresistible, subyugante.

—¿Grey? —logró decir tras un momento.

Tal vez meneó la cabeza. Parecía tentativa, efímera, como si se fuera a disolver de un momento a otro. Su pelo estaba rodeado de una aureola de luz concentrada, leve, mercurial.

—¿Qué? ¿Qué es? ¿Qué quieres? —Tartamudeó.

—Se trata de lo que quiere la abuela —dijo. Hablaba clara y lentamente. Su voz era dulce y mesurada.

Hubo un silencio. Casi le dio risa su perplejidad. Estaba totalmente desconcertado. Nada que dijera o hiciera sería apropiado. —La vieja está muerta —dijo en un susurro, simplemente, sin dirigirse a nadie. Pero suponía que no importaba. No importaba que la abuela estuviera muerta ni que lo dijera, ni que la muchacha estuviera parada junto a él y le hablara con acertijos, a media noche, en la oscuridad

iluminada por la luna, en una oscuridad que abarcaba hasta las galaxias.

—La abuela Kope'mah quiere que te devuelva tu medicina. Es tuya. No debes irte sin ella.

Cuando por fin se retiró, fue irrevocable. Dio la vuelta y se alejó rápidamente. Aparecía y desaparecía entre las sombras de la pradera ondulante, avanzando con pasos largos y callados hacia la hilera de árboles negrísimos del arroyo. Él la miró hasta que desapareció y entonces oyó los cascos de un caballo, apagados, perdiéndose a lo lejos. Y volvió a dormirse, pero su sueño fue inquieto e inútil. Soñó con un niño. El niño no parecía estar parado en el suelo, sino suspendido en un elemento al parecer acuático, que era la oscuridad, colgado como las tortugas de las quietas márgenes del río. El cuerpo era borroso, solo la cara tenía forma apenas delineada. Brilló como una máscara vaga, polveada, como una calavera. Pero estaba seguro de que era la cara de un niño, gastada, enflaquecida. No podía moverse, pero el niño se le acercó. No hacía movimientos visibles al acercarse, llegó hasta él, simplemente, suspendido de manera extraña y su cara se comenzó a transformar, muy despacio. Al verla de cerca Set se aterrorizó. Era la cara de una anciana, sus grandes ojos negros y opacos brillaban, sin embargo, como una piedra de pizarra con facetas; las tiras y masas de carne de sus mejillas parecían casi resbalar del hueso; su pequeña boca torcida temblaba como cuando alguien tiene gran necesidad de hablar o de gritar. De su boca salieron ruidos raros, roncós, una voz terrible y sofocada. Las palabras eran confusas y animales, gruñidos y lamentos. Set tardó un momento en saber que los terribles sonidos provenían de su garganta. Era él quien intentaba desesperadamente hablar sin conseguirlo. Le parecía que debía decir las palabras más necesarias e importantes de su vida, salir de una honda y primitiva vulnerabilidad a través del discurso, pero aparentemente una monstruosa resistencia en su

interior lo impedía. Y lo más terrible era que ni siquiera sabía qué quería decir.

Y Set recordó:

Había un patio de juegos en Hospicio San Pedro y San Pablo y más allá del patio, un pequeño bosque con una vereda y bancas a orillas de la vereda. Un día en la tarde, después de la comida, Loki se aventuró por el patio y el sendero. Las reglas de la casa lo prohibían, pero a él no le pareció malo. Caminó en la luz vespertina hablando solo y se sentó en una de las bancas. El bosque estaba oscuro y parecía encantado, esa tarde estaba vivo: el aire, el sonido de los insectos como un clamor apagado. Al sentarse puso las manos en la orilla de la banca y una abeja, oculta debajo, le picó el pulgar. Le dolió mucho, pero Loki supo inmediatamente de qué se trataba, aguantó el dolor con valentía, aunque el piquete se le hinchó mucho y en la noche tuvo que ir a la enfermería y soportar un guante de hule lleno de un líquido lechoso. Parece la mano de Mickey Mouse, dijo uno de sus compañeros, y fue el hazmerreír de todos. A la mañana siguiente la hermana Stella Francesca lo regañó por el grave pecado de infringir las Leyes del Castillo, como le gustaba llamar a las dos páginas del reglamento del hospicio. Y entonces le metió en la cabeza la idea de abejas-lobos que, según dijo, era el nombre antiguo de los osos. Se decía que en el parque de abajo de la ventana, al poniente de la torre, había abejas-lobo. En la mente de Loki, el bosque Sag, con su vereda ondulante, sus bancas verdes y sus macizos de margaritas y rarúnculos amarillos, se convirtió en un criadero de osos. Meses más tarde tuvo oportunidad de decirle a la hermana Stella Francesca. —Hermana, creo que ya no tengo miedo, realmente, a las abejas-lobo—. Era una declaración de peso. Esperaba que sus palabras fueran ponderadas, su actitud era frecuentemente de ponderación, y luego tal vez las aceptara con meticulosa aprobación. Pero para su sorpresa sonrió ampliamente en cuanto lo oyó, y lo abrazó y le dijo entusiasmada: —¡Bien dicho, Loki! ¡Muy bien dicho!

Sus sentimientos son ahora tan remotos como las estrellas

En la mente de Grey había música, una música donde resonaban banjos. Nunca tuvo que pedir visiones.

Sus manos temblaban. El recado estaba escrito con letras minúsculas en papel de cigarro doblado, entre el dedo índice y el cordial de la mano derecha. Apretaba tanto los dedos que dejó de sentir el recado. ¿Todavía lo traería?

Grey sonrió radiante a J. W. Bell, quien obviamente gozaba mirándola. Más le valía; había cepillado su pelo hasta lograr un brillo de obsidiana. Todo el día anterior estuvo desnuda bajo el sol para que su piel estuviera tostada y tuviera un color y un brillo puros. Llevaba un vestido blanco largo, cerrado al frente a la altura de sus senos, le faltaba el tercer botón, no usaba ropa interior para que su cuerpo entero fuera visible y para tener una libertad absoluta de movimiento entre la caída de los amplios pliegues. Había amasado y arrugado el traje para que no estuviera tieso. Los años no lo habían amarilleado, pero no era del todo blanco, sino color té con crema y ese blanco puro y fuerte que alguna vez tuvo, ahora tenue, daba a su propia piel un tinte de resplandor de fogata. Se pulió las uñas, cepilló sus dientes con carbonato, hizo gárgaras con Lirio Vegetal diluido en agua de pozo. Se pasó toda la mañana mirando una turquesa de treinta quilates —más bien una piedra de Lander— para que el reflejo se prendiera a sus ojos y brillaran como lluvia en las montañas. Cepilló con brotes de salvia y cedro sus mocasines y polveó sus pechos con bayas de enebro molidas y manzanitas de rosa y polen de girasol. Se puso de pie, grácil y alta y guapa.

—Ah, señor Bell, —entonó— agradezco tanto sus atenciones. Verá, mi hermano Adán es dueño de un periódico de Phoenix, se sentirá tan

complacido al enterarse de que conocí al señor William Bonney durante mi estancia en el glorioso oeste.

Sus pestañas aletearon y Bell se sonrojó. Sobre su hombro pudo ver al otro guardia, Bob Olinger. Tenía una cara que nunca olvidaría, le dijo después a Billy. El odio era algo vivo en sus ojos; desde ese momento, siempre que pensara en el odio tendría la vaga opalescencia de los ojos de ese hombre. Olinger sonrió y escupió. En su mente quedaría siempre esa sonrisa como una de las más extrañas que hubiera visto. Después intentó pensar en Olinger de niño, como hijo de mamá, pero la inocencia y el amor materno no tenían cabida en él. Pensó que nunca había sido niño, no había nacido de mujer. Era una mutación, un terrible accidente de la naturaleza, un acto incomprensible de Dios—, como las epidemias. Estaba ante la presencia de la muerte y del mal. Sí, su pelo, su piel y su boca tenían un aroma de muerte. Pero en ese momento, al contemplarlo por primera y última vez, no sabía que era su propia muerte la que lo definía precisa, ominosa, irrevocable e inminentemente. Estaba demasiado oculto tras su intuición para que pudiera entenderlo, pero le producía, sin embargo, una terrible fascinación. No podía saber que moriría violentamente ese día preciso, en menos de una hora. El sutil olor agridulce de la muerte permeaba el cuarto como una vaga putrefacción.

Estaba distraída, comenzaban a dolerle los dedos. Bell hizo un gesto torpe para presentarlos y ella volteó hacia Billy. ¡Ah, estaba tan flaco y pálido! Tenía las mejillas enjutas, la boca dura. Pero lo miró de frente, con respeto tieso y formal.

—Buenas, doña —dijo.

¿Buenas, doña? Se mordió la lengua para no reír y extendió la mano. Él la tomó con ligereza, apenas inclinándose. Las esposas parecían desmedidamente grandes y estorbosas sobre las muñecas planas y delgadas.

—Quiero agradecerle su visita de hoy —dijo—. No lo olvidaré, seño.

Soltó la nota en su mano. Ya estaba hecho. No lograba decirle nada directamente. Su corazón latía agitado y en el calor del momento la abandonó su talento para la intriga y la seducción. El bochorno había desaparecido de la cara de Bell y no se atrevía a ver a Olinger.

—¡Dios Mío! —dijo con suavidad y meneó la cabeza con curiosidad. Dio la vuelta y se despidió. Sus mocasines casi no sonaron sobre las escaleras. Billy se asomó a la ventana, sus grilletes tintinearón y la vio atravesar la calle. El aire tenía olor a humo y azucenas. Cuando volteó, Olinger lo miraba con una extraña sonrisa en la cara, tenía un rifle de dos cañones en la mano izquierda, lo balanceaba suavemente como si reposara en la punta de sus dedos, las bocas se mecían lentas, casi imperceptiblemente, sin apuntar y sin apartarse jamás del cuerpo de Billy. Este rifle era tan distintivo de Olinger como su firma.

Hacía doce días que Billy oía los vituperios de Olinger. Habían comenzado cuando cabalgaban desde Mesilla y Billy fue encadenado al asiento trasero de una ambulancia, con Olinger frente a él. Había dos guardias dentro y tres más fuera, a caballo. Todos iban bien armados, eran una partida de hombres mortalmente peligrosa. A todos ellos, y a Olinger en particular, les hubiera complacido despachar al infierno el alma de Billy the Kid. El viaje de siete días había desmejorado a Billy. No tenía miedo —no era miedo—, pero las circunstancias lo enfermaban. Quería ser libre, pero le esposaron las manos y las piernas. Quería estar con sus amigos, pero sólo se le acercaban mortales enemigos. Quería que lo dejaran en paz, pero era sometido a una vigilancia y sospechas despiadadas y a la humillación pública. Sobre todo, era víctima del sadismo de Olinger. Grey nunca tuvo que pedir visiones. Se sentó en una silla frente al Hotel Wortley, al otro lado de la calle, frente a la prisión de Lincoln County. Era un día luminoso de abril, casi a mediodía. El cielo era azul; a distancia flotaban unas nubes como plumas. La

música de las tiendas de Lincoln se había callado: la *siesta*. El ajetreo de la mañana —y su misión— la habían emocionado y revivido; nunca se había sentido tan viva. Pero también agradecía esta pausa. Una deliciosa brisa tocó su frente. El olor de comida cocinándose le produjo un hambre placentera —frijoles, chile y tortillas—; no era un hambre que tuviera que saciar inmediatamente, sino una de esas que debía aguantarse un tiempo, saboreándose como la comida que llegaría. La ancha y polvosa calle de Lincoln, Territorio de Nuevo México, se perdía hacia el verano. Pensó en algo que había leído: *Grandes calles de silencio*
llevan a vecindarios de pausas—

Al sentarse, el vestido blanco ciñó su pecho y sus brazos, se desabrochó los dos primeros botones del cuello. Cerró los ojos. Cuando los abrió de nuevo había mucha gente en la calle. Había terminado la siesta. Una ráfaga repentina hizo correr un remolino por la calle. Había sonado un balazo.

Nunca tuvo que pedir visiones.

—¿Por qué no lo dejas en paz, Bob? —dijo Bell—. Carajo, no te 'stá 'ciendo nada. Ni puede.

Olinger escupió en el piso junto a los pies de Bell sin dejar de mirar a Billy the Kid. Aún tenía su sonrisa torcida, sin regocijo. Dobló ligeramente las rodillas y encogió los hombros, arqueó el cuerpo y alzó el arma y apuntó entre los ojos de Billy. Apenas hizo presión sobre el gatillo; estaba tan emocionado que apenas podía contenerse. La comisura de su sonrisa se mojó, comenzó a temblarle el pulso. Billy siguió sentado, tan quieto que parecía en trance. No parpadeó, miraba sin expresión a Olinger. La tensión era demasiada para Bell.

—Carajo, Bob, ¡ya!

—Pow —dijo Olinger, soltando el aliento. Bell se sobresaltó, pero Billy no.

—Ei, 'ira, 'ira nomás, Bell. El Kid ya no tiene cabeza. Dios mío, mira nomás —estaba animado ahora, calentándose para la función, bailando sin moverse, con risa histérica.

—Mira, no seas miedoso. Fíjate, Bell. Mira los hombros sin cabeza, llenos de sangre. Parece cuello de pollo, ¿a poco no?, de pollo con el pescuezo tronchado. Los sesos del Kid salpicados en la pared, por todita la ventana hay sangre y pelos. Ah, un buen cacho debe haber caído a la calle, pa' los perros y las gallinas.

—Ya párale, Bob —dijo Bell sin energía, pues sabía que Olinger seguiría.

—El perro del viejo Godfrey Gauss ha de andar porai. Carajo, con lo que le gustan los sesos a ese perro. Ah, Bell, y a las gallinas de la viuda Mora; a esas piojosas les gusta picotear en el camino. Las cabronas pendejas le entran a todo. Un día las vi picotearle los ojos a un borrego.

—¡Por amor de Dios! —dijo Bell con asco.

—Verás si no, Kid, voy a echar tus sesos a la calle, voy a ver cómo te picotean los ojos las gallinas. Y me dará mucho gusto —hablaba directamente con Billy, que no se había movido y que casi no parecía respirar.

—Se me figuraba que eras de éstos, de los que gozan mirando a los pollos, Bob —dijo Billy con voz baja y tranquila.

—Pero más voy a gozar al verte degollado en el suelo, Kid. Espérate a que te vea buscarte la cara sin que l'halles, ya sin nada, tronchada del cuello. T' he de ver aletiar y correr, palabra.

—Bueno, si no me quitas la cabeza, a lo mejor tienes que conformarte con verme colgado.

—No aguanto las ganas, Kid.

—A decir verdad, Bob, me da lo mismo. No me parece tan emocionante como lo pintas.

—Si supieras, Kid. Una vez vi ahorcar en El Paso a un tal Ficker o Flicker. Era de tu tamaño más o menos y cuando jalaron la cuerda se

le cayó la cabeza —la cosa más cabrona—. A veces pasa. Si te dejan los fierros a lo mejor alcanzas el peso. De cualquier manera tienes el pescuezo más flaco que una señorita. Carajo, creo que le darás un buen estirón al mecate. Apuesto a que te partes en dos. Y ni creas que te van a enterrar luego luego, Kid, palabra. Se van a llevar primero el pedazo más grande y van a dejar tu cabeza por ahí, ¿cuánto apuestas a que las gallinas llegan a vaciarte los ojos? A esas cabronas pendejas les gusta la gelatina de los ojos.

—No me parece la gran cosa, Bob —dijo Billy, y sonrió.

—Mayo, viernes trece —dijo Olinger—, quince días.

—No es mal día para morir.

—Quiero ver caer tu cuerpo sin cabeza, como pollo con el pescuezo retorcido.

—Sí, me imagino —dijo Billy.

Olinger comía a esas horas. Le dijo algo a Bell, dejó su rifle en el lugar donde se guardaban las armas, una especie de alacena a media escalera y salió. Billy volteó otra vez hacia la ventana. Contó los pasos de Olinger mientras atravesaba diagonalmente la calle hacia el noreste, en dirección al Hotel Wortley —105 pasos—. Frente al hotel estaba sentada Grey, vestida de blanco. Era la imagen misma del reposo. Era la muchacha de un cuadro. Era su madre aquel día, a principios de primavera de 1873, en Santa Fe, cuando él y su hermano Joe fueron testigos de su boda con William H. Antrim. Era, hasta donde alcanzaba a entender de manera caballeresca y heroica, una mujer a la cual se debía admirar y servir, proteger y venerar, por la cual responder y morir. Estas mujeres son muy delicadas, muy hermosas, pensó, realmente mujeres con gusto, clase y refinamiento, tan superiores que él sólo podía reverenciarlas con azoro. De pronto pensó en la monja, sor Blandina, a quien conoció en Trinidad y lo había convencido de que perdonara a los médicos. Esa sí era una mujer piadosa y caritativa y en estado de gracia y bondad, una mujer perfectamente virtuosa. De esa santa italiana, de esa mujer de Dios,

no podía adivinarse nada bajo los hábitos. No podía ni imaginar que evacuara los intestinos o sacara vientos o que le apestaran ni la boca ni los pies.

Frente al Hotel Wortley Grey dio un respingo.

Había sonado un tiro.

El olor de azucenas y humo se había desvanecido y un leve tufo a muerte inundó de nuevo el cuarto. Billy desdobló la nota. Decía: Tapanco.

Sonó un disparo.

Billy volteó. Todos sus instintos se concentraban en el próximo paso. En un momento se transformó en esa criatura que era la que mejor actuaba, un organismo con propósitos inexorables. Su concentración era tal que resultaba irresistible. La pistola parecía estar ya en su mano. Sus sentimientos eran ahora tan remotos como las estrellas —Grey, Paulita, su madre en traje de boda— tan remotas que no se distinguían. Hubiera metido un par de balas entre los ojos de sor Blandina en ese momento, si se le hubiera atravesado.

—Carajo, Bell, tengo que mear.

J. W. Bell llevó a Billy the Kid, batallando con sus cadenas, escaleras abajo hasta el patio. Lo vio entrar al tapanco.

—No tardes —le dijo, y se arrepintió, no había necesidad de ordenarlo. Se quedó cerca, limpiándose las uñas con su navaja. Todo estaba en orden. Todo se desarrollaba según un orden establecido. A no ser por la muchacha, el día era igual al de ayer y antier o el anterior. Lo común y corriente no le aburría. Le gustaba que todo estuviera en orden.

Como tantos otros, Billy había llegado a caerle bien. Billy siempre estaba dispuesto a reír, a bromear, a pasársela bien. Además, era un hombre guapo. Todo eso hablaba bien de él. No era presumido. Aunque tenía fama —y mala fama— no se "creía mucho". Siempre parecía esperar lo mejor de cada uno. Hablaba bien. Todos le caían bien, siempre parecía comedido —sobre todo ante las mujeres, en quienes

provocaba sentimientos maternos—. Jugaba póker sin trampa y tenía fama de no olvidar nunca un gesto amable. Bell no tenía nada personal contra Kid. Bill era un hombre, casi un niño, y Bell se sentía a gusto con él —no sólo a gusto: generoso, leal, comprensivo—. Bell no compartía ni entendía el atroz comportamiento de Olinger con Billy. Tenía una idea vaga y fatal de que Billy the Kid era menos peligroso de lo que se contaba.

Sonó un disparo.

La pistola era una Colt 44, automática. Billy orinó fuerte, para que Bell oyera y checó que estuviera cargada. Parecía un pájaro entre sus manos, primero pesado y luego ligero, como ganso remontándose, aleteando a una distancia que llegaba más allá de las orillas del mundo. Sus manos blancas y pequeñas la manipularon, como un oso a un pez, con respeto antiguo, jugueteo y hábil. Luego la colocó en su cintura, bajo la camisa.

Con dificultad subió las escaleras hasta la altura del armario, seguido por Bell. Entonces Billy sacó la pistola, volteó y la puso frente a la cara de Bell.

Billy aguardó un momento largo, con la esperanza de que Bell se diera cuenta de la situación. Entonces dijo: —Ahora llevo las de ganar, Bell. La función es mía. Quiero que hagas exactamente lo que te diga. Por Dios que no quiero matarte. Su voz era tranquila, baja, casi un susurro y hablaba lentamente, pronunciando con cuidado.

—Ay, Dios —dijo Bell. Trató de poner orden en sus pensamientos. No podía, estaba desquiciado. Su impulso fue correr. Luchó contra el miedo y la humillación. Se dio cuenta apenas, como por encima de su conciencia, de que había cometido un error indeciblemente grave: había permitido que Billy the Kid tuviera el sartén por el mango. Por una fracción de segundo escuchó una risa histérica, semejante a la de Olinger, dentro de su cabeza. Nadie, en toda la historia, había hecho lo que él había hecho ahora, nadie en el mundo había dado tal ventaja mortal de manera tan tonta, tan decisiva. Tras la

máscara que le conferían su edad y posición, comenzó a llorar; de nada le servía su propia pistola. No había nadie más en la escalera, ni en el edificio, que él supiera. Estaba completamente solo ante este hombre, este hombre peligroso y desesperado, este asesino a sangre fría, el más codiciado forajido. Quería vomitar. Nada de esto le parecía real, era como un sueño, una pesadilla. En ese momento mismo se hizo viejo. Su sorpresa, confusión y vergüenza eran avasalladoras. Dio la vuelta y corrió. Sus botas golpearon el piso cuatro escalones más abajo; su próximo salto daría en el descanso, allí giraría 90 grados. Si lograba dar vuelta estaría a salvo. Kid no podía bajar fácilmente las escaleras con las cadenas. No lo podría perseguir, debió haber pensado Bell. Pero si realmente tales consideraciones pasaron por la conciencia paralizada de Bell en los últimos momentos de su vida, fueron inútiles.

Mientras Bell acechaba, Billy the Kid pensaba: "No lo hagas, Bell, por favor". Y en el mismo instante jaló el gatillo. La pistola sonó y el cuerpo de Bell azotó contra la pared, cayó en el descanso y se perdió de vista. En algún momento de esta serie infinita de movimientos murió.

Billy se tambaleó hasta el cuerpo, sacó las llaves y se acercó con torpeza al armario, lo abrió y sacó el arma de Olinger. No había prisa, los próximos movimientos estaban marcados por su reloj. Estaba a tiempo; toda la agitación del pueblo de Lincoln, a mediodía, el 28 de abril de 1881, dependían de su tiempo. Fue hacia la ventana que daba a la calle principal, la única del pueblo. Sonó un disparo.

Olinger volteó. Sonó un disparo. Llevó su manga rápidamente a la boca, echó la silla para atrás, se paró. En el comedor, los demás habían escuchado. Agacharon las cabezas. Por un momento todo quedó en suspenso, hubo silencio espeso, sobrenatural, extraño. Luego, todos siguieron comiendo, menos Olinger. Estaba perplejo, en ese silencio. Sonó un disparo. Sacudió los hombros y salió a la calle.

Una muchacha vestida de blanco estaba sentada en una silla frente al Hotel Wortley. La miró y saludó con la cabeza pero ella miraba hacia otro lado. La mujer sentada del vestido blanco reposaba. No se parecía a nada ni a nadie de Lincoln. Era como una pintura de Renoir, una composición hermosa y suave frente a un paisaje duro, con colores de tierra seca. A Olinger le resultó extraño que él, un hombre tosco más cercano a un animal que a un humano, sin cualidades ni sensibilidad ante la belleza, se sintiera conmovido por la muchacha del vestido blanco. Pero no tenía tiempo de ponderar. Atravesó apresurado, 89 pasos. La voz desde la ventana lo detuvo en seco.

—Hola, Bob.

Era familiar y reconfortante, todo estaba en orden. Olinger miró las bocas paralelas de su propio rifle. En ese momento Olinger vio con gran detalle a Billy the Kid, vio los ojos azules sin expresión, vio las cejas oscuras y el pelo largo y rizado con detalle, vio la boca entreabierta y los dientes algo salidos, vio las finas manos en su rifle, quietas, vio las pequeñas muñecas huesudas, en carne viva por el rejuego de las esposas. Y los ojos negros del rifle, asomándose hacia su alma. No tenían profundidad, o tenían una hondura sin fin, tenían la negrura de un hueco tras las estrellas. Olinger vio en ellos la eternidad. La muchacha, ¿lo había visto avanzar hacia la muerte? No estaba seguro; en realidad no importaba. La había visto. Hasta en este trance extremo de su vida, tenía una clara conciencia de haberla visto. Y era algo digno de ser visto. Y ahora, frente al hombre que lo mataría se sostenía, apenas, con la visión de la muchacha. No sentía nada por ella, nada que pudiera nombrar. Era como si en su belleza remota, inalcanzable, intocable, se cifrara la clave de su existencia. Nunca imaginó lo que sería su última visión del mundo; la vida había sido tan sosa. Se asombraba de que en los ojos de su mente, a la hora de morir, hubiera una muchacha vestida de blanco.

Billy jaló el gatillo. La carga golpeó el cuerpo de Olinger, partiéndolo casi en dos. Su cuerpo cayó sobre la calle, boca abajo, doblado en un ángulo terrible. Billy jaló el otro gatillo, la segunda carga estalló en la espalda de Olinger. El cuerpo se sacudió violentamente.

Desde la calle llegaban voces, un murmullo confuso. Billy bajó hasta el patio trasero de la cárcel. Allí estaba Godfrey Gauss, el cuidador. Billy le ordenó que le trajera un caballo. El viejo alemán batalló un buen rato antes de atrapar un caballo en el pastizal cercano. Por fin lo logró. El animal era una yegua flaca, propiedad de Billy Burt.

—Dile al señor Burt que le devolveré su animal —dijo Billy. Gauss ensilló la yegua y la ató al poste de la cerca. Billy intentaba quitarse los grilletes de las piernas inútilmente a punta de pistola. El viejo Gauss los rompió con un hacha. Billy ató los pedazos de cadena a su cinturón.

Por fin, en la clara tarde de primavera Billy the Kid enfiló su yegua hacia la calle ancha, donde los residentes de Lincoln estaban reunidos desde el mediodía. Billy se había tomado su tiempo. Se había armado, había conseguido un caballo, había roto sus grilletes, había dejado tras de sí dos muertos. En resumen, era uno de los días más intensos y emocionantes de su joven vida. Nunca se había sentido mejor. Los buenos ciudadanos de Lincoln, territorio de Nuevo México, esperaban respetuosamente la aparición de El Chivato. Se hicieron apuestas, se bebió licor callada, discretamente. En el pueblo había un aire de grave celebración, de solemnidad, como en Día de Muertos. Billy estaba herido y no podía montar, lo habían matado, buscaba un tesoro oculto dentro de la cárcel, rezaba por las almas de Bob Olinger y J. W. Bell, hacía cartas pidiendo clemencia a Lew Wallace, gobernador del territorio.

Poco después de caer muerto Olinger hubo una pequeña conmoción en la calle. Frente al Hotel Wortley una muchacha había montado un gran

alazán y escapado con el pelo largo volando y su inmaculado vestido, como alto merengue, remangado en lo alto de sus muslos oscuros.

Todos perdieron el aliento colectivamente, al unísono.

Billy the Kid apareció por fin. Pidió a un niño que se acercara a detener su caballo. Luego caminó, estrechando las manos por un lado y otro de la acera.

—¡*Gracias! ¡Gracias!* —decía una y otra vez—. Adiós. Y los buenos deseos de las personas llovieron sobre él.

—¡*Hasta luego, Billy! ¡Vaya con Dios! ¡Bravo, bravo. Bien hecho, Billy!*

Billy montó con dificultad porque aún llevaba las cadenas, aunque rotas, en los tobillos. Hizo galopar al caballo.

—¡Salud! —gritó—. ¡*Salud y amistad! Adiós, mis amigos, amigos de mi corazón, adiós.*

Dwight Dulles estaba hosco. Él y su hijo Murphy limpiaban los compartimentos del establo. Dwight era un hombre alto, huesudo, medía más de 1.90 y tenía cabeza grande, media calva y manos enormes. Su cara mostraba las inclemencias del clima; entrecerraba los ojos, como si siempre mirara el sol, de día y de noche; su gran boca, abierta en un gesto que hasta podría parecer una sonrisa, mostraba huecos pronunciados entre sus dientes amarillos y labios gruesos que siempre estaban partidos y amoratados. Sus piernas eran fuertes y separadas, jadeaba al trabajar. Murphy tenía dieciocho años y era casi tan alto como su padre, tenía una mata espesa de pelo rubio-rojizo y una cara amable y agradable. Su cuerpo era enjuto, duro y musculoso. Aunque tenían parecido, resultaba difícil imaginar que algún día el muchacho sería igual al padre.

Dwight trabajaba con un rastrillo pequeño, un trinche de ochenta centímetros y una barrena. Debía agacharse bastante para trabajar, por su altura. Trillaba la paja vieja y pisoteada fuera de los pesebres con ritmo de cadena, eficiente y agotador. De cuando en cuando se detenía para recuperar el aliento y estirar la espalda. Conocía el dolor de estirar la espalda hacía más de cuarenta años; era un dolor que ya no podía distinguir del descanso. Éste no era su trabajo favorito. Prefería el aire libre. En el establo oscuro se levantaba mucho polvo y resultaba difícil respirar. Cada vez que alzaba la paja, una nube de polvo, con bagazo y astillas y fragmentos de hojas llenaba el aire y lo oscurecía como humo con ceniza, casi palpable. Se le metía a los ojos y la nariz, el cuello, los guantes y los zapatos. Era un trabajo sucio, es cierto, pero no el peor; lo había hecho desde que tenía uso de razón. Echó paja nueva a los pesebres y acarreó una paca de forraje. Dejó el rastrillo junto a la paca. Sacó unos alicates del bolsillo trasero

de su overol y cortó los alambres de la paca, luego los dejó sobre el bagazo verde y compacto. Alcanzó una botella de whiskey que tenía en un rincón del pesebre, la abrió, la llevó a su boca y, echando la cabeza hacia atrás y haciendo muecas, tomó cuatro tragos grandes de un líquido café y quemante. Cuando la sensación de calor llegó a un punto muerto soltó un largo suspiro y tembló. Puso la botella otra vez en su lugar, ahora con tres cuartas partes de líquido y la cubrió con paja.

—Murph —llamó. Algo traía entre cejas y quería aclararlo.

—Jm —llegó la voz de Murphy entre los pesebres como un eco. Ante los ojos de Dwight brillaron dardos de luz, caleidoscópicos por los sedimentos que giraban en el aire, como grandes pilares relucientes. No alcanzaba a ver a su hijo.

—La Ley de Murphy. ¿Le regalaste el caballo, hijo?

Había amenaza en las palabras. Murphy Dick se detuvo. Hubo un silencio.

—Bueno, pa, no del todo.

—No del todo —repitió Dwight—. ¿Entonces qué, pues? ¿Lo vendiste? Hubo otra pausa más corta y después:

—Sí, pa, más bien fue eso.

Dwight consideró la respuesta con una euforia mental incipiente. Comenzó a mejorar su humor.

—¿Cuánto? ¿A cómo lo diste?

—Me dieron suficiente, pa. Sí, bastante.

—Bueno, ¿tú dirías que te dieron lo justo, hijo?

Ahora su voz tenía un tono jovial, que Murphy sabía reconocer y le gustaba. Murphy se relajó. Comenzaba a sonar como un chiste compartido.

—Yo diría que más que lo justo, pa. Diría que fue un pago bien generoso.

La gran cara de Dwight Dulles se pintó toda con un gesto jocoso

—Verás, hijo, tal vez otros opinen que te tranzaron. Ley de Murphy es un caballo chingón, vaya si lo es.

—También el precio que me dieron fue chingón, pa. Y según parece, me van a dar más.

Dwight Dulles palmeó su muslo tan fuerte que levantó por los aires una tormenta de polvo.

—Cómo me gusta la traza de esa india —balbucee—. Vaya, cómo no. Y cuidado que sabe montar. ¿O no, hijo? En tono más bajo añadió:

—A mí también me gustaría algo chingón, por Dios. Ojalá me toque también.

—De veras sabe montar —dijo Murphy.

Debe cumplir su propósito

Grey cabalgó hasta las faldas de las montañas Capitán velozmente, al rancho de José Córdova. Le dijo a Córdova que Billy había escapado de la cárcel del condado Lincoln y llegaría pronto, cansado y hambriento. José Córdova se puso a preparar la cena. Estaba muy emocionado.

Más tarde, cuando Billy se deshizo de sus grilletes con ayuda de José Córdova, la abundante cena ya estaba lista: *tortillas*, un caldo de chile con borrego y *chicos*,⁴ pequeñas tartas de manzana y café con leche. Era como una fiesta de gracias con aguardiente y luego, bajo las estrellas brillantes, Billy despidió a la yegua de Billy Burt con una palmada en el anca. Regresó galopando a su casa, en la noche.

Había una sola vela, pegada sobre la mesa, junto a la cama. La cama era estrecha y burda, un costal de paja con un marco de madera. Billy se desnudó pronto. Grey tenía un camisón de franela azul celeste. Se sentaron juntos un rato en la orilla de la cama, casi formales, y vieron la vela parpadear contra los muros de adobe desnudos, en las vigas y latillas⁵sobre sus cabezas, hablaron poco, pensaban qué más podrían decir.

Billy parecía casi frágil, su piel era tan blanca. Decir que Grey lucía encantadora en su camisón era poco; no abiertamente seductora, como podía serlo, sino simple y serenamente hermosa y femenina. Como si hubieran escuchado una señal se acostaron boca arriba, en la

⁴ Maíz deshidratado usado para sazonar frijoles, puerco y otros platillos. A Dictionary of New México and Southern Colorado Spanish.

⁵ Morillos que sostienen las tejas. *Ibid.*

sombra. El zumbido del ajetreo de ese día sonaba todavía en los oídos de Grey, aunque ahora era más leve. La anonadaba el silencio, más cercano, de este cuarto rústico. En él se sentía sana y salva, enteramente resguardada por las paredes suaves, desnudas y brillantes, acostada en el fondo del colchón de paja, como en una matriz, tibia y encerrada entre los brazos de su amado. Le parecía el momento más íntimo que hubiera conocido. Era delicioso resistir, era lo propio; pero el deseo se apoderó de su cuerpo célula por célula y se abandonó. Y Billy era callado, paciente, amoroso, considerado, gentil y, sobre todo, bondadoso con ella. Ningún hombre había sido todo eso al mismo tiempo, en tal medida, ni siquiera Worcester Meat, quien era el más gentil de todos los hombres. Le gustaba inmensamente esta sensación de intimidad pero no podía tolerarla. Empezó a tener escalofrío, calor. La mano de Billy tocaba su cara, su garganta, acariciaba su hombro, luego su pecho, y la besaba. Muy suavemente se pegó a ella, a todo lo largo de su cuerpo; ella era totalmente dócil a su tacto. Con su mano, descendiendo, trazó la curva de su cadera, luego el interior de su muslo con los dedos. Durante un rato que pareció demasiado largo amoldó la mano a su vientre con una delicadeza tan exacta que la crispaba; gimió muy quedo. Por fin dobló los dedos bajo su vientre, entre sus piernas, a través de la prenda de franela, hasta sus pliegues mojados.

—Ah, Billy, ¿me... me harías el amor, por favor? —dijo con aliento entrecortado. Ah, no. ¿Eso dijo? ¿Así lo dijo? Hubo un asomo de exasperación. En la vida real no usaba tales eufemismos. Nuevamente recuperó el sentido.

—Quiero decir, ¿vamos a coger o qué? —preguntó con urgencia. Había comenzado a temblar, luego a retorcerse, todo su cuerpo comenzaba a expresar un hambre profunda.

—Sí, doña —dijo Billy.

—¿Cuándo? —preguntó ella ahogadamente.

Lentamente la puso de espaldas y ella le ayudó a recoger la prenda sobre las caderas. Abrió bien las piernas y él se colocó con precisión entre ellas. La besó hondamente en la boca y ella a él, mordiendo su labio inferior, moviendo su lengua, saboreándolo, entre los dientes y la boca, con la garganta cerrada y salada, en la oreja y el pelo. Clavó las uñas en su espalda. Se tocaron y probaron y azuzaron uno a otro durante un largo rato, interminable, hasta el punto de la desesperación.

Y luego, con infinita piedad la penetró y a pesar de hacerlo muy suavemente ella perdió el aliento y se endureció y luego se relajó y sintió que se hundía entre corrientes cada vez más hondas de sensaciones, ritmos largos e inefables. Fue complacida con una irrupción enorme, temblorosa, de todo su ser. Era lo que esperaba, era lo más natural del mundo, era perfecto, pensó cuando pudo pensar de nuevo. Abrió los ojos. La cara de Billy sobre la suya era hermosa y sublime. En la luz tenue brillaba empapada de sudor y éxtasis. Volvió a cerrar los ojos, apretó las nalgas y extendió los pies y gimió de placer.

Luego su cuerpo y su alma se sobresaltaron. En un instante su intenso placer se convirtió en dolor, concentrado y lacerante. Un destello de luz roja y brillante deslumbró sus ojos cerrados. Gritó de dolor. Sus ojos se abrieron de golpe. La cara sobre la suya era roja e hinchada y goteaba sudor. En ese momento vio la cara de Bob Olinger, pero al siguiente vio la de Dwight Dicks, enorme y extasiada. Sus grandes manos aferraban su cabeza, presionándola fuertemente entre espasmos brutales. Estaba casi ciega de rabia y desesperación y dolor.

Y en ella surgió una semilla de pesar más terrible que la indignación articulada, una rabia que sentiría el resto de su vida. En ese momento se volvió la personificación del odio, como Olinger, se vio más golpeada e infectada de tal odio, que nunca imaginó

posible. Este suceso indescriptible la forzó por primera vez a odiar al mundo, a odiarse ella misma, a odiar la vida misma. Quería llorar, estar en brazos de su madre, abrazar un gatito o un cordero, escuchar el agua que corre. Quería morir. Pensó en Dog, como una débil protesta, Dog hundiría en el polvo la carne y los huesos de este hombre vicioso y despreciable. En su delirio, era necesario, vio a Dwight Dicks mirar el cañón de la pistola que Billy empuñaba y mirando los ojos sin expresión, casi sin color, firmes, muy firmes. Sus brazos estaban raspados y sangraban, su boca tenía un gusto a sangre. Estaba desnuda y enlodada. Debía haber sufrido un impacto terrible, pues no recordaba como había llegado a esto. Aún no terminaba y cuando se dio cuenta casi se desmaya. No, no debía perder el conocimiento, debía resistir, atender pronto esta emergencia, por horrible y violenta y deshumanizada que fuera. Aun para esto debía encontrar la respuesta adecuada.

Dwight Dicks estaba cansado. Se levantó pesadamente sobre los brazos débiles, el pecho agitado todavía.

—¿Cómo estuvo, Dwight? —preguntó con un temblor apenas en la voz.

—Ah, ja, chingón —dijo—. Mira, lo siento —su aliento apestaba a whiskey.

—Cállate, mi vida —dijo Grey—, descansa.

Una noción extraña de masculinidad nació en él.

—Veinte centímetros sin circuncidar —murmuró.

—Como si no lo supiera, mi vida —dijo ella.

Había poca luz en el establo; pero era suficiente para que Grey viera lo que había a su alrededor. La botella vacía brillaba, fuera de su alcance.

Trató de reunir fuerzas, pero no sabía cuántas le quedaban. También ella luchaba por recuperar el aliento. Tras un largo momento dijo:

—Mi vida, quiero estar encima.

Dwight Dicks, quien se daba cuenta poco a poco de la felonía que había cometido, se puso en guardia. Pero estaba borracho y exhausto. —Está bueno —ofreció. Ninguno de los dos supo qué quería decir.

Ella se había arrodillado. Cuando la vio levantada, el manto de su pelo negro y la magnífica forma de sus pechos respingones sobre su cuerpo firme, con la espalda curvada la sintió posarse acucillada, dijo: —Ah, Dios, sí.

Ella se sentó en ángulo entre los muslos color de rosa. Y comenzó a sobar su pito, logrando que lentamente volviera a ponerse erecto, el glante morado y grande parecía cabeza de bagre en su mano. Él pasó la lengua por sus labios y cerró los ojos. Se escuchó un ronroneo. Entonces ella midió sus posibilidades. El polvo de la paja y el forraje en el aire eran terribles, sentía que se sofocaba. Los ojos le ardían y lloraban tanto que apenas podía ver. Pero logró mirar lo que estaba a su alcance. Se balanceaba contra el pene grueso e hinchado de Dwight y planeó su acción. Lo calmó, empujándolo hacia la fatiga. Sus pechos se balanceaban sobre su cara.

—Mi vida —le dijo—, juega con mis chichis.

Sonriendo, él levantó las manos carnosas y las puso sobre sus pechos.

—Apriétalas, —pidió ella— apriétalas un poco, mi vida, apriétalas una contra otra.

Los tomó entre sus manos como si fueran melones y los apretó uno contra otro, un gesto de puro contento cubrió su gran cara redonda. Ya tenía entre las manos un alambre de púas y, aunque le quemó los dedos, lo enredó rápida y eficazmente en sus muñecas, como un domador de becerros enreda con una cuerda las patas de un animal. Sucedió en un segundo. Dwight Dicks se sobresaltó. Levantó con violencia los brazos y se lanzó contra ella, gemía de dolor, pues el alambre le cortó la carne. Pero Grey se le adelantó, no perdió el equilibrio y tenía ya el trinche en la mano. Antes de que él reaccionara, mientras se revolcaba de lado, las puntas del trinche

ya estaban sobre su garganta. La miraba con ojos desorbitados. Se quedó quieto entonces, sólo su respiración era agitada y le escurría sudor por todos los poros.

Obedeció sus órdenes y se puso de espaldas nuevamente, las piernas extendidas y los brazos rojos y carnosos formando un gran óvalo sobre la enorme panza, las muñecas amarradas y las manos hinchadas llegaban casi a su entrepierna, los dientes del trinche sobre la garganta a punto de cortar la piel. Estaba inmovilizado.

—De veras, me gustaría matarte —dijo ella. Él comenzó a hablar, pero ella presionó la palma contra el mango del trinche y, con muy poca presión, aparecieron puntos de sangre bajo su mandíbula. Se quedó quieto, rígido por la tensión.

—Si te mueves —dijo ella como si nada—, te vas a lastimar.

Muy lentamente sacó el trinche de la garganta, lo acercó a la barba y a la boca abierta. Oyó el acero tintinear contra los dientes. El trinche apuntaba hacia abajo con sus dientes curvos. Ahora su pulso era firme y metió una de las puntas a la fosa nasal izquierda de Dwight Dicks; el siguiente pico quedó sobre su ojo, en la orilla, contra el globo. Instintivamente, con fuerza, él hizo la cabeza hacia atrás, sobre el suelo del pesebre. El gesto de su cara y sus ojos era terrible, su boca se abrió en un ángulo grotesco.

—No te muevas, Dwight. Si te mueves se te va a meter el trinche por la nariz y el ojo y con suerte te llega hasta el cerebro.

Nuevamente se metió sobre sus muslos. Sus piernas estaban apretadas y casi informes, tenían manchas de eczema y muchas cicatrices blancas y pequeñas. A Grey instalada en esta rígida inmovilidad le dolía el cuerpo. Hubiera dado cualquier cosa por una bocanada de aire fresco, un trago de agua fría —cualquier cosa, sí, excepto esta confrontación, este rito de compensación—. Pero debía cumplir su propósito. Tomó los alicates curvos que estaban sobre la paca. Eran una herramienta hermosa y eficaz. Sus bordes filosos eran de casi dos pulgadas.

Los perros ladraban a lo lejos, en el este de la pradera. Se oyó el rechinado de unas llantas en el asfalto, a lo lejos.

Grey tomó entre los dedos índice y medio de su mano izquierda el gran prepucio del pene flácido de Dwight Dicks y lo estiró hacia ella. Y lo cortó con las pinzas, dejando sólo un trozo de la circunferencia pegado.

El gran cuerpo de Dwight se agitó sin control, menos la cabeza. Sus músculos se retorcieron y tensaron, sus nervios se erizaron, desalojó los intestinos.

—Dwight, Dwight, Dwight, Dwight, Dwight —entonó— tendrás que terminar la operación tú mismo.

El pequeño aro de piel encogida y sanguinolento le daba náuseas, estaba mortalmente cansada.

Se levantó y se arrastró hasta una cubeta de jarabe pestilente de "droga de becerro", como ella le decía, o "betún", del que se usaba para sellar las heridas de los becerros castrados. Aplicó una buena cantidad a la herida brillante y abierta de Dwight Dicks. Retiró el trinche. Ahora su cabeza caía laxa, hacía rato que se había desmayado.

Luego, todavía desnuda, cabalgó sobre el caballo Dog velozmente hacia el río y se bañó largo rato.

Lucía una luna anaranjada. En el agua estaba la voz de su abuela.

Todo resulta inútil

Set se levantó cuando oyó salir a Milo, se frotó los ojos. Lo sucedido la noche anterior lo llenaba de agitación. Había dormido a intervalos. No sabía qué pensar. ¿Quién demonios era la tal Grey y con qué derecho se metía con él? ¿Qué quería? ¿Por qué tenía que darle algo la abuela Kope'mah? Algo que le pertenecía a él — medicina— ¿no fue eso lo que dijo? Y a pesar de que existiera un lazo entre la vieja y su padre, ¿por qué tenía que intervenir esta muchacha prepotente, enigmática para todos, excepto para el viejo con quien vivía? ¿Quién la había erigido en intermediaria, en médium? Tenía razón al pensar lo que pensó cuando apareció en la enramada la primera vez. La presencia era extraña, huidiza. Habitaba otro mundo, pensó. Pero amenazaba el suyo.

Era temprano, apenas las seis pasadas. No había señales de movimiento en la casa y supuso que Jessie todavía no se levantaba ni andaba por allí. Sacó agua del pozo, se lavó y se rasuró. Luego caminó rápidamente hacia el arroyo, siguiendo el rumbo que vio tomar la muchacha la noche anterior, tan de cerca como pudo. Llegó a un remanso de Cradle Creek donde había un puente mal hecho, un tronco sobre el río y más allá un sendero rudimentario que llevaba al otro lado a través del matorral crecido. Había huellas de cascos en las riberas y el camino. Vio una casa, la casa de Worcester Meat, allá donde la pradera volvía a abrirse y el terreno rojo se hundía; unas casas de hormigón plano y desnudo bajo la luz matutina. La casucha estaba en pésimas condiciones —la casa de los Mottledmare parecía moderna y opulenta comparada con ésta—. En realidad no era sino un cajón de madera con dos lados cortos y dos más largos, una puerta en cada extremo y una ventana tras otra, hasta completar cuatro. Tampoco allí daban señales de vida. Esperó unos momentos para ver si había algún movimiento, hasta que se sintió incómodo. Tenía la

sensación de espiar, de invadir la intimidad ajena y en realidad era a él a quien espiaban. Su piel se enchinó un poco, como la tarde anterior cuando él y la perra vieron algo o a alguien en la luz mortecina del crepúsculo. La muchacha Grey tenía talento para jugar a las escondidillas, pensó, pero él no. Y se acercó hasta el porchecito maltrecho y tocó. Nadie le respondió. Miró por la ventana. Adentro había ropa y papeles y utensilios regados, una cama sin tender, botellas vacías y partículas de polvo flotando en un trapezoide de luz que se dibujaba en el suelo. No había nadie dentro. De pronto notó su desencanto. No volvería a ver a Grey, muy probablemente, y tal vez nunca sabría qué era lo que quería darle, a no ser que todo fuera una broma. Tal vez, después de todo, se tratara de eso. Lo habían movido como ficha en un tablero, a partir del telegrama. Lo había hecho aparecer de un sombrero, como truquero, como bruja; y por lo menos, siempre tendría la duda de quién era ella, con cierta admiración. Ella. ¿Y que tal si era un muchacho, al que vio en la enramada en la tarde, en la noche? Eso sí sería un buen chiste, ¿o no? Celebraría eso, se ganaría el acto, sería un buen final.

No le dijo nada a Jessie. Desayunaron panes y salsa, un café aguado con azúcar. Esa mañana fueron ya tarde a la danza y en el camino se detuvieron junto al cementerio para visitar la tumba de Kope'mah. Set se paró junto al montículo de tierra roja y nueva y puso cara solemne cuando Jessie comenzó a llorar. Pero realmente no podía sentir nada. Su voluntad se había retirado ya de este lugar, de este inusitado interludio en su agitada vida; se disponía a regresar a su mundo habitual. La vieja abuela estaba muerta y el espíritu de su padre no había llegado a tocarlo entre la maleza y las sombras de Cradle Creek. La muchacha Grey le había prometido algo que no cumplió. Todo resultó inútil. A no ser por demoras ineludibles, estaría en su casa a la hora de la cena. La Marina estaría nublada y fría, caminaría por Union Street y se iría a tomar un gibbon a lo de

Perry. Pasearía, miraría los aparadores y luego dormiría, mientras las bocinas de niebla sonaran en la bahía. Y luego reanudaría su trabajo. Sentía una urgencia grande por pintar. Abandonar su trabajo había resultado inútil, no había logrado nada. Se había extralimitado. Se sentía fuera de lugar en este severo paisaje rojo, entre tumbas de extraños. El calor era casi insoportable, hasta cuando él y Jessie se pararon en la pequeña tumba: parecía el sepulcro de un niño. Oyó un crujido en el pasto, los enormes chapulines verdes se azotaban contra ellos. La tumba de Kope'mah era visiblemente brillante y fresca. Las piedras del cementerio parecían dispersas y orgánicas, mojoneras oscuras del tiempo humano. Un pájaro gritó. El mediodía era palpable; podía verse a la distancia como una columna de aire encendido y móvil. La yerba había invadido hacía mucho tiempo la tumba de Catlin Setmaunt.

Voltea hacia el cuadro otra vez

Y Set recordó:

Lola Bourne compró uno de sus cuadros, un acrílico sobre papel titulado "Hombre de la ventana nocturna". Era una pieza intrigante, hasta para Set, y poderosa. En un marco brillante y verde, una ventana sobre fondo azul y gris denso, ominosamente hondo, de donde surgía la grotesca figura de un hombre con pelo rojo y vestido de rojo que se aproximaba. Set lo había comenzado sin tener en mente nada sino el color, y había tomado forma rápidamente y por sí mismo hasta ser lo que era ahora. Le gustaba pero suponía que no se vendería. Jason, su agente, le había recomendado no exponerlo. — Todavía no es tiempo de desconcertarlos —dijo Jason—. Luego, cuando seas famoso, podrás hacerlo.

—Me desconcierta —dijo Lola Bourne cuando lo vio por primera vez—. Es profundamente desconcertante y me gusta y lo quiero—. Se lo dijo a él. Era la inauguración de su primera exposición en San Francisco y se sentía un poco borracho. Había departido, hablado, se había hecho visible obedeciendo las instrucciones de Jason. Había seguido con la mirada a Lola Bourne desde el momento en que entró a la galería. Era una mujer atractiva y le intrigó que estuviera sola. Se acercó y se paró frente a ella.

—Gracias —le dijo y le pasó un vaso de champaña. ¿Quieres... puedes decirme por qué?

Lo miró largo rato, como tratando de decidir si tomar en serio la pregunta.

—Bueno, verás, también a mí me gusta, pero no sé por qué. Ayúdame. Volteó hacia el cuadro otra vez.

—El hombrecito, el duende, es extremadamente intenso. Tiene una energía y un entusiasmo profundos —explicó.

—Sí —dijo Set complacido—. ¿Qué traerá entre manos el hombrecito?

-Creo que está a punto de transformarse -respondió ella.

Llega ante la presencia del más oscuro poder

Set estacionó el coche bajo un cerrito cubierto de pasto y él y Jessie treparon por el camino que llevaba a una arboleda de robles y nogales. Había campamentos por todas partes: varias tiendas de campaña, muchos toldos y algunos tipis. Los toldos blancos bajo la luz quebrada y trémula formaban el cuadro hermoso y exótico. En el aire se notaba una tensión débil, una cualidad inefable de celebración. El ánimo de Set comenzó a reavivarse. De cierta manera, se sentía bien de estar allí; emocionado, como cuando era un niño de escuela y el circo llegaba al Hospicio San Pedro y San Pablo. Y observó, sin embargo, que la gente estaba notoriamente callada. Habían llegado a un momento de pausa, de descanso. Había viejos, mujeres y niños. Supuso que los hombres —los "perros mayores", como les decía Jessie— estaban ocupados con algún asunto privado, a solas, pues era una reunión de una sociedad de guerreros.

Al parecer Jessie conocía a todos y se los presentaba al caminar entre las tiendas. —Este es tu primo Everett, Everett Gontai... Esta es tu tía abuela Pauline Ala Rota... Este es tu abuelo —tu abuelo al estilo indio— el abuelo Mujer Solitaria. Intentó retener los nombres; algunos como Aquiles Madre Loca eran inolvidables, pero eran demasiados y se dio por vencido. Todos le ofrecían comida: —Ven, mira, tenemos tripas y pan frito —dijo uno—. Bagre —dijo otro—. Costillas—. Podía verse que la preocupación esencial en las carpas era la preparación incesante y complicada de comida. Siempre debió haber sido así, pensó, tratándose de comida. Era bueno sentirse satisfecho, malo pasar hambre. Los fuegos se mantenían vivos, los olores eran ricos y numerosos.

Caminaron por la orilla del terreno donde se bailaría, un gran círculo cubierto de pasto. En el lado oriente había un enorme tipi pintado con escenas de guerra. Era realmente impresionante, con

figuras simples y fuertes como las de los petroglifos. Era un sitio sagrado, era "poderoso", decía Jessie. Dijo también que solamente los jefes podían entrar. Set se preguntó qué se sentiría entrar, sentir su santidad, pararse en este cono translúcido, respirar ese aire curativo y santo dentro de la luz. Se preguntó si Cate había entrado alguna vez.

Mucha gente se había reunido en la orilla verde del lugar donde se danzaría.

—Los hombres se están poniendo sus trajes —explicó Jessie. —Y has de saber que toma tiempo. Tienen que lucir bien—. Dijo esto poniendo énfasis en la palabra bien y echó a reír. —También las mujeres se tardan, pero esta vez casi todos son hombres. Es su danza. Es una danza de hombres. Le dijo que era una de las dos sociedades de soldados de las tribu, las únicas que quedaban. Era una sociedad antigua. Todos sus miembros eran veteranos de las fuerzas armadas, eran guerreros. Set quiso saber cuándo comenzaría la danza pero nadie sabía. "Tiempo indio": había oído el cliché y ahora parecía resultar cierto. Los danzantes no se someterían a los relojes, esperaba. Después de todo, las cosas suceden como suceden. Podía aceptar esa idea. Pero, a pesar de sus explicaciones, miró dos veces su reloj. No le quedaba ya mucho tiempo antes del vuelo, una hora y media cuando mucho y el trayecto al aeropuerto le tomaría una hora. La calma se ahondó en la tarde. El escenario parecía una foto antigua, veraniega, excepto por los niños que corrían entre los árboles. Todos parecían quietos, o cuando mucho se movían muy metódica y lentamente como en sueños. Apenas se notaba el viento cuando prendía destellos en los macizos de hojas que se balanceaban sobre las cabezas. El efecto era hipnótico. Y sin embargo, bajo la superficie apenas, había una energía latente. Algo estaba por suceder. "Un tiempo", decía Jessie, estaba por llegar. Sería real y bueno y familiar. Set ponderó: sería afortunado, inspirador,

correcto, un logro estético del espíritu humano. Se sentía algo cínico, pero aguardaba con interés.

Cuando llegaron hasta la carpa de los Mottledmare vio a un anciano junto a, la lona, sentado en una silla de plástico plegadiza.

Llamaba la atención. Usaba trenzas y un gran sombrero de paja, una camisa de satén amarillo brillante, pantalones de peto y zapatos negros de suela alta y se notaba que toda la indumentaria era recién estrenada. Era muy flaco y los huesos de su cara y de sus manos eran prominentes. Los rasgos de su cara eran pronunciados y su expresión francamente benévola. En su mano derecha, que reposaba en su regazo, tenía el palito desnudo del cual estuvo suspendido un algodón de azúcar color de rosa. Un original, pensó Set. En cualquier sitio hubiera estado fuera de lugar. Le hubiera gustado que posara para él. En los ojos apagados del viejo, Set percibió un dejo de arrogancia.

—Este es Worcester, Worcester Meat —dijo Jessie, mientras Set lograba estrechar su mano izquierda—, y esta es Grey.

Set volteó. Grey salía de la tienda de campaña. Extendió su mano hacia él, sonreía y lo miraba directamente a los ojos. Lo tomó por sorpresa y se sintió un poco abochornado. Se dio cuenta de que debía parecer un tonto; tenía la boca abierta y no atinaba qué decir. No se trataba solamente de que fuera hermosa, y lo era, estaba sorprendido porque estuvo muy cerca de ella la noche anterior pero no tenía ni idea de su aspecto. Llevaba puesto un vestido de gamuza ricamente bordado con cuentas que le llegaba hasta el tobillo y botas, también de gamuza. Su pelo lacio estaba peinado en gruesas trenzas, amarradas con cintas de cuentas. Tenía en la cabeza dos plumas de águila que apuntaban hacia abajo, por encima de su hombro derecho. Su pelo era negro como el carbón y sus ojos, ahora color violeta, como las clemátides. Su piel era más oscura que la gamuza y brillaba como la arena. El lunar de la comisura de su boca parecía una cuenta oscura de sangre. No llevaba más maquillaje que una línea

negra y delgada delineando sus ojos, y no lo necesitaba; su boca era generosa y también delineada, con comisuras cinceladas. Cuando tomó su mano, notó su fuerza; su mano era casi dura, su apretón inesperadamente firme. De nuevo notó que parecía alta y erguida.

—Hola —dijo. La última sílaba parecía pronunciada como exhalación; y recordó la voz de la noche anterior.

—Hola, Grey —y retuvo su mano demasiado tiempo y luego la soltó abruptamente— te ves... te... me gusta tu vestido añadió. Pensó que era una observación inocua y se preguntaba si se habría sonrojado. Ella seguía mirándolo y sonriendo.

—Señor Setman, ¿podría por favor pintar mi cara? —le pregunte—, me sentiría honrada.

Quedó sin habla largo rato, perplejo; y luego entendió que le pedía que pintara sobre su cara emblemas o signos.

—También yo —dijo—. Sí, por supuesto, si me dices cómo debo hacerlo. Entró a la tienda y regresó con unas pinturas e hisopos de algodón y un dibujo en un papel de estraza deslavado. El dibujo era la cabeza de una mujer, con la cara decorada con signos de colores. Bajo cada ojo tenía un punto azul muy oscuro, como de medio centímetro de diámetro del cual salían cuatro rayos: azul arriba, amarillo a la izquierda, negro hacia abajo y rojo a la derecha. Sobre el mentón había otro punto azul oscuro, sin rayos.

—Es bueno usar pintura y me gusta bailar —dijo Grey—. Muy pocas mujeres se siguen pintando la cara. Así se la pintaba la abuela. Set miró el dibujo y pintó con cuidado la cara de Grey. Su mano vacilaba, pero hizo un buen trabajo, dadas las circunstancias. Estaba parada tan cerca, mirándolo a los ojos y su piel era tan tersa y era tan hermosa. Le parecía hacer algo muy honorable y digno e íntimo. Ella tenía una pequeña cicatriz en la barbilla y la pintura parecía como dos medias lunas negras y opuestas. Jessie y Milo miraban con interés y aprobación. Milo había salido de la tienda con la indumentaria completa de la sociedad: llevaba un

penacho curvo, una brillante capa azul y roja y largas calcetas negras. Aún en este impresionante uniforme parecía la cómica caricatura de un guerrero. Como Worcester Meat, Milo era un original.

Cuando Set terminó, Grey meneó la cabeza en señal de agradecimiento: —Ahó.

—Debes verme antes de irte —le dijo—. Debo darte algo. Debes llevártelo y guardarlo; es muy importante. Como te dije anoche, te pertenece solamente a ti. Otra vez lo miró directamente, con una expresión inequívoca en la voz y los ojos y él volvió a sentirse incómodo. Quería alegar que se iría pronto, en cuestión de minutos, que si se iba ahora podrían no volver a encontrarse a tiempo. Pero no dijo nada. Tenía la extraña sensación de que ella sabía lo que estaba pensando, de que en cierto sentido, en ese momento lo conocía mejor de lo que él mismo se conocía a sí. No podía siquiera imaginar quién era ella. No podía ver ni al niño ni al machorro, en absoluto. Por un momento trató de recordar su aparición en la enramada, los ojos salvajes que se incendiaban en esa oscuridad. Y trató de verla en su forma delgada, inmediata, con el pelo largo iluminado a trasluz por la luna.

Y la calma terminó. Vio la primera danza, una obertura, una danza de mujeres. Todas las danzantes usaban hermosos vestidos largos de gamuza con flecos y complejos bordados de cuentas. Se movían en el sentido de las manecillas del reloj con pasos cortos y lentos, describiendo un círculo perfecto dentro del perímetro del terreno de la danza. El canto se elevó, constante, y obligó a los tambores a resonar larga, dilatadamente. La tarde parecía suspendida de esa música, honda y persistente.

Grey parecía poseída. Sus movimientos eran exactos y graciosos. Daba pasos hacia un lado flexionando las piernas de manera casi invisible bajo la sutil caída de la gamuza, luego el pie derecho seguía en el flujo de un movimiento terso como la lenta corriente de un río.

Parecía apenas tocar la tierra, y sin embargo el piso retumbaba como trueno y parecía temblar bajo sus pasos —los de ella, especialmente, pensó Set. Su cabello brillaba y centellaba bajo el sol. Sus plumas se agitaban y se balanceaban en el viento y Set miraba, fascinado y se le ocurría que el vestido de gamuza de las mujeres de la pradera era el traje más favorecedor que hubiera visto. Mientras pensaba esto —le llegó como una revelación— miraba a Grey. Si nunca antes la hubiera visto la habría elegido entre un centenar, entre medio centenar de mujeres. Nunca, ni en un museo, ni en un libro de historia, ni en una revista de modas, ni en la ópera, ni en las calles de las grandes ciudades del mundo había visto a una mujer a la cual favoreciera tanto su atuendo —o que se viera más natural en él, o que fuera más merecedora de él—. Era mucho más que hermosa. Era infinitamente interesante y atraía su mirada de pintor como nada lo había atraído antes. Cuando la danza terminó, regresó hasta la tienda de los Mottledmare. Ya no tenía tiempo y comenzó a despedirse. Grey llegó entonces y entró a la tienda. Cuando salió, llevaba un pequeño sarape enredado. Era rojo, muy desteñado. Estaba amarrado con una sola correa de cuero. La correa ataba los dos extremos y formaba una especie de asa en medio. Se doblaba formando un ángulo pronunciado. Evidentemente el rollo había colgado de una agarradera o gancho. Grey alargó los brazos. Él lo tomó pero ella no lo entregó inmediatamente. Por un momento ambos sostuvieron el bulto que estaba entre ambos, se le ocurrió que entrañaba un ritual entre ambos. Olía a humo y a una esencia que no pudo identificar. En otras circunstancias se hubiera sentido muy incómodo en una escena semejante, pero ahora estaba en verdad tranquilo y, a la vez, curiosamente emocionado. Sentía cierta euforia, como si hubiera tomado un licor fuerte. Pero entonces, sin motivo visible, sintió un temblor bajo las manos. Quería retirar las manos del bulto pero no podía. Todo su ser se estremeció imperceptiblemente. Los ojos le ardían y tuvo una visión de su abuela, pequeña y enjuta en su

féretro, como si fuera un niño, extrañamente. Imaginó también que dentro del bulto estaba la momia de un niño y sintió que ponía las manos sobre la muerte, que estaba ante la presencia del más oscuro poder que hubiera conocido —hasta ese momento le hubiera llamado "maligno"—. Y estaba más emocionado de lo que podría creerse.

¿Tiene una visión y un canto?

Esa noche Grey entró al cementerio y se recostó sobre la tumba de la abuela. Puso su oreja sobre la tierra fresca y fría y escuchó. Después de mucho rato, cuando la luna se hundía por el oeste, dijo: —Sí abuela, te escucho.

¿Él es el oso, abuela? ¿Qué es ser el oso? ¿Vaga por los montes, por sus sombras? ¿Está perdido? ¿Es libre? ¿Cuál es el gran dolor que lo aqueja? ¿Sabe que lo es? ¿Puede bailar y gritar y cantar? ¿Tiene una visión y un canto? ¿Puede sufrir y gozar intensamente, con antigüedad, con respeto y devoción? ¿Es él, pues, el oso, abuela? Sí. Sí. Sí. Sí.

Cuando por fin levantó la cabeza del túmulo vio a lo lejos al caballo, parado en la orilla del panteón. Estaba quieto sobre las planicies de cristal, escuchando a los muertos.

El asunto de no tener nombre es tal vez el meollo del problema

Y Set recordó:

Que la muerte brilla, toma la forma de una luna creciente y es hermosa y fría. Loki se adelantó, corría al frente, metiéndose entre la gente del muelle. Tropezó y cayó casi; en realidad habría caído si no lo hubieran detenido las enormes manos de un hombre negro. El hombre estaba sentado en una banca junto a la calzada. Tenía en el pelo una red blanca y su barba era espesa. Sonrió hasta que sus labios parecieron abarcar toda la cara y luego rio, en tono extrañamente alto y agudo. El corazón de Loki latía bajo la mano que era casi del tamaño de su pecho. Miró al negro con timidez, pegando la barbilla al pecho y alzando los ojos, con el ceño fruncido, como un escribano por encima de los anteojos. En el brazo izquierdo el negro llevaba una trompeta, una brillante trompeta. El negro tenía los dientes más blancos que Loki hubiera visto. Cate lo alcanzó. Loki hizo una mueca y escapó, corrió gozoso. Lo seguían la risa aguda y Cate llamándolo, con alarma pero sin enojo, con paciencia paternal, sobrenatural.

Entró a un sitio donde se juntaba un grupo de curiosos. Enmedio había un tiburón pequeño, su cuerpo subía y bajaba apenas, como el movimiento del mar mismo agitado por la marea lejana. Inmediatamente todo quedó en silencio y el cuerpo muerto del tiburón se aquietó. Las voces de cuantos estaban allí parecían lejanas. Loki cayó de rodillas. Nunca había siquiera sospechado que existiera algo con una hermosura tan grave como la de este animal. Entonces murió. La muerte no coincidió con el fin de los movimientos —hacía mucho que el movimiento se había detenido o dejado de ser visible—, en todo caso, fue después. Cuando la muerte llegó, no se produjeron signos, Loki supo. Era algo de lo que se podía dar cuenta hasta un niño pequeño.

Luego murió Cate. La secuencia no era clara para Loki. Estaba la hermana Stella Francesca que se le apareció en sueños. Estaba Bent, que lo había adoptado. Le había costado trabajo abandonar el Hospicio San Pedro y San Pablo. Curioso. No había tenido miedo de Bent, en cambio sí de la hermana Stella Francesca, desde el principio. Pero la amaba, porque era niño y no había nadie más a quién amar.

Y Set recordó:

Creo que es una historia importante, dijo Cate, de hace muchos años. Es vieja. El niño llegó una noche al campamento Piegan; debe haber tenido tu edad, Loki. Imagínate a ese niño y esa noche. En el campamento debe haber habido fuego. Siempre había fuegos y los fuegos brillaban sobre los tipis y, vagamente, sobre los árboles, más allá del campamento. Pintaban charcos amarillos sobre el suelo, tal vez, y ponían chispas a la negrura de encima, regalándolas a las estrellas. Supongo que algunas personas estaban afuera. Sí, algunos estaban afuera cuidando la lumbre. Y uno de ellos vio al niño. El niño salió de entre los árboles, verás, y caminó hacia el centro del campamento. Y el hombre o la mujer que lo vio llamó alarmado, probablemente gritó y entonces todos salieron a ver qué sucedía. Estaban recelosos, verás. Algunos hombres deben haber tensado sus flechas en sus arcos, apuntando al visitante. Pero cuando vieron que se trataba solamente de un niño se sorprendieron, tal vez se avergonzaron. Pero sabes, no creo que hayan sentido menos miedo. ¿De dónde salía este niño? ¿Qué traería a sus vidas? Todos lo miraban, lo estudiaban. Y él, él los recibió con una sonrisa, les habló alegremente. Pero les hablaba en una lengua que no conocían. Pienso que le tenían miedo, pero él no les tenía miedo a ellos. Esa es la parte más extraña de la historia. El niño no parecía conocer el miedo, parecía saber, por extraño que parezca, dónde estaba y se sentía como en su casa. Parecía contento en compañía de la gente. Hablaba con ellos, al modo de los niños que parlotean

interminablemente con sus padres. Algunas de las gentes deben haber estado fascinadas, tal vez las mujeres más que los otros, las madres, ¿sabes? ¿Cómo resistirse al niño? Deben haber pensado que estaba perdido, que estaba solo y que no tenía miedo. Otros estaban preocupados, como sabrás. ¿Cómo no estar preocupados? Algunos deben haber pensado que lo mandaron para desarmarlos, para entrar y tomarlos por sorpresa. Pero la mayoría estaba encantada. Piénsalo, Loki. Debe haber sido como un carnaval. Allí estaba el niño, como actor que hace su acto, parado frente a la hoguera, parloteando, haciendo gestos, ejerciendo su hechizo.

Y el acto duró hasta bien entrada la noche. Fue una noche digna de ser recordada. Y luego, Loki, a la mañana siguiente el niño había desaparecido. Tal vez fue un viejo el primero en despertar, quien se dirigió al lugar donde habían acostado al niño.

Y el niño ya no estaba. Y el viejo avisó a todos y todos estaban mortificados. ¿Dónde estaba el niño? ¿Qué le había sucedido? Había desaparecido sin dejar rastro. Y, Loki, el campamento Piegan entero estaba hondamente preocupado. El niño se había convertido en parte de la vida de todos, ¿ves? A partir de entonces la historia del niño se incluiría en su historia. Una vieja comenzó a lamentarse. Y luego, luego un viejo sabio se adelantó y dijo: "¿Cómo podremos creer en el niño?" Y la gente, de cierta manera, esperaba oír esta pregunta. Siempre se requiere de un hombre sabio en circunstancias así. ¿Cómo podemos creer en el niño? Habían visto al niño, oído su voz; algunos de ellos muy probablemente hasta habían tocado su cara y sus manos. Pero el viejo hizo que dudaran de lo que creían y era una cosa buena; les regresaba su tranquilidad. En ese caso, era mejor no creer en el niño que creer en él. Y también más fácil. Verás, el niño no sabía la lengua de las gentes piegan y eso significaba para ellos que no tenía lengua. Deben haberle preguntado muchas cosas: ¿Cómo te llamas? ¿De dónde vienes? ¿Quiénes son tus padres? ¿Por qué no tienes miedo? Cualquiera de sus niños hubiera

respondido de alguna manera, hubiera sentido miedo o hubiera respondido a las preguntas con cautela. Ciertamente ninguno de sus niños se hubiera sentido cómodo, casi jovial, y ninguno de sus niños habría aparecido y luego desaparecido tan repentinamente, como si conociera el bosque mejor que ellos, como si viviera en la oscuridad y el descampado. ¿Pero qué niño sabe estas cosas? ¿Y qué niño habla con tal desparpajo ante extraños? ¿Tenía nombre? ¿Dijo su nombre? Para los piegan, era como si no tuviera nombre. Y, como te darás cuenta, Loki, el asunto de no tener nombre es tal vez el meollo del problema. Las palabras son nombres. El viejo entendía esto y usaba su entendimiento para aliviar y consolar a su gente. Y todos se sintieron mejor. Pero no podía, simplemente, quitarles al niño, has de saber. Eso hubiera sido un engaño. Ya no creerían en lo que veían o en lo que escuchaban. Así que les ofreció algo para sustituir al niño: un oso en vez de un niño. Y pensaron: sí, así fue; debe haber sido ciertamente un oso; sí, un osito llegó al campamento y parloteó con nosotros. Era curioso y juguetón, sí, un cachorro. Imagínate, Loki, el niño tenía que volver al bosque esa misma noche. Es cierto que lo alimentaron bien y le dieron un lecho tibio. Y es cierto que los niños del campamento piegan soñaron con él y en cómo jugarían con él al día siguiente. Tal vez las mujeres pensaron hacerle bellas camisas y perneras, y qué nombre le darían, pues era en verdad un ser extraordinario. Y luego, cuando se sugirió que tal vez era un oso, ¿cuál fue la respuesta? Ah, se sintieron aliviados pues ya no era necesario explicar algo tan extraño e inusitado. Deben haber sentido que perdían algo. ¿Y al niño, Loki, qué le sucedió? ¿Por qué llegó al campamento, en primer lugar? ¿Qué lo alejó? ¿Fue un deseo, una gran soledad, un instinto salvaje? ¿Se convirtieron sus huellas en huellas de oso en la oscuridad? ¿Su lengua viva, se transformó en un gruñido, en el grito de una bestia? ¿Había en su cerebro algo semejante al pensamiento o a la memoria?

¿El corazón del niño los alimentaba? ¿Soñaba? ¿Había tras sus ojos una imagen, semejante al pensamiento, de niños jugando?

El oso emerge

Set se ovilla y se mete dentro de sí mismo. Pone color con un cuchillo a su cerebro. El humo permea el bulto medicinal, un calor leve emana de él. Los danzantes tocan el suelo con los pies. El niño desquiciado brilla entre las sombras. Una mujer anciana habita el cuerpo de una muchacha. La muerte disloca al pez plateado, cintilante. El oso emerge. Planos.

Libro dos
Líneas

La tierra oscurece, forma cuentas
con el sudor de los arbustos y
el oso emerge;
plena de magnificencia
la mente avanza
hacia el misterio del tiempo
ya segura de haber elegido
la pasión, dudosa aún
de su fin.

Yvor Winters "*Quod Tegit Omnia*"

Ante tales eventos, poco hay qué decir

Nadie volvió a ver a las hermanas. Sólo el día en que abandonaron el campamento alguien pronunció sus nombres. Pronto se olvidaron los nombres aunque se recordaba a las hermanas no como niñas, con costumbres y apariencias particulares, sino en conjunto. Se convirtieron en las hermanitas a quienes ocurrió. Tras su desaparición, durante los primeros días y semanas, la gente se reunía al atardecer y esperaba que las estrellas aparecieran. Y cuando las estrellas aparecían y brillaban ante el negro trasfondo del cielo, la gente se llenaba de asombro —y también de algo semejante a la soledad. Algunos hacían exclamaciones, pero casi todos los demás permanecían en silencio, respetuosos, casi reverentes; ante tales eventos, poco hay qué decir. Luego una gran tempestad cayó sobre las montañas y los cielos ennegrecieron durante cuatro días y cuatro noches y no pudo verse ni una estrella. Después de eso, la gente no volvió a reunirse de la misma manera, para los mismos fines. Continuaron sus vidas como si nada hubiera ocurrido. Hasta los padres de las criaturas perdidas se comportaban como si nada hubiera ocurrido, sus vidas continuaron. Al principio se discutió el asunto, por supuesto, de si debía o no guardárseles luto. Se decidió no hacerlo y nadie se los reprochó; nadie los culpó. Sólo la vieja Koi-ehm-toya lanzó una serie de gritos agudos y trémulos hacia el silencio y cortó dos dedos de su mano izquierda una mañana, ya tarde, cuando nevaba.

La imagen del espejo es la máscara transparente de un hombre

¿Set?

Se miró en el espejo y habló consigo mismo.

¿Set?

La imagen del espejo es la máscara transparente de un hombre. Yo soy él. Soy ese hombre. Es mi cara. Me gusta mi cara. Me gusta porque es mía y porque la he visto y la he tocado con mis manos durante muchos años; he estudiado y he analizado y he memorizado mi cara. Amo mi cara porque soy un artista. Y ahora me asombra este murmullo de luz y sombra, esta fría insinuación de mí mismo. Después de todo, esta imagen pálida y deslavada no es gran cosa. No puedo ver los poros, las cicatrices y los accidentes de mi cara. Sin embargo, la imagen está bien hecha. Es clara y esencial como un dibujo a línea de Hokusai, tan delicada y tentativa como los ciervos de Lascaux. Y, por Dios, me hubiera gustado hacerla, pues soy artista como Hokusai y como aquéllos, cuyas manos describieron a los ciervos. Espejo. El espejo no debería condenar al artista. Cuando era un niño como de ocho o nueve años, corrí contra una puerta de espejos; por eso — aunque no se vea en el espejo— tengo esta línea blanca sobre el ojo derecho. Tú, oye tú, ojo izquierdo.

¿Eres Set?

El espejo parece un bloque de hielo, duro, luminoso, translúcido y dentro, la imagen fija en el fondo como un fósil. Cara fósil. Set. Setman. No, me recuerda a... sí; una vez vi una litografía de un artista de Dorset, Jasmasie. Me parece que se titulaba Constructores de iglú asustados por un oso. Y en ella había trozos de hielo, finamente achurados, llenos de un humo brillante semejante a éste. El oso es flaco y flexible, su cuerpo es largo como el de una comadreja. Oso de hielo, largo y flaco, Nanook, perro de Dios, viejo envuelto en su abrigo de piel. Es arte ¿eh, Set? ¿Pero, qué es eso?

El arte —el dibujo, la pintura— es una especie de inteligencia, la mano y el ojo reunidos en la imaginación, sobre el plano del cuadro; y en él un entendimiento casi perfecto del acto del entendimiento. ¡Ja! Alguien mirando en un espejo a alguien que mira en un espejo —transmitido, hasta las huellas digitales, un entendimiento ya no de los osos polares o del miedo, sino de esto y más—; la unidad compuesta de fragmentos que son más que el todo. Ahora junto las puntas de los dedos, mi pulgar, mi índice, mi cordial de la mano derecha —tu izquierda— y me imagino que pongo agua, agua vagamente coloreada en un plato de porcelana con un pincel, un pincel muy muy fino. Mi padre tenía pinceles de esos. Sus pinceles eran suaves y puntiagudos, puntiagudos como agujas. De marta roja. Yo enroscaba el pelo de marta entre mis dedos y me sorprendía la suave resistencia de los diminutos pelos que formaban y conservaban una punta tan aguda. ¿Cómo podía hacer mi padre líneas como las de un lápiz muy duro y afilado, trazos como guiados por una regla, con algo tan suave como el pelo? La imagen del espejo no tiene bordes —¿cómo es posible?— y sólo tiene un ojo.. Raro. Y sin una chispa de vida siquiera. Y sin embargo es un ojo vivo. ¿Ves?, puedo moverlo en mi cabeza. Ah, pero no puedo verlo moverse, esa es la cuestión. Supongo que no es gracioso. Entonces, ¿por qué me río? ¿Para qué forzar las coyunturas de los pies, intentando hundirme en el suelo, tratando de proyectar toda mi cara?

Tú, ¿Set?

Sí, soy Set.

Y allí, al otro lado del espejo, hay un pasillo. La pared de enfrente tiene una textura tosca, más oscura que la crema, porosa como piedra pómez o hueso antiguo, o tal parece. No puedo enfocar el reflejo de mi cara; de pronto se extiende hasta el muro de atrás, súbitamente; luego regresa al espejo, al cíclope que está allí, al ojo quieto y vacío.

Set, pues.

Set.

¡Menea la cabeza, carajo! El ojo se entrecierra un poco pero queda fijo, parece ver. Volteo, siento una resistencia en el aire viciado. Y el cuarto se oscurece de pronto. Ha llovido todo el día —¿un día, dos días, varios?— cae fuerte y suena, avanza, espía,, trae viento. Cuando mi oído se ajusta al sonido agudo y disparejo de la lluvia me doy cuenta de que el teléfono suena en el otro cuarto, el sonido cesa, el teléfono sonó durante mucho tiempo. Veo por una grieta de la puerta y allá hay un silencio negro de cueva, un silencio denso, casi palpable, envuelto en lluvia.

La imagen del espejo se disuelve. La noche llega con la lluvia, en el mismo instante. Cuanto hay en el estudio se vuelve indistinto de pronto, excepto unos cuantos lienzos desperdigados. Es raro: el grande, que apenas comencé, es más oscuro que los demás. Resaltan. Están desnudos y casi brillantes en la luz vaga, rectángulos o cuadrados definidos con más o menos nitidez, con destellos sobre la textura de fina arena blanca, como de arroz pulido. En cambio ese, el que está detenido del caballete, a la altura del ojo, debajo del tragaluz —ese es remoto—. Me desasosiega. Debería ver, o al menos adivinar, lo que contiene. Dios, ¿no trabajé en él hoy, esta mañana? ¿Fue ayer? En el tragaluz hay un juego intermitente entre la luz de los postes y los semáforos y los coches de la calle y los golpes de la lluvia, cada gota estalla con colores en el espacio blanco. Allí no hay remolinos de color, ya no; hay manchas indefinidas y profundas en los destellos de luz amarilla, blanca, azul, verde, naranja y roja. Y quiero creer que hay formas reales, formas únicas e indefinibles directamente relacionadas con los campos hondos del fondo que retroceden, uno tras otro, y llegan a un negro infinito, formas definidas de cosas definidas, las cosas mismas que no puedo entender de otra manera.

El teléfono suena en el otro cuarto. No, sonó. Ha estado sonando.

¿Lola?

¿Bent?

Tú, ¿Jason?

¿Bueno?, ¿quién es?

Vaya, vaya. ¿Debo pensar en salir? Hago el intento —un intento, ¿ves?— de entrar a la cueva. Mis piernas. ¿Qué? Mis piernas están tiesas e hinchadas y casi insensibles. He permanecido demasiado tiempo en este cuarto enorme, clínico. ¿Fui yo quien carraspeó? ¿Qué fue ese sonido que escuché? ¿Era yo? Necesito estar seguro, absolutamente seguro de que puedo hablar. El teléfono sonará otra vez, seguramente. No he hablado. No he dicho ni una palabra en todo el día. ¿Será posible? Ni una palabra, a nadie. La lluvia es ahora constante, tenaz. Los lienzos de lino luminosos vibran y levanto el teléfono —está muerto, completamente muerto— y lo coloco en mi oreja.

¿Ahora qué? Hace un momento pensaba salir. Sí. No me importa salir a la lluvia, la lluvia fresca y fría. Un omelette con Joe o una sopa de almeja con Scott. Sé que debía tener hambre —¿cuándo fue la última vez que comí?— pero realmente no tengo hambre. Me siento mal, tengo náuseas, el olor de whiskey me da náuseas. Dios, he estado enfermo tal vez dos días. El sudor vuelve a empapar mi camisa. Sed. Tengo mucha sed. Necesito un trago.

¡Mira, tal función de luces en el cielo! La tormenta hace fondos brillantes y coloridos, las distancias sucesivas se elevan, se elevan en la noche: puntos parpadeantes de luz, líneas onduladas de luz, ángulos y arcos de luz, luz de todos los colores e intensidades. Y... más cerca está oscuro, excepto por los charcos rayados y suaves donde la lluvia salpica bajo los postes, abandonados. Sólo de cuando en cuando alguien sale de una puerta hacia la lluvia torrencial y el vapor. Y la Bahía está negra.

¿Bueno? Set.

Mi oído se detuvo y no hay nada sino un zumbido en mi cerebro.
Luego, después de pausas largas, el traqueteo de la tormenta,
luego voces tan lejanas que son ininteligibles.

¿Bueno? Set aquí.

Set aquí.

Set.

Aparecen los árboles de la sombra, y una figura agazapada entre los árboles

Necesitamos buenos padres, Bent. Sé mi padre. Tuve un sueño extraño. Ah, Bent, tuve sueños extraños. Desperté en las mañanas con miedo y alivio a la vez. Algo me sucedió. Ah, no fue el viaje a Cradle Creek —la peregrinación a la tumba de Cate Setman, le llamas—. No fue ese gesto intempestivo y singular de cualquier manera (aunque forma parte de ello). No, lo que pasó fue algo que había comenzado mucho antes. No lo entiendo. No sé cómo decírtelo. Hay tal oscuridad, Bent. En el mundo hay tanta noche. No lo sabía.

Mi infancia aparece en algunos sueños.

Quisiera decir que son cosa del pasado, pero no es cierto. Siguen allí. No es que mis sueños fueran, son. ¿Cuando murió Lukie, Bent? ¿Y la señora Archuleta? Debo haber tenido doce o trece años. Era tan suave y afelpado y tenía unas orejas ¡maravillosas! Eran tan tibias, delgadas y translúcidas como las tortillas de la señora Archuleta. Cuando se las cortaron y lo vendaron, a todos les parecía una monja, una religiosa. Sus ojos brillantes y sus finos dientecitos afilados, tan blancos, con destellos. Era el cachorro más hermoso que haya visto; su piel tenía tal fulgor; era del color de una foca.

María Consuelo Ynocencia Archuleta. Un día me atrevía a llamarla María o Connie —era en extremo impertinente, casi un pecado mortal— y puso tal ceño, que durante varios días me sentí como delincuente, como alma en pena. Fui a confesarme con su confesor, no sé ni cómo. La noche que nos llevaste a la ópera se veía adorable, ¿no es cierto?, radiante. Puedo ver su cara, vieja y serena y muy digna ante el esplendor de Sevilla, concentrada en los focos de luz brillante y móvil —¡tan emocionada y tan intensamente viva!—. Éxtasis. Estaba extasiada. Se sabía el libreto de memoria, Bent, ¿te acuerdas? En voz baja decía:

*L'amour est un oiseau rebelle que nul ne peut apprivoiser,
et c'est bien en vain qu'on l'appelle, s'il lui convient de
refuser!*

*Rien n'y fait, menace ou prière, l'un parle bien, l'autre se
tait;
et c'est l'autre que je préfère, il n'a rien dit, mais il
me plaît.*

Y Micaela, ¡cómo le gustaba Micaela! Conocía el alma de Carmen, pero era Micaela.

*Je dis que rien ne m'épouvante,
Je dis, hélas! que réponds de moi;
mais j'ai beau faire la valante,
au fond du cœur, je meurs d'effroi!*

Extasiada, ¡qué cara!. Creo que era la cara de cuando era niña, cuando era una niñita delicada y de ojos grandes, en la fiesta de Navidad en Taos.

La cosa es, Bent, que comienzo a dudar de mi cordura. No quiero hablar de locura, pero a veces me siento dislocado, neurótico, obsesivo. Sí, obsesión, si entiendo correctamente el significado de la palabra. Pero no sé qué me obsesiona. Y eso es lo que lo hace tan grave. Parece que me vuelvo más y más dependiente de mi trabajo, pero me cuesta mucho concentrarme en él. Puedo imaginarme en un punto donde deba trabajar y no pueda —amo mi trabajo y me siento obligado a trabajar—. Eso me asusta. Anoche, tratando de aclarar las cosas, pensé: he llegado a un lugar peligroso de mi vida. Algo me amenaza: ¿la madurez, la enfermedad, qué? A veces pienso que una enfermedad roe mis entrañas, hace mucho, desde siempre. Me encuentro luchando contra algo, la batalla se vuelve cada vez más violenta y comienzo a desesperarme. No me gusta estar; desesperado, la desesperación me asusta. ¡Dios mío, Bent!, me avergüenza decir estas

cosas. Es humillante. Me siento actor de un melodrama escolar, entre conflictos inadecuados, irrelevantes, repitiendo líneas que, cuando mucho, carecen de imaginación, y lucho por mi vida; esa es la definición de mi papel. Y la lucha es real; no se limita al escenario; y lo sé, y soy el único que lo sabe. Bent, tal vez ha llegado el momento de enfrentarme con mi demonio. ¿No me dijiste una vez que ése es el exorcismo más antiguo de cuantos existen? Dijiste también que la séptima regla naval era: nunca te tomes demasiado en serio, carajo.

Después, como a las once: había bebido en cuatro bares y estaba en Scott Street. No había llamado pero sabía que todavía estabas levantado, probablemente enfrascado con algún tratado de misticismo que ya habías leído muchas veces. Calistenia mental, Bent. Debes tener ahora, veamos, setenta y nueve años y tu mente es como un músculo, lo ejercitas para que se vuelva cada vez más fuerte. Jugamos una partida de ajedrez, pero terminó a las doce y media o una. No podía concentrarme y estabas molesto.

—No puedo concentrarme —dije—, estoy preocupado. No me había dado cuenta de lo pretenciosa que puede ser, o es, esa palabra.

—Estás borracho. Luego: —¿Preocupado por qué?

—No sé.

—Vete al carajo, entonces.

—De veras, no sé. Jason dice que estoy preocupado, la palabra es de él.

—Jason es un tonto.

—Bueno, puede ser, pero sabe vender mis cuadros.

Había dicho una fanfarronada. Me había puesto a la defensiva y me sorprendí. No me quedaba abogar por Jason, especialmente frente a Bent, ya que yo mismo lo despreciaba un poco. No entendía su talento, aunque él entendía muy bien el mío y eso me ponía en su contra. También Bent. La verdad, sin embargo, es que le pagaba con

gusto su trabajo a Jason, pues lo hacía bien. Hasta era posible que valiera lo que me costaba.

Pero ahora estaba un poco molesto, frustrado, porque no estaba pintando lo que él quería. Jason prefería los cuadros grandes, brillantes y caros; mi obra reciente se había vuelto sombría y ensimismada. Lo había decepcionado y me dijo que estaba preocupado, que no estaba pintando a mi nivel. Nivel es otra de las palabras de Jason.

—Jason es un tonto —repitió Bent.

Lo dejé pasar.

Pero le dije a Bent, en cambio, que mis pensamientos (o sospechas, instintos, lo que fuera) parecían apuntar todos a un lugar y un tiempo pasados, tal vez a un pasado remoto. Era como si intentara hacer aflorar un recuerdo crucial, profundamente soterrado. Bent oyó y escuchó mis cuitas.

Sé mi padre.

Soñé bosques. Había oscuridad tras los planos sucesivos de maleza crecida. Era niño y estaba solo; el aire de mi alrededor era eléctrico, brillaba en algunas partes como terciopelo aplastado. Fui atraído hacia el interior oscuro. Sentía que me movía, inexorable, hacia un punto oscuro, al centro mismo de la oscuridad. "Loki", oí mi nombre. Era un grito desesperado, y extrañamente la voz era mía, creo; no estaba seguro y eso era lo que me asustaba tanto. No tenía control sobre nada, no sabía claramente quién era ni dónde estaba. Parecía que intentaba encontrarme, que había perdido mi ser. Había en mí una terrible urgencia. Por fin la negra densidad del lugar me resultó excesiva. Comencé a ahogarme. Y desperté.

—Helmbrecht Brandt. Quiere cincuenta por ciento —dijo Jason—. Y los costos del enmarcado a medias.

—Ni hablar —dije—. Cuarenta por ciento y él enmarca.

Estaba bromeando. Jason se ocupaba de estos asuntos. Por su tono de voz sabía que las condiciones de Brandt eran aceptables, pero quería hacer sudar un rato a Jason.

—Bueno —dijo Jason de manera petulante— nunca hemos expuesto en Colonia y Brandt controla las cosas allá. Quiere presentarnos en Basilea en julio. Está seguro de vender cualquier cosa que mandemos.

—Ah, ¿entonces está bien?

—Está bien —dijo Jason.

Sonrió con una de esas sonrisas que Lola llamaba de a nueve dólares.

Lola, lo que no te dije —probablemente no podía y no puedo decirlo— es esto: ya no es lo mismo. Algo ha cambiado. Cuando estábamos tan cerca, todo ese tiempo, creí saber quién era; ahora no lo sé. Todo ese tiempo... Cuando te veía, pensaba en ti, te tocaba, mi mente retrocedía al principio, a la noche cuando nos conocimos y los días y las semanas siguientes.

El respeto de Jason por el dinero era visible. No era el dinero en sí lo que lo emocionaba, sino ganarlo. Le gustaba encontrar formas de atraerlo, como virutas hacia un imán. Se había vuelto muy bueno en este asunto de atraer dinero. Nada lo seducía tanto como eso. Descubrí que no era un hombre complicado pero parecía complicado y eso lo hacía interesante. Su carácter tenía muchas facetas buenas y yo le admiraba algunas. Sabía mucho más de arte que otros agentes, mucho más. Tenía un gusto de primera. No sólo era un gusto educado, sino también natural. Y era honesto. No era su estilo decir mentiras ni hacer trampas, y muchos de la competencia son tramposos y falsos. Aprendí pronto a confiar en sus juicios sobre mi obra. Me decía si algo era bueno o no era bueno o que había hecho algo no del todo genuino. Y la mayoría de las veces tenía razón. Su aplomo era inamovible. No me gustaba, pero le creía.

Era un poco más joven que yo, y más apuesto. Era del Boston, Ivy League y se veía un poco fuera de lugar en mi estudio, pero estaba a sus anchas en el Distrito Financiero, donde almorzábamos a menudo. Casi siempre tenía apariencia saludable, como si apenas hubiera regresado de una semana de jugar tenis o escalar riscos. Rara vez lo vi en mangas de camisa. Por lo general usaba trajes oscuros muy caros y finas corbatas de seda.

Estaba trabajando en la mesa larga, donde me gusta dibujar y él observaba una pieza que había hecho tiempo atrás, el retrato de un niño que vi en un barco, en Tiburón, un acrílico sobre tela. Lola estaba allí por casualidad. Leía una revista, frente a una mesa más chica. Llevaba una blusa sin mangas, shorts, zapatos tenis y se veía muy bonita. Sabía que Jason estaba muy atento de su presencia, lo agitaba. Lo atraía sexualmente y lo sabía y se burlaba de él cuando le venía en gana, siempre de manera sutil y discreta. Pero la mayoría de las veces simplemente lo ignoraba, causándole gran consternación. Había cierta tensión entre ambos.

—¿Cuando vas a hacer piezas grandes de nuevo, telas grandes con colores muy brillantes? —preguntó Jason.

—¿Eso es lo que quieren?

—Siempre. Especialmente de ti. ¿Te acuerdas del éxito que fue tu exposición de Carruth?

—Sabes, me he enamorado del papel —dije. Esto no le complacía.

—Sí, el papel es maravilloso, ¿verdad? —dijo sin convicción.

—También he estado dibujando. Tinta y carboncillo con aguadas. Parpadeó.

—Color —dijo con énfasis alzando el índice como si fuera la declaración de un sujeto infalible, dictando una ley universal. No dije nada, pero Lola, sin poder evitarlo, habló.

—Los dibujos nuevos son muy buenos, ¿no? —dijo sin dar oportunidad de que objetara—. Son fuertes y originales. Llegará el tiempo en que se les considere tan buenos como las telas.

—He trabajado muy aprisa —dije— creo que estoy sobre algo. He llegado a un punto donde la espontaneidad es la clave de algo. Hay pocos bocetos ahora, sólo impresiones, dibujos a línea hechos de prisa. He regresado a algo elemental y creo que saldrá algo bueno. Mira —en ese momento dibujaba y quería que él y Lola vieran.

—¿Qué es? —preguntó Jason.

—Bueno, deben mirarlo bien —dije.

Él y Lola examinaron el dibujo cuidadosamente.

—Miran, es un animal ¿no? —preguntó Jason.

Mojé el pincel en aguarrás y realcé el carboncillo del papel.

Aparecieron los árboles de la sombra, y una figura agazapada entre los árboles.

—Sí —dijo Lola.

—Es un autorretrato —dije—, y Jason se rio. Pero Lola no. Dijo "sí" otra vez y se volteó y estiró las piernas largas. La atención de Jason se dirigió a ella. Flexionando las pantorrillas, apuntó con las puntas de los tenis hacia las avenidas. Otra vez se burlaba de Jason.

Había muchas figuras oscuras en mi trabajo ahora. No sabía cómo explicarlas. Me producían cierta fascinación. Parecían infinitamente vitales y misteriosas. Y en cierto sentido eran autorretratos, pues reflejaban cierta realidad de mi interior. No sabía qué era, pero sabía que era y sabía cuánto me importaban. Y se acercaba más y más a mis pensamientos conscientes, lo reconocería y entendería tarde o temprano y el acto de reconocerlo o entenderlo sería crucial para mí.

Seguía mi rutina habitual. Pintaba, leía, caminaba. Cenaba en los lugares que me gustaban. Visitaba a Bent con regularidad —se había aquietado bastante—, ya no eran los tiempos de las largas caminatas por los parques Presidio y Golden Gate. Seguía reuniéndome con frecuencia con Lola Bourne —para estar, para meditar, para cenar, para ir a fiestas, para dormir con ella. Visitaba mis galerías y

hacía cuanto se esperaba mí. Pero no era lo mismo. Algo había ocurrido. Y comencé a notar que era un cambio profundo y me inquieta mucho, lo dije, perder el control sobre mi cotidianidad. Siempre responsable de mí mismo, desde que fui adoptado— Bent dio ese sentido de responsabilidad, esa confianza. Yo determinaba mis actos. Yo elegía qué hacer y con quién hacerlo, permitía que lo desconocido definiera mi existencia o se inmiscuyera con mis propósitos, si podía evitarlo. Pero ahora había una interferencia que no podía identificar ni resistir. Algo parecía posesionarse de mí. Era algo sutil y pernicioso, ya no era el mismo. Y luego los demás comenzaron a notar que algo sucedía. No me sentía indefenso hacía mucho tiempo y ahora comenzaba a sentirme indefenso.

Lola Bourne me observaba con suspicacia. Me miraba de frente con sus grandes ojos, algo cautelosos, que expresaban su ser tan fácilmente y siempre la delataban ante mí, y yo debía estar atento. Comenzó a decir algo, limpió su garganta y luego sólo suspiró. Tuve que reír, pero vi que no sabía qué hacer, también ella estaba indefensa y triste. La entendía. Me alejaba o más bien me alejaban de ella. Y ella lo sentía tanto como yo, tal vez con más intensidad. Y de allí derivaba otra faceta de mi confusión, mi frustración y mi culpa.

Porque no quería herirla. Es más, odiaba no ser del todo claro con Lola. Habíamos estado muy bien juntos —no podría haber sido mejor. Parecíamos hacer aflorar lo mejor del otro, ambos lo sabíamos y todos aquellos que nos veían juntos lo sabían. Esa relación no se había perdido del todo; todavía nos entusiasmábamos y nos apoyábamos uno al otro.

Tuve una exposición en Sutter Street. Fue hace cuatro años y allí nos conocimos. Era mi primera exposición en San Francisco y era un acontecimiento importante para mí. Estaba emocionado; tenía la sensación de que me sucederían cosas buenas, de que estaba listo, a punto. No me imaginaba qué vendría después. Bueno. Lola Bourne

entró, miró mis cuadros detenidamente y compró uno. Es un cuadro que me conmueve. Me había resistido a ponerle precio; pensaba guardarlo para mi colección. Me sentí sorprendido y complacido cuando se interesó en él. No estaba seguro para nada de que alguien lo quisiera comprar. Era provocativo, lleno de energía extraña, hasta inquietante. Pensé que no muchas personas podrían vivir fácilmente con él. De cualquier forma, hablamos del cuadro y ella lo compró. Unos días después me envió una nota. Me invitaba a tomar té y a ver lo que había hecho con mi cuadro. Vivía en una casita de Península algo recluida en una arboleda. Había pasto y una vereda de piedra bordeada por flores muy brillantes. Era un lugar hermoso. Me recibió en la puerta con una camisa azul, una falda blanca y sandalias blancas. Llevaba el pelo suelto y era graciosa y vivaz; me pareció un poco nerviosa. En la galería llevaba pantalones y una especie de capa muy elegante que ocultaba su cuerpo. Cuando me hizo pasar a la sala me fijé realmente en ella. Su cuerpo era tenso y algo flaco, con pechos altos y pequeños y cintura estrecha. Tenía un mentón, muñecas y codos angulosos, pero sus nalgas y piernas eran perfectas y sus manos y sus pies elegantes. Podría haber sido bailarina. Su cara era bonita, con ojos grandes y brillantes, una sonrisa muy sugestiva y maravillosamente enmarcada por ondas de pelo rubio brillante. Además de todo esto, tenía una presencia, un espíritu, cierta cualidad intrínseca visible en su porte y en sus movimientos. Llamaba la atención aun de lejos.

—Primero debes ver tu cuadro —dijo. El cuarto contiguo era un estudio con paredes llenas de libreros, un escritorio algo amontonado, una enorme silla de cuero y una chimenea. El cuadro estaba colocado al nivel de los ojos a un lado de la chimenea y cerca de una ventana en la pared opuesta, de modo que recibía mucha luz natural y los colores eran vivos.

—Se ve mejor que en la galería —dije.

—Sí, yo también lo creo. No podría estar más feliz. Mi pasé dos días pensando dónde ponerlo. Ya pasé mucho tiempo con él. Entro aquí, o salgo de mi recámara solo para verlo y admirarlo, para pensar en él. Creo que ejerce algún poder sobre mí. Me recuerda un cuadro de Emil Nolde que me gusta mucho. ¿Conoces el *Sternen wandler*? Es uno de los cuadros realmente mágicos que hay en este mundo, ¿no crees? Es de esa clase de arte que se trasciende a sí mismo. Lo ves y ves más allá del arte —esa es la ilusión, al menos—. Puedes adentrarte en el universo y contemplar el infinito como nunca antes lo habías hecho. —Describémelo —le dije. No estaba seguro de conocer el cuadro de Nolde.

—Bueno, hay un hombrecito, algo parecido al tuyo, no se sabe quién es. Está parado, con un abrigo negro y una gorra o diadema entre las estrellas. El hueco es de aguada gris y azul y las estrellas son garabatos toscos, como los que pintan los niños, y hay manchas amarillas. La cara del hombre es verde y sus ojos son hoyos negros. Su expresión es —bueno... podría ser todo o nada, no puede describirse.

—Tal vez es la noción de Dios que tiene Nolde.

—No, este hombre, este *Sternen wandler* está más lejos de Dios que de mí.

—*El hombre de la ventana nocturna* (así titulé mi cuadro) tampoco es Dios —dije.

—Ah, no, pero también es remoto, esencialmente incognoscible. Así lo veo yo. Es mi ventana. A través de ella lo veo acercarse. Hay en él una terrible urgencia. Se aproxima a un reconocimiento que no puede imaginarse. Y es mi ventana, mi visión, mi reconocimiento, tanto como el suyo. Cuando entro ahora a este cuarto, ¿sabes?, casi espero que haya cambiado, que se haya transformado en algo diferente de lo que era hace una hora, que se transfigure.

—No sé si otros ven en él lo mismo que tú —dije un poco intimidado por su entusiasmo—. Te inspira hasta la elocuencia.

—Sí, realmente me *inspira*. Me conmueve hondamente. Pero es en realidad tu inspiración lo que está allí, ¿o no?

Dijo que tenía un Borgoña blanco, un Montrachet 1966 que había reservado para una ocasión especial, ¿prefería eso al té? Nos sentamos en la sala, dominada en uno de sus extremos por un gran piano y con otros cuadros y muchos objetos que definían su gusto. El cuarto era brillante y alegre, Lola Bourne me hacía sentir bienvenido. Pero no estaba cómodo, para nada. Con sólo ser ella, simplemente, me mantenía en un estado de excitación permanente. Hablamos de cualquier cosa y bebimos vino y luego ella propuso un paseo. El vecindario donde vivía era agradable y tranquilo. Las casas eran diferentes, pero todas atractivas, construidas en amplios prados y las calles eran anchas y bordeadas de hermosos árboles viejos. Era bien diferente de mi estudio en el tercer piso de la calle Fillmore y Beach, desde donde apenas se veía la bahía. Yo tenía dos departamentos casi iguales, uno frente a otro, con un pasillo de por medio. Uno era mi estudio, allí trabajaba y a veces vivía. Tenía allí todo lo necesario para dibujar, pintar o hacer lo que se me antojara. Estaba amontonado, casi sin muebles, pero era suficiente y me acomodaba. En el otro puse, casi con lujo, una sala, una recámara, un estudio y una cocina. Se transformó en departamento para los huéspedes. En mi estudio tenía un catre, un teléfono, una alacena y un refrigerador con comida suficiente para sobrevivir; todos mis materiales, mi atril y mesas, estantes, trapos, un tapiz español para mis modelos, bancos y sillas. Pensaba en él como mi guarida; todo estaba salpicado de pintura y apestaba a óleo, goma, aguarrás y pegamento. No podría haber prescindido de él.

Lola y yo dimos media vuelta al vecindario y nos detuvimos a ver a unos niños que jugaban con un perro, un *setter* irlandés joven. Tenían una pelota, del tamaño de un balón de fútbol y lo pateaban y aventaban rodando entre el pasto. Era muy grande para que el perro la agarrara con la boca, pero se echaba contra ella con toda su

fuerza y la golpeaba con ganas, con patas y hocico –para el infinito gozo de los niños–. Por fin el perro dejó el juego y fue a echarse, sofocado, junto a un estanque de patos. Los niños –dos niñas y un niño– lo dejaron en paz. Una de las niñas usaba gruesos anteojos que agrandaban desproporcionadamente los ojos en la carita redonda. Nos saludó, más bien solemne, y continuamos el paseo.

Hablamos de nosotros mismos, quiénes éramos, qué hacíamos. Ella había crecido en el barrio norte de Chicago y había estudiado música durante años con maestros muy capaces; se había titulado como bibliotecaria en Berkeley. Se había casado y divorciado. Sus abuelos maternos le dejaron una herencia considerable pero se mantenía, básicamente, de dar clases de piano y de catalogar libros raros para coleccionistas y vendedores que conocía. Aunque no lo dijera, se notaba que tenía bastante éxito en ambas actividades, se le respetaba y sus servicios eran muy solicitados.

A mi vez, le conté que mis padres habían muerto cuando era niño. Le conté del Hospicio San Pedro y San Pablo, de mi adopción, de cómo llegué a ser pintor. Parecía sinceramente interesada y me animó a continuar. Bueno, en realidad nunca conocí a mi madre; mi padre murió cuando yo era chico, era un artista, un pintor; mi padre adoptivo era filósofo –un profesor desencantado del mundo académico que se había retirado antes de los cuarenta años, un hombre mundano. No se me ocurría qué más contarle.

–¿Te gusta el helado? –preguntó.

–Sí.

–¿De qué sabor?

–Ah... chocolate, creo. No, vainilla.

–¿Vainilla simple?

–No, vainilla con chocolate. Con chispas.

Se rio, me tomó de la mano y la apretó.

–Cuando estoy nerviosa –me dijo– hablo de helados. Me calma.

–¿Estás nerviosa? –pregunté.

—Uy, sí.

—Yo también.

El sol se hundió en los prados, parecía suspendido en las ramas y hojas sobre nosotros. Hacía mucho que no caminaba de la mano con nadie. Se sentía bien darle la mano a Lola; era un deleite particular, como la curiosidad, tal vez no lo había sentido desde mi adolescencia. Se me había olvidado lo bueno que puede ser.

—Hace rato, cuando llegaste, debo haber parecido niña de escuela —dijo—. Quería impresionarte con mis conocimientos de arte.

—Me impresionaste.

—Puedo hablar de manera más inteligente sobre música.

Estaba por confesar que no sabía nada de música y en vez de hacerlo pregunté:

—¿Te gusta el helado?

—Qué pregunta más rara —dijo—. No, lo detesto.

—¿De qué sabor? —pregunté. Pero ella ignoró mi pregunta.

—Ei, Set, sé pararme de cabeza, ¿quieres ver?

—Bueno, yo...

—Mira —dijo. Y me soltó y se quitó las sandalias. Se arrodilló, colocó su cabeza y manos con precisión sobre el pasto. Balanceó una pierna hacia arriba y luego la otra. Por un momento hizo una tijera con las largas piernas, intentando equilibrarse y luego las colocó exactamente, con las rodillas, las pantorrillas y los tobillos juntos, los dedos punteados en un clavado perfecto, su delgado cuerpo ladeado sólo dos o tres grados de la vertical, con los músculos tensos. Su falda de crepé cayó hasta sus caderas y allí quedó. Llevaba calzones azul pálido con anchas rayas diagonales de un azul todavía más pálido. Sobresalían mechones y rizos de pelo púbico, un poco más oscuros y más rojos que los de su cabeza.

—Bueno, ¿qué tal? —preguntó de cabeza.

Carraspeé y meneé la cabeza con convicción.

—Bien —dijo—, muy bien.

-¿Crees poder hacerlo?

-Ni en sueños.

-Trata.

-No, aunque supiera hacerlo -y no puedo- el efecto estético sería altamente decepcionante después de tu espectáculo

Luego volvió a hacer una tijera, bajó un pie, luego otro, con un movimiento de rueda y se puso de pie de golpe, el cuerpo arqueado y los brazos abiertos en actitud de gimnasta que ha dado maromas y se planta en su lugar, tiesa como jabalina en el blanco.

Más tarde, bajo la luz de lámparas chinas que colgaban de las ramas, sobre un plato de pollo deshebrado me dijo:

-Vamos a enamorarnos, ¿verdad?

-Sí -le dije.

-Debes pasar la noche conmigo.

-Sí -volví a decir.

Eso fue hace cuatro años y fue el principio de una relación memorable, una de esas relaciones que todos deben tener alguna vez, por derecho natural.

Jugábamos con todo, especialmente con las palabras, todo el tiempo. Vivimos llenos de regocijo y tretas, un doble sentido sobre otro. Ella decía algo y yo jugaba con eso y ella seguía, implacable y estos juegos eran para nosotros el agasajo mismo. Sabíamos disfrutar el mundo juntos. Estábamos contentos de estar juntos, muy contentos. Podríamos haber montado un acto de vodevil. "¿Eso dice usted, señor Setman?" "En efecto señorita Bourne." Enarbolábamos servilletas y nos las aventábamos en las mesas de los restaurantes de San Francisco. Cantábamos dúos en los asientos de los taxis. Nos acariciábamos en los elevadores, en el cine, en las esquinas. Montábamos funciones. Setman y Bourne, Pero eso fue hace cuatro años, y siento que es necesario decirlo otra vez. Algo nos sucedió, me sucedió. Me fui volviendo paulatinamente solemne y moroso. Comenzó a haber silencios entre

Lola y yo, pasábamos lapsos más y más largos separados. No vivíamos juntos, ni siquiera al principio, cuando estábamos locos uno por otro. Pensé que vivir juntos iba a interferir con mi trabajo. Pronto me di cuenta de que ella era una criatura social y me gustaba por eso, pero su modo de vida era diametralmente opuesto al mío. Le gustaba estar con gente todo el santo día y sabía hacer que los demás se sintieran a gusto y todos la adoraban. Pasaba mucho tiempo entre gente jovial, me parecía, y a mí me daba trabajo aguantarlo. Estaba metida en trabajos públicos y comunitarios, tal subasta, tal campaña; siempre tenía que ir a conciertos, reuniones de caridad y lecturas de poesía. Y siempre se decepcionaba un poco cuando me negaba a acompañarla. Le decía siempre que mi trabajo era algo solitario, que lo mejor de mí afluía en el aislamiento, en un cuarto con luz, paredes desnudas, sin ninguna distracción. Le costaba trabajo entender por qué tenía que ser así, pero lo intentaba. Realmente lo intentaba y hacía grandes concesiones. Comencé a sentirme un poco culpable. Era justa. Algo bueno fue que ella y Bent simpatizaron, desde el principio. Quería que fueran cercanos, entre ellos y conmigo. Y lo fueron.

Aun cuando comenzamos a apartarnos, Lola y yo pasábamos mucho tiempo juntos y pasábamos mucho tiempo al aire libre. Yo trabajaba en las mañanas y en la tarde ella venía y proponía algo. Nadamos, montamos en bicicletas, jugamos tenis, organizamos complicados días de campo en Marín y los domingos leíamos el New York Times en el muelle del Café Anchor de Sam, en Tiburón. Nos aventurábamos por los viñedos. A veces intruíamos la intimidad de Bent, pero le encantaba, especialmente cuando Lola cocinaba con las viejas recetas de la señora Archuleta. Recorrimos barecitos oscuros y restaurantes, lugares con muelles y patios, jardines con fuentes, rincones que olían a mar. Y tocaba para mí. Tocaba estupendamente. A pesar de sus múltiples compromisos, se dedicaba en verdad a su música y practicaba mucho —tanto como yo me dedicaba a mi pintura, creo. Ése

era un vínculo importante entre nosotros. El sentido del trabajo era algo que compartíamos y entendíamos, valorábamos y respetábamos. Un día, no hace mucho, quedamos de vernos en Perry's para almorzar y llegué temprano. Tomaba un tarro de cerveza y hablaba con Seamus James, el cantinero. No había nadie más en el bar. Seamus me contaba que se había desvelado. Se trataba de una dama y de complicadas maniobras, aparecía en escena hasta un marido. Sabía contar bien sus historias.

—Ay, para no mentir, esta mañana me siento algo lento. , Meneó la cabeza y limpió la barra. Su cara era triste como la de un sabueso. Me di cuenta de que pedía conmiseración.

—Peor aún, porque ya es de tarde.

—¿Ya?, Dios mío, ¿ves lo que te digo?

—Sí, hombre, te ves fatal —le dije.

Puso un gesto algo ofendido, como para pagar el precio del pecado y suspiró.

—Bueno, ya me llegará un segundo aire.

—Francamente, Seamus, te ves de la chingada.

—Por Dios, dime qué quieres, por favor —dijo Seamus entornando los ojos—. Odio darle vuelta a estos asuntos.

Lola entró sin aliento y se deslizó a uno de los bancos junto a mí. Tal vez oyó nuestro parloteo, o el final.

—Set —exclamó— acabo de hablar con Jason. Ha tratado de localizarte. ¡Vas a exponer en Nueva York y luego en París!

—Carajo, qué bueno.

No se me ocurrió qué más decir. Seamus gruñía y parpadeaba.

—Sí —dijo Lola riéndose—, qué bueno, carajo. ¿Puedo ir a las inauguraciones?

—¿Quién paga el almuerzo? —pregunté.

—Yo —dijo Seamus—. Es lo menos que puedo hacer.

—Lo menos —dijo Lola con ojos chispeantes—. Por cierto, Seamus, deberías irte temprano hoy, te ves de la chingada.

Pinté con furia, quería mostrar obra nueva y cuatro meses después fui a Nueva York. Jason y Lola fueron también, pero no eran las celebridades. Jason se quedó en el Algonquin y Lola y yo en el St. Moritz. Era enero y hacía frío. A pesar de eso, hubo bastante gente el día de la inauguración, en Madison Avenue. Había sido una exitosa inauguración, confirmó Jason. Varios cuadros se vendieron esa noche, todos ellos por encima de su precio, según mi entender. Y conocimos a muchas personas importantes (Jason nos aseguraba), entre ellas a Alais Sancerre, dueña de la Galería Colombes, en París, donde sería mi próxima exposición. Era atractiva y Jason se mostraba obsequioso en su presencia. Lola estaba tranquila. A mí me parecía que nada salía bien, todos se miraban con intensidad crítica entre ellos, más que a mis pinturas, y todos los comentarios eran de refilón y me parecieron groseros e irrelevantes. Pero tenía éxito profesional. Me entretenía y vi que los ojos de Alais Sancerre no habían perdido su ironía. Le sugerí que fuéramos a almorzar al día siguiente, solos. Esa noche, para celebrar la inauguración, hubo una cena en el Russian Tea Room. Me senté entre Jason y Lola, que comenzaron a pelear. Fue una noche aburrida y acabó en un tono agrio. Más tarde, en el hotel, el humor de Lola cambió por completo. Antes se había portado malhumorada, incluso hostil. Yo me mostré humillado. Pero ahora volvía a ser ella misma, hermosa y seductora y juguetona. Se disculpó. Yo resistí en mi parte agraviada y sentí lástima de mí mismo. Además, mi fortuna había mejorado esa noche. Estaba satisfecho, avispado, expansivo. Pedí que me trajeran al cuarto brandy Alexanders para terminar la ronda. Lola sacó colorete y kohl, un pomo de polen y un polvo azul pálido que no pude identificar —seguramente se lo dio alguna bruja—, los puso delante de mí y se quitó la ropa.

—Esta mañana, en un aparador de la calle 52, había dos personas, un hombre y una mujer que se pintaban los cuerpos, él a ella y ella a él. Es una de las escenas más excitantes que haya visto.

Estaba anhelante, con ojos soñadores y su cuerpo era hermoso. Pensé: conozco muy bien este cuerpo; conozco la textura de su piel y la forma de los huesos; conozco la tensión de los músculos, el espesor de la grasa en uno sitio u otro y la tensión de los tendones y la presión de la sangre en sus venas. Pero ahora, ante lo que me acababa de decir, y mientras ponía en mis manos los colores, vi su cuerpo de una manera nunca antes vista.

—¿Estaban desnudos?

—Casi.

Me quité la ropa y con gran cuidado nos pintamos. Ella me pintó una máscara azul en la cara —era como la máscara de un danzante de Guerrero, una cara de moro— y líneas ondulantes, rojas y negras en el pecho y la espalda y los brazos. Pintó mi pene, la mitad de amarillo y la mitad de rojo. Era muy excitante colorear. Le puse puntos amarillos en la frente. Le pinté la boca y los pezones de rojo brillante. Luego puse ruedas de azul muy oscuro en sus pechos. Pinté lunas crecientes en su abdomen y puse una rueda negra alrededor de su ombligo. Hice zigzags de brillantes rayos rojos y amarillos en los muslos y espinillas y puse estrellas negras en sus pies. Cuando terminé fue al espejo y se contempló.

—Ah, ¡qué bonita estoy! —exclamó. Y era cierto.

A media noche desperté, estaba parada frente a la ventana. Me levanté y la tomé entre mis brazos, sentí su soledad. No nos dijimos nada y miramos la noche un rato. Había comenzado a nevar. Desde una vasta bóveda negra, manchada por las luces de la ciudad, millones de copos caían flotando silenciosos sobre la Avenida de las Américas. Cuando regresamos a la cama me preguntó si había pintado antes el cuerpo de una mujer.

—No —dije. Y entonces me acordé y dije: —Bueno, una vez pinté la cara de una mujer.

—¿Qué quieres decir? ¿La maquillaste? ¿Le pusiste maquillaje en la cara?

—No, no fue eso. Le hice emblemas, tres diseños pequeños. Eran escudos, algo así. Creo que tenía un significado especial para ella.

—¿También la hiciste hermosa?

—Sí.

—¿La amabas?

—No. Apenas la conocía —dije.

—Poner pintura sobre la cara de alguien a quien apenas conoces me parece algo demasiado íntimo.

Curiosamente me dio vergüenza que dijera eso, como si se metiera sin querer en algo muy personal y privado. No supe qué decir.

Lola se durmió pronto, pero yo me pasé el resto de la noche en vela.

El recuerdo de aquella tarde en Oklahoma me perseguía. Traté de recordar exactamente el rostro de Grey, pero mi mente no podía evocar su imagen completa. Su cara era hermosa y yo la había hecho más hermosa, ¿o no? Y su voz, y su mano tocándome. Y entonces, lo que vino a mi mente con extraordinaria claridad y violencia fue el bulto medicinal. No lo había abierto, pues lo había colgado en un anaquel del estudio, en un closet o bodega que rara vez usaba. Le tenía miedo. No le había contado nada a nadie. Fingí que no existía. Pero ahora parecía apoderarse de mi mente. Tenía un deseo casi incontrolable de estar con él, estar por completo ante su presencia, cerca de él, poner mis manos sobre él. Parecía algo terrible, grave, casi malo alejarme de él. Volvió a mí la sensación que sentí la primera vez que lo toqué. Sentí, cuando Grey y yo lo sosteníamos, que era algo potente y peligroso. Sí, eso es, tenía una potencia oscura, como un humo denso y espeso. Diabólico. Había algo diabólico en él. ¿Cómo podría algo así tener relación conmigo? ¿Por qué ejercía esta atracción repentina e irresistible sobre mí?

Una de las obras que vendí en Nueva York era una acuarela más pequeña que las demás. Era el retrato de un jinete, pero la imagen era indistinta, subliminal. Uno debía ver el cuadro atenta y detenidamente para descubrir su contenido. La imagen se alejaba hacia el plano del fondo, donde giraban, rojos y amarillos y cafés, cada uno describiendo una dimensión en el espacio y todos en una sucesión de distancias respecto al ojo del observador. La impresión, para mí, era que el jinete pasaba de lo temporal a lo intemporal, y además se llamaba *Ventura más allá del Tiempo*.

Alais Sancerre pensó que era un cuadro interesante y fue uno de los asuntos que discutimos durante el almuerzo. Se alegraba de que se hubiera vendido, dijo, pero le hubiera gustado mostrarlo en París. Su voz era baja y su acento bastante pronunciado. Tenía modales y vestido meticulosos, más bien conservadores. Usaba un traje gris y zapatos negros. Su blusa era blanca y sencilla y no usaba joyas, excepto un par de aretes de perlas. El único color que usaba era en la bufanda, con un bonito diseño en azul, morado y verde oscuros. Sus manos eran pequeñas y expresivas, muy femeninas, la piel tan clara que parecía transparente y sus uñas ligeramente curvadas hacia abajo sobre la orilla de ; sus dedos. Su cabello era castaño oscuro rojizo, con mechones canosos, lo usaba restirado en un chongo. Sus ojos no eran duros ni brillantes, como los de los gatos, sino muy suaves y cálidos. Parecían retenerme suavemente mientras hablaba; eran ojos hermosos e incitantes. Era de estatura media, ni gorda ni flaca. Me imaginé que tendría alrededor de cuarenta años.

—Sí, es una obra notable —dijo—. Voy a hacer que la fotografíen, con permiso del nuevo dueño y el suyo, por supuesto. Así podré mostrar a algunos de mis clientes al menos la foto. Pero, como usted sabrá, las fotos son ¿cómo se dice?, poco confiables. Espero que conserven ese centro misterioso de la pintura. A los franceses nos gusta mucho el misterio.

Equivoqué su sentido.

—Supongo que es la calidad de la acuarela la que le da su misterio —dije—, una transparencia sobre otra.

—No, no, no —me corrigió— el misterio está en usted. *Usted* es el misterio. *Usted* es el misterio primordial, en todo caso. Si no fuera misterioso no podría crear ese misterio en la tela o el papel, ¿o sí? Claro, los centauros también son misteriosos, ¿o no?

—¿Centauros?

—Los suyos —dijo como si yo tuviera que adivinar de inmediato lo que decía—. El de su pintura, aventurándose más allá del tiempo. Me gusta el concepto.

—¿Está tan segura de que es un centauro? —le pregunté intrigado.

—Pero por supuesto que es un centauro, o a punto de ser uno.

Lo dijo tan segura que no dejó terreno a la argumentación. Fue un momento extraño para mí. Parecía que algo afloraba hasta mi conciencia, un reconocimiento, una verdad.

—Tal vez —dije.

—Dígame, señor Setman, ¿por casualidad pensaba en Kafka?

—¿Kafka? Me temo que perdí el hilo.

—Bueno —se rio— pensé que tal vez pensaba en la breve descripción de Kafka sobre el centauro. ¿Cómo se llama? *Wunsch, Indianer zu Werden*, si mal no recuerdo. Describe lo que debe sentir un piel roja al cabalgar muy rápidamente, tan rápida y libremente que la tierra se convierte en un borrón y la cabeza del caballo se desvanece. Y ciertamente esto significa que el piel roja se convierte en un solo ser con su caballo, ¿ve? Bueno, lo digo mal, pero es una transformación. Kafka escribió, como usted sabrá, *La Metamorfosis*. Estaba bastante interesado en el tema.

Lo que decía me fascinaba. Era como si Alais Sancerre viera claramente en mí algo que yo no lograba ver. Más tarde fui a la galería y vi largo rato *Ventura más allá del Tiempo*, intentando mirar con mayor profundidad lo que había visto antes, intentando ver

lo que otros tal vez veían con más claridad que yo, la parte más honda de mí que yo sólo había imaginado.

En el avión de regreso a San Francisco, mientras hablaba con Lola Bourne, enfermé. Comenzó de pronto, me sobrevino un mareo y se me nubló la vista. Comencé a temblar y no entendía sus palabras cuando me hablaba con gran preocupación —veía alarma en su cara, pero no entendía sus palabras—. Luego vino la negrura. Lo siguiente que supe es que ya estaba bien, el desmayo había pasado, estaba empapado en sudor. Agarraba la mano de Lola con tal fuerza que la mía pareció incrustarse en la de ella. La solté con gran dificultad como si mi carne se hubiera atenazado, congelado en la suya. Casi le rompí la mano, mis uñas dejaron marcas en su piel, casi le saqué sangre. Su cara mostraba tal miedo y dolor.

Bent, sé mi padre. Sé mi padre, Bent. Te amo.

Marca el fin de una etapa

Con letra pequeña, casi descuidada, escribió:

¿Quiénes son estas figuras, habitantes de la rima?

La muerte y el perro de la muerte: el tiempo.

Hubo una gran tormenta de nieve en las praderas. Cayó en Colorado, Nebraska y Kansas, pero también azotó Oklahoma. Cubrió la tierra, fuerte y rápida. Los árboles de Cradle Creek se dibujaban quebrados y desnudos contra el cielo y el pasto muerto estaba cubierto de hielo. El viento, empujando con violencia la nieve, azotó cuanto sobresalía. Los animales se apretujaron para protegerse del frío. Algunos murieron. Las tumbas de Kope'mah y Catlin Setman estaban desnudas, yermas.

Luego volvió el calor, increíble, como si fuera verano. La tierra, mojada por el deshielo y el calor, se reblandeció y el pasto reverdeció, los árboles parecían a punto de brotar y el agua corría rápidamente. Luego la tierra vital endureció otra vez. Por todas partes aparecieron pájaros, parecía primavera.

La alcalde de Bote, Oklahoma, se sentó en la enramada de casa de los Mottledmare, examinaba un libro a su izquierda y tenía un cuaderno a su derecha. Leía y tomaba notas y escribía trozos de verso y prosa. Era media mañana. Había dormido bien, hizo sus plegarias al sol, desayunó carne seca guisada y tomaba grandes cantidades de té Earl Grey, al cual añadía considerables chorros de leche bronca de una vaca Jersey del rebaño de los Dick. Bebía ahora otro tarro de té, enfrascada en una página impresa.

—Autor, autor —llamó palmeando—. Hey, vaya, vaya. Debes referirte a una de las Yazzies, de las Yazzies de las Montañas Bajas, a una de las hermanas. Mmm, mi tío Ashkii conoció a esas damas... eran tres, podían cabalgar mejor que el carajo, cualquiera de las tres le

ganaba a un hombre. ¿Cómo se llamaba la grande? Desbah no... *Bertha*, *Bertha Yazzie*. Mi tío decía que la dama sabía montar. Pero era mejor para lucirse que para montar, según mi tío. Era una jugadora, según mi tío. Tenía hermosas joyas, según mi tío. ¡*Nizhóni yei*!

Leyó el pasaje otra vez.

Algunos hombres de Jémez galoparon al encuentro de los navajos. John Cajero era uno de ellos. Era un hombre maduro, un hombre tanoano con mente y cuerpo ágiles y fuertes, era un jinete de primer orden. Montaba un hermoso cuarto de milla gris, que gobernaba con destreza y seguridad, y él mismo era algo digno de verse, con su camisa azul y una banda roja en la cabeza, con gestos ágiles y confiados. Pronto localizó a sus viejos amigos entre los navajos y muchos jinetes se juntaron, deteniendo sus caballos a orillas del camino, reunidos con ánimo de camaradería y buen humor —y cierta rivalidad. John Cajero sostenía el extremo de una cuerda en sus manos, hizo un lazo. De pronto se inclinó sobre su caballo y se metió al camino, entre dos carretas, casi pisó a un perro; el perro escapó aullando, corriendo a toda velocidad, pero el caballo lo alcanzó rápidamente y, en movimiento, la cuerda voló y lazo al perro de la cintura, lo hizo dar vueltas sobre la arena, lo levantó por los aires, el jinete le dio una fuerte palmada mientras el caballo levantaba las patas delanteras y hundía los cascos en la tierra, con todo su peso contra el freno. Y John Cajero soltó un poco la cuerda de la silla y el perro se escurrió fuera del lazo y se metió, triste y encogido, bajo una carreta. John Cajero se rio y también los otros, aunque sus risas eran ásperas, me pareció y los navajos miraban la función atentamente, la puesta en escena de una broma pesada y como tal, lo dejaron pendiente. Había en todo esto cierto intercambio, un trueque de valentía y arrogancia y destreza y orgullo elemental. Luego John Cajero bajó del caballo, sacó de su bolsillo un billete de un dólar, lo dobló a lo largo y lo clavó en la arena. Hizo señas a los otros mostrándolo; era un reto, una invitación, pero al principio no entendí de qué se trataba. Se trepó a su caballo y repitió el gesto, señalando el dinero en el piso. Nadie se movió; estaban atentos. Alejó su caballo a cierta distancia, al paso. Luego dio vuelta y echó a correr al caballo —o más bien, lo hizo galopar ágilmente, no rápidamente; parejo— y desde la silla se agachó para tomar el billete. Al parecer sus dedos lo rozaron pero no pudo agarrarlo, porque su caballo perdió ligeramente el ritmo en el momento crucial. Falló apenas —un espectáculo hermoso y

emocionante de ver— y de nuevo se enderezó sobre su silla, su movimiento parecía uno solo con el del caballo. Yo lo miraba con tal detenimiento que al principio no vi a la muchacha. Parecía salida de la nada, una muchacha navajo hermosa y flexible sobre un caballo negro. Venía aprisa, sobre la polvareda de John Cajero, más aprisa que él y su caballo tenía un ritmo de galope largo, parejo y bajo. Cuando la vi, ya se agachaba, toda su altura casi, desde el brazo colgado desde el pomo de la silla, su rodilla estirada y su larga espalda tensada como un arco, sus hombros junto al amplio pecho del animal; balanceó el brazo izquierdo como si fuera cimitarra y lo levantó, con el billete de un dólar entre la punta de los dedos, y lo alzó sobre su cabeza, levantándose sobre los estribos, sin que su caballo perdiera el paso. Y así siguió, junto a John Cajero, la caravana de carretas y llegó hasta el pueblo, tras robarse la función y también el dinero y avanzaba en belleza, arrastrando risa tras ella. Más tarde la busqué entre las tiendas pero no la encontré. Imagino que su nombre era Desbah Yazzie y que me miraba desde las sombrass

—"Para uno, para cualquiera", según mi tío —murmuró Grey—. Volteó y miró a Dog a través del aire cristalino entrecerrando los ojos. Estaba parado allí, tal vez a treinta metros, en un claro de la gran pastura. Había pasado sin percances los días difíciles de la tormenta. Ahora estaba parado, con su pelambre de invierno, aletargado bajo la luz brillante, con la cabeza casi perpendicular sobre su espinazo, asoleándose. Dormía. Lo llamó y él alzó la cabeza abruptamente, agitándose a lo lejos, con las negras orejas levantadas. Tomó de un poste del rincón de la enramada las riendas, hechas de pelo de caballo trenzado, y se acercó a él despacio. A veces la dejaba llegar sin resistirse; otras se escabullía con ínfulas de salvaje y la esquivaba, travieso y lleno de insolencia, juguetón. Por eso se acercaba con cautela. Hacía doce días que no lo montaba. Esta vez se quedó quieto, hasta volteó hacia ella y abrió la boca para morder el freno. Era razonable que estuviera preocupada y le explicó con mucho cuidado lo que debía hacer. Lo llevó a un paraje de terreno largo y plano que convenía a sus propósitos. Tomó un cerillo largo, que usaba como señalador de su

libro y lo clavó en el piso. Luego saltó ligera sobre el lomo de Dog, galopó unos metros y regresó. Debía considerar el asunto unos momentos. El cerillo era claramente visible, su punta roja y blanca sobresalía tres centímetros de la tierra roja y grumosa. Calculó que estaba a treinta metros.

—Ahora, Dog, el asunto es bastante claro: requiere rapidez, exactitud y cooperación —dijo—. La rapidez debe ser un poco menor que aquélla que desnuda, el avance debe ser consistente y la puntería exacta. La colaboración debe ser extremadamente acorde. No hemos hecho esto antes, así que el primer intento es de importancia crítica. Yo sé, precisamente, lo que debo hacer, pero tú, ¿tú sabes lo que debes hacer? Dog, debes correr sin detenerte, no debes perder el paso. No debes fijarte en mis movimientos, por repentinos y desconocidos que te parezcan; me debes llevar cerca del cerillo. Hablo de centímetros, Dog, fracciones de centímetro, tal vez. Debes correr parejito, tu paso debe ser absolutamente constante, tu carrera también. ¿Entiendes? Si se chinga, no será por mi culpa, ¿me oíste? ¿Listo?

La primera vez que pasaron, Dog no esperaba que se agachara, dejó de correr y casi la tira. Con notable equilibrio y agilidad ella siguió sentada, como quien hace piruetas de rodeo. La segunda vez ella no apoyó bien los talones y la tiró. A la tercera tocó el cerillo pero no lo pudo agarrar. La cuarta, la quinta, la sexta y la séptima vez todo falló. El caballo y ella no estaban coordinados y dos veces más la tiró. La octava vez agarró el cerillo y se sintió dichosa. Estaba algo golpeada y magullada pero se sentía triunfante. Le dio azúcar a Dog como recompensa, después de regañarlo por las fallas y dijo: —Bertha Yazzie necesitaba una silla y mi tío decía que su caballo tenía mal aliento.

Iba diario a la tumba de su abuela y le hablaba aunque no era necesario, pues el espíritu de su abuela andaba por todos lados; con

frecuencia estaba en el cuarto donde murió y Grey pasaba ahora mucho tiempo allí. Jessie y Milo no interferían; sabían que se estaba haciendo curandera y no estorbaban y la trataban con respeto. Además, Jessie era una mujer con un espíritu muy generoso y le tenía mucho afecto a Grey. Pensaba en Grey como en una hermana. Milo también; si se hubiera atrevido, se hubiera acercado a Grey con doble intención, pero ahora tenía un poder cada vez más grande, se había vuelto intocable. También lo sabía Worcester Meat. Grey ya no vivía en su casita y su ausencia le resultaba insoportable a Worcester. Pero era un hombre viejo, hacía mucho que había aprendido a vivir con sus pérdidas. Según sus marcos de referencia, era simple y correcto que se aferrara al espíritu de su madre, lo hiciera como lo hiciera. Nunca tuvo potestad sobre ella, nadie la tuvo. No había que renunciar a nada, aunque era mucho lo que había perdido. Grey era todavía muchacha y sus fantasías le eran muy preciadas. Pero en realidad era consciente de su destino singular y de que debía enfrentar responsabilidades muy serias. Y sin embargo, por el momento, seguía viéndose a sí misma así:

—¿Te digo algo?, aquí es donde fallaste —dijo Billy—. No apuntaste. Debes apuntar. ¿Sabes cómo? Como cuando alguien te pregunta dónde está la cantina y señalas. Dices: "Bueno, 'ta' p'allá", o 'ta' p'este lado, tras el establo", y apuntas con el dedo. Bueno, se hace así y es lo que debías haber hecho con tu caballo ese. Así le hago yo con mis pistolas.

Cuando decía cosas por el estilo ella oía con gran respeto, hasta con reverencia, como si él entonara una plegaria. ¿Cómo sabía esas cosas?, se preguntaba. ¿De dónde sacaría su conocimiento ese hombre de 21 años, apenas un muchacho? Ah, lo que la sabiduría perdió con él.

Era el día de los inocentes, en abril, por la mañana. Billy estaba con los demás regulators, en la tienda de Tunstall. Ella miró la calle pero no notó nada especial. Squire Wilson había comenzado a labrar su huerto de cebollas. Una mujer gorda con un bonete salió de una casa, con una canasta, y se metió en otra. Algunos niños correteaban, jugando del otro lado del pueblo. Grey se estremeció; aunque el sol estaba ya alto quedaba una ligera brisa del amanecer. A no ser por esto, la escena era apacible.

Se quedó inmóvil sobre el caballo. Dog también estaba quieto, parado haciendo ángulo con la calle, con la cabeza levantada y las orejas tiesas. Grey usaba el vestido blanco largo, recogido sobre los muslos, que llegaba hasta sus pies, calzados con pequeños mocasines de cuentas hechos de la gamuza más suave. El brillo de la mañana primaveral caía sobre su pelo, su piel y su vestido y mocasines, sobre la piel oscura de su gran caballo. La muchacha y el caballo parecían una estatua: elegantes, nobles, inefablemente agraciados, llenos de gracia. No hubieran estado fuera de lugar ante una corte con columnas blancas, en la plaza de un caserío de Alabama o ante las cuarteles de Patay.

Precisamente a las nueve, Grey alzó la mano derecha y la dejó caer de manera abrupta. Entonces cinco hombres salieron de la tienda Dolan y caminaron despacio y con cautela hacia ella. Eran el sheriff William Brady, George Hindman, John Long, George W. "Dad" Peppin y Billy Matthews. Iban armados hasta los dientes. Brady llevaba, además, un rifle que le había confiscado a Billy the Kid el 20 de febrero, a raíz del asesinato de John Tunstall.

Cuando los hombres estuvieron ante la tienda de Tunstall dispararon, fueron muchos tiros. A Grey le parecieron más lejanos de lo que en realidad sonaron y lo que vio le parecía un sueño. En el primer tiroteo Brady cayó muerto; recibió ocho balazos. Hindman, alcanzado por un tiro, se arrastró unos metros y cayó. Long fue herido. Squire Wilson, ocupado con sus cebollas, recibió balazos en ambas piernas.

Billy the Kid debe haber tirado cuando menos una vez sobre Brady – con tantos tiros era imposible saberlo (Grey no podía saberlo)– y ciertamente debió haberle apuntado a Billy Matthews, pues inmediatamente se refugió en la casa de Cisneros.

Grey miraba, reteniendo la respiración. Todo era un caos en el centro, a la distancia, en medio del pueblito de Lincoln. Un humo aparecía ya en el aire de abril. La confusión era total. Pensó que los niños de Lincoln seguramente habían sido conducidos a sus cuartos. Las madres requerían consuelo y tranquilidad. Los hombres decentes –hombres buenos, trabajadores, feligreses, respetuosos de la ley– eran animosos, se aseguraban de tener control sobre sus destinos. Pero hombres, mujeres y niños estaban aterrados y débiles, perdidos e indefensos ante esta diabólica irrupción de violencia. Luego Grey vio algo que la sobresaltó. Desde la reja del patio de Tunstall, Billy –su Billy– corrió a la calle a recoger su rifle, que estaba junto al cuerpo del sheriff Brady. Perdió el aliento desde que lo vio. Corrió, con la pistola balanceándose en su mano. Estaba apenas a unos metros de distancia, pero a ella le pareció un tramo desmesurado. Corría despacio, despacio, distante bajo el tiroteo errático como si estuviera en otro pueblo, en otro país. Se agachó para recoger el rifle y un disparo salió desde la casa de Cisneros. Por un momento que pareció una eternidad, Billy the Kid vaciló y se agarró el interior del muslo izquierdo. Como pudo, con el rifle, corrió a cubrirse. Grey no sabía qué tan grave sería la herida y sabía que no había forma de enterarse. Debía esconderse, tal vez necesitara un médico. ¿Podría montar? Era claro que había sido herido en un lugar que le haría difícil montar, si no imposible. La guerra parecía terminar con el acto temerario y valeroso de Billy the Kid. El humo de los disparos se disipó y un terrible silencio descendió sobre Lincoln.

Caminó con su caballo, lo enfiló hacia el norte. En el camino había huellas hondas de cascos, era muy transitado. Los pájaros cantaban

en lo alto de las ramas. Desde algún lugar, a lo lejos, se oía la voz de un trovador, algún joven cantando un lamento. No conocía la canción, pero de todos modos la conmovió y encendió su sangre. Era sobre un muchacho que perdió a su amor en el Valle de los Fuegos. Escuchó y los acentos llenaron de lágrimas sus ojos, cuando dejó de escucharlo, lanzó a Dog a la carrera. En el camino pasaron veloces junto a una familia Apache, en una carreta cerrada. Los indios la vieron con gran sorpresa y buena voluntad. Era hermosa y montaba un hermoso caballo.

Grey era todavía muy joven pero en ella se agitaban los más profundos sentimientos de feminidad. La sostenían sus fantasías, necesitaba de ellas, absolutamente. Eran sólo suyas, expresaban su espíritu, su imaginación. Pero ahora la esperaban nuevas realidades que definirían el resto de su vida. Tenía muchos recursos. Había nacido con inteligencia, salud, energía, arrojo y voluntad extraordinarias. Sus capacidades eran apenas mayores que sus apetitos; tenía un gran amor a la vida y ésta no la colmaba. Había nacido, sobre todo, para soñar. Era esto, más que nada, lo que la señalaba y le permitía hacer o crear momentos únicos. Sentía en su interior un enorme respeto por sí misma y por la tierra y sus criaturas. Su ser entero conocía a través del asombro y el regocijo. Soñar: tal era el centro de la vida, al menos de la suya.

No decidió ser curandera. Después de todo, esas cosas nunca se deciden. Se convertiría en curandera porque estaba en ella serlo, era su tarea, su razón de ser, lo soñó.

Tenía ya bastante poder, pero tendría más cuando aprendiera más del mundo. Su abuela, la instruía en sueños. En sus sueños la instruían la tierra, las águilas, los peces, los coyotes, las tortugas, los ratones y las arañas. En sus sueños conocía cosas que los demás habían perdido hacía mucho. Conocía cosas que estaban a grandes distancias, en el tiempo y el espacio. Conocía el invierno que

imperaba en lo alto del mundo, la vastedad pura de los glaciares, los ancestros encorvados que caminaban entre la bruma como osos. Y conocía al niño ancestral, al muchachito que se transformó en oso. Llevaba polen y yerbas y té a la tumba de su abuela, sahumaba el túmulo de tierra y decía palabras sagradas. Y hablaba también sobre la tumba de Catlin Setman. Consideraba a Catlin Setman un intermediario. No lo había conocido, por supuesto, pero sí lo había conocido, lo había soñado. Su voz, en los sueños, era de una naturaleza diferente a la de la abuela. Su papel en la historia era central; tenía una relación crucial con la abuela y con una línea indefinida de ancestros y también con su hijo Locke Setman, quien sería importante en su vida, por la otra. Ciertamente estaba tendido el principio de un vínculo, había pasado a Locke Setman la medicina del oso. En ese momento inicial hubo poder y misterio y significado; se cumplieron las reglas, la entrega se había logrado, el matrimonio estaba hecho. Locke Setman. Set: decía ahora el nombre con: frecuencia, en voz baja. Era el nombre de alguien que requeriría de su fuerza, su sabiduría y su espíritu y la necesidad consumada de él sería también la de ella.

Todavía era joven, de día soñaba con Billy the Kid y se dedicaba a ocupaciones rutinarias. Cuidaba de Worcester Meat, ayudaba a Jessie de diferentes maneras, se encargaba del bienestar de Dog. Y cuidaba de sí misma. Leía y oía música, y trabajaba en el "monumento", como lo llamaba. Billy the Kid, compañero, amante, confidente y héroe de su juventud, que la había adentrado profundamente en las corrientes míticas del Wild West quien merecía un homenaje, particularmente el de ella, le parecía. Comenzó, a escribir una elegía y despedida, un "monumento" titulado *La extraña y verdadera historia de mi vida con Billy the Kid*. Constaba de veintiún poemas y textos, uno por cada uno de los años de vida de Billy; lo mostraría en su dimensión humana y legendaria. Y también era, de cierta forma, un monumento a su adolescencia.

Escribió:

*Galopa, Billy, Billy,
galopa, Billy, galopa
por el paisaje, galopa.*

*Canta Billy, Billy,
canta Billy, canta
una canción del galope, canta.*

*Whoa, Billy, Billy,
Whoa, Billy, whoa déjalo
detén tu caballo, resopla.*

*Duerme, Billy, Billy,
duerme, Billy, duerme
con sueño oscuro y hondo.*

Pero de noche, se entregaba a la presencia de su abuela. Abandonaba todo aquello que no estuviera relacionado con su vía de curandera. Se adentraba profundamente en las corrientes de la voz de la abuela. Cada noche, desde la muerte de la abuela, Grey entraba al cuarto de la vieja, a su lecho de muerte y se quedaba allí horas, a veces toda la noche. Se sentaba en la oscuridad o prendía una vela y escuchaba. A veces hablaba para preguntar, para entender los significados y los misterios, para fijar certeramente las palabras sagradas en su propia voz. A veces cantaba y Jessie y Milo la escuchaban, llenos de miedo y asombro porque la voz que oían no era la de Grey, sino la de la abuela. Pero escuchaba, sobre todo. Y tocaba las pertenencias de la abuela. Se ponía los mocasines y delantales y chales de la abuela. Tocaba el bastón, el peine, el costalito de chaquiras que pertenecieron a la abuela. Y comenzó a hacer máscaras. Las hacía de papel y trapo y cuero. Eran caras de animales y personas y espíritus. Y cuando se ponía una máscara era como si portara también el poder de ese espíritu. Las hacía solamente en la noche, en el cuarto de la abuela y solamente allí las usaba. Las primeras fueron burdas, pero las siguientes salían siempre mejor y con el tiempo las haría de manera adecuada, con gran devoción y no sólo serían obras

de arte sino objetos sagrados, objetos de poder. Y las usaría en otros sitios, según las voces y los signos.

Se tomaba su tiempo, tanto de día como de noche. No había prisa. Todo llegaría a su tiempo, cual debía ser, al madurar su tiempo. Su preparación, como la de Set, tendrían un ritmo natural. No se opondría, aunque pudiera, al ritmo de los días, las estaciones, el sol y la luna. Ya llegaría su tiempo. Se haría más vieja, más sabia, ligada más de cerca al ancho mundo. Su cuerpo entraría al ritmo de los ríos y los vientos y las cosechas. Sus apetitos no serían menores, pero tendría perfecto control sobre ellos. Su pasión no mermaría, pero la definiría su capacidad de decisión, sería más definitivamente suya. Todo su ser se volvería más sensible y vivo.

A veces se desnudaba y examinaba su cuerpo a la luz de una vela, en busca de los cambios venideros. Su cuerpo se volvía más suave, más femenino. Sus pechos se hacían más redondos, más llenos. Sus hombros habían caído un poco. Su piel ya no estaba tan restirada por la tensión de la adolescencia, poco a poco se volvía más flexible y distendida. Y tocaba su piel de mujer con los dedos. Acariciaba sus pechos y jugaba con sus pezones. Se sobaba el interior de los muslos. Y se masturbaba. Su deseo se había vuelto más profundo. Ya no era solamente algo físico, tenía nuevas intensidades emotivas. Era una iniciación, tras la pubertad. Se volvía mujer, en todos los sentidos.

Casi tenía urgencia por terminar el librito sobre Billy. Era una obra que requería dedicación, una señal en su viaje de crecimiento. Marcaría, tal y como la planeaba, el fin de una etapa. Por un lado quedaría lo que había sido en su adolescencia; por el otro, aquello en lo cual se convertiría. Era un rito de pasaje y lo hacía con gusto.

Escribió:

Cabalgar es un ejercicio mental. Soñé mucho montada sobre mi caballo, al salir sola a los montes. Los *Desperados* estaban

por doquier, entre los matorrales. Más de una vez me topé con bandas vagabundas de indios hostiles y tuve que sofocar, sobre la marcha, un levantamiento. De vez en cuando me encontraba una caravana de carretas en apuros y siempre había, entre los colonos, un muchacho pálido y guapo de Charleston o Filadelfia que necesitaba, simplemente y sobre todo, ser salvado. Y lo salvé.

Después de un tiempo Billy the Kid me acompañaba en la mayoría de mis aventuras. Siempre cabalgaba a mi derecha y unos pasos atrás. Lo miraba de reojo, pues sabía sostener la mirada. Nos llevábamos bien, en lo general, y era bueno contar con él durante una refriega. Debíamos tener cuidado con los engreídos que querían ser héroes. Aunque parezca increíble, había en el mundo sujetos lo suficientemente tontos para enfrentarnos, sólo con el afán de forjarse una reputación.

Las palabras, alineadas y con letra apretada la emocionaban, a pesar de su mala traza. Se las imaginaba recién impresas en hojas blancas y encuadernadas, con márgenes justificados, espacios regulares, telarañas nevadas corriendo entre las fabulosas palabras. Jugaba con las palabras en su boca, las paladeaba, las hacía girar y las acariciaba y saboreaba en el cuenco de la lengua. Las palabras tañían y caían y tropezaban y resonaban en su oído. Aparte de sus sentidos, describían un flujo, un constante ascenso y descenso, un crecimiento, un rodeo alrededor del sol, un plano vibrante de posibilidades infinitas, un amanecer, un atardecer, un éxtasis.

En las calles bochornosas,
el cruel cúmulo de sospecha
se posa ya en su boca torcida, pero
percibe en su interior,
en un quieto paisaje legendario,
el frío de su destino oscuro.
En las calles bochornosas,
es semejante a su propio cadáver.

¿Quién sino tú, Billy, podría tener por nombre verdadero Henry McCarty?, se preguntaba Grey a solas. No es el nombre más común para un forajido como tú. Tu nombre debió haber sido Jack Black o Hunter Dark o Judas Night. Y mi nombre es Grey, Billy; Billy, Grey, Billy Grey. Y debía llamarme Belle o

Blanche o Ynocencia, o Dolores —sí, Billy, Dolores. Paulita debió haberse llamado Dolores. Tu madre, Catherine debió haberse llamado Dolores. ¿Era bella tu madre, Billy? Era débil y enfermiza y murió joven. ¿Soñabas con ella, Billy? En las épocas malas, en los tiempos de poca esperanza, cuando te encerraron como a un animal de circo, cuando Bill Matthews y Bob Olinger te miraban con odio y te decían cosas que ningún ser humano debe decir a otro, cosas irrepetibles, imperdonables, ¿soñabas con tu madre? ¿Recuerdas cómo era su voz, cuando eras chico? ¿Recuerdas cuando ponía su mano sobre tu cabeza porque te habías lastimado, porque llorabas? ¿Era hermosa?

Es pálida, adorable y delgada,
sus hijos son secos y hogareños
y son duros testigos.
Joe es descuidado, lejano, mudo;
Henry imagina el matrimonio,
el remordimiento y las agonías
de la edad. Mira la belleza
en su madre, luego en él,
en su hermoso ejemplo de desolación.

¿No es la desolación algo enorme, Billy? ¿Verdad que sí? Sabes, me vanagloriaba de nuestras aventuras. Me gustaba salir de tantos percances, a balazos. ¡Dios mío!, nos metimos en bastantes apuros, ¿o no? Pero salíamos, también. Bueno, hasta que... Pero sabes, Billy, ahora cuando pienso en aquellos tiempos me siento triste. Tanto daño, tanta muerte, tanto morir. La muerte y el daño te siguen como codornices pequeñas. Te recuerdo corriendo a recoger tu rifle, el que llevaba el Sheriff Brady al caer. Y a Bill Matthews disparándote —¡creí que te habían matado!

La herida abierta
tan parecida a una naranja
que se raja, suelta su jugo.
Quería cerrarla con un beso,

pegar la boca al tejido húmedo y tibio.
Estaba con su herida, esperaba
muy perturbado,
su fascinación,
como el borde de la herida misma,
honda, honda como el principio de la vida
casi, la irresistible fuerza del ser.
La fuerza estaba allí, en la piel rota,
enmedio de la herida.
De ser Dios
se hubiera infringido la herida,
y la habría tomado suavemente,
en sus manos para colocarla con gentileza
entre las más brillantes flores silvestres
de los prados de las montañas.

Era terrible: los tiros, la muerte. Realmente querías recuperar tu rifle, ¿verdad? ¿Por qué? ¿Para qué tanto? ¿Por qué demonios arriesgar tu vida por un maldito trozo de metal y madera? Sabes, Billy, he pensado en eso. Casi puedo oírte decir: "Bueno, doña, era mío y además, era una muy buena arma". Cuestión de principios, ¿o no? Muchas veces me lo he preguntado. Y creí entenderlo alguna vez, ahora ya no estoy tan segura. Había algo más que los principios. Tenía algo que ver con la leyenda y con la idea que tenemos de nosotros mismos, los vaqueros, los indios y los jinetes rudos del mundo. Somos amantes de la violencia, ¿cierto? Debes haber estado encantado, centrabas tu vida en eso. Debe gustarme, pues te amo. Cuando mataste a Bob Olinger estaba fascinada con la matazón. Pero ahora me entristece, Billy, mi corazón siente tanta pena. Pienso en la pistola de Pat Garrett, la pistola con la cual te mató. Si pudiera, Billy, borraría esa pistola de la historia. La borraría para siempre de la memoria de la humanidad. Y borraría también la pistola con la cual mataste a J. W. Bell y borraría hasta el rifle de Olinger. Y borraría, supongo, todas las pistolas del mundo. ¿Y qué pasaría a la leyenda? ¿Qué me inspirarías tú, entonces? Escribió:

Galopo por los campos nevados bajo la luz de la luna, manteniéndome en relación directa con las estrellas. A los lados, los troncos negros tirados sobre las laderas corren delante de mí hasta el fondo de la noche. Al atardecer había visto conejos, y a una zorra, semejante a la punta de una flama chisporroteando entre los árboles. Pero ahora, hace kilómetros, no veo sino la noche. Alrededor hay lobos, los adivino pues su mera cercanía crispa los nervios de mi caballo y avanzamos en silencio y con cautela. Y hace frío, el frío es absoluto. A la larga, nada importa, ni siquiera los lobos —sólo el frío. A las nueve, tal vez, veo las luces de Arroyo Seco.

El hombre que está en la mesa, sentado frente a mí es de constitución delgada y su apariencia es inusitada. Acostumbra usar ropa negra que en una figura más imponente resultaría dramática, hasta ominosa; pero en él tiene un efecto indefinido, salvo que hace resaltar algo más allá de su apariencia, algo sombrío, cierto toque de pesar. Parecía que el Ángel de la Muerte había adivinado su nombre hacía mucho. Su piel es casi incolora y sus dientes tan salidos que sus labios delgados no parecen cerrarse nunca. Sus ojos son azules, como el azul de agua en leche, sin expresión; resulta imposible saber qué piensa —o si piensa siquiera—. El pensamiento parece ajeno a su verdadero ser. He oído decir que ciertos organismos —los tiburones, por ejemplo— carecen de pensamiento, son criaturas de puro instinto. Creo que este hombre es así. Si un pensamiento racional o una emoción completa se albergaran alguna vez en él, sufriría una dislocación grave de su ser, en su mente y en su alma. Esa es mi impresión; sería como estrellar un plato contra la piedra. Pero se me ocurre también que sus instintos son casi infalibles. Nada lo toma de sorpresa —y nadie, excepto él mismo, tal vez—. Sólo un principio lo motiva, el de la supervivencia —su propia supervivencia, malvada y egoísta—. No hay para él en el universo sino esta moralidad, sin elección ni duda. Y por esta razón es una de las criaturas más nefastas sobre la faz de la tierra.

Sus manos son notoriamente pequeñas y delicadas. He oído decir que son manos de mujer y es cierto, al menos tratándose de su tamaño y forma. Pero también son ásperas, marcadas por el uso rudo. Hay en su actitud algo cercano a la decencia —y gran eficacia—; al verlas uno piensa en herramientas finas, en instrumentos precisos. Son firmes y extraordinariamente expresivas. Este hombre cuyos ojos no pueden leerse, se deja leer en sus manos. Sus manos lo articulan como las hojas articulan el viento o las corrientes de los ríos. Y son también casi evasivas, en su decencia.

Su voz no tiene resonancia, es aguda y dura e inexpresiva —como madera golpeteando levemente sobre madera—. No se siente a sus

anchas en el lenguaje. Creo que su elemento es el silencio. Y a pesar de eso, sus palabras son llanas y directas —y su cortesía desarma.

—Gracias por venir —dijo.

—Me iré contigo —respondí.

Y fue así como comenzó todo y ésta es la extraña y verdadera historia de mi vida con Billy the Kid.

La escritura de este librito se había convertido casi en una experiencia mística para Grey. Al principio creyó que le sería fácil escribirlo. Tenía confianza absoluta en su capacidad de soñar, de imaginar y suponía que expresar sus sueños en palabras, por escrito, sería enteramente natural, como respirar. Había leído mucho y desde niña, sabía reconocer algo bien escrito. Admiraba tanto algunas líneas y pasajes, que se había apropiado de ellos por completo y los guardaba en su memoria. Podía recitar *The Gettysburg Address* y el *Salmo 23*. Podía recitar *Jabberwocky*, y *Más Adentrada en el Verano* que los Pájaros de Emily Dickinson y *Domingo por la Mañana* de Wallace Stevens. Sabía de memoria el párrafo final de *Los Muertos* de Joyce y si la retaban podía decir parlamentos enteros tanto de Romeo como de Julieta. Y sabía muchas historias kiowa y muchas de las largas plegarias en navajo. Y no eran, en el sentido usual, proezas mentales; había escuchado con atención estas cosas, que se convirtieron en parte de sus vivencias más personales. Las había asumido, se había apropiado de ellas con su ser.

Pero, ¡escribir! Descubrió que era algo enteramente diferente. Por primera vez las palabras le fallaron. Sabía lo que quería decir, pero no podía decirlo por escrito. Escribía una línea, un verso, de lo que se atrevía a pensar sería un poema, pero no era la línea que escuchaba en su corazón. Escribía otra vez —y otra y otra— pero no podía hacer algo perfecto, como deseaba.

Tenía ante la escritura la misma actitud segura y positiva que asumía como jinete. Era un asunto simple de maestría, se decía. Ella era maestra en el arte de montar. No requería de misterio, de

elementos de genio ni de dones divinos. Montar no era ni un talento ni un instinto; era simple y llanamente un logro. Sabía, en términos físicos, lo que podía hacer sobre un caballo y sabía qué esperar de un caballo. Debía controlar esta colaboración, esta ecuación; era asunto de entender y darse cuenta de las posibilidades de tal vínculo. Cuando se estiraba y sacaba un cerillo del piso, desde el lomo de Dog, a la carrera, no se trataba de si podía o no hacerlo; era sólo una cuestión de cómo y cuándo, una cuestión de control, coordinación y maestría: como hacer que su cuerpo y el del caballo entraran en concierto para encaminarse juntos y con precisión hacia el cumplimiento de una meta deseada. Requería práctica, implicaba prueba y error, demandaba cierto conocimiento adquirido de parte de cada uno de los animales acerca del otro, sensatez de caballo, una comunicación altamente sofisticada. Pero al final podía lograrse, llevarse a cabo, terminarse. Al menos eso pensaba ella. Era difícil,, pero era posible. Debes apuntar.

Pero esa certeza de nada servía tratándose de la escritura. El poder de las palabras no tiene límite. No podía mirar una palabra y decir: "Esta palabra es esto y hace aquello; tales son sus posibilidades, ni más ni menos." Cada vez que ponía una palabra por escrito se daba cuenta de otro uso, otros usos, otros efectos, otros significados – algo en lo que nunca había reparado antes. Acercar su imaginación como lectora a las palabras fue natural y emocionante. Pero cuando intentaba escoger y acomodar ella misma las palabras, fijarlas para siempre sobre el papel, relacionarlas unas con otras, lo encontraba trabajoso, confuso, frustrante –en resumen, desquiciante. A veces se sentaba durante horas ante su cuaderno y no le salía nada, los ojos se le llenaban de lágrimas. Entonces tenía que pensar en otra cosa. Tenía que retornar al simple placer de ver a las golondrinas disparadas por el aire o a las urracas aleteando en las ramas, el azul-negro puro de sus lomos como aceite en el agua. O tenía que

echar a correr en su caballo alocadamente hacia el río o el cementerio o el horizonte.

Pero a veces escribía algo que la complacía, que parecía cercano a lo que quería y esa satisfacción no era parecida a ninguna otra. Era la satisfacción de haber hecho algo que le era dado hacer, de haber logrado lo mejor de sí, de haber sido fiel a sus propósitos, a sí misma.

La secuencia de poemas era difícil; y se logró, sin embargo; las sílabas aparecían ante sus ojos, una a una.

Encuentra un pez fósil
en la ribera del río.
Lo hace pensar
en un largo tiempo muerto.
El pez desciende a la piedra
como si la inclinación cortada
pudiera abrir su destino
de acuerdo a algún signo.
Así debe nadar
Sagitario, a contramarea;
reflexiona sobre el tiempo
y el tiempo es un aliado.
Su leyenda se afianza,
resiste sin tropiezo.
Él mismo es el fósil,
su propia indiferencia.

Buscándolo, preguntó a un anciano explorador de Las Cruces. Habían visto a Billy en Doña Ana. Encaminó a Dog rumbo a las montañas Órgano, recordando las palabras del anciano.

Vaga por el desierto
como coyote. Lo quema el viento.
Su espíritu es una rama seca,
sus instintos lánguidos, alertas.

Y apareció en Grey cierto atisbo de celos. Estaba bien consciente del papel de Paulita Maxwell y Celsa Gutiérrez en la vida de Billy, y de otros encuentros ocasionales.

Escribió:

Dicen que las putas
en Dolí House,
donde a veces
te hospedas,
son indolentes.
Recuerda a una chica
que con las manos
lo complace.
Tiene manos grandes
suaves y dóciles,
no retroceden con miedo. Pregunta:
"¿Volverás?"
"No", era la respuesta.
Pero a pesar de todo
recuerda.
La indolencia yace
fría y benigna
en las manos blancas
y endurece allí.

Sospechaba que Billy hacía el amor con una mujer india, una tejedora, Anacita Chacón; por su culpa el marido había matado a cuatro hombres

Ve a una mujer tejiendo en Mesilla;
la ama, pierde la cabeza.
Pero no es para él. Entre ellos,
en sus manos, el marido enarbola la venganza.

Y se adentró, más que la mayoría, a ese lado suave y bondadoso de Billy, a esa parte que daría a la leyenda su carácter intemporal. Sabía que esa mezcla de lo violento y lo benigno le daba un carácter crucial en la vivencia norteamericana, tan poderosa en la imaginación de esta gente. Cuando soñaba con Billy, con frecuencia era al ritmo del gran ballet de Aaron Copland. A veces veía a Billy con la cara de Marlon Brando o Paul Newman o Kris Kristofferson pues cada uno de estos hombres, a su manera, reflejaba una verdad vital del centro del mito. Pero la mayor parte de las veces pensaba en Audie Murphie, delgado, guapo, de voz suave, jovial y tremendo. Qué adecuado resultaba para el curso de la leyenda que Billy (Audie)

hubiera sido el soldado norteamericano más condecorado de la Segunda Guerra Mundial. ¡Dios mío!, pensaba, ¡qué ironía!

¿Qué les parece este matrimonio entre el mito y la historia?

Escribió:

Era un viejo acabado, parecía un trozo de correa oreada. Al verlo, uno tenía la sensación de mirar una ruina, algo muy antiguo, como un trozo de vasija rota o un fragmento de pared muy vieja. Su cara, sobre todo, era arqueológica en sí misma. Una cara así contiene las sombras de varias eras.

Era un vaquero, lo reconocía. Toda su vida había domado caballos y algunos lo habían domado a él. Y había conocido a hombres y a mujeres, buenos y malos —hombres singulares, mujeres singulares—. Y estaba más que dispuesto a hablar de esto, y de otras cosas. Billy y yo escuchábamos. La vida del viejo terminó por transcurrir solamente en sus historias, vivía allí, solamente, en ninguna otra parte. No era sino la historia de sí mismo; la narración de un relato al cual por casualidad se le juntó una carne. Con razón le gustaba a Billy.

Pasamos con él ese día y nos creó y recreó en sus relatos, adornándonos con muchísimas cosas que no hubiéramos podido tener de otra manera. Nos convirtió en artistas de tiro de un espectáculo del Wild West y el viejo, con sus brillantes pistolas, nos quitaba los botones de los chalecos a balazos. Volvimos a cenar deliciosas y exóticas frutas en palacios dorados del Oriente. Estuvimos en la batalla de Wilderness, justamente en el punto Bloody Ángel, siguiendo al viejo hacia la leyenda. Ya casi era la Navidad y nos convertimos en los Reyes Magos, según el viejo. Le creíamos a medias, reíamos. Llegó el momento de retirarnos.

Billy sacó un paquete de tabaco del bolsillo de su chaqueta, lo cortó con su navaja y dio la mitad al viejo. Nos despedimos y dejamos al viejo en Glorieta, frente a su hoguera. El hilo conductor de un sueño se movía en sus ojos como un ave migratoria distante.

Luego, rumbo a Santa Fe le dije a Billy:

—Oye, Billy, no sabía que mascabas tabaco.

—No, y seguro que no lo haré nunca —dijo—. No tengo necesidad de esa yerba. Y luego, al ver mi asombro, añadió:

—Compré tabaco en La Junta porque sabía que vendríamos por aquí y quería ver al viejo, es un buen amigo. A él le gusta. Le di la mitad y no todo, porque prefiere pensar que comparte algo conmigo a recibir un regalo. Es más, tiré el resto, la parte que me correspondía —está allí, sobre la nieve—. Pero

eso importa poco, es una cuestión mínima y esto lo sabe el viejo y lo entiende y lo aprecia más que el tabaco. Iba a decir algo más, pero lo pensó dos veces y se quedó callado. Parecía ensimismado, no podría decirlo con certeza. Este despliegue de lenguaje era extraordinario en él y se le notaba gastado y casi culpable y arrepentido, como si hubiera usado algo escaso, de lo cual tenía poca reserva. En ese momento sus ojos eran exactamente del color del cielo, y el cielo estaba lleno de nieve. —Ciertamente somos los Reyes Magos —dijo. Pero lo dije quedo, para no interrumpir sus pensamientos, fueran los que fueran.

¿Era Billy quien era articulado o ella? Él apenas sabía leer y escribir, ella era casi literata. ¿Y qué mejor punto de partida que éste, con la venerable balada de un vaquero moribundo? La muerte de Billy, en manos de Patrick Floyd Garrett era una de las escenas más vividas de su imaginación. No pensaba en Pat Garrett ni con rabia ni con compasión —aunque pudiera entender a su paisana, Deluvina Maxwell, la vieja sirvienta que amaba a Billy y le dijo a Garret, tras la muerte, cuanto se le ocurrió —más bien le producía una tristeza infinita. La muerte de Billy la afectaba de tal manera que no tenía fuerza para odiar. Garrett apretó el gatillo en el cuarto a oscuras y fue un acto tan decisivo, tan absolutamente final e irrevocable que todos sus sentimientos se vieron reducidos al pesar simple. Todas las demás emociones eran irrelevantes y, además, ajenas. Podía hasta imaginar a Garrett, era posible, como un hombre esencialmente decente que hizo lo que debía hacer. Garret escribió *La auténtica vida de Billy, the Kid* (en realidad fue escrita por Marshall Ashmun Upson), una novela barata más que una biografía. Ella la había leído rigurosamente y hasta había intentado tomarla en serio, tan en serio como tomaba cuanto se había escrito sobre su amante. En última instancia lo que más la sorprendía era que Garrett pasara por ser el autor y que supuestamente hubiera escrito la biografía del hombre cuya vida truncó. Otra ironía. El libro era prueba desesperada y malévola de la propia inmortalidad de Garrett, su propia incursión en la leyenda. ¿Era acaso *La extraña y verdadera*

historia de mi vida con Billy the Kid la suya? Y, como ella, Pat Garrett había sido, por un azar del destino, un mercader de palabras.

Ven, Billy, a Lincoln Town,
ven, Kid, de gran renombre.
Está bien, Patrick, vendré contigo
y di me por favor, ¿qué haremos luego?
Bailaremos un poco, cenaremos lechón
y tú serás mi chivato, sí.

Era maravilloso, que Pat Garrett y Billy the Kid hubieran sido amigos. Habían bromeado y apostado juntos. Era bien probable que hubieran intercambiado mujeres, caballos y confidencias. Era maravilloso que su amistad hubiera terminado en un momento —cada uno podría probablemente marcar el momento en un calendario o un reloj— y que a partir de entonces fueran enemigos mortales. Y que cada uno supiera con certeza, con una certeza mayor de la que supieran ninguna otra cosa, que en cuanto pudieran se matarían uno al otro. La muerte se convirtió en un lazo entre ellos, más fuerte que la amistad. Para Pat Garrett y Billy the Kid la muerte era un pacto. Y Grey pensaba con frecuencia en sor Blandina Segale, nacida en Cicagna, Italia, en las montañas de Liguria, sobre Génova, en 1850 y llegó a América de niña y entró al Convento de las Hermanas de la Caridad de Cincinnati, Ohio, en 1866. Fue enviada como misionera al Oeste en 1872 y tuvo dos encuentros, fortuitos e inolvidables, con Billy the Kid, en Trinidad, Colorado y en Santa Fe, territorio de Nuevo México; ambos constan en su cuidadoso diario. Grey se imaginó a sor Blandina a lo largo de toda su vida. Era una vida que atraía mucho a Grey. Pensaba en la niñita italiana que dejó su patria para venir al Nuevo Mundo, en la muchacha que entregó su vida a Dios, en la joven que se aventuró al desierto, en sus encuentros con forajidos y hombres de la frontera, en su firme determinación de vivir de acuerdo con su conciencia cristiana y en su afán de hacer un recuento de su vida, tan fiel como fuera posible. Grey valuaba

todo esto y, a pesar de no ser cristiana, el ejemplo de sor Blandina la atraía. Ser monja, pensaba, era como estar enamorada; consagrarse a algo, estar vivo espiritualmente. De no haber sido la compañera y amante de Billy the Kid, de no ser la hija de Walker (Caballo Pinto en Marcha), de no ser quien hacía máscaras y la elegida de su abuela, de no estar tan claramente en el polo opuesto, se hubiera podido imaginar a sí misma, con facilidad, como sor Blandina o Santa Teresa de Lisieux o Juana de Arco. Es decir, su imaginación hubiera tomado otro rumbo. Y a veces, al mirar en su mente para ver la cara de la abuela Kope'mah, veía en lugar de ésta la de Annie Oakley o la de Emily Dickinson.

Veía detenidamente sus manos bajo la luz de la lámpara. Eran relativamente pequeñas si las comparaba con su cuerpo, pero muy bien formadas. No eran las manos de una pianista, pensó, sino de una violinista, tal vez. O de una bióloga. Estaban hechas para tocar los pétalos de las flores y las hojas de los árboles. ¿Eran manos de monja? No. También estaban hechas para conducir por las riendas de cuero a grandes y pesados caballos o para tocar cosas de poder inmenso y oscuro. Eran manos de curandera. Y miraba sus pies. Sus pies eran firmes, parecían esculpidos. Las plantas eran duras y la carne de los dedos y el talón era firmes. Sus dedos eran largos y tenía las uñas pintadas de un rojo chino brillante. No eran, definitivamente, los pies de una monja. Se tocó las uñas con una pluma de águila y pensó en las garras de las grandes aves o las zarpas de los osos. Cantó en navajo.

Sor Blandina, sentada en una pequeña silla de madera hachueleada, vio sus delicadas manos blancas, donde reposaba el devocionario. Ahora siempre estaban frías, en invierno, en las tierras altas. Pasó las páginas temblorosa, vacilante. Pensó en los miles de rosarios que había rezado, rezaría, con estas pequeñas manos.

Y comenzó a arreglarse para la cita. Realmente no era una cita, pero le gustaba pensar que se trataba de algo con cierta importancia pública. Era una misión personal, era una pequeña

peregrinación privada realmente, pero era algo que llenaba su corazón.

Sor Blandina se lavó y examinó sus pies. Eran pequeños y pálidos. No recordaba que alguna vez hubieran sido de otro tono, casi sin sangre. Eran como el alabastro de Volterra. Intentó ver los pies bronceados por el sol boreal de Italia, de la niñita descalza de Cicagna, pero no lo logró. Las uñas habían tomado un tinte amarillento como las páginas de los libros viejos y sus dedos habían estado presos tanto tiempo en los angostos zapatos negros, tan apretados uno contra otro que ya no podía extenderlos. Las uñas de los dedos gordos estaban enterradas y le dolían. Sobó las plantas. Sus pies eran muy suaves al tacto. Eran suaves como los pies de un bebé.

Todavía no era vieja, pero ya se veían en ella signos de su edad. Se haría vieja de manera natural y agraciada y sería hermosa por fin, en su vejez. Sus ojos comenzaban apenas a hundirse y las comisuras de su boca a caer. Continuarían en ella su pasión, su ardor espiritual, aumentarían hasta ser notorios a cuantos la vieran. Sería una santa. Pero no tenía conciencia de ello ni la tendría nunca, pues su humildad era profunda. A veces le perturbaba su amor a la vida, que las cosas mundanas la entusiasmaran.

Ahora, en este día esplendoroso en la Ciudad Real de la Santa Fe de San Francisco de Asís, se preparaba para una aventura. Había una excitación general en toda la ciudad. Días antes, Billy the Kid había sido apresado en Stinking Springs y ahora llegaría encadenado a Santa Fe. Su presencia daba cierto brillo al aire y todos hablaban del nefasto huésped.

Sor Blandina se tapó con un chai y salió al crudo día de marzo. Caminaba de prisa por las calles angostas, mirando los huecos de lodo seco y duro y pisando con cuidado. Hombres, mujeres y niños, como ella, vestían de negro y la saludaban. Ella respondía con tímida amabilidad. Caminaba rápidamente para conservar el calor. De cuando en cuando le llegaba un olor de animales, de leña, de comida cocinándose. Y sintió que la calaba un vientecillo. Le hacía bien y trataba de recordar el viento de Italia. Pensó que debía tener parientes que ahora mismo caminaban las calles de Cicagna inhalando en el aire, también los olores de los establos y las cocinas. Y pensó también en las anchas calles de Cincinnati y en los caminos ahuecados por las carretas de Trinidad. Le sorprendió un poco oírse tararear una canción en voz baja.

La puerta se abrió y alguien la hizo entrar. El cuarto apenas estaba iluminado y de momento no pudo ver. Y luego, lo que vio la dejó anonadada y le hizo llevar la mano a la boca y atragantarse. Billy the Kid no sólo estaba esposado, pies y manos, sino además clavado en el piso. No podía sentarse ni

tenerse en pie. Verlo así la impresionó y entristeció terriblemente. Más tarde descubrió que había sentido vergüenza. Estaba apenada, humillada. Quiso pedirle disculpas, pero había quedado muda. Quería, desesperadamente, decirle algo. El la miró a los ojos y le dijo con calma: —Me gustaría poder ofrecerle una silla, hermana.

En Trinidad se conocieron
la monja y el forajido;
se habían medido,
intercambiaron confidencias.
Él era un caballero,
pensó; ella era prudente,
pensó. Y por eso se entendieron.
Y ahora llega al presidio
años después, por caridad,
en Santa Fe.
Sus ojos vacíos,
sus manos esposadas
y sin embargo la mira:
"Hermana, me gustaría poder
ofrecerle una silla." Y ella lo mira.
Más tarde, lloraría por él.

Murphy Dicks se había ido a estudiar a Stillwater y Grey lo extrañaba. De vez en vez se escribían cartas llenas de xx y de oo. En ellas recordaban sus risas, los cigarros y botellas detrás del establo, sus incursiones al sexo y la filosofía.

—Oye, ¿te acuerdas de esa vez...?

Se burlaba de él porque quería ser médico de vacas y cerdos, pero realmente le deseaba éxito. En su carta más reciente le contaba de Ida Mae Teeter, su novia. Era de Kansas y era bonita y tímida y tenía un lunar pequeño en la frente que se parecía mucho a una flor de maravilla.

Una tarde, tras haber trabajado una máscara hasta muy tarde la noche anterior y durante media mañana, decidió que quería mostrarla. Era la cabeza de una gran tortuga —más bien el cráneo— hecha de papel maché. Se amoldaba perfectamente a su cabeza y hasta parecía ser suya, su cráneo, más que ninguna otra máscara. Era maravillosa,

grande, reptilesca, simple en su tersura y parecía blanqueada por el sol; y también era siniestra. Había en ella algo malévolo. Le había puesto plumas de tijereta y de cola de halcón rojo en la parte superior. Era la máscara más impresionante de cuantas había hecho. Necesitaba una lanza, reconoció. Tomó del matorral una rama larga de sauce y la trabajó con su navaja hasta que quedó a su gusto. La pintó con colores muy brillantes y le puso plumas de guajolote. Luego se quitó toda la ropa, se puso la máscara delante del espejo, en la enramada, salió y montó al caballo Dog, que sólo tenía un sarape en el lomo y la rienda. Alzó la lanza sobre su cabeza y apretó los talones descalzos sobre los flancos de Dog, que corrió hasta el patio de los Mottledmare, enterrando los cascos en el pasto, levantando grandes terrones del suelo. Y Grey gritaba de manera horrible, lanzaba aullidos de guerra a todo pulmón y blandía su lanza. Era realmente una aparición digna de verse, llena de color, movimiento y emoción, para quitar el aliento.

El reverendo Milo Mottledmare estaba sentado en la mesa de la cocina, volteó hacia la ventana y saltó de su silla, derramando un plato de chili y huevos sobre su camisa nueva de cuatro dólares. De esta manera increíble, con su terrible máscara sagrada, la alcalde de Bote, Oklahoma, salió a la carrera del patio por el lado sur del terreno hacia la pradera, y bordeando la cerca llegó al huerto de melones donde Worcester Meat removía la tierra. Worcester retrocedió cuando la vio venir y cuando pasó a la carrera se rio y comenzó a bailar. Worcester Meat zapateó en su huerta de melones, los ojos de bronce pesados, sus zapatos reforzados de metal para el trabajo, sus pantalones guangos y parchados y una risa entrecortada en su boca casi desdentada.

Grey frenó, a la distancia, entre una nube de polvo y Dog reparó, sus cascos ahuecaron la tierra. Volteó abruptamente y de nuevo se lanzó a la carrera, a toda velocidad, adelantando su cuerpo flexible y desnudo, el pelo flotando bajo la máscara, los muslos tensos, los

dedos arqueados, los pechos bamboleándose en el viento. Y gritaba y sostenía la lanza en alto.

Dwight Dicks estaba junto a su establo, herrando una mula gris y se quedó de una pieza. Soltó la pata de la mula y se paró, rígido, con la boca y los ojos muy abiertos. Grey frenó otra vez y Dog paró resbalando. Luego lo hizo caminar cerca de Dwight. Desnuda, sobrepasando a este hombre alto, rojo y mudo, su cuerpo cobrizo bañado en sudor, sus pechos agitados, volteó su máscara de tortuga ultraterrena hacia abajo y vio su alma, asustada.

—Ei, Dwight.

—Ei, señor Grey —dijo Dwight apenas.

—Bonito día, ¿no? —dijo la tortuga.

—Sí, seguro, señor —dijo Dwight e intentó sonreír y sonrió apenas.

—Oye, Dwight, ¿cómo está tu miembro herido? —preguntó la tortuga.

—¿Cómo, señor?

—Tu pito, Dwight.

—Ah, muy bien, señor Grey, gracias.

La máscara asintió y Grey volteó su caballo y se retiró, sus nalgas redondas se bamboleaban sobre la larga y brillante cola de Dog.

Escribió:

Un día Billy y yo cabalgábamos al sur de Hondo Valley, en el altiplano. Se hacía de tarde, la luz se apagaba aprisa. Muy abajo, veíamos la pálida geometría de un pueblo, Arroyo Corvo, me parece, y nos dirigimos directamente a la cantina. La noche cayó cuando estábamos parados en el bar, sin hablar. Pasó una hora, otra. Luego:

—Muévase, amigo.

Un hombre de barba espesa se paró entre nosotros, enfrentando a Billy. Además de estar evidentemente borracho, había algo más en él, repulsivo. Se veía al instante que no tenía valor —ni pizca de conciencia, tampoco, de la condena que estaba por caer sobre él. Contuve el aliento. Vi por encima de su hombro que Billy levantaba lentamente la vista. No dijo nada, no dejó entrever nada, pero sus ojos cubrieron al hombre con una mortaja. Siguió bebiendo. El hombre se retiró. Nunca había visto a Billy fijar la vista en alguien así. Durante años he tratado de entender lo que vi en sus ojos, en ese momento. A

veces tengo la certeza de que era algo parecido al quebranto, una tristeza vaga. Pero otras, me doy cuenta de que no era nada, nada en absoluto. Billy era el único hombre que haya visto cuyos ojos podían carecer completamente de expresión.

La luz de la luna inundaba la ventana del cuarto de la abuela. Grey dormía en su cama, con un chai de la abuela sobre las piernas. En la mesita de la cabecera la máscara de cráneo de tortuga brillaba bajo la luz de la luna. Parecía fosforescente. Los cuencos de los ojos eran de una negrura mayor que la profundidad. La respiración de Grey era regular, apenas era perceptible. Lo que se percibía era la voz de la abuela, baja y constante, monótona. El cuarto estaba lleno de palabras dichas en tono de plegaria. Los párpados de Grey se movieron.

En el cementerio una luz azul brillaba sobre la tumba de la abuela. Los pastos tenían las puntas de plata, la noche se aseñoraba de la gran pradera móvil. Parecía reinar un silencio profundo. Pero el sonido de la noche estaba compuesto de voces innumerables de la tierra y de los más lejanos confines del universo. Eran voces de animales y pájaros e insectos, un roce de hojas y agua corriente, de viento interminable. Y eran las voces de los muertos.

Aun al borde de la locura hay momentos de honda lucidez

El día que Set inauguró en la Galerie Colombes, París estaba oscuro y llovía. El Sena corría envuelto en una niebla espesa y las torres de Notre Dame eran vagas sombras ante el cielo emborronado. El cielo se nubló a lo largo de la tarde y a las cinco parecía de noche. A esa hora, independientemente del clima, el tráfico se congestionaba. Ahora, con la lluvia, era terrible. Hordas de gente salían de sus trabajos y se arremolinaban en las calles y las escaleras de las estaciones del metro. A Jason y a Set les tomó más de media hora llegar en taxi desde el Grand Hotel hasta la Galerie Colombes. Jason estaba muy tenso y eso ponía de pésimo humor a Set. A Set le hubiera gustado que Lola estuviera allí; era buena para las reuniones, habría aliviado su tensión, también la de Jason. Pero tuvo que quedarse en San Francisco. Tal vez los alcanzaría dos o tres días después, dependía de la salud de Bent. El domingo anterior Bent se había enfermado de repente y acordaron que Lola se quedaría, cuando menos hasta que los doctores aseguraran que no había peligro. Al parecer sufrió un leve infarto. Set había hablado por teléfono con Lola esa mañana, tiempo de París. Bent estaba alerta y protestaba, hasta estuvo beligerante y los doctores se mostraban optimistas. Pero había que hacer más análisis.

—Nada como una buena inauguración con lluvia —dijo Jason mientras se tronaba los dedos.

—No te preocupes —dijo Set— todo saldrá bien.

—Qué fácil decirlo. ¿Cómo sabes? ¿Tú saldrías en una noche así?

—Yo salí en una noche así. Claro que sí. Me gusta la lluvia, me gusta el sonido de las llantas sobre el asfalto mojado y ver el reflejo de las luces en el pavimento, la lluvia escurriendo en las ventanas, y me gusta sacudir mi paraguas en los museos, tiendas y

demás lugares de culto medieval. Además, Alais dice que siempre es así. Los parisinos ya están acostumbrados.

Jason cerró los ojos y meneó la cabeza.

Al dar vuelta en Champs Élysées, el taxista casi choca con un Mercedes. Era sólo su culpa, sin embargo, para halagar a sus pasajeros comenzó una arenga, en pésimo inglés, condenando al fuego del infierno a todos los conductores de París.

Pero una hora más tarde paró la lluvia y la galería estaba llena. Jason se sentía en su elemento. No dejó de moverse en toda la noche, gesticulando ampliamente y hablando francés y repartiendo tarjetas por todos lados. Set, que no hablaba francés, se quedó primero en un lugar, luego en otro, intentando parecer amable y sentirse cómodo. No resultó tan difícil como parecía, siempre sucedía así, y la champaña ofrecida a cada rato lo relajó. El tiempo pasó rápidamente. Alais Sancerre le presentó a muchas personas a quienes parecía conocer muy bien. La mayoría de los hombres y mujeres parecían respetables, se expresaban bien y estaban informados, eran incluso distinguidos y preguntaban cosas interesantes. En ocasiones Alais traducía las preguntas y comentarios, pero la mayor parte de las veces era innecesario porque hablaban inglés tan bien como ella. Set había aprendido algo, en sus años de pintor, sobre los dueños de las galerías y sus cualidades. Alais Sancerre era impresionante. Sabía su oficio y lo ejercía bien. Tenía un lugar bien connotado en el mundo del arte, con una clientela de primera. Pero era algo más que una mujer de negocios. A diferencia de Jason, también notable a su manera, ella era —¿cuál era la palabra que buscaba Set?— inclusiva en sus intereses y habilidades, una mujer de fragmentos, facetas, esplendores. Mientras más la veía más la admiraba —y más le atraía. Set había disfrutado su plática cuando se conocieron en Nueva York, le parecía perceptiva respecto a su pintura y con un alma más que perceptiva: entusiasta, apasionada. Pero como mujer le había parecido algo reservada, un poco constreñida por las necesidades de

su vida profesional. Aquí, en su terreno, parecía un ser diferente. En Nueva York su atuendo era elegante y adecuado, correspondía a su rango. Set decidió que había simulado una apariencia y bajo esa, tenía otras. Esta noche estaba tres chic, vivaz, encantadora. Llevaba el cabello amarrado otra vez en un chongo. Su blusa era blanca y usaba un saco azul oscuro de terciopelo. Pero sus ojos estaban maquillados cuidadosa y expertamente; usaba; largos aretes de turquesa que hacían juego con un collar de turquesas sobre plata y una falda de parches larga de muchos colores. Calzaba zapatos de tacón de ante azul. A Set le gustaba verla ir y venir, deslizarse, mezclarse; entre sus múltiples amigos. Era vivaz, graciosa, totalmente seductora. Y, como todos, estaba encantado, fascinado, ganado por ella.

A las nueve de la noche las luces parpadearon y la inauguración terminó. Las despedidas duraron otra media hora y en ese rato Set tomó cuatro copas más de champaña. Alais, en la puerta, se despidió de sus invitados, uno por uno y con la cortesía esperada. Su paciencia le parecía infinita a Set. Pero también se sentía inquieto. Se sentía bien, jovial y ligero.

Acordaron que Jason se quedaría en la galería para hablar con Francoise Hubert, la secretaria de Alais Sancerre. Jason ya la había arrinconado en su escritorio, se agachaba acercándose mucho a ella y habiéndole al oído en tono confidencial mientras examinaban unos papeles bajo la luz concentrada de una lámpara con pantalla verde. Set se rio, nunca lo había visto atacar. Francoise era bella y regordeta, con ojos egipcios muy delineados. Set buscó a Alais, quien había desaparecido.

Se había puesto un chal tejido sobre los hombros. Le sonrió. Las luces de la galería estaban apagadas.

—¿Adonde vamos? —preguntó.

—Ven —dijo ella.

Salieron a la noche parisina, a la calle con olor fragante a lluvia y se metieron a su Citroen rojo. Ella manejó despacio, por un laberinto de callejones antiguos, mientras Jacques Brel cantaba en el estéreo.

*Laisse-moi devenir
L'ombre de ton ombre
L 'ombre de ta main
L'ombre de ton chien.
Ne me quitte pas
Ne me quitte pas
Ne me quitte pas
Ne me quitte pas.*

—Ah, esta canción es tan hermosa —¿cómo se dice?— conmovedora—dijo Alais.

—Sí.

—Dice: "déjame convertirme en la sombra de tu sombra. No me dejes". Creo que no hablas nada de francés, ¿verdad?

—*Allons done! II n'y a pas un mot de vrai. Vos yeux, votre bouche, tout vous dit bohémienne*—. Estaba atolondrado por la champaña.

—¿Qué? —Por un momento se quedó helada de sorpresa. Luego se rio.

—*Bohémienne, tu crois? J'en suis sur! Eh oui, je suis bohémienne, mais tu n 'en feras pas moins ce que je te demande, tu le feras, parce que tu m 'aimes. Moi! t 'aimer! allons done!*

—Vaya, es... es Carmen, ¿o no?—. Reía con tantas ganas que le costaba trabajo hablar, manejar.

—Sí, sí —admitió él, señalando al frente para que se fijara por donde conducía—. Carmen es lo único que sé de francés. Una vieja me lo enseñó. Mi francés se reduce a Bizet.

—Tu francés es *bizarre* —dijo riendo.

A las diez llegaron a La Marée. Todos la saludaron, los recibieron con gran deferencia. Cuando se sentaron le pidió que la dejara ordenar según recomendaciones del chef, su amigo. Lo llamó a la mesa y pidió *soupe de truffes, loup de la Méditerranée en croût, salad de*

champignons, fromages y apricots flambés au Grand Marnier. Y ordenó tres vinos espléndidos, incluyendo un champaña Roederer de 1926. Tras el café les ofrecieron puros. Set se negó, pero Alais Sancerre escogió un Macanudo Imperial y lo fumó plácidamente mientras contaba historias del *fine maison*.

—Cuando regresemos aquí me pondré un corsé rojo con lentejuelas y usaré un pañuelo que haga juego en la cabeza y vendré —¿cómo se dice?— descalza. Creo que te gustaré. Todos se darán cuenta —hablaba lentamente y movía exageradamente el puro.

—Sin duda. Me gustas, ya —dijo Set. Se imaginaba los hombros, que nunca había visto desnudos. Los imaginaba acretados, como su garganta, redondos y suaves, perfectamente acordes con sus manos. Fueron a su casa en Rambouillet en el Citroen rojo. Muy tarde llegó hasta él, la ventana de su recámara abierta hacia el jardín, en pantaletas solamente y se sentó en sus piernas, puso los brazos alrededor de su cuello. La luz de una lámpara *Lalique monnaie du pape* brillaba sobre ellos y él se preguntó si alguien veía esta escena, esta rica composición digna de Gauguin. Ciertamente sus hombros eran suaves y redondos y hermosos. Sus pechos eran llenos y firmes con pezones sonrojados y grandes. Había soltado su cabello que era largo y espeso, espléndido, muy suave al tacto. Sus manos eran seguras sobre los brazos, los hombros y la cabeza de él. Le besó el pelo, los ojos, la boca, los pechos. Sus manos trazaron las curvas de su cuerpo. Su cuerpo era más firme de lo que parecía, tibio y respondía a su caricia en concordancia perfecta. No hubiera imaginado su espléndido pelo suelto. Brillaba y ondulaba, caía sobre sus hombros y su espalda, en sus manos y sus pechos, parecía vivo entre los dedos. Ella desabrochó su camisa y puso la mano sobre su pecho, con los dedos muy abiertos.

—Ah, tus pezones están duros —dijo.

—Los tuyos también.

Riendo, ella acomodó su boca en la de él y se besaron largo rato, enlazando las lenguas y moviéndose encima, abajo, adentro y afuera. Sus bocas resultaban mojadas y deliciosas para ambos. Por fin, cuando se separaron, ella tembló y suspiró.

—¿Cómo se dice en Estados Unidos, lo que hacemos? —preguntó de pronto echando la cabeza hacia atrás y mirándolo con curiosidad.

—¿Lo que hacemos?

—Sí, exactamente esto que hacemos ahora, esto mismo, en la silla, en la ventana de mi *boudoir*, ¿cómo se dice en tu país?

Él pensó un largo momento.

—Toquetearse —dijo él— nos estamos calentando.

Ella se rio con una risa deliciosa.

Cuando se besaron otra vez él se paró, la tomó en sus brazos y la llevó a la cama. La puso de espaldas y le quitó los calzones. Ella lo miró con los ojos entreabiertos. Él se desnudó.

—Vaya, eres... eres bonito —dijo ella.

Se acostó a su lado y la acarició, la tocó. Acarició su vientre y sus muslos. Luego, tras lo que pareció un largo rato, puso su mano entre sus piernas y metió un dedo entre sus labios y frotó, hacia arriba y hacia abajo, en los pliegues húmedos de su clítoris. Ella gimió y, suavemente, un poco apenada tomó su pito y lo acarició. Lo sintió caliente y tieso.

—¿Cómo se dice en francés lo que hacemos? —preguntó él.

—*On se prepare a l'amour, monsieur*. Prepararse. Estamos preparándonos.

Se colocó sobre ella, mirándole la cara. Ella había cerrado los ojos. Su cara era hermosa y beatífica. Se la imaginó con una banda de lantejuelas en la cabeza, pero no logró imaginar el corsé. Sus pechos eran maravillosamente blancos y con puntas rosadas y se diluían en su cuerpo. Su propio peso los bajaba y los curvaba sobre los brazos y axilas. Puso la rodilla entre sus piernas y chupó sus

pezones un largo momento, mordiendo muy levemente, sorbiendo, jalando.

En el juego, ella llegaba casi al éxtasis, se resistía y a él la sorprendió que fuera tan fuerte. Estaba muy apretada cuando la penetró y luego se relajó y su cuerpo entero se volvió flexible y rítmico y se entregaba, como agua. Se mecieron largo rato, como si estuvieran en el agua.

Y a la mañana siguiente, tarde, cuando se rasuraba ante el espejo, Alais llegó por atrás y le masajeó los músculos de la nuca.

—Me gustas, eres muy peludo —dijo—, como un perro, como un gran perro. Tienes pelo en la cabeza, en los hombros, en el pecho, en la espalda, en tus brazos y piernas, hasta en tus manos y pies. Es realmente notable.

Se rio. En el espejo vio que era cierto. Aunque se rasurara, la barba era una especie de sombra oscura en su piel.

Cuando regresó al Grand Hotel, la recepcionista le dio recado junto con su llave. —Creo que es urgente —dijo.

Telefoneó a Lola de inmediato. La grabadora le dijo que llamara al hospital. En San Francisco eran apenas las siete la mañana.

—He tratado de localizarte durante ...diecisiete horas —dijo Lola, con voz entrecortada y aguda—. Se trata de Bentl: Tuvo otro infarto, masivo. Se está muriendo, Set.

Por un momento quedó aturdido. Luego dijo:

—Volveré en el próximo avión, tan pronto como pueda.

—¿No te dijo Jason?

—No he visto a Jason.

Hubo una pausa.

—¿Dónde estabas?

—No importa —contestó. Y colgó.

Cuando llegó a San Francisco, Bent Sandridge había muerto. Lola estaba en el aeropuerto y en cuanto la vio supo que iba a decírselo. Quería consolarlo, a toda costa y quería que él la consolara. Pero

en ese momento no tenía nada que dar y no quería recibir nada. Sabía que era una traición, casi, pero quería estar a solas.

Esa noche Lola Bourne se dirigió al piano y tocó. Tocó la Sonata # 2 de Chopin una y otra vez. Tocaba bien, cada vez mejor al parecer, hasta que la rindió la fatiga. Y sin embargo siguió tocando hasta que destruyó la Sonata con sus manos, y sus manos parecían piedras.

Muy tarde, esa noche, Set caminó desde su estudio hasta Scott Street. Estuvo largo rato parado frente a la casa, una hora o más, hasta que se acercó una patrulla y paró. Un policía bajó del coche y alumbró la cara de Set con una linterna.

—¿Qué hace aquí? —le dijo el policía.

—Nada —dijo Set—. Sólo caminaba.

—¿A estas horas? Nos llamaron. Parece que lleva buen rato parado aquí.

—Viví allí hace tiempo —dijo Set.

—¿Ah, sí? Enséneme una identificación—. Set todavía traía su pasaporte en la bolsa del saco. Lo entregó. El policía lo examinó con cuidado, moviendo la lámpara de la cara de Set a la foto del pasaporte varias veces.

—¿Se siente bien? —le preguntó el policía, al entregarle el pasaporte.

—Mi padre murió —dijo Set.

—¿Qué?

—Mi padre murió, otra vez.

—Mierda —dijo el policía—. Lárgate, ¿sí? Vete a tu casa. Si te vuelvo a ver esta noche, te encierro.

Se sentó en el piso del estudio, en la oscuridad, y miró varios papeles y telas. Brillaban apenas bajo el reflejo de las luces callejeras que entraba por las ventanas y latían como cosas apenas vivas con los faros de algún coche que pasaba de cuando en cuando por la calle. Le parecía malo que las superficies de estos

rectángulos estuvieran desnudas. Esta convicción creció y se convirtió en su único pensamiento.

Casi no podía dormir, atormentado. La primera luz se apoderó de sus pies —tenía frío y las piernas muy acalambradas— y preparó su paleta. Colocó en el caballete una tela grande y comenzó a pintar. Pintaba aprisa. Llenó la extensión blanca con colores, remolinos, pinceladas, gradaciones de color. Y tan pronto como terminaba una tela comenzaba con otra. Pintó todo el día y hasta muy entrada la noche, hasta que se gastó, quedó indefenso ante el caballete. Pensó que se desmayaría, lo deseaba. A sus pies, en el piso, las pinturas brillaban con facetas maravillosas, todavía frescas y brillantes. No expresaban su noción del mundo. No expresaban nada, ciertamente, eran sólo su testimonio ante lo desconocido. No eran la obra de un artista serio, según requisitos de sus maestros, pero eran una representación de su pena. Y representaban, como nada de lo que hubiera hecho antes, la condición de su mente y de su alma. Eran burdas y tentativas, pero eran suyas; tenían cierta relación con su espíritu. Miró fascinado la oscura abstracción más cercana, llena de brillantes honduras arremolinadas, misteriosas y profundas como las antiguas pictografías, bestias y formas antropomórficas venidas desde confines lejanos del tiempo.

Insinuaban consciente, subconscientemente el poder del oso, tal vez en virtud del bulto medicinal. Era su poder de oso, pero todavía no tenía conocimiento real de él, sólo un vago reconocimiento instintivo, un sentido que no podía ni poseer ni ejercer. Estaba afligido. Le parecía perder su fuerza física de manera constante, o el control sobre una fuerza interna, física y más que física. Quería esconderse, pues sentía que su enfermedad era visible. Hubiera acudido voluntariamente a los médicos y la medicina. Pero su mal no era ni pulmonía, ni malaria, ni tuberculosis. Este era un mal de su mente y de su alma. No podía decirle a nadie cuál era su mal, no lo sabía. A veces estaba bien, aparentemente. Quería trabajar, estar

con otros, caminar por la bahía. Pero era cada vez menos capaz de hacerlo. Sufrió hondas depresiones y las anticipaba con un temor abrumante. Ya no contestaba el teléfono. Le dijo a Jason que lo dejara en paz; no estaba trabajando y nada podía hacerse al respecto.

La muerte de Bent había sido un golpe terrible para él y Jason y Lola atribuían a esa causa el comportamiento extraño, casi hostil de Set. Pero en realidad sólo era parte de un trastorno mayor; él lo sabía y ellos no, pero no había forma de hacérselos entender, o de entenderlo él mismo. Mejor ni intentarlo. Se sentaba en la oscuridad por las noches, hasta que amanecía y lloraba, con el bulto medicinal apretado contra la cabeza.

A Lola y a Jason, preocupados y enojados, les parecía que a Set lo aquejaba algo que llamaron una crisis nerviosa, a falta de términos más adecuados.

Set creía que se estaba volviendo loco; había momentos en los que estaba absolutamente seguro de estar loco; tenía visiones extrañas y desquiciantes, impulsos tan violentos, tales sufrimientos. Nadie, que él supiera, dudaba de su lucidez, aunque había suficientes razones para hacerlo. Pero eso no lo consolaba, lo asustaba.

Veía recurrentemente, una forma oscura que avanzaba desde el oscuro fondo en el cielo. Parecía girar y acercarse, muy lentamente. A cierta distancia parecía una bestia, masiva, indefinida. Era variable, distorsionada, se desintegraba. Su cabeza volteaba de manera forzada, poco natural, como si tuviera el cuello roto.

Describía mutaciones y sufrimiento terribles, su dolor era tan grande que se convertía en furia y desesperación, en hondo desamparo. Tenía vagas facetas azules en la grotesca cabeza y las patas alargadas, como rápidos trazos de pincel. Pero sólo intensificaban la oscuridad de la cosa y le daban una apariencia de luz interior, de una vida honda, sostenida, crucial. El cielo del fondo era opaco y salpicado de luz, no puntos de luz clara y

brillante, sino azarosas formas ambarinas que encerraban despojos antiguos y delicados. Y de cerca, los ojos de la bestia brillaban y eran traspasados por una opalescencia vaga, y la enorme boca deformada se hundía y se inflamaba. Set tenía la aterradora convicción de que cuando la bestia se le acercara y estuviera a su alcance estallaría de dolor y de que cuando sus entrañas brillosas y ulceradas, sus tendones enredados y sus órganos, su plasma y sangre y bilis cayeran y lo salpicaran, él se disolvería en la contaminación cálida de la bestia y se convertiría en un solo ser con la bestia; en cierta medida, se amalgamarían de manera extrema e impía. El infinito cielo lechoso salpicado de estrellas de ámbar apenas lo consolaba.

En su desesperación, cada vez era más autodestructivo. Su existencia ya no tenía orden. Su vida se quebraba, se desintegraba. Bebía mucho y dejaba de comer y dormir lapsos muy largos —hasta que el hambre y la fatiga lo acosaban—, y entonces comía como salvaje y dormía días completos de un tirón. Empezó a temblar y un frío tremendo se apoderó de sus extremidades. Todo su ser estaba adormecido, en una suerte de parálisis.

Y al mismo tiempo tenía periodos de gran calma y creatividad. Aún al borde de la locura había momentos de honda lucidez. La disolución de su vida parecía una ilusión y se sentía lleno de voluntad y de confianza. Sabía lo que otros, con su percepción ordinaria, no sabían. Pintaba con gran energía y claridad y certeza. Su pintura nunca había sido tan cercana a su visión y sus capacidades. Sentía que la coordinación de su mano y sus ojos se había vuelto tan precisa como era posible. Su sentido de la proporción era extraordinario. Entendía el color y su colocación y la mezcla de los colores era casi perfecta. Conocía bien los elementos de la composición, sabía exactamente cómo lograr un balance entre la realidad y la apariencia.

Y sus temas eran primarios, serios, valían la pena. Creía que su pintura reflejaba una historia grandiosa y verdadera del mundo, como

corresponde al arte intentarlo. Pero esta claridad, esta lucidez, esta obra importante eran solo suyas y no quería intercambiarlas. Quería conservarlas, tal cual, pues le eran tan entrañables como sus pensamientos. Sí, después de todo solo hay una historia y es sobre un hombre en la búsqueda de Dios, y sobre un hombre que se aventura a los linderos del mundo, y es sobre la búsqueda sagrada, y es sobre su esposa, fiel e infiel, y es sobre la cacería de una gran bestia. Otros podrían ver en su obra confusión y caos, pero Set veía los elementos puros de la historia y debía ser fiel a la historia, a cualquier costo. Fallar en esto hubiera sido perderse a sí mismo para siempre. Debía ser fiel a su historia.

Lo desconocido forma la mayor parte del universo

Tenía que ser fiel a la historia. Hay solo una historia, pensó Grey y la contamos una y otra vez porque es necesario; es la definición de nuestro ser. Escribió:

Vio los árboles negros doblarse
de diferentes maneras, las ramas
enredadas de las nubes con matices,
las nubes en marcha, atropellándose;
un ancho cinturón de cuatro colores,
amarillo, naranja, rojo y negro,
y en el enredijo de ramas, estrellas.

La mañana del 23 de diciembre de 1880 era clara y fría por lo cual se quedó acurrucada en su silla de montar, espiando entre los árboles. Llevaba sobre el largo vestido blanco una gran manga y un pañuelo negro envolvía su cabeza, bajo el sombrero de pelo de castor negro. Cubrían sus manos guanteletes con flecos, rebordados de cuentas y calzaba finas botas negras de cuero de becerro. La casa de piedra de Stinking Spring era claramente visible en la distancia asoleada. Fuera de la casa estaban amarrados tres caballos; Pat Garrett y sus hombres estaban más cerca, con los rifles listos y miraban atentamente la puerta delantera, a cubierto. Un poco más alejados, unos vaqueros téjanos, mercenarios de Garrett, cubrían la entrada. En la casa estaban Billy the Kid y cuatro hombres más. El caballo de Billy estaba dentro, pues no era ninguno de los tres de afuera. Tal vez estuvieran dentro dos o tres caballos. Es una maniobra inteligente, se dijo. Llegado el momento, Billy saldría sobre su veloz yegua baya, al menos tendría oportunidad de pelear. La puerta se abrió repentinamente de par en par y Charlie Bowdre salió corriendo, Garrett levantó su rifle y mató a Bowdre de un tiro. Luego, metódico, mató a los tres caballos. Uno de ellos cayó sobre la puerta de entrada cortando con eficacia toda posibilidad de

huir desde el interior cabalgando. Estaban derrotados. Ella contempló temerosa, con gran interés mientras otros tres miembros de la cuadrilla se arrastraban hacia la casa. Se hacían señas de guardar silencio, se dio cuenta de que hablaban con Billy, deben haber entablado un parlamento bien formal con él. No tenían esperanza, su situación era absolutamente desesperada. Lo matarían de hambre si era necesario. Podían poner de guardia a todo un ejército alrededor de la casa de piedra. No le era posible escuchar el diálogo, pero podía imaginarlo.

—¿Billy?

—Hola, Pat.

—Billy, sal a tomarte un café con nosotros, tenemos bastante—. Garrett, que era de Alabama, hablaba con marcado acento.

—Un café me caería bien, Pat, y también un desayuno. Hace rato que no comemos.

—En estas mañanas frías de invierno, un hombre debe tomar café y comer tocino, Billy.

—También se nos acabó el whiskey.

—¡Qué casualidad, tengo un poco! —dijo Garrett—. Sal, Billy, y nos echaremos un par de tragos, por los viejos tiempos.

—Vaya, Pat, el buen Charlie salió y ve nomás, está ahí tirado, más tieso que un palo. Parece que perdió del todo el apetito, Pat.

—Bueno, sabes que has de salir tarde o temprano, Kid; si sales disparando como Charlie, allí mero vas a quedar, tendido junto a él. Te lo aseguro.

—Tienes todas las cartas en la mano, Pat. Si juras por Dios que no nos matas, saldremos sin armas.

—Te doy mi palabra, Billy.

—Me basta —dijo Billy.

Y Billy y sus muchachos se rindieron. Garrett mandó traer comida de Wilcox Ranch. Para los prisioneros, fue casi una cena navideña.

Grey sacó una fruta Velarde y carne seca de sus alforjas y una botella de vino Durango. Y siguió a la comitiva hasta Fort Sumner, a prudente distancia.

Sólo quería hablar,
murmurar, gritar;
sólo quería ver
a mi enemigo errante—
errante como el pálido brillo
de la tarde, caída
sobre el invierno plano,
la gran astilla cristalina
del quebranto. Ahora
la desierta
extensión de mi duda
me envuelve. Despierto
y lamento mi destino.

En Fort Sumner Pat Garrett permitió que Billy se despidiera de las mujeres de Maxwell. María de la Luz Beaubien Maxwell tomó sus manos esposadas y tocó su frente para bendecirlo. Deluvina, la vieja mujer navajo, bajaba la vista y lloraba y abrazaba a su niño, su Billito. Grey vio que Paulita Maxwell besaba a Billy; sus ojos centellearon, tomando el destello de los celos. Pero veía más allá en su ensueño y podía darse el lujo de ser generosa. Sabía cuánto sufrirían estas mujeres, Paulita sobre todo, cómo sufriría ella, como sufría las muchas veces que soñaba este lugar, la casa Maxwell, el largo porche, el cuarto oscuro, el olor veraniego de las huertas. La simetría de tiempos y lugares la maravillaba. Ese mismo día llevarían a Billy a Las Vegas, luego a Santa Fe, luego a Mesilla y luego a Lincoln. Y en Lincoln escaparía para regresar a esta casa. Estos hombres y mujeres tendrían una reunión macabra —señora Maxwell, Deluvina, Paulita, Billy the Kid y Pat Garrett. Y en esa reunión Billy moriría en un cuarto oscuro; habría una interrupción, una pausa perceptible en la historia, un tiempo de silencio y pérdida y luto. La sorprendía.

La riqueza de las praderas era cosa buena para Grey. El paisaje no tenía fin y a veces, temprano por la mañana o al atardecer, se sentía libre sobre la tierra, parada en un espacio tan grande. Era como si hubiera encontrado un lugar en el cielo, entre el sol y la luna y las estrellas. Y cuando cabalgaba sobre Dog a veces perdía del todo el sentido de las distancias. La distancia, tal cosa no existía; aquí había un espacio sin definición, particularmente visible. Podía ver el horizonte, sin importar qué tan lejos estuviera y sabía que nunca llegaría a él, si cabalgaba hasta el punto más lejano que alcanzara su vista, el cielo estaría lejos todavía. En este paisaje el horizonte se alejaba siempre de ella. Ese era el gran misterio y la fuerza de las praderas. ¿Cómo sería esta tierra, este océano de espigas para sus ancestros kiowa, cuando eran dueños de miles de caballos, cuando había millones de búfalos a la distancia! Para quienes fueron cazadores nómadas durante miles de años, montar a caballo en este paisaje debió haber sido como ver cumplidos sus más viejos y osados sueños. Se sentía feliz por ellos y por ella, con ellos. Miraba con desprecio las rejas y los caminos y los linderos de los pueblos. Eran malos y feos y poco dignos de la pradera salvaje. Pero no importaba. El momento había llegado, había pasado, pero había sido. Tuvieron gran gloria; eso era lo importante. Por un momento en la historia de la humanidad, las grandes praderas de Norteamérica brillaron como la sede de la más elevada experiencia humana. Nunca hubo despliegue de honor, nobleza, coraje y moralidad como el que hubo aquí, justamente aquí. Grey pensó que eso era realmente algo, casi suficiente. Y se conformaba, hasta donde le era dado, pues demasiado y suficiente suelen coincidir con bastante frecuencia.

Grey tenía una noción dura y desenfadada de la parte kiowa de su herencia. Los kiowa eran gente arisca, señorial, tirana y dominante. Sacaban provecho de cuanta oportunidad se les presentaba y sobrevivían así, como sobrevivieron desde el tiempo en que entraron

al mundo a través de un tronco hueco. Uno debía someterse a sus condiciones o no tratarlos. Podían negar al otro, con su estoicismo. No hace mucho los kiowa y sus aliados comanches fueron guerreros y ladrones de caballos y traficantes de esclavos. Durante cien años fueron invencibles y tenían un aprecio enorme por sí mismos, Grey también lo tenía. Había en ella arrogancia, una arrogancia que disgustaba a su familia navajo. Walker, su padre, había sido un hombre orgulloso y temperamental. Ella imaginaba que, de haber llegado a viejo, hubiera sido un anciano temerario y loco, como Set-angya, Oso Sentado. Worcester Meat y Milo Mottledmare no tenían facha de guerreros, decididamente, pero también eran hombres orgullosos a su manera. Y su orgullo valía, Grey lo sabía, aún en este largo receso del apogeo. Pues en su sangre estaba la sangre de los grandes hombres: Tsen-tainte, Ma-man-ti, Set-tainte, Set-angya, Set: hombre oso, hombre de tal poder.

El viejo Set-angya se sentaba en el piso, con la cabeza gacha, las piernas cruzadas. A su alcance estaba el bulto de huesos, los huesos de su hijo.

—Oye, Billy, ¿te conté de Oso Sentado? Así se llamaba Set-angya. Bueno, pues deja que te cuenta, era un personaje kiowa. Hay una foto de él en el Archivo Nacional, más o menos como la tuya —vieja, amarilla, borrosa. Es un retrato. Te mira a los ojos y sabes bien que vas a parpadear antes que él, carajo. Uno de sus ojos brilla, el otro está casi cerrado, es apenas una rajada negra en su cara llena de cicatrices. Su cabello es largo, canoso, apelmazado. Tiene un bigote ralo, caído, de mongol. Usa una túnica, tal vez de búfalo, y una bandolera. Tiene sesenta años. En su pecho hundido luce una medalla con la efigie del presidente Buchanan. Era un soñador, un hombre santo, un chamán. Y estaba loco. Una locura maravillosa lo encendía, Billy, como a ti.

Era el jefe de la sociedad Kaitsenko de los Crazy Dogs, o sociedad de los perros guerreros de la tribu kiowa. Sólo eran admitidos diez hombres, los diez más valientes. Fíjate, Billy, esos tipos vivían del otro lado de la realidad. Quiero decir, eran de veras valientes. La valentía era su oficio, sabes, su vocación, su cargo; eran hombres malvados. Eran la seguridad primera y última de su gente. Si ellos morían, todos morirían. ¿Te das cuenta? Todos usaban un cinturón largo, tan largo que arrastraba por el piso, y cada uno tenía una flecha sagrada. Y cuando había una batalla, cada uno de los guerreros clavaba esta faja en el piso con la flecha sagrada y defendía ese trozo de territorio hasta morir. ¿Qué loco, no? Qué bien.

Bueno, pues resulta que en una de sus incursiones a Texas mataron a un hijo de Set-angya y fue hasta allá a recoger los huesos de su hijo, y a partir de entonces llevaba un caballo de caza que cargaba sobre sus espaldas los huesos del hijo. De noche, colocaba los huesos en un tipi ceremonial, e invitaba a la gente: "Vengan, vengan. Mi hijo está aquí esta noche. Vengan a visitarlo. Vengan a presentarle sus saludos".

Y, ¿sabes qué, Billy?, el viejo loco preparó su propia muerte. Quiero decir, montó toda la escena. ¡Válgame Dios! Imagínate. Estaba prisionero, en Fort Sill? ¿sabes? Otros dos jefes estaban con él, Oso Blanco y Gran Árbol, él estaba en el fondo de la carreta, lo llevaban a la estación, para mandarlo a Fort Richardson, donde debían juzgarlo por el asalto a la recua de Warren. Bueno, cuando iban en la carreta, ya dentro de los límites del fuerte, Set-angya comenzó a cantar el canto de los Kaitsenko.

Los otros, al oírlo, quedaron desconcertados, pues has de saber que la canción era sagrada. Sólo se podía cantar frente a la muerte. Y mientras cantaba, les dijo a Set-tainte y Gran Árbol. "¿Ven el álamo que está allá adelante, al lado de la carretera? Cuando lleguemos a ese árbol, estaré muerto". Vaya. Y sacó un cuchillo, que había

logrado esconder y atacó al conductor, le apuñaló un muslo. Bueno, los guardias que iban junto a la carreta le dieron de balazos. Pero cumplió su palabra. Seguro que si tú hubieras sido kiowa, Billy, hubieras sido uno de los Perros Locos.

—No, yo no —dijo rápidamente Billy.

—Podrías haberlo sido, sin embargo, ¿no, Billy?

—No, doña, no.

Quedó un poco decepcionada.

—¿Y por qué no? Eres valiente. Estabas enloquecido de bravura en Lincoln y en Stinking Spring y en Fort Sumner.

—No sé cantar —dijo Billy— y, además, ese viejo que me cuentas, vaya, era valiente en su centro, ¿entiendes? Era valiente por principio, por un ideal. Dispénseme, seño, no me gusta hablar así, no es mi estilo, pero usted se dará cuenta de lo que quiero decir. En honor a la verdad, el viejo era un bravo de una pieza y el arrojito iba grabado en su mente y en la mente de su gente. Bueno, la verdad es que no era en sus mentes, sino en sus corazones. El viejo no tenía miedo de morir. Yo no creo haber conocido, en toda mi vida, a nadie que no tuviera miedo de morir. Me gusta la idea del viejo buscando los huesos de su hijo, ¿sabes? Vaya, yo no lo hubiera hecho. ¿Sabes qué? Yo siempre tuve mucho miedo. Yo no mataba por un principio. Yo los mataba porque sabía muy bien que ellos querían matarme. Nada tenía que ver con el arrojito. Cuando corrí a levantar mi rifle y Billy Matthews me disparó, no fue por valiente, sino por estúpido. Tu viejo, Oso Sentado, no hubiera ido a Texas por un rifle, pero sí fue a reclamar los huesos de su hijo. Son dos cosas bien diferentes, ¿o no? Una es la acción de un joven que no entiende todavía que se puede morir, el otro es el acto de un hombre que sabe todo sobre la muerte y no le teme. La muerte es un asunto de honor, es tu página en blanco, ¿te das cuenta? O tu vergüenza. Te la mereces o no te la mereces. Aceptarla, enfrentarla con honor y con respeto y buena voluntad, ganársela —eso es ser valiente.

Cuando Billy Matthews me disparó pude entrever la muerte, seguro, mi muerte. Y tuve miedo. Estuve cerca, Grey, y supe lo que es tener miedo, estar desesperadamente asustado. Verás, en un instante entendí que la muerte estaba allí, allí mismo —me tocó— y por primera vez en mi vida no pude sacarle la vuelta; estaba cerca, tan cerca. Y en Sumner, en el último momento de mi vida, entendí algo —la inutilidad final de cuanto hacemos. No pude evitarlo. Tal vez eso es la muerte para todos nosotros, la súbita y total conciencia de que ya no hay nada qué hacer. Nadie ni nada puede ayudarnos. Es un momento de total desamparo. Y no acepta resistencia.

Hubo un estallido y me pegó la bala, me golpeó con una fuerza que no podría describir. Y luego, otra explosión, que me pareció peor que la primera, aunque era una bala perdida; sólo violentó mi mente. Y caía, me moría, morí. Era algo extraño y sucedió en un instante, mientras preguntaba al que estaba allí: "¿Quién es? No hubo arrojó en ello. Esa tarde había visto a un coyote matar a un gato.

Pero allí y entonces se ocultó el sol
y estaba a una distancia enorme.
La mente desmayó y se quemó,
se volvió cenizas, frías y grises.

La había llevado muy lejos, en su fantasía. La había llevado hasta un punto donde deseó que el sueño terminara, donde Billy estaba del otro lado de la puerta. Hay luna y en el aire pesa el olor a frutas. Ve dos hombres en el porche y voltea y entra al olvido. "¿Quién es?" Y el siguiente momento siempre está por llegar.

Allí donde te veo entrar
en el silencio y en la oscuridad
donde tu tiempo se cumple
y envejeces
ignorado, en vano;
allí donde oigo el tiro
en el silencio y la oscuridad
pienso en qué piensas
y el frío
que te congela en el pensamiento

allí, donde ya no eres y sin embargo
en el silencio y en la oscuridad
te imagino
y apareces
y eres indefinido.

Demasiado lejos.

Pero Grey también era navajo y extrañaba la casa de su infancia. El recuerdo de *dineé bekeyah*, el país navajo, volvía a ella cada vez con más frecuencia. Pensaba en las rocas rojas que, durante millas y millas tiñen el este de Gallup; en la cordillera Chuska con sus grandes bosques, sus paisajes abiertos a la lejanía, sus campos de ovejas, alto y con aire frío, enrarecido, azul; pensó en el cañón de Chelly y en el Cañón del Muerto y en las grandes paredes rojas y blancas y moradas y en las pictografías; pensó en los grandes monolitos de Monument Valley y en El Capitán y en Roca del Búho y en las Tres Hermanas, pensó en el albergue, el hogar circular de su madre en Lukachukai y en la tierra de colores sobre la larga pendiente que bajaba hacia el norte, extendiéndose por los altos riscos de paredes cortadas, de tonos pastel que llegaban hasta el cielo, siempre cambiantes. Y su corazón se llenaba de añoranza. Continuaba su preparación. Debía ser paciente. La abuela la instruía y le cantaba y Grey tenía más confianza cada día en su aprendizaje, en su poder, en lo que ella era y en su propósito. Grey, embrujada por sus sueños, deseaba dejarlos de lado; pero tal acto de renunciación: ¡qué temeridad hacerlo, aún imaginar hacerlo! Pensó en Set y se preguntó lo que sería, ser pintor. Le gustaría poder traspasar a un lienzo sus sueños, alejarse de ellos un momento, verlos como si estuvieran sobre las paredes de una galería a la vista del público. Seguramente eso le hubiera dado perspectiva, objetividad.

En el primer plano está la silueta de una figura humana central. Ella. Hay una sombra estriada tras la figura, bandas horizontales

angostas de sombra sobre un campo blanco, una extensión de nieve. Y detrás hay muchos animales: caballos, borregos, perros, venados, leones de montaña, puercoespines, nutrias, un búfalo y un oso. Y cada animal es de un color diferente, existen más colores de los que creyó.

El cielo aparece como el Atlántico o el Pacífico o el índico o el Ártico, está lleno de peces y aves. Los peces son todos blancos y las aves son todas negras. La figura del primer plano parece estar de pie y en el centro mismo del mundo.

Pensó en Set y se preguntó qué sería ser el oso. Pensaba en él cada vez con mayor frecuencia, también la abuela decía su nombre más y más veces. Se acercaba el tiempo en que debía desearlo para ella. Era mayor. Tenía éxito mundano, había viajado mucho, lo más probable era que hubiera visto cosas que ella nunca vería. Tal vez había conocido a muchas mujeres. Y era artista, lo cual quiere decir que tenía una inteligencia poco común, que muy pocas personas tienen o entienden. Podía ver con más claridad, más profundamente en la creación. La intimidaba, porque ella todavía buscaba su camino. Pero él perdía el suyo y ella sabía esto mejor que él. El oso se apoderaba de él. Le entregaba su poder al oso, ignoraba lo que era. A pesar de sus amplios conocimientos y saber, de su fama y su fortuna, era ella quien lo conduciría hacia su destino. Ella sería su mentora. Ella lo instruiría. Ella lo revelaría, para que se conociera. Creía esto. Pero no creía nada más. No sabía si podría darle una medicina suficientemente poderosa para lograr sobreponerse al poder del oso que llevaba dentro de sí. Lo desconocido forma la mayor parte del universo.

No sabía dónde estaba, pero sabía que sufría mucho. Había sufrido una gran pérdida. Se apartaba de la gente que lo rodeaba. Como ella, estaba en un proceso de renuncia. Ella sentía el peso de su confianza. La responsabilidad la gratificaba, nunca se había sentido tan consecuente.

Una noche, en la enramada, construyó un altar. Era su primer altar y era simple y burdo, pero había llegado el tiempo de hacerlo.

Recogió, entre las pertenencias de la abuela, un saco de gamuza con su parafernalia. También era burdo y simple, pero bastaba. Tenía plumas y cristales, polen y yerbas, un cuerno de búfalo, una yesca y un silbato de hueso de águila. Milo había logrado conseguirle cuatro botones de peyote. Hizo té con el peyote. Puso los objetos ante el altar; encima colocó carbones encendidos. Tenía un pequeño tambor, un palillo para tocarlo y una sonaja hecha con una jícara.

Jessie y Milo fueron sus ayudantes. No estaba segura todavía de lo que debía hacer exactamente; así pues, hizo lo que le pareció correcto. Milo tenía miedo, Grey no. Era muy decidida y pensó en su abuela. Los carbones, rojos y naranja sobre el altar, fueron espolvoreados con salvia y tabaco. Cantó las canciones que oyó cantar a la abuela. Avivaba las brasas abanicándolas con plumas de águila. Milo recitaba plegarias en kiowa y en inglés, kiowa-inglés. Jessie se ocupaba de los tizones. Los tres tomaron el té y fumaron cigarros hechos con corteza y olotes. Grey tomó el dibujo de la abuela y los hisopos con los cuales Set le había pintado la cara, los acercó a la luz de la yesca y los sahumó. Era lo único que ella y Set habían tocado, por eso tenían relación con la medicina del oso. Los puso en el lado poniente del altar. En la noche, a intervalos, tocó el silbato de hueso de águila en una vasija llena de agua. El sonido era un pitido extraño que se levantaba sobre el silencio nocturno de las praderas.

El té era amargo. Justamente antes de amanecer vio la cabeza de una hermosa mujer, semejante a la de la pintura. La mujer tenía el pelo largo, pesado, como el de Grey y se imaginó que debía ser la abuela cuando joven. Grey se acercó con alegría a la hermosa mujer. Luego, del pelo y los ojos y la boca de la mujer salieron águilas doradas y volaron. Aletearon para elevarse y se remontaron y se detuvieron y atravesaron rápidas su visión. Eran majestuosas y libres y hermosas

y ella estaba emocionada. Volaban en un aire de plata y frío y lleno de luz chisporroteante.

—¿Set?

—Sí, soy Set.

Y el viento se levantó con la primera luz en la enramada. En San Francisco había borrascas. Una tormenta se avecinaba en la costa de Mendocino.

Grey sabía, por supuesto, que Billy the Kid estaba cerca de Fort Sumner. Vivía entre los campos de pastoreo, escondido, al menos durante el día. De noche iba al pueblo a apostar, asistía a los bailes, visitaba a Paulita Maxwell. Se decía a sí mismo, y a los otros, que ganaría suficiente dinero jugando para ir a México, donde no correría peligro. Pero sabía, su corazón lo reconoció también, que no dejaría Fort Sumner voluntariamente. Tenía muchos amigos, una novia, manera de ganarse la vida. Era un hombre joven, casi un muchacho y nunca quiso arriesgar su vida. ¿Cómo llegó a ser famoso, se preguntaba, transgrediendo la ley? Seguramente fueron las circunstancias. El destino. Él no era un mal hombre, no era un "criminal despiadado", como se decía. Nunca quiso hacerle daño a nadie, menos aún segar vidas. Le gustaba reír, jugar cartas y estar con muchachas bonitas. De haberle dejado seguir su camino —reír, jugar cartas, estar con muchachas bonitas— ya tendría su ranchito y una posta de diligencias en Los Portales, tal vez, y llegaría a ser un respetable campesino; muy probablemente se hubiera casado, se habría hecho viejo como los hombres respetables, con hijos y nietos y recuerdos y un poco de resignación bien ganada.

Pero era prófugo de la justicia y su cabeza tenía precio. Bueno, también podía aprovechar eso. Después de todo, resultaba emocionante ser noticia, estar en boca de todos. Tenía bastante renombre. Y ya era alguien, en ese sentido. Nadie se acordaría de su hermano Joe o de su padre o padrastro, ni del gobernador Wallace; es más, tampoco

de Garfield, el presidente moribundo, como recordarían de Billy the Kid, El Chivato. Y para un hombre con apenas mas de veinte años esto era, ciertamente, una satisfacción. Lo llenaba de vanidad. Le gustaba que los hombres y las mujeres se fijaran en él atentamente cuando entraba a alguna parte.

El 14 de julio de 1881 Billy mató el tiempo en el terreno de su amigo Francisco Lobato. Estaba aburrido, inquieto, esperaba impaciente que oscureciera. Era un largo día de verano y el crepúsculo parecía interminable. El cielo rojo se detenía en el horizonte e incendiaba el cielo sobre Jornada del Muerto y las montañas Manzano y Sangre de Cristo. Era una tarde brillante, salvaje. Cuando por fin cayó la noche, cuando las estrellas se dibujaron nítidamente en el cielo los dos hombres entraron a caballo en el pueblo. Hablaban, hacían chistes, sus caballos caminaban juntos con facilidad entre los macizos de matorral. Desde una elevación un poco alta, del lado noroeste, una hermosa muchacha vestida de blanco iba tras ellos. Las estrellas brillaban sobre su piel cobriza y su pelo negro azulado, sobre su audaz vestido lechoso y sobre el pelaje satinado de su enorme caballo. Las cuentas de sus elegantes mocasines centelleaban con la escasa luz azul. En el pelo llevaba listones rojo sangre.

Los dos hombres tenían hambre y se pararon en casa de Jesús Silva, quien les ofreció comida. Billy the Kid quería carne, pero Jesús no tenía. Le dijo a Billy que Pete Maxwell había matado un becerro en la mañana y que en la casa de los Maxwell había carne colgada en el corredor. Billy podía ir y cenar una poca. Pero antes, Billy quería quitarse las botas, estar en paz. Se despidió de Lobato y Silva y fue con Paulita Maxwell. Desde temprano en la mañana, la piel de abajo del ojo izquierdo le temblaba. Creyó que lo tenía irritado, señal de su inquietud.

Antes de la medianoche Billy salió a la luz de la luna, a medio vestir, descalzo, con el torso desnudo y un cuchillo de carnicero en

la mano. Las manos y la cara le olían a sexo. Estaba menos alerta de lo que le gustaba estar, de lo que debía estar un hombre perseguido. Caminó decidido en el porche de los Maxwell.

La muchacha del vestido blanco estaba más allá de la alarma. Su boca se endureció, en sus ojos había un gesto de fría resignación o de una tristeza tan vieja como el ser impotente. Su cara enflaquecía en la luz débil. Se convirtió en la máscara de la muerte misma. No era ella, ni era la frágil figura del muchacho, del hombre que amaba y halagaba y alimentaba al abrigo de su imaginación. La hoja de un cuchillo brilló apenas. La parte superior del cuerpo del muchacho, desnuda, era blanca como el hueso, sus ojos hundidos, como 'sombras redondas. Otra vez tuvo la sensación de que se parecía a su propio cadáver.

Y al día siguiente estaba allí, confrontada a los hechos y a la conmoción y a la terrible desgracia que se cernía sobre la casa de los Maxwell, como si no se hubiera movido, con el mismo aire resignado con el cual había visto meter el cuerpo del muchacho a un cajón y bajar a la tierra fresca del verano.

Sólo entonces se fue.

Hay yerba en su boca,
sus dientes son ceniza

Él no puede elegir
otro lugar. Este sitio

es su única realidad
su hondo elemento.

Ahora, muerto, viene
apenas a una visión,

sin resistencia.
La muerte lo desubica

como lo hizo la vida.
Siempre estuvo acá.

Él baila

El doctor Charles Teague Terriman le dijo a Lola Bourae:

—Ten cuidado. A este hombre le obsesiona la idea de que es un oso. Necesita cuidados pues se siente herido. Pero está atrapado en una aguda conciencia de sí mismo. Es peligrosamente egoísta. Ni el amor de cien mujeres le bastarían.

Y Lola Bourne le dijo al doctor Terriman, que también era su primo:

—El oso está preocupado con la convicción de que es un hombre. Mira nada más, Charles, da vuelta a su antebrazo como si fuera un hombre. Se para erecto, en dos patas. Baila. Entiendo que está herido y me siento abrumada. Me gustaría cuidarlo pero no me deja; me ataja con advertencias de lo que puede sucederme. Supongo que podría tratar con cien osos más fácilmente que con éste.

Él dudó.

—¿Me estás tanteando, Lo? No hablas en serio, ¿verdad?—. Medio sonrió para confirmar la idea de que se trataba de un chiste; no lo logró, ella era terca. Tragó, la miró con su cara carnosa de niño, a través de gruesos lentes verdes que parecían paletas de dulce.

—Ayúdalo si puedes --dijo ella.

¿Egoísta? ¿Fue ese el término que usó Terriman? A Lola Bourne le pareció siempre un término más o menos parecido a malcriado. Los niños consentidos eran malcriados, egoístas: jugadores de fútbol o reinas de la generación. Pero ahora entendía el término egoísta, por primera vez. Egoísta. Sonaba a definición, anclaba, encerraba. Pero, ¿qué quería decir en la jerga especializada de Charles Teague Terriman? ¿Cuáles eran sus connotaciones profesionales? Reflexionó, mordiéndose el labio. Esa tarde había escrito una carta que no tenía intención de enviar:

Sé que estás hondamente afligido, que tienes la mente enferma, que sufres un gran dolor. Sé que en tu interior luchan poderes del bien y del mal. Sé que estás furioso y que tu furia es terrible, ciega y destructiva. Sé que a veces te inclinas por tu propia destrucción. No sé por qué. El aniquilamiento del ser es algo más allá de mi entendimiento. Sé que te amo con todo mi corazón y que no puedo alcanzarte, ayudarte, salvarte. Mi amor, yo -

La rompió, sollozando sin lágrimas y cuando terminaron los espasmos se quedó sentada en su escritorio con una especie de estupor, quieta, como piedra, hasta muy tarde. Cuando por fin se acostó, los pájaros cantaban y logró caer en un sueño, sin alivio.

Busco al niño

Con temor, Set entró a la casa de Scott Street y vagó por los cuartos. Los ojos de su mente veían a Lukie echado frente a la chimenea, azul, anguloso, hecho nudo en una contorsión, respirando, profundamente dormido y sintió sobre todo la presencia de la señora Archuleta en la cocina, tras la puerta giratoria. Pero no encontraba a Bent. Tocó en la recámara, no se oía ni un ruido dentro, abrió la puerta y se adelantó hacia la tenue luz que se filtraba a través de las cortinas. Bent no estaba allí. Abrió las cortinas, los visillos y el cuarto se inundó de luz matutina. La cama estaba tendida y la bata de Bent colgaba en la cabecera. Los lentes estaban en la mesa junto a la cama. Bajo la orilla de la colcha asomaban los talones de sus pantuflas.

Bent tampoco estaba en su estudio pero su pipa favorita estaba sobre su escritorio, junto a un tomo abierto de las obras de Juan Ramón Jiménez. El humo dulce y viejo de las pipas parecía suspendido de las paredes.

Set se dirigió a su cuarto, al cuarto que había ocupado de niño. Todavía colgaban de la pared algunos de sus viejos dibujos, un cojín rojo estaba todavía sobre su mecedora. Abrió la puerta hacia la terraza de madera, con su conocido barandal y los escalones por donde se llegaba al sendero que rodeaba el jardín, bajo un cerco coronado por eucaliptos. En el centro del jardín había una fuente, y en la fuente la estatua de un niño gordo y desnudo con espesos rizos de piedra y enormes ojos huecos. Hacía años Set, en pijama, había pasado muchas mañanas en este balconcito mirando si había mariposas en el jardín.

Bent estaba de pie, algo encorvado, junto a la fuente. Miraba los eucaliptos y llevaba un suéter negro abierto, pantalones blancos y

zapatos de gamuza con suela roja. Otra vez había olvidado sus anteojos y entrecerraba los ojos.

—Papá —llamó Set.

Al principio Bent no dio señales de haberlo escuchado. Seguía mirando fijamente los árboles.

—Papá, ¿qué pasa? ¿Qué haces allí? —la voz de Set sonó abrupta a través del jardín. Se oyó un eco leve.

Luego Bent volteó y lo miró.

—¿No lo ves?

No era una pregunta. Miró fijamente a Set como si tratara de reconocerlo. Set sintió un escalofrío recorrer su cuerpo.

—Estoy buscando al niño.

Y luego, muy lentamente Bent Sandridge se desvaneció de la vista. No desapareció de pronto, se retiró hacia la maleza del jardín gradualmente, su definición, su sustancia se hacían cada vez más tenues, vagas, hasta que no hubo nada. Se fue. Y también Set miró entre los árboles, en busca del niño. La sombra del niño se veía entre los árboles, su risa rebotaba entre las paredes, detrás de Set.

Puede ser violento

Set había permanecido seis semanas en una cama de hospital y los medicamentos lo habían debilitado y aplacado. Le dijeron que había tenido una crisis, aunque con menos palabras. Todos le hablaban de manera cautelosa, con tacto, condescendientes. Tenía una severa fatiga y depresión causada por la tensión y el trabajo, decían, presiones psicológicas de diversa naturaleza. Le aseguraban que sucedía siempre. Charles Teague Terriman venía cada tercer día a hablarle de osos. Set se sentía rencoroso y se entretenía. Terriman sabía historias maravillosas, sacadas de anuarios de folclor y brujería y mitología médica, pero no las contaba bien y sin vergüenza ni sensibilidad irrumpía en la mente de Set de manera burda e intolerable. Al principio, Set no colaboró, luego se mostró hostil. Un jueves por la mañana, dos días antes del plazo para darlo de alta, Set aventó con su mano derecha un florero, pequeño, con una sola rosa, a la cara del doctor Terriman, cuando le decía:

—Veras, Locke, el oso es un símbolo antiguo del aspecto amenazante del inconsciente y...— A Terriman se le quebraron dos dientes y le magulló el labio de tal manera que fue necesario darle puntadas. Por deferencia hacia Lola Bourne, no lo acusó legalmente. Pospusieron una semana la salida de Set. Se anotó en su historia clínica que podía ser violento.

Habían encontrado a Set inconsciente en su estudio hacía seis semanas. El estudio apestaba a whiskey, vómito y orines: era un desastre. Había pintura salpicada en paredes, techo y piso: lienzos y papeles arrugados o rotos por todas partes. Junto a Set, el bulto medicinal estaba abierto. Había quitado el pequeño sarape rojo y apareció la medicina: una bolsa hecha con la piel completa de un cachorro de oso, con patas y cabeza. Algunos de los ingredientes estaban regados por el piso: la pata enjuta de oso gris con sus

enormes uñas amarillas, morrales de tabaco y yerbas, pequeños cristales de cuarzo y fluorita, una roca labrada en forma de pez, un trozo torcido y negro de piel tiesa que más tarde Grey aclararía era un pene de lobo, trozos de viejos huesos, una cabellera amarilla. La bolsa estaba bien conservada, aunque era obvio que era muy antigua. El pelo era espeso y apelmazado. Las garras eran chicas, filosas y bien formadas. Sobre los ojos y una incisión vertical del pecho y el estómago había botones de bronce. Eso era todo; dentro y alrededor los olores de grasa de oso, moho, muerte, tierra honda y húmeda, surcada por amargas raíces.

Su fe se ha vuelto absoluta

El río Washita corría, arrastrando sedimentos y basura y hojas de árboles y pétalos de flores silvestres. La tierra estaba fresca y fragante, el aire limpio y tibio. Las grandes praderas se habían llenado de color. Las ruinas de la vieja escuela de Rainy Mountain, sosteniéndose a pesar de cientos de cambios en las estaciones, resistían en la pradera como una formación prehistórica. El pasto alto y amarillo resonaba con el zumbido de abejas y el chasquido de los saltamontes. Los pájaros trazaban líneas en el cielo y las tortugas de tierra trepaban por los ríos. Los fantasmas se congregaban bajo las paredes desnudas de la tienda de Boake donde Worcester Meat fue, de niño, con su padre a recoger "dinero por el pasto", el usufructo de la tierra india. Había muchas carretas, un campamento grande y el padre de Worcester, Agua Joven, trajo galletas secas y pepinillos y cubetas y arneses y terrones de azúcar. Sobre todo, en el calor que marchitaba y brillaba a mediodía y en la tarde, la tierra era infinita. Era la plataforma continental, más allá de los mapas y la geografía, más allá de las crónicas de viajeros, casi más allá de la distancia de los sueños. Eran las praderas inconmensurables del centro de Norteamérica. Era el fin y el destino de los ancestros, que llegaron con perros y trineos siguiendo manadas enormes, cargando de troncos a sus animales desde la gran cordillera fría, tras la visión de sus chamanes, que agitaban huesos árticos y gritaban con las voces de los búhos y las águilas, cuyas plegarias eran como el descenso de vientos huracanados. Eran los confines del sol. En ninguna otra parte de la tierra hubo una ecuación más perfecta entre la libertad y el espacio. Aquellos primeros habitantes deben haber contemplado las praderas y cada uno de los hombres debe haberse dicho: "de ahora en adelante pertenezco a esta tierra, pues es digna de mi fuerza, de

mis sueños, de mi vida y de mi muerte. Aquí estoy, aquí soy". Abundaba la caza y el agua y el pasto y un aire lleno de brillo para sostener el aliento de guerreros y mujeres fuertes y diligentes, niños hermosos, de abuelos y de abuelas, de gente santa. Aquí estaba el centro del mundo para los viejos peregrinos, la tierra sagrada entre todas las tierras sagradas.

Grey miró aparecer la luna, enorme y roja. Oyó al viento doblegarse, enredado entre las ramas negras de las arboledas negras de las islas negras de las praderas. Juntó las manos, riendo. Una paz permeaba el atardecer, pero algo se agitaba apenas bajo la superficie, en los rincones de la noche. No podía estarse quieta.

En la mañana, con la ayuda de Worcester, había sacrificado un becerro al modo antiguo, a la manera de su abuela. Tomó el hígado crudo y humeante del becerro con sus manos ensangrentadas y lo comió despacio, saboreando su jugo, le daría fuerza y claridad mental. También lo hacía Worcester, lo habían hecho Walker y Agua Joven también, y su padre, y el suyo. Era lo que habían hecho Set-tainte y Set-angya. Era una cosa buena, correcta. Pero ahora, en su corazón de mujer, al alcanzar la considerable edad de veinte años quería plantar semillas en la tierra: maíz, sandías y calabazas, cuidar los rebaños de su madre, cabalgar en las sombras rojas y azules y púrpuras de Tsegi, "lugar entre las rocas", lugar de origen, hacia el horizonte que parecía un arco iris, hacia el horizonte como el de las pinturas de arena o como el de las acuarelas de Beatien Yazz o Quincy Tahoma. Quería irse a su casa, a la casa de su infancia. Soñaba con Lukachukai, "lugar de los riscos que se doblan hacia el oriente", de cumbres rojas y cielo nocturno tan brillante que nunca se alejaba de su memoria, que retaba aún al lenguaje *diné bizaad*, el navajo. Las muchas palabras y nombres, todos los ricos sonidos y silencios, las sombras de significados, todas las imágenes y abstracciones, los ritmos y melodías y armonías, todos los aspectos de los objetos -color, tamaño, tacto, forma, gusto, edad, poder, ser

—que son precisas en el diné bizaad, más que en las precisiones de otras lenguas, no bastaban ante la presencia de las estrellas sobre Lukachukai. Ansiaba tejer en el telar de su madre, entrar al círculo de la danza de las mujeres, aspirar el aire frío de los cañones y el humo con olor de nuez de las fogatas, sentir en su nariz los aromas de café a medianoche, entre cedros y enebros, y el carnero asándose y el pan chisporroteando al freírse en un sartén de hierro, oír las canciones amadas, antiguas, sagradas, encantadas y el insistente batir de los tambores, haciendo eco hacia el universo, su golpeteo como la vibración de las estrellas.

—¿Cuándo vendrá? —preguntó Jessie.

—Pronto —dijo Grey.

—Bueno, pronto—. Jessie pronunció la palabra. No quería presionar, pero Grey no decía nada, no dejaba entrever nada y Jessie no aguantaba la curiosidad. Esperó tanto como pudo y añadió:

—Dijiste que estaba enfermo.

—Sí.

—Bueno, sabes, estaba pensando que a lo mejor no puede venir, que estaría demasiado enfermo—. El vestido de Jessie era delgado, azul pálido con flores negras y azul oscuras. Era una talla más chica que ella, pero hacía resaltar el color moreno de su piel. El sudor le perlaba la frente y los pliegues del mentón. Espantó una mosca que se había parado entre sus pechos.

—No, ya está mejor. Vendrá.

—Sí, pero tal vez necesite más medicina. Tal vez sea necesario que hagas más humo y tomes más té fuerte, ¿sabes? Tal vez debas cantar.

—No —dijo Grey tranquila, con paciencia verdadera pero no declarada—, no es necesario, ya viene.

—¿Cuándo crees que vendrá?

—Ya pronto.

Jessie, frustrada, miró por la ventana, más allá de la enramada, hacia la distante y oscura franja de árboles que bordeaban el río, y

suspiró. Se había acercado a Grey tanto como le fue posible. Eran dos mujeres, había un lazo entre ambas, después de todo, un lazo que existe entre mujeres; eran hermanas, en cierto sentido. Ciertamente tenían vínculos de sangre. Cada una de ellas veía en la otra ciertos rasgos de la abuela, o cuando menos un gesto, una entonación, una inflexión de voz. Pero a Jessie, Grey le resultaba inaccesible, más allá de cierto punto. No era curiosa, como Jessie, respecto a las cosas triviales que se platicaban en la mesa durante el desayuno, las cosas comunes de la casa o el vecindario, los maridos y las esposas. No le gustaba el chisme. Sabía muy bien cómo ser frívola en su imaginación, pero no le interesaba serlo en su relación con los otros.

Como la mayoría de los curanderos, Grey era ingenua. No era nada práctica, era una visionaria impráctica. Cuando pensaba en las cosas que habían marcado su vida, esencialmente, no pensaba en números o cifras, en copias o planas impresas. Pensaba en halcones y caballos, en amaneceres y nubes precipitadas en aguaceros. Pensaba en héroes y deidades míticas, en jinetes de rodeos y guerreros cazando cabelleras. Pensaba en Búfalo Bill, Caballo Loco y Calamity Jane. Y, por supuesto, pensaba en Billy the Kid —Billy, en peligro, en tres dimensiones y con espuelas de plata.

Pero su visión había tomado una nueva dirección y era cada vez más incisiva, penetraba de manera cada vez más profunda en ciertos nichos de la realidad a medida que adquiría poder. Y su visión se centraba, en ese preciso momento, en el hombre que era Locke Setman. Y las primeras imágenes que llegaron a los ojos de su mente fueron las de su aspecto psíquico; es decir, veía no sólo su sustancia, sino también su sombra; no sólo su apariencia, sino también sus condiciones mentales y espirituales: veía a un hombre confuso y lleno de dolor, un hombre con la mente gravemente dañada, al borde del colapso, un hombre en peligro de perder el dominio sobre sí mismo. Ahora sacaba a menudo de un cajón de la recámara de su abuela

el dibujo. Grey pasaba suavemente los dedos por las orillas del papel, donde Set había puesto los suyos. Podía sentir allí su presencia como un pulso que pesaba apenas sobre el suyo, una vibración que era particularmente su vitalidad. Fue lo que sintió, con mucha mayor intensidad, cuando le entregó el bulto medicinal y sus manos reposaron sobre él un largo rato, y era como un lazo de sangre entre los dos.

Su fe se había vuelto absoluta. No le cabía la menor duda que Set vendría, y pronto. Lo sabía con la misma certeza que sabía otras cosas. Su llegada era algo que haría suceder —que realmente ya había logrado casi— con la pura fuerza de su voluntad y de su fe. Su voluntad se había expresado en el sueño y en la ceremonia. Ya no podía cuestionarse ahora, menos retractarse. Había en ella, pues, una honda satisfacción, un contento parecido al del sueño profundo. Le faltaba solamente, en su sabiduría, darse tiempo. Lo que debía suceder sucedería y su parte era inevitable e indispensable. Lo entendía con cierta humildad. No era ella, sino Locke Setman la figura central de sus designios —se imaginaba a sí misma tejiendo un sarape pequeño y perfecto con viejas lanas, bayeta, uniformes y telas de trueque. Era la historia de Set la que debía contarse y no importaba cuántas veces se hubiera contado en el pasado o cuántas veces se volviera a contar en el futuro, ni qué tan crucial fuera su voz en este relato, era la historia de él, de Set. Era así, simple y profundamente.

A Jessie y a Milo y a Worcester Meat les parecía que esperaba. Pero no había espera, pues al pensarlo, le parecía solo un hueco. Había entrado a una quietud callada, al sopor que precede a la ceremonia, a una dimensión de paz y de restitución. Dormía y leía y estaba sola y reunía fuerzas para los días venideros. Sabía que necesitaría fuerza —y sabía que Set necesitaría de su fuerza tanto como ella— y la sentía brotar en su sangre, posesionándose de sus huesos y su tuétano. No era una fuerza adquirida con trabajos. Había tomado té y

comido carne, pero no había ni corrido ni galopado hacía días, semanas enteras. Dog pastaba en los límites de su conciencia, relinchando apenas, golpeando sus cascos en la tierra de vez en cuando. Ella estaba investida totalmente de una especie de languidez curativa.

Hay una entrega, una reconciliación, una bendición

Sabía que la lluvia y el granizo azotarían pronto y con fuerza la pradera. El granizo dañaría los árboles y campos y establos ; y casas y, el agua caería a torrentes y cortaría el trazo de muchas líneas y haría huecos en la tierra, haría crecer los ríos y detendría la corriente de los arroyos. De noche, los relámpagos serían la constante en el círculo completo de los cielos y vendrían fuertes vientos cálidos. A Grey la llenaban de vida estas tormentas, pues eran intrínsecamente poderosas y tal poder afianzaba el espíritu. Man-ka-ih restituía completamente su espíritu.

Esa noche, apenas se había desatado la tormenta; cabalgó con Dog hacia el oriente, por el lindero sur del terreno del Mottledmare, a lo largo de la reja y el sendero rojo que corría paralelamente a la carretera pavimentada. Vio un coche a la distancia, se aproximaba. Y aún antes de que diera vuelta entrara por el camino de la casa supo que era él. La lluvia caía constante y frente a ella, el horizonte se borraba. El coche se movía despacio, con los faros encendidos y ella lo vio un rato antes de enfilar a Dog hacia la casa de los Mottledmare. Al pasar frente al cementerio gritó más fuerte que la lluvia. "¡Abuela, ya llegó!" Todavía quedaba sobre el horizonte un hilo luz roja y brillante del lado izquierdo y el cielo negro pesaba y avanzaba sobre él lenta y enormemente. A casi doscientos metros de la casa detuvo al caballo y se quedó agachada, con la ojos abiertos bajo la lluvia. El coche se había detenido delante de la casa, demasiado lejos para poder distinguir nada. Había visto salir a dos figuras, un hombre más delgado de lo que recordaba y una mujer más guapa y agraciada de lo que imaginaba. De pronto la acometió una soledad, un peso, pero no importaba. Había también una excitación vaga e ininteligible, tan controlada que sólo ella pudo reconocerla. Pero lo que sentía con mayor claridad era alivio. Terminaba la larga

preparación para lo que ahora ocurriría, tan larga que apenas recordaba cuándo se inició. Tenía la impresión de que estaba a tiempo. Un calendario terminaba ahora, esta noche tempestuosa. Se había contado una parte de la historia, se había cumplido un plazo. Ahora comenzaba otro, en un calendario aún más crucial.

Luego, a través de una cortina vio cabalgar a los hombres y las mujeres. Pasaban encorvados, empapados por la lluvia, en grupos compactos, muy cerca. Azuzó lentamente a Dog y logró acercarse bastante a algunos, mirando discretamente sus caras tristes. Eran imperturbables, más preocupados de lo que se pueda describir. No dieron muestras de verla, hasta sus caballos parecían estar por encima de la curiosidad o el miedo. Sólo ella y Dog estaban emocionados. Tenía la sensación de conocer a estas gentes de la pradera, con sus trenzas y sarapes. Le pareció que entre ellos encontraría a la abuela. Las orejas de Dog estaban erectas y temblaban, y por un momento caracoleó, los músculos tensos bajo las rodillas. Se acercó a una figura masculina sombría y delgada, un poco alejada de las demás. Lentamente, sus ojos se encontraron. Se sorprendió. Parecía verla a ella y a través de ella. Quiso hablarle de inmediato, pero hubiera sido incorrecto y arrogante. Tras un breve silencio ella dijo su nombre indio, Koi-ehm-toya. Y después él dijo el suyo: Maman-ti. Sacó la mano derecha de abajo del sarape que llevaba sobre los hombros. Su mano era delgada, de dedos largos y completamente arrugada por la lluvia. Se preguntaba por qué ni él ni los otros se guarecían. Y como si supiera lo que pensaba, señaló el suelo bajo sus pies con la mano arrugada. Ella volteó. Había cientos de tarántulas arrastrándose sobre la tierra anegada. Se sorprendió, jaló las riendas del caballo apenas y se alejó. Cuando miró hacia atrás ya no vio a nadie. Sólo pudo ver el muro negro de la lluvia. Se sentía empapada por el agua. Su pelo, su ropa y su piel estaban mojados de lluvia; sus botas y su sombrero estaban empapados de lluvia. Dejó caer el freno de la cabeza de Dog y le dio una palmada;

su mano chapoteó en un flanco mojado y suave. La lluvia lo había vuelto negro, excepto en el blanco de los ojos y el agua caía sobre sus manchas y brillaba como concha bajo la luz de los relámpagos. Sonó un trueno tremendo y de pronto la tormenta se volvió a desatar. Su intención era seguir a Dog hasta el establo, pero la lluvia era fortísima y el trueno y el rayo parecían colocados justamente encima de ella. Se quedó agazapada en la enramada. La violencia del clima era extrema y el estruendo era aterrador pero, extrañamente, no tenía miedo. Es más, estaba fascinada. El corazón le latía con fuerza y lanzó un grito jubiloso y, aunque fuerte y agudo, no pudo escucharlo. Entonces se rio. Los relámpagos la pintaban de luz azul y blanca y la luz corría veloz, como si los rayos tropezaran, a gran velocidad, sobre los haces de un poderoso foco. Allí, en el eje de la tempestad, Grey podría haber sido un personaje, su dramática definición cómica y exagerada, en la enramada, como de película de Chaplin.

Locke Setman y Lola Bourne estaban sentados en la sala, bajo un foco, con Jessie y Milo Mottledmare. Jessie hablaba nerviosa, algo más fuerte que lo necesario, para compensar el viento y la lluvia que azotaban el techo y las paredes. Lola Bourne sonreía y trataba de platicar, pero estaba tajantemente alejada de su medio y visiblemente incómoda. Milo asentía de vez en cuando, miraba sus manos, sus dedos entrelazados sobre la barriga. El viaje había fatigado a Set y se desplomó sobre una silla, mirando el piso. Sólo de vez en cuando daba muestras de escuchar lo que se decía, poniendo una expresión interesada o divertida. Jessie se había sorprendido al verlo entrar. Había enflaquecido mucho. Sus pómulos resaltaban y eran notorias sus ojeras. Su piel estaba marchita y perlada de sudor. Milo, a pesar de su pose, estaba torpemente consciente del bulto medicinal que Set llevaba consigo y puso en el suelo, junto a su silla. Para todos ellos, excepto para Set, era una presencia no reconocida. Era una reacción extraordinaria, parecía como si el

bulto fuera invisible o no existiera, y Set no podía dejar de notarlo. La presencia del bulto había creado en el cuarto una atmósfera de gran respeto, más bien de temor. Un poco después, cuando la tormenta se calmó, Grey entró repentinamente del porche y cerró la puerta al viento que silbaba. Volteó, su cara se veía alargada y su largo pelo se pegaba a su cráneo en gruesos mechones enredados. Los demás la miraron desconcertados, sorprendidos. Ella los vio impasible. Por un momento no se escuchó sino el ruido de la lluvia en la ventana y el rechinado de la puerta tras ella.

—Uh... oh, ella es Grey —tartamudeó Milo—. Es alcalde de Bote, Oklahoma.

—Grey, querida... —dijo Jessie y se quedó con la boca abierta.

La expresión de Grey era benigna, casi hueca. Set, atento ahora, la miró fijamente. La última vez que la había visto, su porte era de tal compostura y dignidad que se sorprendió. Era indescriptiblemente hermosa y propia y más agraciada de lo que puede decirse y había conservado con celo tal imagen. Ahora la veía descuidada, golpeada por la tormenta, temblorosa y, hasta cierto punto, patética a pesar de su mirada casi desafiante. Su ser entero tenía un porte orgulloso. Era esencialmente ambigua, pensó; esencialmente desconocida. Y se preguntó en cuántas personas podía transformarse. Lola Bourne estaba bastante más desconcertada. Miró rápidamente los ojos de Grey y asintió con la cabeza. En algún lugar lejano de su mente intentó jugarse su suerte, pero en este sitio ajeno no tenía suerte, y no sabía qué decir, cómo comportarse.

A pesar de su aspecto, Grey era digna, su sombra se inclinaba sobre la pared sombría. Parecía una criatura salvaje, casi efímera, con un dejo de timidez en sus modales. Al hablar se dirigió a Set con una voz que al mismo tiempo expresaba contento y reserva; era familiar, pero respetuosa y directa, sin pretensiones. Apretó su mano y luego, con una naturalidad que no parecía abrupta, se hincó y puso las

manos sobre el bulto medicinal. Y volvió a levantarse, todo en segundos.

—Gracias —le dijo a Lola Bourne con sinceridad simple e inequívoca. En ese instante Lola Bourne comprendió, por encima de toda duda, que estaba fuera de lugar, esa gratitud era lo único que esperaba o deseaba.

—De nada —dijo. Las dos mujeres se tomaron las manos sin embarazo y hubo una entrega, una reconciliación y una bendición.

Cuando paró la lluvia Lola se despidió. Besó suavemente a Set, con una conciencia aguda de abandono, pero sin sorpresa. Dejar a Set era más fácil de lo que imaginaba, ya no lo conocía. Al poner en marcha el coche no volteó. Manejó aprisa, con la ventana abierta. El aire era tibio y pesado y cargado de la limpia fragancia de la lluvia. Pronto se sintió sin carga, a gusto con ella misma por primera vez en mucho tiempo. Miró la oscuridad ante ella y el vago resplandor de los coches que se acercaban y se acomodó. Aspiró profundamente y anticipó un buen sueño. Dormiría profunda, deliciosamente. Nada lo impediría.

Después de la media noche, en el cuarto de la abuela, Grey leía, sentada cerca de la lámpara. Junto a ella, Set fuera del mundo, en la cama. Lo último que notó fue a ella, estaba a su cargo. Por fin el libro se volvió pesado entre su manos y se quedó dormida.

Pinta rayas de tierra roja

El viejo estaba sentado en el piso, con la cabeza agachada y las piernas cruzadas. Cerca de él estaba un envoltorio de huesos, los huesos de su hijo. Se oyó un ruido y alzó la cabeza abruptamente, mirando. El joven estaba a unos metros de distancia, junto al *pomme blanche* esperaba respetuosamente que el viejo se diera cuenta de su presencia. Miraba de lado, con respeto, no directamente al viejo ni al bulto de su hijo, sino hacia un seto de sauces.

—Ha. ¿Llevas allí mucho tiempo? —claramente se veía que el viejo estaba desconcertado, tal vez hasta avergonzado de haber sido sorprendido.

—No mucho.

—Bueno, ¿qué quieres?

—Vine a presentar mis saludos. Vine a saludarlo a usted y a su hijo. Traje tabaco.

—Haw, ahó, ¿conoces a mi hijo?

—De cierto modo.

—De cierto modo.

Hubo una pausa, mientras el viejo parecía ponderar el "de cierto modo". Miró el envoltorio de huesos, remolió un trozo de tabaco entre los dedos y luego dijo:

—Son más o menos de la misma edad, creo.

—Sí.

—¿Y también a mí me conoces de cierto modo?

—Eres Set-angya, Oso Sentado, un guerrero y jefe tan grandioso como tu nombre. Eres famoso a todo lo largo de las praderas por tu valentía y por tus hazañas. Tu mente es certera, tus palabras son certeras y tu corazón es certero. El águila conoce tu nombre, el búfalo conoce tu nombre, el oso conoce tu nombre, el hombre blanco conoce tu nombre. Eres Set-angya, jefe de la sociedad Kaitsenko,

jefe de los Perros Locos, jefe de los Soldados Perros. Tus guerreros son los mejores, los tuyos son los mejores en las batallas, los tuyos son los mejores enemigos. Eres Set-angya, que no cede su hijo a la muerte, que se atreve a quitar su víctima al más grande de los enemigos. Escúchame, viejo bravo hasta la locura. ¡Oh, mi guerrero! —Tú y tu hijo, gran jefe, son dignos uno del otro en su osadía y lealtad y amor y grandeza de espíritu. Tu hijo, en huesos y tú, con tu carne y sangre son un mismo misterio sagrado, una misma medicina, la más poderosa.

—Escúchame, me honra decirte estas palabras, hacer esta respetuosa visita, estar aquí frente a ustedes, ¡ah, Oso Sentado!, ante ti y ante tu hijo he hablado.

—Has hablado bien —dijo grave el jefe, suavemente tras una pausa adecuada—. Ahora yo te conozco a ti, de cierta manera. Ciertamente eres un orador famoso entre tu gente.

—Bueno, no es así, señor.

—Hijo, no admiro la modestia. Me gusta la presunción. Me gusta ser presumido y que otros lo sean si tienen algo de qué presumir. Tienes cerca de ti palabras muy hermosas, ¿por qué no presumir de ellas?

—Ciertamente me llena de orgullo que te gusten mis palabras; pero, señor, si he de ser sincero, no son mías. Verá, mi amiga las escribió y yo las aprendí.

—Yo no sé leer.

—Las aprendí y luego las dije.

—¿Por qué?

—Quería halagarte.

—¿Sí?

—Quería hablarte de la muerte... pero soy hombre de pocas palabras.

—Sí, tú tienes otra cosa... un signo, una marca en ti, y sobre mi hijo había una marca y sobre mí hay una marca. Pero yo soy un viejo y para mí tiene poca importancia. Pero tú y mi hijo son gentes jóvenes y tú eres un hombre marcado. Eso es algo que pesa sobre mi corazón.

—Tengo tan pocas palabras. Y quería halagarte.

—Te conozco, de cierta manera.

—Soy un hombre muerto.

—Sí. Cuéntame, ¿lograste tu muerte de manera adecuada?

—Supongo que sí. Sucedió muy rápido y no lo esperaba, no en ese momento, aunque había visto las sombras hacía mucho tiempo.

—Mi hijo murió de manera adecuada.

—También tú.

—Ah, te enteraste. Eso dicen. No hubo queja, ni ruego, ni vergüenza.

—Yo no tuve tiempo de nada.

—Sí. Creo que tampoco lo tuvo mi hijo. Pero yo sí tuve tiempo y tampoco rogué ni lloré. Más bien canté.

—Yo no sé cantar.

Despertó con la primera luz. Se quedó otro rato sentada, ordenando sus pensamientos. Vería llegar el alba y entonces saldría, elevaría los brazos y rezaría y miraría el amanecer, las líneas y los rayos del sol extendiéndose hacia arriba y afuera y abajo, encajando el verano en la tierra; luego, arrodillada, trazaría líneas en la tierra roja, mostrando dónde debían ir ella y su hombre. Líneas.

Libro tres

Formas

Un pie

Un pie con dedos

Un pie con dedos llegó

Llega con un pie con dedos

Envejece al llegar con un pie con dedos

Navajo

¿Cómo podemos creer en el niño?

Pero el niño fue visto. Uno a uno, los cazadores volvieron de los bosques con historias donde el oso tenía un lugar más o menos relevante. Contaban a veces que el oso corría sobre las patas traseras. Contaban a veces que se aproximaba al cazador, feliz, con franca buena voluntad, como si no tuviera la menor noción de peligro. Contaban a veces que una luz extraña lo definía, como si tuviera una sombra ahumada y azul tras él. Un cazador, hombre de cuello marchito, fue tan hondamente embrujado por el comportamiento del oso que cuando se le acercó, no pudo hacer nada sino quedarse parado, con los brazos caídos. El oso llegó hasta él, expelió un aliento de bayas silvestres sobre él y apoyó su gran cabeza plana sobre los genitales del cazador. Fue un momento extraño, contó el cazador, y ninguno de los dos tuvo miedo. El oso gritaba con voz humana.

Luego, una mujer piegan llamada Thab-san, capturada por los kiowa, contó también esta historia:

Una noche un niño apareció en el campamento. Nadie lo había visto antes. No era feo y hablaba una lengua placentera al oído, aunque nadie podía entenderla. Lo maravilloso era que el niño no sintió el menor miedo, como si estuviera en su casa, entre su gente. El niño estuvo a gusto, pero a la mañana siguiente había desaparecido, tan repentinamente como apareció. Todos estaban preocupados. Pero luego llegaron a entender que el niño nunca había sido y todos se sintieron mejor. "Después de todo", dijo un viejo, "¿cómo podemos creer en el niño si no dejó ni siquiera una palabra sensata de la cual aferrarnos? Lo que vimos, si acaso vimos algo, debe haber sido el perro de algún campamento vecino, o un oso, llegado desde las tierras altas".

Tsoai, el gran tronco cortado del árbol, se remonta hacia el cielo. No había nada semejante en el paisaje. Hasta los pinos más elevados eran insignificantes a su lado. Ni varios cientos, juntos, podrían llenar su sombra. Con el tiempo el tronco se convirtió en piedra y el viento cantaba con acento agudo cuando corría por las grandes hendeduras hechas por las garras del oso, mucho tiempo atrás. Las águilas llegaron a posarse en él, pues lo vieron desde el otro lado del mundo. Nadie dijo nada, pero en su corazón cada hombre reconocía a Tsoai y lo primero que hacían al despertar era posar sus ojos en él, para afianzar así su creencia, para saber que estaba allí y que el mundo permanecía intacto, cual debe ser. Y Tsoai siempre estuvo allí.

Hace una plegaria matutina

En la parte trasera de la camioneta, el bulto medicinal en un gran saco de plástico verde, bolsas y cajas con ropa, recuerdos, utensilios, una tabla de dibujo, papel y pinturas, un centenar de libros aproximadamente, y el manuscrito de *La extraña y verdadera historia de mi vida con Billy the Kid*; una hielera con quesos, manzanas, huevos duros, Coca-Cola y cerveza; una estufa portátil, bolsas de dormir; objetos ceremoniales, entre ellos cuatro máscaras, dieciséis botones de peyote, un abanico de plumas de águila, un silbato de hueso de águila y un cristal de fluorita de seis puntas y ocho aristas triangulares; una lata de galletas con bolsas de té Earl Grey y Red Zinger, cuatro botellas grandes de agua; una silla de montar y su sarape, unas riendas, varias herramientas y lazo; una paca de paja y parte de otra y dos cubiertas de tela ahulada. Atrás, Dog.

Set nunca había conocido a nadie que se pareciera a Grey, ni por asomo. Su confianza era inquebrantable, sus supuestos certeros. Mientras más la conocía, más le fascinaba. Tomaba la vida con facilidad, con aceptación simple y agradecimiento. Sin preguntas ni dudas, tomaba la vida. Tomaba la vida con seguridad pero sin rigidez, sin envidias pero con respeto. Se preguntaba si sabría qué tan extraordinaria era. Probablemente no. No daba señales de saberlo. La palabra *naïve* vino a su mente. Era ingenua, se decía. Era hermosa e inteligente y vivaz y sorprendente —y *naïve*.

A él no le gustaba manejar, todavía no se sentía capaz, así que Grey condujo todo el camino, excepto cien millas, las cien millas de una concesión a su autoestima, una cuota; no eran gran cosa para ninguno de los dos, pero era una deferencia. El lazo entre ambos se estrechaba a partir de pequeñas e innumerables deferencias. Es cierto, a Grey le gustaba manejar. Se sentaba en lo alto, el camión

era nuevo y potente, y el traqueteo y el vaivén del vehículo eran un reto para sus manos en el volante. No era tan bueno como galopar —es decir, no requería tanta inteligencia, habilidad, coordinación e instinto— pero era emocionante controlar una máquina tan veloz y poderosa, medir precisamente su respuesta cuando lo manejaba. Y la novedad era grande, nunca había tenido un coche y no estaba acostumbrada a manejar. Set a veces dormía y a veces miraba el paisaje cambiando, la tierra que se deslizaba hasta las cordilleras azules. De vez en vez la miraba de reojo. Iba tranquila al volante, alerta, bien consciente de cuanto sucedía a su alrededor. Tamborileaba al compás de la música. Cuando el paisaje cambió, se sintió más emocionada.

—Dime de nuevo a dónde vamos —pidió él. Sabía la respuesta, pero quería entender mejor.

—Lukachukai —dijo ella—. Vamos a Lukachukai.

—Es donde vive tu madre.

—Donde vive mi madre; también mi hermana y mi sobrinita.

—No hay hombres —dijo pensativo.

—Ya te dije que mi padre murió hace años y el marido de mi hermana está en Oregon, me parece. Mi hermana lo echó.

Después de un rato:

—¿Qué clase de lugar es Lukachukai?

—Ah, ¡hózhón'í!—dijo ella—. Es un lugar de... de... no es fácil explicar qué clase de lugar es. Tendrás que verlo tú mismo. Es un lugar de gran belleza.

—Y la palabra, en sí, no describe gran cosa, ¿verdad? Cuando dices que es un lugar de belleza te creo, pero no veo nada. Tendré que verlo yo mismo, como dices. La belleza es verdad y la verdad es belleza. Y así y asado y blablabla.

—Sí —dijo ella riendo.

—Tú, creo que tú eres hermosa—. No quiso decirlo, pero ya estaba dicho. Ella lo tomaría como palabras dichas por un artista—. ¿No crees?

—Sí —dijo ella, y tras un momento de meditarlo añadió: —Bueno, soy joven y sana y las mujeres jóvenes y sanas casi siempre son hermosas. Mira, después de todo, tengo sangre de dos vertientes de indios americanos, tal vez con mezclas no muy lejanas de sangre mexicana, franco-canadiense y sabrá Dios cuánta escocesa-irlandesa-inglesa, y conozco el mundo al menos desde dos perspectivas notables y válidas, y soy fuerte e inquieta y vital, y quiero que mi vida sea emocionante y llena de suspenso y, en fin, extraordinaria. Me gusta ver el sol levantarse y ponerse, me gusta oír a los pájaros cantar y a los caballos pedorrear, al viento y al agua correr y me gusta sentir calor y frío, ser dura y suave... Ah, sí, Set, son buenos genes, ¿cómo podría no ser hermosa?

—Y romántica, para el caso, si dejamos de lado a los caballos pedorros.

—¡Ah, mi manera de hablar! Sí, ya sé. Conozco todas las palabras de los hombres blancos. A la menor provocación puedo hablar de manera correcta y elegante. Puedo ser una criatura refinada, Set. Mis pies están hechos para calzar finas zapatillas, tengo cintura de avispa y mis pechos son de una pureza alabastrina.

—Espero que no sean como el alabastro: vidrioso, duro y desteñado. Ella abrió su camisa y enseñó su pecho.

—Tal y como me lo imaginaba —dijo— terracota. A ver, colores tierra: sombra quemada, siena crudo, amarillo marte, un poco de blanco, suich, suach—. Hizo el gesto de mezclar los colores sobre la paleta.

—Si quieres, ponles nombres —dijo inclinándose, intentando ver más allá del tráiler y el tractor que iban delante de ella.

—¿Nombres?

—A mis tetas.

—Blueberry y Bunker —dijo él.

Ella hizo una mueca y cambió la velocidad.

—Estaba pensando en algo dulce y anticuado —dijo ella—. Abigail y Abiah, tal vez.

—¿Bruce y Evangeline?

—¿*Bruce*?

—Supongo que no.

—¡Vaya!

En Clines Corners dieron vuelta hacia el norte. Set miró con asombro el desierto arbóreo. El aire parecía más leve y la luz más brillante. Se habían despedido de un paisaje y entraban a otro.

—Cuéntame más de tu madre y de tu hermana —pidió Set.

—Bueno, creo que te gustarán. Son *diné*, gente verdadera. Pero aunque no te gusten no importa, de todas maneras son reales.

—¿Y yo voy a gustarles a ellas?

—Claro, después de un tiempo.

Pensó en esto.

—¿Quieres decir que no les gustaré al principio? —se arrepintió de haberlo dicho, sonaba infantil y petulante.

—De cierto modo te entenderán, y también que es mi cargo estar contigo, que debes hacer lo que debes hacer. Verán la necesidad y la respetarán. *Luego les caerás muy bien, me parece*—. Le guiñó un ojo—. A pesar de todo, no eres del todo desagradable.

—Gracias. Así que el principio tal vez será incómodo.

—Tal vez.

—¿Por qué hago esto, Dios mío?

—Porque eres Set. Ni te creas que tienes otra opción respecto a lo que ocurre; y no creas tampoco que yo tengo otra opción. Eres Set, eres el oso y serás el oso, pase lo que pase. Actuarás de acuerdo a esto, de la manera correcta, pues no puede ser de otra manera. De forma adecuada, ¿entendido?

—Sí, soy Set.

Cerca de Galisteo y Lamy la tierra se volvió maravillosamente variada. Había largas planicies de tierra ondulante, no las planicies del centro del continente sino de arena y yeso móviles, cubiertas de piñones, mezquites y cedro y enebro, salvia y yerba del apache que se levantaban hacia las mesas rojas y blancas y azules de piedra pizarra, montañas redondeadas azuleaban a la distancia, picos cubiertos de nieve de un azul más pálido aún más lejos y detrás, un cielo brillante, azul y plateado.

—Tengo mucha curiosidad —dijo él— cuéntame más de tu familia.

Ella pensó un momento. Negros nubarrones se congregaban en la cordillera de Jémez, al oeste; el sol brillaba en el norte, llevaba la ventanilla abierta y un golpe de aire seco tensó su piel. —Bien, el nombre de mi madre es Lela. Es una mujer navajo y es tradicionalista. Es miembro del clan Agua Amarga. Sigue las viejas costumbres, casi siempre. Habla el navajo tan bien como cualquier otro navajo, supongo. Pero también habla inglés, mucho mejor que la mayor parte de las mujeres de su edad que viven en la reserva. Es una dama autoritaria, no debes atravesarte en su camino. Hace lo que las mujeres navajo han hecho hace mucho, mucho tiempo: cocina, teje, cuida a sus hijos, ahora a su nieta, hasta pastorea ovejas. Como te decía, vive al modo antiguo, y la cosa es que no sólo vive así: habla por teléfono y tiene un Thunderbird. Y hace bien todo lo que hace. Sabe exactamente cómo vivieron sus padres y sus abuelos y sabe vivir así, sabe que es la manera correcta de vivir. También yo lo sé, ya verás. En todo caso, vive a la manera antigua casi todo el tiempo.

—¿Y el resto del tiempo?

—Habla por teléfono y maneja su Thunderbird.

—Es una anacrónica.

—Hacia atrás y hacia adelante.

—Sí, eso veo.

—Y también tiene su lado terco.

—¿Qué es eso?

—Toma sus propias decisiones, siempre lo ha hecho así, y las sostiene. Se casó con mi padre a pesar de la oposición de su familia. Me hubiera gustado verlo, debió haber sido algo: los reproches, los rencores, los sermones.

—¿Qué tenían contra tu padre?

—Contra él, nada, excepto que no fuera navajo, por no decir nada de los clanes. Igual pasó con la familia de mi padre, estoy segura. También él era un terco. Pero se suponía que él sería arrogante, por sus antecedentes. Los kiowa robaban personas y caballos, como sabrás, y eso era bueno, al menos para la vitalidad de su cultura. Mírame a mí, soy la prueba de la revoltura, Set. Vigor híbrido. Pero para mi madre fue más duro.

—Comienzo a conocerte, sigue.

—Mi hermana Antonia: tiene treintaiún años. Ella y yo no nos parecemos mucho. Tal vez se deba a la diferencia de edades. Cuando yo era chica ella era más una madre o una tía que una hermana. Es mucho más inteligente que yo y mucho más práctica y controlada. No fue tan cercana a mi padre ni tan consentida como yo. Antonia salió a mi madre, es real y profundamente navajo. También es anticuada, podría haber sido...

—Me gustan las muchachas anticuadas.

—Hubiera sido una celebridad en la generación de mi abuela. Y ella también es anacrónica, de otra manera. Hacia atrás. Pero hay algo muy bueno en ella, una originalidad, una pureza, una virtud. Es hermosa —con una belleza callada, serena, nativa—. Ya verás.

—Tal vez me enamore de ella—. Set se sentía mejor. Tomaba cierta fuerza del viaje. Era emocionante tan sólo viajar, el movimiento era la mejor expresión de su vida, lo sabía, tenía propiedades curativas. No porque se dirigiera hacia algo, a un destino, a una cita, aunque así fuera y estaba bien, lo que importaba ahora era el

acto de ir, la ciega convicción del sentido y el significado del simple acto de ir.

—Nanibah.

—¿Qué es Nanibah? —preguntó Set.

—Nanibah es una niña navajo de ocho años. Es mi sobrina y es perfecta: inteligente, imaginativa, juguetona, articulada, traviesa, maravillosamente misteriosa e irresistible.

—Y hermosa, sin duda.

—Y hermosa.

El segundo día por la mañana pasaron por el norte de Taos y tomaron por la barranca del río Grande hacia el oeste. La luz era de una claridad quebradiza y deslumbró a Set. Desde las laderas de las montañas Sangre de Cristo tuvo la impresión de que podía ver la tierra, a lo lejos, más distante de lo que nunca la hubiera visto. En la parte más cercana de esta enorme extensión de tierra estaba la barranca. Se hundía tan abruptamente en la tierra y era a la vez tan delicada que parecía la sombra más honda en el paisaje. Estaba tanto en la tierra como dentro la tierra como dentro de la tierra, claramente visible sobre ella y en ella, lo cual parecía casi anómalo en la naturaleza, un misterio profundo, una condición antigua del planeta, vaga y definida de manera excepcional, como el relámpago y la sombra del relámpago.

Más allá de Tres Piedras se detuvieron, hicieron té en la estufa y permitieron a Dog caminar y comer del pasto invernal junto al camino, los tres mordisquearon en el sol las ricas y duras manzanas Velarde,

Delgadas líneas de humo azul se levantaban desde la aldea Tierra Amarilla, el aire era frío y limpio y traía un olor de piñones. Un águila planeaba sobre el río Brazos, quedó suspendida unos momentos frente al capullo luminoso de una nube, luego salió disparada y se detuvo y trazó una gran curva en el cielo hasta perderse de vista y

la nube avanzó y cambio lentamente: se convirtió en una ballena sumergida.

—Esto te hace bien— dijo ella señalando con la mano el horizonte,
—Hoy me siento bien— respondió Set.

—Sí, el aire te hace bien, aspíralo. Pon tus manos en la nieve, ponlas en la arena tibia, alumbrada por el sol. Párate frente al viento. Cántale a la tierra, te hace bien.

—¿Sí?

—Sí. Así debe ser. El viaje debe hacerte bien, por eso lo emprendimos. Ganas fuerza, debes ser fuerte. Debes tener gran fuerza para lo que debes hacer. Serás fuerte, como las cosas que debes emprender. Créeme. Ya comenzaste a hacerte fuerte.

Pensó en eso.

—Bueno, no me siento fuerte, más fuerte, más fuerte físicamente, digo. Pero en cierto modo, me siento mejor, mejor en la cabeza... en mis conceptos, por así decirlo,
Mis conceptos mejoran, tal vez.

—Es bueno viajar sobre la tierra —dijo Grey.

—Sí, me gusta rodar, sentir las vibraciones, el amarre de las ruedas en la carretera No estoy acostumbrado. Es mejor que volar cientos de millas en una hora, a miles de pies sobre la tierra.

—Para el caso, es hasta mejor que cabalgar o caminar.

—No sé —dijo Set sonriendo—. Lo dudo. Sin embargo, esto me gusta bastante: tú manejas, grandes ventanillas, muchas cosas qué ver, un asiento cómodo. Sí, es como sentarse en una mecedora y mirar cosas interesantes. Galopar desde lo alto. Sí, por Dios, me gusta.

—Pero después de un rato es duro para las nalgas.

—Se te duermen.

—Espérate a que montes unas cuantas millas sobre un caballo.

No le hizo caso.

—Me siento mejor —dijo.

Pero más tarde Set le pidió que detuviera el camión, salió y vomitó. Estuvo así un rato, no podía detenerse. Lo cubrió un sudor frío, le temblaba todo el cuerpo. Apoyado en un acotamiento del camino, sobre manos y rodillas, pensó que nunca se había sentido tan mal. Se rompía, el vómito no cedía, estaba débil y humillado. Quería morir.

Grey se mantuvo alejada un rato y luego se le acercó y le puso una mano en el hombro.

—Levántate —le dijo. Y luego repitió con dureza: —¡Levántate!

Set reunió fuerzas y se levantó. Se paró, tambaleándose. No podía mirarla. Ella lo sostenía del cuello de la camisa.

—¡Déjame en paz! —le gritó, zafándose abruptamente.

Ella se alejó, retrocedió un paso.

—Sucede —gritó ella también—. Sucede —dijo, como dirigiéndose a otra parte, pero a sabiendas de que la escuchaba—. Volverá a suceder, pero estás haciendo lo que se debe hacer y eso es lo único importante ahora. El oso te invita, te prueba, te recuerda su poder. Aguanta, te estás haciendo fuerte.

—Más fuerte... —dijo la palabra con acento extraño. Era entre una risa y un lamento. Algo en su interior se marchitaba, pero oyó lo que ella decía.

—Soy Set —dijo apretando los dientes, muy adolorido.

Y de pronto tuvo miedo. Nunca, ni cuando era niño y huérfano se había sentido tan completamente solo. Allí, en la alta meseta de Río Arriba, hubiera dado cualquier cosa por oír la voz de Bent , o la de su padre, venida de un insondable abismo en el tiempo. ¿Cómo había llegado a tal confusión? ¿Por qué tal desorientación del alma y la mente? ¿Cómo había llegado a esto? Algo lo había empujado, ¿qué? Era como si lo hubieran desarraigado, arrancado de sus sitios familiares. Y no podía imaginar ningún propósito plausible en ello. Trató de ordenar su mente. Se dijo a sí mismo que era un hombre como cualquier otro, se ganaba la vida, no le hacía daño a nadie, quería

dar de sí algo valioso al mundo. Dios mío, él sabía quién era, ¿o no? Muchas veces se había repetido: "Soy Set". ¿Pero qué quería decir eso? Ya no sabía, en su profunda soledad, su enfermedad, su delirio —si es que alguna vez lo supo—. Y le daba un miedo mortal y no sabía cómo articular su miedo ante una criatura viva, ni siquiera ante sí mismo. Trató de recordar lo que era pintar, poner su ser entero en un trabajo. En el fondo de su mente vio pinturas, no las que había visto o hecho, sino imágenes oscuras e indefinidas del miedo salpicando su cerebro.

Postrado, en el recodo helado de un camino remoto de una meseta, mortalmente enfermo, escuchó la voz de Grey —¿o era la suya?

—¿Eres Set?

"No. No lo sé". Quería gritar, pero las palabras se atropellaban. De su garganta salió un sonido terrible, parecido a una risa gutural, a un gruñido. Estaba parado grotescamente sobre los pies, con la espalda arqueada, indefenso. Se había ovillado hasta ser una cosa informe y temblorosa. Ya no tenía sustancia ni definición. Se volvía detestable ante sí mismo, como su saliva brillante, con el sabor rancio del vómito en la boca. Quería gritar pero sólo balbuceaba y se ahogaba y gemía. Había vaciado su mente y su alma. Se había liberado de todo sentimiento, excepto de un dolor suspendido que lo consumía. Tenía los ojos secos y ardientes, pero no podía llorar. En su garganta repetía las palabras de ella: "Te estás haciendo fuerte". Y luego: "Soy Set" y de nuevo emitió una risa extraña y ronca que se apagó en el aire frío, centelleante.

Era la danza de un centauro. El hombre estaba tan concentrado en la danza que no pareció notar que una camioneta de media tonelada y una casa móvil habían parado tras su cerca. Tenía la cabeza fija. Sus ojos bajos se movían lateralmente, con los de la yegua, sobre un mismo eje. Su cara era más bien larga y estrecha, la piel pegada al hueso. Su boca era grande y recta, los labios delgados y

entreabiertos dejaban ver dientes blancos como el gis. Sus ojos rasgados eran muy negros y muy brillantes. Sus pómulos eran altos y prominentes. La cicatriz de una cuchillada corría diagonalmente sobre su mejilla izquierda, desde arriba de la oreja hasta su labio superior, bajo la fosa nasal. En su parte más ancha, donde el cuchillo había llegado al hueso, la cicatriz tenía casi un centímetro de ancho y era tensa y brillante, relucía como las escamas de una víbora. Su cabello era largo y lacio y negro como el carbón, amarrado tras la cabeza, bajo un polvoso sombrero negro. Llevaba el sombrero hundido en la frente y era algo peculiar, un Stetson 10X de piel de castor con una toquilla concho y la copa levantada, alas de diez centímetros, un poco alzadas al frente y atrás, dobladas a los lados; hacía tiempo había perdido su forro de satén azul, con la orilla, que decía WHITEMAN'S BOOTS AND SADDLES, CALGARY, ALBERTA. Usaba una chaqueta de faena Levi's y botas Stuart de piel de caballo remendadas entre los bordes y la lengüeta. No era alto, pero lo parecía porque era flaco y compacto, como un boxeador de peso ligero o welter, sin grasa en el cuerpo. Sus manos eran grandes y estrechas, con nudillos y venas pronunciadas y estaban justamente encima de la cabeza de la silla, centradas en el pomo, casi juntas, con los pulgares en alto pero no rígidas, los índices algo curvados y articulados hacia el centro, como patas de cangrejo; sobre la hebilla forjada, las manos quemadas por el sol, callosas y llenas de cicatrices, levantadas tan ligera, tentativamente, tan adecuadas al movimiento de la danza que parecían flotar en un tono de música, en una intrincada y ondulante melodía. Entre sus dedos medios hubieran reposado las riendas ligeras, perfectamente adecuadas a la actitud de sus manos, que no ejercían tensión visible, y podrían haberse dado vuelta, agitado, jugado precisamente al compás de la danza, tan delicadamente como una araña en su tela, así eran el hombre y la yegua. Pero no había riendas, la yegua no tenía freno.

La yegua, un animal negro con clase llamada Suástica, se movía lenta, meticulosamente, con infinita cautela y astucia. No había en ella nada abrupto: ni un paso, ni una actitud, ni siquiera su entrada inexorable entre el rebaño. El hombre, Perfecto Atole, cambió su peso imperceptiblemente ejerciendo una mínima presión con la rodilla sobre la yegua y en ese momento se cumplía el objetivo de la danza. Suástica supo entonces su misión y el propósito para el cual se le crió y cuidó, y entró al rebaño y escogió su becerro. El becerro escapó, lleno de agitación, excitado. La yegua, con la cabeza gacha, lo siguió, pero sólo uno o dos pasos, sólo para situarse, para alcanzar el centro de una estrategia. El becerro hizo un círculo grande, la yegua caminó de lado, jadeando, llena de gracia, sólo para cerrar el terreno entre el becerro y el rebaño. El hombre estaba erecto sobre su silla, siempre perpendicular al espinazo del animal. El becerro arremetió, sus fosas nasales se distendieron mucho, se oyó su resoplido, mostró el blanco de los ojos y la yegua giró, manteniendo la cabeza baja como serpiente. Sus cascos golpearon el suelo, tronando como disparos. Interceptaba al becerro con exactitud, hermosa, irritante, imperturbable, deliberada. El becerro embistió y giró, con un último movimiento desesperado y cayó girando sobre su piel y la yegua se detuvo, corrió sin ansiedad, con movimientos lentos, con cierta expresión inefable de serenidad, tocando apenas con sus dientes el flanco del becerro, sacándolo del corral, hasta el establo. El hombre no dio señales de estar satisfecho, a no ser por el toque más ligero, o una manera de respirar o un cambio de postura sobre la yegua. Pero estuvo bien hecho. La danza concluyó en belleza.

—Chiquita, me traes un caballo robusto y un hombre medio roto —dijo Perfecto—. Me quedo con el caballo.

—El caballo no entra en la negociación —dijo Grey—. Lo traje para que lo vieras. Creo que sólo hay uno como él en cientos, entre miles.

—Y el hombre que trajiste, ¿ese sí es negociable?

—Ya oíste lo que te dije. Ya sabes quién es. Puedes ayudarlo.

—Ayudar.

—Sí, ya sabes lo que quiero decir. Conoces la historia y sabes la parte que te corresponde en ella.

—Sí, está bien. Haré mi parte.

—Gracias.

—Pero ayúdame a hacer memoria, *chiquita*, ¿qué me gano?

—Satisfacción personal, el sentimiento de haber cumplido, la certeza de tu responsabilidad moral, cosas así.

—Soy un vaquero y un indio —dijo—. Las palabras de ese estilo me marean, me emborrachan. ¿Te digo una cosa?

—¿Qué?

—Mañana. Déjame tu bonito caballo. Lleva al hombre a Stone Lake. Den la vuelta. Háblale al hombre de osos. Allí los encontraré, algo haré. Mira, me ocuparé del hombre.

—Gracias. Necesito tu ayuda, también él—. Mantuvo la vista baja un largo rato—. ¿Cuánto cuesta tu medicina?

—Un brazo y una pierna, un pedazo de nalga.

—No —dijo ella mirándolo ahora de frente—. Ahora estamos hablando de osos. Ahora quiero serle fiel a este hombre. Así debe ser y lo sabes.

Su cicatriz volvió a colorearse.

—Recuerdo tu cuerpo —le dijo él.

—Y yo el tuyo.

La miró de arriba a abajo, con ojos relucientes. Ya no era la muchacha a quien quitó su virginidad. Ahora era otra, una mujer que no hubiera imaginado.

—Ese día, la primera vez, te di unas botas de piel de víbora, ¿por qué no te las pusiste? Hubiera estado bien usarlas, un gesto amable. Por los viejos tiempos.

—Ah, esas botas —suspiró y sonrió—. Algo tienen que ver los zapatos y las botas rojas con la pérdida de la inocencia, ¿o no? Yo creo que sí.

—Y también los listones amarillos, y los chocolates M and M verdes. Pero las botas, *chiquita*. Nunca supe si te gustaron de veras las botas.

—Uy, sí, me gustaron. ¿Cómo no me iban a gustar? Eran unas Álamo rojas de piel de víbora. Con guardas de venado, con agarraderas y contras de víbora, con escamas como espejos. Por Dios que se sentía bien traerlas puestas.

—Se te veían de lo mejor —dijo Perfecto. Se las imaginó; su cara y su voz se llenaron de admiración.

—Se veían de lo mejor —dijo ella—. Con refuerzos negros, forro y plantas negras y costuras de tres colores. Eran las botas más hermosas que he visto.

Los tiempos de verbo eran incorrectos, pero Perfecto Atole estaba concentrado en un tiempo —un momento, un instante— del pasado, entretenido en lo sublime. Meneó la cabeza, saboreando la imagen de una muchacha hermosa, delgada, en el momento agridulce que sigue a la desfloración, en el momento mismo en que se convirtió en mujer de una vez por todas, detrás de la mancha discreta, cada vez más oscura, una mancha casi emblemática; sus muslos y vientre temblorosos, ensimismados y tardíos, poniéndose las incomparables botas rojas mientras las lágrimas corrían por su rostro.

—Les corté la parte de arriba —dijo.

Quedaron un momento en silencio.

—¿Qué? ¿Qué les hiciste?

—Les corté las cañas. Bueno, las botas ya estaban gastadísimas; las suelas estaban agujeradas, las puntas estaban raspadas, de una de ellas casi salían los dedos. Les corté la parte de arriba.

—Les...

—Les corté las cañas, hice sonajas, sonajas de tortuga, para bailar, ¿sabes?

—Les cortaste las cañas...

—Cortadas. Del todo. Al ras: chas, chas, zas.

—Mierda —dijo Perfecto.

—Un día te presto las sonajas —dijo Grey.

—Mierda —dijo Perfecto de nuevo, y escupió—. ¿Te digo una cosa? Me gustaría sacar de sufrir a tu hombre. Tengo buenas cargas, como has de saber. No sentirá nada. ¿Por qué no? Un accidente de caza, ¿ves? Sabes bien que puedo hacerlo.

—Lo sé —dijo Grey, con destellos en sus ojos de ágata—. Mira, hijo de puta, sabes lo que tienes que hacer. Si quieres agarra mi caballo. Aquí estaremos temprano, antes del amanecer, de este lado del lago. Allí nos encontrarás. Estaremos caminando, hablando de osos.

Perfecto Atole volvió a escupir y se rio.

—Muy bien, *chiquita* —dijo—. Tal vez tome prestado tu caballo, y si me gusta me lo quedo.

—Sobre mi cadáver —dijo Grey.

—¡Madre de Dios! Dos accidentes de caza antes del desayuno —exclamó riendo de nuevo.

Aun cuando la atacaba, le atraía. Este duelo verbal era una especie de cortejo, recordaba ella, tantas palabras duras de seducción.

Pensó en su peso duro y agudo sobre ella, su boca dura, sus manos duras, sus muslos duros de roca. Si Billy the Kid hubiera llegado a los treinta años, seguramente hubiera sido como este hombre, se le ocurrió, las bromas y los celos como formalidades. Sabía que podía contar con él. Y Perfecto Atole era el guardián de la garra del oso.

Soplaba un viento crudo. El cielo del oriente era gris y luminoso, como un cuarzo ahumado, y al siguiente momento comenzó a teñirse con los colores del sol: rojo y amarillo y naranja y oro.

Un hombre y una mujer. Él, con zapatos de vestir y un abrigo de pelo de camello, fuera de lugar; ella, con un vestido blanco largo, igualmente inadecuado, con mocasines, un sarape Pendleton rojo y negro, caminaban en las orillas pantanosas del lago, entre sombras que se disolvían bajo ellos. El viento crepitaba sobre el silencio de la primera luz, pero el silencio se sostenía a pesar de la parvada de patos que aleteó entre los juncos del lago. Set tembló. —Se supone que los osos no tienen frío —dijo con los dientes castañeándole—. El oso toma el calor de mi cuer...— Volteó hacia ella y vio que miraba a lo lejos, con expresión solemne, los ojos entrecerrados. Volteó, buscando.

Una figura oscura se acercaba desde el poniente. Al principio era una concentración nuclear de la oscuridad circundante, parte de la noche. Set miró con fascinación, mudo. Pero conforme la figura se acercaba —despacio, y sin embargo más rápido de lo que parecía— comenzó a tomar la forma de un hombre a caballo, el centauro del día anterior. Y sin saber por qué, sintió una punzada de miedo. El día anterior había tenido un miedo inexplicable, pero no por sí mismo. Había mirado al hombre y nunca antes había visto que el movimiento de una gente y una bestia fuera tan concertado. Resultaba incluso aterrador, el movimiento inexorable imponiéndose sobre todo, el avance implacable del centauro. Había observado con miedo y fascinación. Se imaginaba el caos en la mente del becerro, de su pánico total y ciego. Instintivamente, Set entendió que ahora él era la presa de la cacería irrevocable y lenta del centauro. El centauro venía por él, no tenía otro propósito ni otra razón de ser. Lanzó una mirada a Grey. Sus ojos estaban fijos en la figura que se aproximaba, sus ojos no estaban bien abiertos, sino entornados y no mostraban ni sorpresa ni alarma, sino prudencia, preocupación pura. En esa fracción de segundo Set grabó su expresión en su mente, por lo que pudiera suceder. Entendía, con un azoro resentido, que ella sabía mejor que él lo que sucedería.

Perfecto Atole, en la negrura total anterior al alba tomó su té de peyote y jugo de toloache seco. Su mente se centró en la medicina y en la provocación y en los caballos. Había bajado la garra del oso, envuelta en gamuza, de un bulto de su parafernalia, guardado sobre la pared de su cama. Había tomado de entre los pertrechos de Grey las sonajas de concha de tortuga. Había salido al frío negro y tocado con sus manos al caballo Dog. Con sus manos sobó al caballo, como si fuera una escultura. Con sus manos duras describió al caballo, sus músculos, sus huesos, su piel y su pelo. Frotó los dedos sobre los cascos de Dog, como puliéndolos. Puso su boca sobre el hocico suave.

—Vaya si eres algo —dijo suavemente— qué caballo. Pero, por favor, esta mañana voy a montar a mi yegua negra. Ella y yo somos viejos compañeros. Si muevo mi peso, ella balancea el suyo; si doy vuelta, ella voltea también. Y hay algo diabólico en ella, inspira miedo—. Y ensilló a su yegua Suástica. Iba a una danza.

A treinta metros de distancia la figura negra del alba se detuvo y se desvaneció. El hombre desmontó, amarró las alforjas, acomodó las sonajas de sus piernas, sobre la orilla de sus botas. Tomó la garra de oso con su mano derecha. Y entonces se levantó sobre los estribos y la imagen volvió a formarse; el centauro seguía acercándose. Set estaba parado, miraba y esperaba. Pensó correr, al menos alejarse, cambiar de postura, balancear su peso. Pero estaba casi paralizado; además, no había a donde irse. El centauro se acercó, el cuerpo delgado y negro del caballo lanzaba destellos hacia él, completamente calmo, grácil y terriblemente insinuante. Y el hombre se quedó muy cerca con su chaqueta brillante y su sombrero negro. Las sonajas sonaban suavemente shuh, shuh, shuh, a tiempo, sin amenaza, la mano derecha negra y enorme, sostenida contra el centro del hombre, los ojos ocultos bajo su sombrero negro.

La respiración del caballo se volvió audible, visible. El centauro se movió entre el hombre y la mujer, separándolos limpiamente, como

si lo hiciera con la hoja de un machete. Y de pronto, la mujer ya no tuvo importancia en la danza. Quedó de pie, separada, en la bruma, sobre el lodo helado mirando, respirando con dificultad.

Un giro lento de la cabeza de la yegua obligó a Set a retroceder. Su cabeza apuntaba hacia sus ingles. Meneaba la cabeza ante la torpe retirada. Tenía perfecto control sobre sus movimientos; él era descuidado, perdió el equilibrio, estaba desesperado. Trató de engañarla, de agacharse, de dar vuelta, pero ella seguía allí, con la cabeza gacha, flotando sobre su cinturón. Parecía saber mejor que él cómo y cuándo se movería. No era anticipación, tampoco era adivinanza, por más que el otro se delatara. Era más bien el instinto hondo del predador. El hombre del caballo, a través del caballo, atacaba al hombre a pie. La yegua negra era su instrumento perfecto; los ponía en contacto, ponía un balance exacto entre ellos, era el centro de algún viejo designio donde los había colocado esta danza de guerreros.

Set corrió sin dirección. Se sentía débil y desorientado. No tenía ni aliento ni fuerza. Por fin escapó del centauro, pues la yegua se había detenido y corrió en línea recta hacia el lago. Los ojos y los pulmones le ardían, no sentía las piernas. Luego, el redoble de los cascos y el fuerte sonido de las sonajas lo alcanzaron SHUH, SHUH, SHUH y, porque sí, giró hacia la derecha. La yegua venía justamente tras él, resoplando fuerte y sonora tras su espalda. Estaba a unos cuantos centímetros de él. Volteó de nuevo, casi cayó. Entonces recuperó el equilibrio; la yegua pasó rápidamente, corriendo sin ruido, casi deslizándose quieta a una velocidad contenida. Antes de que pudiera alejarse, el jinete le golpeó la garganta con la pata del oso y en ese momento Set contempló su cara, la indiferencia casi profesional del brillo de sus ojos, la cicatriz inflamada, las mandíbulas apretadas. Fue un golpe que le quemó la piel y le sacó sangre y Set tropezó y cayó rodando hasta la orilla del agua. Lentamente se puso de rodillas, apoyándose en las manos. A la

distancia, el jinete y la yegua se habían detenido. Set brillaba. Una rabia tan grande se apoderó de él que todo lo demás desapareció: por encima de la enfermedad y del dolor, de la pena y la confusión y la autoconmiseración. En ese momento lo cegaba un odio asesino. Esta humillación máxima le hizo recuperar todo el poder de su voluntad. Era como si purgara su propia descomposición. En la luz del día naciente, en la niebla que flotaba desde el lago vio al centauro dar vuelta y retirarse, a la distancia. Memorizó su imagen, aferrándose con toda su fuerza a la rabia, y comenzó a sentir la textura de sus usos. Hizo una plegaria, una plegaria matutina.

Al poniente de Mexican Waters tomaron hacia el sur, manejaron por Chinle Wash hasta Round Rock y de allí hacia Greasewood Springs. La planicie se extendía con gradaciones de color infinitas, franjas interminables de rocas coloreadas y tierra sombreada, hasta donde alcanzaba la vista, pasteles ahumados, brillantes pinceladas de rojo y amarillo y púrpura. A media extensión estaban las olas arenosas del desierto, manchadas de piñones y salvia y mezquites. En la parte inmediata había colinas azules y verdes y pilares de piedra arenisca roja, como obeliscos y monolitos; enebros y chamizos. Y en lo alto, el cielo era más vasto que el sueño, de un azul hondo y brillante donde la luz jugaba, plano tras plano hasta el infinito -tonos y pinceladas y facetas del sol, mirando.

-Aquí es Lukachukai -dijo Grey.

Es hermosa en todo su ser

Grey sufrió un cambio notable, casi de golpe. Se paraba y movía y hablaba de manera diferente. Aquí, en casa de su madre tenía una actitud de honda propiedad y dignidad. Todavía bromeaba con Set, hacía chistes y susurraba palabras en su anterior estilo, pero ahora hablaba en voz baja, de manera simple y llana y su lenguaje estaba formado por ritmos y silencios que él no había escuchado antes. Usaba blusas brillantes y faldas plegadas del pueblo de su madre. Peinaba y arreglaba su pelo al modo antiguo, en un chongo atado con un cordón tras su cabeza y se adornaba con piezas simples y viejas de plata y turquesa. No usaba maquillaje, excepto polen en la frente y las mejillas, que días después brillaba levemente, con un destello cobrizo-naranja que parecía provenir del interior. Set la observaba con asombro. Había sido una muchacha bonita —retenía la imagen con el vestido de gamuza, con plumas en el pelo trenzado, la cara pintada— de espíritu libre y original e irreprimible. Y ahora, en un contexto completamente diferente, era una mujer hermosa, llena de experiencia y propósito y gracia. Maduraba ante sus ojos. Él se sentía casi infantil en su presencia y, ciertamente, para ser fiel a la historia debía cumplir su papel como Set-talee, Tsoai-talee, el niño oso, el niño del árbol-roca. Pero Grey pasaba de ser niña a ser mujer y él lo presenciaba. Y como correspondía, comenzó a cortejarla. Un día, al verla jugar con Nanibah, supo que le pertenecía, y él a ella. Sintió una felicidad mayor de la que jamás hubiera conocido.

Ese verano vivieron en el hogar, más allá de la casa de su madre. Poco a poco Set se amoldó al ritmo de la vida en Lukachukai. Por las noches salía, siempre como si fuera la primera vez, veía los innumerables puntos de luz del cielo. Al mirarlos, pensaba que nunca antes había visto la noche, y lloraba y reía y por fin guardaba en

su interior todo el silencio de las estrellas. Caminaba en el alba, temprano por las mañanas, primero lentamente, tieso de frío, y en cuando caía la inundación de la luz del oriente se calentaba y miraba con asombro y miedo y gratitud cómo la tierra se volvía radiante, definida por la luz y las grandes distancias repletas de color. Y cuando tuvo suficiente fuerza comenzó a correr.

El niño corrió.

Pintaba y dibujaba durante el día, mirando los cambios de luz y los colores variar y moverse sobre la tierra, las sombras extendiéndose y ahondándose. Sus pinturas eran fuertes y simples, primarias como las de un niño. Escuchaba el viento y los pájaros y el trueno despeñarse por las barrancas; oía el aullido de los coyotes en la oscuridad; con la primera luz los coyotes alzaban un clamor que parecía de otro mundo, música electrónica venida de cada punto del horizonte al centro de la creación, hasta su lugar, hasta su hogar. Y escuchaba las voces de Grey y de su madre, de Antonia y Nanibah, de los viejos y viejas al pasar. Escuchaba los giros de sus voces en el elemento del diné bizaad, las palabras exóticas con sus bordes y huecos y entonaciones *-chizh, dloo, ti 'iz 'i, tódilhil*. Y comenzó a entender y a usar palabras y construcciones muy simples del navajo *-aoo', dooda, daats 'i, hágoónee', Set y'in 'ishye, haash, yin'ilyé*. Al principio no sabía cómo comportarse con Lela y Antonia, ni ellas con él. Pero Grey era buena intermediaria y por fin todo marchó bien. Y Nanibah también fue muy importante. Era como Grey, de espíritu indomable y travieso. Set le simpatizó y muy pronto le enseñó cómo debía tratarla. No tenía mucha experiencia con los niños y era torpe. Nanibah lo adoptó.

Un día, mientras Grey trabajaba en su telar y Antonia fue con Nanibah a Chinle para comprar paja y cereales, Lela se acercó a Set. Estaba dibujando.

-Teje bien -dijo Lela, obligada a hablarle de otro asunto.

-A mí me parece que sí.

—Habla como una navajo.

—Me alegro —dijo Set.

Hubo una larga pausa, incómoda para Set, para Lela no. Hacía gruesos trazos de carboncillo sobre el papel.

—Nos dijo que tú eres kiowa.

Set pensó. Desde un principio Lela sabía que era kiowa. Ella mejor que él sabía lo que era ser kiowa, pues había estado casada con uno. En otra época, esta conversación oblicua lo hubiera exasperado, ahora ya no. Era la manera adecuada de hacerlo.

—Soy kiowa —dijo él.

—Tienes una poderosa medicina —dijo Lela, como si fuera cualquier cosa.

—Sí.

—Grey conoce esa medicina —dijo de nuevo, sin preguntar.

—Ella me la dio.

—Sí, eso supe —dijo Lela. Era una mujer alta. Lo miró largo rato a los ojos. El aire agitaba los mechones de sus sienes. Tenía las manos a sus costados. Él no pudo leer nada en sus ojos. Después de un rato dijo: —Es duro que tengas que ser lo que debes ser, *daats'i*.

—*Daats'i* —dijo él—. Tal vez.

Hubo otra pausa larga.

—¿Crees que te casarás con mi hija? —preguntó Lela. Habló de manera consciente, midiendo su aliento. Anacronismo progresivo, pensó él. Su cara brillaba, sobre todo la frente y mejillas, casi del color del cobre. Su cara era tan redonda que maravillaba. Tenía las manos recogidas, era su costumbre. Las enlazaba suavemente bajo su abdomen. Sus manos eran cafés y bien formadas. Llevaba anillos de plata y turquesas brillantes en tres dedos. Se paraba con los pies separados. Su porte, las líneas de su cuerpo dejaban ver un equilibrio firme y fino.

A la sombra de la casa, unos cachorros ladraban y retozaban. Las mariposas aleteaban y flotaban en el aire límpido. A la distancia,

las paredes de roca roja parecían vibrar con el calor creciente. La primavera se posesionaba del gran valle. Set, al ver la tierra abierta que se calentaba podía imaginar el verano —lo percibía como una memoria, un verano de su infancia, en el Hogar San Pedro y San Pablo, o en su casa de Scott Street, y le maravillaba sentir el despertar de sus sentidos— como Lela lo había percibido días o semanas atrás, antes de la última nevada, cuando los cielos de la montaña Lukachukai todavía estaban oscuros y brumosos. Fijó la vista en el campo más cercano y vio a Dog parado junto al hogar, con las orejas erectas, al parecer mirando el horizonte, parado como un viejo monolito de la pradera, y más cerca, delante del albergue, Grey casi de perfil, sus finos dedos morenos trabajando en el telar. —No sé —dijo. Miró sus ojos y no vio en ellos duda alguna, nada sino una vaga señal de travesura, un humor tan vago que apenas podría decirse que existiera—. Pero es algo que tengo en mente.

—¿Quieres casarte con mi hija, daatsi'i?

Se oyó a sí mismo decir: —Sí, sí quiero. Quiero casarme con tu hija. No hay nada que desee más.

Pensó que le preguntaría: "¿Se lo has dicho?" Y tuvo vergüenza.

Buscó en su mente respuestas posibles. No, todavía no... No sabía... No lo había pensado con claridad... Voy a decírselo ahora. Pero no fue así. En vez de preguntar, Lela dijo:

—Mi hija es una mujer hermosa, como yo.

—Sí, lo es.

—Es hermosa en todo su ser, como yo.

—Sí.

—Tendrá hijos hermosos, como yo.

—Sí.

Pausa.

—Pero tú, si me permites decirlo claramente, estás enfermo. Eso oí. Eso veo. El oso se enfrenta a ti.

—Sí.

-¿Sí?

-Sí. Estoy enfermo. He estado enfermo mucho tiempo, pero espero estar sano pronto. Con la ayuda de Grey puedo estar sano y fuerte; ella sabe cómo ayudarme. Me he fortalecido, desde que llegué, gracias a Grey.

-Aoo'. Sí.

-Aoo'. He estado mal. El oso se enfrenta a mí.

-Aoo'.

-Aoo'. Soy el oso.

-Aoo'.

En las mañanas, temprano, inhalaba el aire frío y corría montaña abajo. Al tocar la tierra a través de los mocasines que Lela y Grey le habían hecho, sabía el júbilo de estar vivo. Su piel se había oscurecido, su cuerpo comenzaba a endurecerse y su pelo, disparejo, crecía sobre sus orejas y su nuca. Le parecía que cada día podía ver más lejos y que sus piernas endurecían, se volvían más flexibles los tobillos y las rodillas; sus zancadas eran más largas y más regulares y persistentes. Corría hasta que el sudor salía humeando de su cuerpo y saboreaba el esfuerzo, salado en la comisura de su boca, y corría hasta que su respiración se adecuaba a su paso y a su cuerpo con un ritmo delicado y preciso. Entraba a la corriente del viento, de las aguas que fluían, de las sombras extendidas, de los sonidos que se elevaban y caían. Su vida estaba en movimiento, en el movimiento estaba su vida. Corrió hasta que la carrera se convirtió en la mejor expresión de su espíritu, hasta que le pareció imposible detenerse, pues si se detenía perdería su lugar en el designio de la creación —y aún más, hasta que los pulmones ardían y su aliento se volvía duro y rápido y sonoro, y sus piernas y sus pies pesaban casi demasiado para alzarlos— y más allá, hundido en el ritmo, en un estado de movimiento inexorable e inconsciente, sin fin. Y cuando regresaba al hogar Grey lo bañaba y él se paraba, desnudo, permitiendo que su cuerpo se aquietara. Luego le daba de beber agua

y una especie de atole de maíz molido y leche de cabra, piñones y fruta seca, y a la manera de los antiguos navajos de hacía cien años, se envolvía en un taparrabos de manta blanca y se acostaba en un jergón bajo la sombra del enebro, cerca del telar y Grey lentamente sobaba los músculos de sus hombros, su espalda y sus piernas. Hacía una mezcla abrasiva suave con arena y aceite y masajeaba sus pies y se sentaba junto a él, cantaba suavemente, abanicándolo con un soplador de zacate y él se relajaba por completo. Y por las tardes dibujaba y pintaba y soñaba y pensaba seriamente en el matrimonio. Hablaba con Lela en su navajo incipiente y no se ofendía cuando se reía de él. Jugaba con Nanibah y le enseñaba cosas del gran mundo. Le enseñaba a pintar y ella le daba a cambio palabras, las palabras de un niño que son el nódulo del lenguaje. Y observaba con profundo reconocimiento y asombro y respeto el retorno de Grey al mundo navajo.

Se reunían al atardecer en la mesa de Lela. Por lo general había cordero o carnero y maíz seco y tomates y frijoles enlatados y fruta seca. Había maravillosos panes: pan frito, pan de maíz, pan de horno. El que más le gustaba a Set era el pan dulce y denso hecho en horno de adobe y lodo; era el pan de los Pueblos, Lela había aprendido a hacerlo de niña, cuando había ido a las fiestas de los antiguos pueblos del río Grande.

Al anochecer Grey le preparaba el temascal, un pequeño hogar cónico con una apertura hacia el poniente. Cuando las llamas se apagaban y las piedras seguían calientes Set y Grey entraban con sus taparrabos al temascal y se sentaban uno al lado de otro. Grey echaba agua a las piedras, que chisporroteaban y soltaban vapor. Set miraba a Grey discretamente ante la luz tenue de las cenizas, antes de que se apagaran, veía su piel tersa brillar y relucir, mientras cuentas de agua aparecían en su frente, su garganta, sus hombros y sus muslos. Las puntas de sus pechos eran casi tan oscuras como su cabello. La observaba mientras se agachaba a echar el agua, su largo costado y

su flanco brillante, los dedos de sus pies doblados hacia la arena. Observaba con discreción y el calor del vapor y el del deseo se apoderaban de él. Y por un momento se quedaba flojo y pesado, en los linderos del sueño, soñando a la mujer a su lado, soñando deseoso su cuerpo que era inusitadamente suave y firme, tan excitante en sus curvas y líneas y huecos y pliegues, y su olor cuando salía apenas del sueño, sus menores gestos y su voz que le hablaba, de día y de noche, de esto o de aquello, con interés o emoción, o con furia y frustración o pena, del zureo de su respiración durante su éxtasis, de su cantar suave, de su leve respiración en la noche, y se disolvían el mareo y el sueño y de pronto se sentía refrescado y vigoroso y limpio y caliente y comenzaba a reír, y también Grey y se tocaban y sus manos resbalaban sobre los cuerpos, describían el deseo, pero discretamente, pues Lela o tal vez Antonia o Nanibah podían estar cerca. Todo en su lugar. En esta casita había paz y purificación. Fuera, el aire frío de la noche los mordía y era delicioso y agudo. Y caminaban lejos de la casa y el hogar y se acostaban en las dunas, mirando el cielo nocturno. Y más tarde, cuando la luna estaba alta, galopaban a los arroyos, entre sombras que eran como pozos de tiempo y eternidad.

A fines de abril llegó un hombre de Chuskas y trajo tierra de la montaña. Construyó un altar en el centro del hogar y llevó a cabo una ceremonia que duró casi toda la noche. Set y Grey se sentaron uno al lado de otro, a la izquierda del sacerdote. Se pusieron carbones en el altar, colocaron un leño sobre los carbones al lado oriente para que su punta se quemara lentamente y brillara como un tizón. A los lados del altar colocaron cristales. El sacerdote acomodó frente a él su parafernalia. Había yerbas y pólenes, una sonaja de guaje, ollas de líquidos y tés, pasta de peyote, abanicos de plumas, un cuenco de agua y un silbato de hueso de águila. Nanibah durmió en un jergón junto a la pared del albergue. Lela y Antonia ayudaban al sacerdote, mantenían encendidos los carbones con

salvia y cedro, remolían tabaco entre los dedos, arrimaban el agua y las brasas conforme se necesitaban. Set y Grey se miraban de vez en cuando y a veces sus manos se tocaban, pero estaban concentrados en la ceremonia. Se les sahumó con el abanico y cuando llegó el momento hablaron de sus visiones. Sus visiones eran muy hermosas y sus palabras eran las mejores que tenían en sus corazones y sus voces se unieron en el humo con otras voces, antiguas y originarias. Sus voces eran suaves y duraderas y en ellas había risa y lamento y reverencia y azoro; hicieron historias y canciones y plegarias. En la madrugada oscura, después de salir del hogar para presentarse ante el cielo nocturno, regresaron, se pararon ante el altar, abrazándose fuertemente. En su honor, el sacerdote ofrendó el leño al fuego y supieron, aunque no se les dijera, que estaban casados. Estaban casados por la ceremonia, en la tradición intemporal, de manera sagrada, en belleza, para siempre.

Percibe el fulgor del prado

Worcester Meat había estado enfermo dieciséis días. Jessie y Milo insistieron al principio en que ocupara la cama de la abuela, para poder cuidarlo. Propusieron llamar a un médico, pero Worcester Meat se negó. Después del decimotercer día un extraño ronroneo apareció en su pecho hundido, escupió gruesas flemas verdes y le quedaba muy poca fuerza. Fue entonces cuando les dijo a Jessie y Milo Mottledmare que lo echaran, quería irse a su casa y morir solo, no quería que nadie lo viera.

Cuando Jessie se despidió de él, llorando, Milo y Dwight Dicks llevaron a Worcester Meat a su casita al lado de Craddle Creek. Lo pusieron boca arriba en su cama y lo cobijaron con un sarape gastado.

—¿Cuándo crees que morirás? —le preguntó suavemente Milo, respetuoso de sus sentimientos.

—En tres días —dijo Worcester.

—Está bien, Worcester. Regresaremos el viernes a ver. Si todavía estás vivo no te molestaremos, sólo pa' ver si se te ofrece algo. Si ya te moriste, nos encargaremos de tus restos. Te enterraremos allí, junto a la abuela. Aquí tienes esta cantimplora y algo de comer: galletas y queso y otras cosas.

Milo y Dwight estrecharon la mano de Worcester Meat, dijeron adiós y lo dejaron en paz.

Al día siguiente se sentó en la cama y habló y cantó para sí mismo. Estaba perfectamente feliz de pasar todo el día a solas con su pensamiento y sus recuerdos, sus sueños y su imaginación. Cuando la luz se hizo tenue se acostó y se quedó dormido.

Al otro día despertó y no supo dónde estaba. Alzó con dificultad la cantimplora hasta sus labios y bebió. Ya era tarde en la mañana cuando se levantó, se puso su overol y salió. Caminó muy lentamente

por el prado hasta la casa de hormigón más cercana. Había pinceles azules, violetas amarillas y fresas entre los macizos de pasto. Se detuvo y se quedó parado entre las flores silvestres. Se le llenaron los ojos de lágrimas, agrandando y emborronando su campo visual. Y a través de sus lágrimas percibió el fulgor del prado. Las flores eran innumerables y más hermosas que nada que hubiera visto o imaginado antes. Y cuando creyó que su corazón no soportaría más, una libélula se levantó, deteniéndose y pasando justo por encima de él. Ante sus ojos entrecerrados bajaba con un zumbido iridiscente una y otra vez contra el cielo. Dio un paso, riendo y otro —pasos de danza—. Luego cayó lentamente a la tierra con el alma fresca y serena.

Son las formas de la inmortalidad

En Lukachukai la vida floreció durante el verano. Los caballos corrían en el valle, los borregos pastaban en los cerros. Llegaron las lluvias, trajeron tonos y capas de verde a la tierra y oscurecieron las altas paredes de roca roja del norte. Durante días y semanas interminables hubo en el sur un arcoiris, sobre Greasewood y Tsaile y el cañón de Chelly. El agua corría rápidamente en los arroyos. En las montañas de Lukachukai y Chuska las águilas navegaban sobre los pinos de puntas negras y los venados y osos y pumas llegaban a beber a las altas corrientes frías. Los pavos se escondían entre los arbustos, las arañas trepaban sobre las rocas y las culebras se enroscaban y calentaban bajo el sol.

Grey nunca tuvo que pedir visiones. Ahora soñó a Set y a su hijo, dentro de ella. En esos días de verano su afecto por Set se convirtió en el amor profundo y generoso de una esposa por su marido. Toda su dicha y su pasión, su confianza y su lealtad se concentraron en él. Y conforme el niño crecía, en ella crecía la belleza física y espiritual. Su honda vitalidad era reforzada por la nueva vida en su interior. Tenía una gran luminosidad y a su alrededor había un aura de paz y conformidad. El poder medicinal que adquirió por medio de su persistencia se refinaba ahora en una presencia singular y un porte indiscutible de confianza. Estaba quieta y en paz, con gracia y determinación.

Set, por su parte, encontraba en su amor por Grey una fuente de asombro interminable. Lo mejor era que no podía definirse, era ilimitado. Llevaba una vida moderada, pero le parecía que no podía ser igual en el amor. No podía entender su vida anterior. Eran un cúmulo de soledad, daño, ganancias y logros pero no era nada comparado con esta realidad.

Despertó, ella estaba desnuda en sus brazos, salía apenas del sueño, los ojos cerrados y la boca entreabierta. Le dijo suavemente: – Buenos días, mi amor. Esta es ahora mi plegaria matutina: pido que hoy estés bien. Pido que hoy tengas todo aquello que tu cuerpo, tu mente y tu corazón requieran para nutrirse. Pido que hoy tengas paz y dicha, buenos pensamientos hacia ti, hacia mí y hacia nuestro hijo. Pido que estés hoy más profundamente enamorada de mí que ayer o antier. Pido que hoy des todo el bien que hay en ti al mundo, libremente, porque sí, y aceptes todo el bien que te es dado. Pido que hoy me ayudes a ser digno de ti. Esta es mi plegaria.

Había una parte de sus vida que no había cambiado. En la noche, en la negra quietud del hogar Set tomó el bulto medicinal y lo abrió. El olor llenó el lugar. Cuando sacó la gran pata, una inquietud terrible se apoderó de él, completamente urgente y su corazón latió con fuerza. Sintió el poder del oso apoderarse de su ser y una terrible necesidad de liberarlo. Grey, invisible en la oscuridad, oyó en su boca la voz de la abuela. Cuando Set alzó la pata, como para dejarla caer, como un mazo, pudo verla contra la ventana, enorme y fálica contra las estrellas, cada una de las garras amarillas como cuernos de la luna.

Llegó el tiempo más allá del fin del verano. Fueron a bailar cerca de Oljeto, el lugar de las aguas iluminadas por la luna. Se sentaron hasta bien entrada la noche esperando, con las espaldas hacia el fuego. No había nada que ver. Se levantó un viento helado y las chispas se elevaron hacia el cielo. Y por fin aparecieron los danzantes. Bailaban en fila, cantaban. Usaban máscaras y sus cuerpos estaban pintados de blanco. Emulaban a los dioses de las montañas. Sus cantos eran agudos e ininteligibles, aún para ellos mismos. Pero los danzantes eran invisibles tras sus máscaras y podía verse, a través de ellos, a los dioses. Eran las formas de la inmortalidad. Formas.

LIBRO CUATRO

Sombras

Viene del norte
viene a pelear
viene del norte
míralo
Me cubro de polen
me cambia
Soy un oso
al salir a su encuentro
Sioux

Se llama, por lo tanto, "el país de innumerables distancias"
Hubo guerras y otros desastres, se decidió que la gente debía abandonar el lugar. Viajaron hacia el sur, hacia un país abierto y centelleante. La planicie era allí tan vasta que era adecuado nombrarlo con un nombre común. Se le llamó "el país de innumerables distancias".

Quienes venían tras ellos, quienesquiera que fuesen, encontraron tramos desnudos en las praderas, leña chamuscada en las fogatas, huesos de pájaros y castores y venados y perros —y las huellas de un gran oso.

Tiene una quietud terrible en su corazón

Set caminaba por el río, al atardecer. El sol estaba bajo, la luz duraría poco. Manchones de la primera nevada teñían el valle. En una protuberancia del piso hacia el oeste había álamos, pinos y encinos negros, iluminados a contraluz. Rayos anaranjados de luz los atravesaban y golpeaban la artemisa, los sauces y el chamizo y el agua brillante y sus manos y su cara cuando caminaba entre ellos. Hacía mucho rato que andaba y comenzó a sentir frío. La temperatura había descendido, en la noche helaría. Pero no quería pensar en la noche venidera.

Tampoco quería mirar el monolito, el árbol roca. La sombra de Tsoai estaba justamente delante de él, como una gran extensión de agua. Cuando entró a ella parecía enteramente en su elemento, a diferencia de la tierra que lo rodeaba; el aire parecía más enrarecido, oscuro y frío. Era ominoso. Recuperó el paso, regresó hacia su campamento alejándose del río, hacia el árbol roca, con las manos en los bolsillos, mirando hacia abajo.

Llevaba cuatro días allí, sólo había tomado té. Ya no se sentía débil ni cansado, como el segundo y el tercer día. Se acostumbraba a la altura. Ahora estaba bien físicamente; su fuerza y su resistencia eran mayores que en los veinte años previos. Y el aire límpido de Lukachukai había aclarado su mente. Trató de pensar en lo que le esperaba, en lo que sucedería, pero no le sirvió de nada. Se había preparado, eso era todo. Y no había que pensar en nada.

Cuando llegó a su campamento hizo una pequeña fogata, con cuidado de ocultarla, calentó agua. El campamento era muy simple. Set sólo había traído agua y un pocillo de estaño, té, una colchoneta y su bulto medicinal. Puso el campamento entre los chopos, a orillas de un claro grande sobre el lado este de la roca. El primer día había examinado el lugar con mucho cuidado. Había buscado en el suelo

hasta las señales más tenues y había enterrado en la tierra un palo, sintiendo entre los dedos el polvo negro y café, los trocitos más pequeños de piedra y de basura. Y estaba seguro de que era el lugar del cual le había hablado Grey, y del cual le había hablado la abuela a ella. El silencio era profundo. Nada irrumpía en el lugar, ni siquiera el viento entraba allí.

Cayó la noche y se sentó, esperó cerca del fuego, recargando el cuerpo contra un montículo de tierra y comenzó a dormitar. Cerró los ojos y vio a Grey sentada ante su telar. Su hermosa cara parecía triste, pero con una tristeza diferente a la de él. El niño en su vientre tenía ya cinco meses.

Ahora vivimos con asombro, pensó Set, con asombro y gratitud y gozo. —¡Ah, cómo te amo! —exclamó en voz baja, con el pecho tembloroso, y bendijo a su esposa y a su hijo. Echó un último vistazo, ella puso su mano en su vientre grande, un gesto tan tierno y tan natural. Los troncos del hogar brillaban en la luz tardía; el caballo pastaba un poco más allá. A lo lejos se extendía la tierra púrpura. Luego sólo hubo negrura ante su mirada, nuevamente el hambre había aclarado su pensamiento.

De pronto abrió los ojos a la luna llena. Salía del horizonte oscuro, grande y blanca, pronto estuvo llena, en el oriente. Set se paró entonces y volteó. Tsoai, el árbol roca se cernía ante él y sobre él en el plenilunio. Cambiaba con el movimiento de la luna, parecía vivo. Formas y sombras cambiaban entre las grandes columnas verdes, ígneas, sobre los enormes planos de granito, a través de las largas fisuras negras y verticales. Set se paró, azorado ante Tsoai. No podía apartar la vista. Estaba paralizado, hechizado. Hubo una quietud terrible en su corazón; esta cosa ante él era inimaginable, más allá de todo conocimiento o creencia, de tal forma supo que era sagrada. Mientras miraba aparecieron gradualmente las estrellas de la Osa Mayor. Eran cada vez más brillantes, moviéndose desde el borde norte del árbol roca, girando en el cielo. Y cuando volvió a

fijar la vista en el monolito, una extraña sombra negrísima estaba junto a él, cerca de la base. Era la imagen de un gran oso, de espaldas a Tsoai. Era esa la visión que buscaba.

En el claro, estaba en su sitio. Todo le era familiar. Comenzó a moverse a través de los bosques con las demás. Se reían y se alejaban de él. Él las siguió y comenzaron a gritarle, azuzándolo, incitándolo a jugar y Loki comenzó a correr. ¡Set! ¡Set!, le gritaban. El oso, el oso —y corrían—. Y él corría tras ellos. ¡Sí, soy Set!, contestó Loki agitando los brazos y recuperando el aliento. Era feroz. Entre los árboles, ahora, recuperó terreno. Las niñas respiraban de manera entrecortada, volteando hacia atrás y gritando. De pronto disminuyó la velocidad, vaciló y comenzó a girar. Algo no era correcto, algo había salido muy mal. Sus extremidades se habían vuelto muy pesadas, su cabeza. Estaba mareado. Su vista se nubló. Los objetos del piso, frente a él, eran claros y perfectamente definidos, pero a la distancia sólo veía formas vagas en una luz como niebla. Al mismo tiempo, en sus oídos había una resonancia terrible, a su cabeza llegaban una multitud de sonidos, como un golpe. Estaba atónito, pero en un momento pasó la confusión de sonidos y oyó cosas que nunca antes había escuchado, separadas y distintas, absolutamente definidas. Oía el agua correr entre las piedras, presionando la tierra arraigada de las riberas, por encima de la creciente profunda, por encima del aire bajo, acariciante, salpicando un macizo de agujas de pino, río abajo. Escuchaba las hojas que caían, el paso de las ardillas en lo más denso del bosque, el viento contra las altas protuberancias de la roca, al otro lado del barranco, las plumas del halcón erizarse en una larga corriente del cielo. Era como si pudiera desprender todas y cada una de las vibraciones del sonido con el rango entero de su oído. Y el aire enrarecido se metía a sus fosas nasales. Podía oler mil cosas a un tiempo y percibir las por separado. Podía oler las cortezas de los árboles y la podredumbre de las raíces y las

fragancias del pasto y las flores silvestres. Podía oler el excremento de los animales en diferentes partes, antiguos o recientes, a todo lo largo de los cerros. Podía oler la savia dulce y la peste de las innumerables criaturas muertas sobre el suelo. Podía oler la lluvia a grandes distancias, el fuego a lo lejos, Podía oler los aceites llegando hasta la superficie de su pelaje y el aliento y los sexos de sus hermanas. Sintió el olor agrio del miedo. Buscó a sus hermanas. Ya no corrían. Una o dos dieron unos pasos hacia él. Trató de llamarlas pero no pudo, su voz ya no era humana. Vio cambiar sus caras. Ya no las reconocía, eran máscaras. Dieron la vuelta y echaron a correr otra vez. Y sobre él recayó una soledad semejante a la muerte. Se movió de nuevo. Una sombra retrayéndose hacia la sombra.

Sombras.

Epilogo

El chozno de Koi-ehm-toya se convirtió en un famoso hacedor de escudos. Nunca vio a Tsoai, pero conocía a Tsoai en sí mismo, su definición ante los ojos de la mente, su terrible silencio en el torrente de la sangre. En sus escudos había las más poderosas medicinas: garras de oso y alas de águila, pelo humano y diseños de estrellas. En su vejez soñó cosas que sucedieron antes de su tiempo. La historia completa de su pueblo era representada por miríadas de puntos de luz sueño —cada uno de ellos un mundo y una era— que brillaban por el plano de su sueño. Y el último de los sueños era el de unos niños que se movían hacia los muros del bosque. Corrían, brincaban y tropezaban en la distancia. Los vio un tiempo y luego ya no los vio más. Ya habían entrado a los árboles, a la oscuridad.

índice

Prólogo

Libro uno. PLANICIES

Paulita Maxwell no llora

Desde algún lugar graznó un cuervo

El siguiente momento siempre está por llegar

Los tipis son altos y luminosos

Grey analiza su apariencia

La extraña e indiferente figura se acerca tanto como para considerarla íntima

Del pasto brotan mariposas

Están demasiado lejos

Lo paraliza echándole mal de ojo

Viene el oso

Eso es todo

Sentadas así, como madre e hija

Se explica el tedio de Dios es infinito

Tiene la forma de una rueda de vidrio fundido

Se parece mucho a la famosa fotografía

Brilla como una máscara vaga, polveada, como una calavera

Sus sentimientos son ahora tan remotos como las estrellas

Hay amenaza en las palabras

Debe cumplir su propósito

Todo resulta inútil

Voltea hacia el cuadro otra vez

Llega ante la presencia del más oscuro poder

¿Tiene una visión y un canto?

El asunto de no tener nombre es tal vez el meollo del problema

El oso emerge

Libro dos LÍNEAS

Ante tales eventos, poco hay qué decir

La imagen del espejo es la máscara transparente de un hombre
Aparecen los árboles de la sombra, y una figura agazapada entre los
árboles

Marca el fin de una etapa

Aun al borde de la locura hay momentos de honda lucidez

Lo desconocido forma la mayor parte del universo

Él baila

Busco al niño

Puede ser violento

Su fe se ha vuelto absoluta

Hay una entrega, una reconciliación, una bendición

Pinta rayas de tierra roja

Libro tres FORMAS

¿Cómo podemos creer en el niño?

Hace una plegaria matutina

Es hermosa en todo su ser

Percibe el fulgor del prado

Son las formas de la inmortalidad

Libro cuatro SOMBRAS

Se llama, por lo tanto, "el país de innumerables distancias"

Tiene una quietud terrible en su corazón

Epílogo

El niño ancestral de N. Scott Momaday se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2002, en Impresores Aldina, S.A. En su composición se utilizó tipo Times Román de 14:16, 11:12 y 10:11 puntos y el tiro de la edición fue de 1 000 ejemplares más sobrantes para reposición. La edición estuvo al cuidado de Jorge Muñoz y la traductora.